

LA

ILÍADA DE HOMERO,

TRADUCIDA

DEL GRIEGO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ GOMEZ HERMOSILLA.

TOMO III.



MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1831.

EXÁMEN DE LA ILÍADA.

Bajo este título no esperen los lectores hallar copiadas las innumerables observaciones de todas clases que los comentadores han hecho sobre la Ilíada de Homero, ni renovadas las famosas disputas que sobre su mérito sostuvieron con tanto acaloramiento en el siglo XVII varios literatos franceses. Lo que yo me propongo es examinar este célebre poema como si nadie le hubiera examinado hasta el dia, exponer las reflexiones que su atenta lectura excita en el ánimo de todo lector inteligente é imparcial, dar á conocer sus principales bellezas, é indicar tambien los que á mi juicio pueden considerarse como ligeros defectos propios del autor, no del siglo en que escribia. Así, no entrarán en este número los epítetos ociosos y como de fórmula, la casi uniforme manera de comenzar y concluir las arengas, la repeticion no necesaria de expresiones, frases, versos enteros, y aun pasages bastante largos, y la variacion de un mismo pensamiento por afirmacion y negacion. Ya dije en el discurso preliminar que estas como inocentadas no prueban que á Homero le faltasen nuevas ideas, ó nuevas expresiones. ¿Qué poeta ha sido hasta ahora tan feliz en la invencion de los pensamientos, ni qué escritor hubo jamas tan afluente y facundo? Estas faltillas, que hoy evita fácilmente el mas infeliz coplero, eran como vestigios de la infancia del arte; y por lo mismo que era tan fácil no cometerlas, se conoce que Home-

ro las dejó correr por no alterar á la práctica establecida.

Cuando digo que voy á examinar la Ilíada como si nadie la hubiese examinado todavía, no quiero dar á entender que todas mis observaciones son nuevas: muchas de ellas se encontrarán en otros libros. Quiero decir que los lectores instruidos podrian hacerlas por sí mismos, aun cuando nadie se las hubiera indicado. Y en efecto á mí me ha sucedido, y sucederá á otros muchos, que leyendo el simple texto de Homero sin notas ni comentarios, se me ocurrian reflexiones que despues he hallado consignadas ya en las obras de los comentadores y críticos. Sin embargo, algunas se verán en este exámen que acaso otros habrán hecho pero que no estan impresas. Entremos ya en materia.

PLAN DEL POEMA.

Ya indiqué en el discurso preliminar que el verdadero argumento de la Ilíada no es precisamente la riña entre Agamenon y Aquíles, sino la famosa expedicion de los Griegos contra el Asia menor: hecho histórico en el fondo, aunque exornado con leyendas fabulosas, acaecido en el siglo décimotercio ántes de la era cristiana. Y aquí es donde mas ventajosamente se muestra el talento poético de Homero, y se descubren el delicadísimo gusto, el gran juicio y el profundo conocimiento del arte que dirigian su pluma. Un poeta ménos poeta que Homero, un escritor que no hubiese meditado tanto como él sobre el efecto que deben producir en el ánimo de los lectores los poemas épicos, y en general todas las composiciones literarias, segun el modo con que está dispuesto y

combinado su plan, hubiera escrito un poema histórico en el cual, sin subir precisamente hasta el nacimiento de Elena, hubiera comenzado, ó por su rapto, ó por la embajada de Ulíses y Menelao para reclamarla, ó por la reunion de las tropas griegas en Áulide, ó por el desembarco en la Tróade, ó por el último año del sitio; y desde allí, refiriendo oportunamente los sucesos anteriores, hubiera continuado la historia de aquella guerra hasta su conclusion, amenizándola con digresiones, episodios, descripciones, incidentes casuales, y escenas variadas, para dibujar los caractéres de los personages y conmover la sensibilidad de sus lectores. Y si todo estaba bien imaginado y mejor escrito, el poema hubiera sido muy bueno. Sin embargo, Homero rayó mas alto. Conoció que escribiendo un poema histórico del sitio de Troya, en cualquier época que abriese la escena, y por mas que diese interes y variedad á su narracion, siempre resultaria un como diario de operaciones militares: y con una prevision que hasta ahora no ha sido bastantemente admirada supo evitar este inconveniente, dar al poema la unidad que no hubiera tenido si hubiese abrazado toda la duracion de la guerra, y circunscribirle al corto período de unos cincuenta dias. ¿Qué hizo, pues? Escoger un episodio de aquella famosa guerra, la disputa entre Agamenon y Aquíles, suponer que este por despique se retira de los combates, referir los que se dieron durante su inaccion en los cuales fueron vencidos los Griegos y pereció Patroclo, y hacer que Aquíles acuda á vengar su muerte y quite la vida á Héctor, el mas valiente de los Troyanos. ¿Y cómo, reducido el poema á un espacio tan breve, supo el poeta extenderle hasta mas de diez

y seis mil versos sin perder nunca de vista la accion ostensible que se propone cantar, á saber, la venganza que Aquíles tomó del agravio recibido? ¿Y cómo ocultando su verdadero objeto, que era el de inmortalizar los nombres de los Príncipes griegos que concurrieron al sitio de Troya, lo consiguió sin indicar siquiera que lo intentaba? ¿Y cómo con una accion que consiste en la inaccion del héroe, y no es bastante grandiosa por sí misma, supo componer un poema tan interesante que hasta ahora ningun otro lo ha sido tanto recayendo sobre empresas memorables por su naturaleza? La fundacion del Imperio romano, las guerras púnicas, la civil de César y Pompeyo, las Cruzadas, el establecimiento de los Portugueses en la India, la sublevacion de Arauco, son acontecimientos ruidosos, grandes, y fecundos en acciones subalternas capaces de interesar á los lectores. Y sin embargo, entre los poemas compuestos para celebrarlos ninguno interesa tanto como la riña de dos Principillos cuyos nombres, por famosos que entónces fuesen, quizá se ignorarian ahora si los versos de Homero no los hubiesen conservado. ¿Qué habilidad, pues, qué especie de magia no fué necesaria para engrandecer á los ojos de los siglos venideros un objeto tan pequeño é indiferente en sí mismo? Esto es, á mi juicio, lo mas admirable en Homero. Presentar en toda su nobleza y elevacion lo que de su naturaleza es noble y elevado no deja de ser difícil, pero no lo es tanto como ennoblecer los sucesos comunes y hacer grandes los pequeños. Y esto es cabalmente lo que supo hacer el autor de la Ilíada. Si hubiera cantado toda la guerra de Troya; cualquiera forma que hubiese dado al poema, siempre tenia un dilatadísimo campo para

lucir y brillar. Viage de Páris, sus amores con Elena, robo de esta Princesa, reclamacion de Menelao por sí y á nombre de los demas Reyes de Grecia, repulsa de los Troyanos, coalicion general de los Estados griegos contra el Asia, preparativos de la expedicion, viage por mar, variados sucesos de un sitio de diez años, toma, incendio y ruina de la gran capital de un Imperio poderoso ¡qué riquezas poéticas de toda especie no ofrecian á tan felicísimo ingenio! Pero renunciando voluntariamente á todas ellas, ciñéndose á un breve tiempo anterior á la toma de la ciudad, y reduciendo toda la parte bélica á cuatro dias de combate ¿quién esperaria un poema tan rico, variado é interesante? Pues el voto unánime de veinte y nueve siglos le tiene declarado el mas perfecto en su línea.

Y ¿cómo logró Homero darle esta riqueza, esta variedad, este interes, esta perfeccion que tanto admiran los inteligentes? Ya lo han visto los lectores: y ya han podido conocer cuan fecundo era el ingenio y cuan rica la imaginacion del poeta que en una simple disputa entre dos gefes, que se termina en el verso 303 del primer libro, supo hallar argumento para un poema épico en el cual todas las galas de la mas alta poesia están derramadas á manos llenas, sin que un solo instante se pierdan de vista la accion y los principales actores; y sin haber necesitado para extenderla de ningun episodio inútil, y ni aun de acciones secundarias traidas de léjos y con violencia. Todo es natural, verosímil, necesario, y nace del fondo mismo de la materia. Y si á esto se añade el modo con que cada uno de los sucesos, ó hechos particulares, está referido y exornado ¿quién no aplicará tambien á la Ilíada lo que de la Odisea decia con tanta ver-

dad Horacio, á saber, que su inmortal autor "*nihil molitur inepte*: *non fumum ex fulgore*, *sed ex fumo dare lucem cogitat*?" Esto se verá mejor, por lo que diré sobre cada uno de los veinte y cuatro libros en que los antiguos dividieron el poema.

LIBRO PRIMERO.

De Aquíles de Peleo &c. (v. 1.)

Esposicion del argumento, clara, sencilla y tan breve que en el original solo ocupa siete versos.

De Latona &c. (v. 16 y sig.).

Ya desde aquí puede verse cuanta era la destreza de Homero, y cuan grande el tino con que sabia escoger entre todos los pensamientos que en cada ocasion le ocurririan aquellos solamente que hacen al caso para el fin que se propone. Otro poeta se hubiera detenido á contar cuando y en donde habia sido cautivada la doncella, y á quien habia tocado en la particion del botin: hubiera pintado el estado de afliccion y desconsuelo en que su padre habia quedado, y quizá le hubiera hecho prorrumpir en largas lamentaciones al recibir la noticia. Mas Homero conoció que todo esto era inútil para el objeto de que se trata, que es la repulsa que recibió el anciano al proponer el rescate. Así se limita á indicar el motivo de su venida, á describir con la verdad que acostumbra la actitud de humilde suplicante en que se presentó al ejército griego, y á referir textualmente el discurso que pronunció. Detengámonos en él.

¿Qué poeta, haciendo hablar á un padre anciano que viene á rescatar una hija consuelo de su vejez, hubiera resistido á la tentacion de poner en su boca

un discurso patético en el cual hablase de su dolor, de sus lágrimas, de la falta que le hacia la cara prenda que venia á redimir &c. &c.? Pues Homero vió que estos lugares comunes, esta arenga declamatoria, no cuadraban con la situacion de un Reyezuelo del pais enemigo, que se presentaba temblando delante de la formidable hueste de los Griegos á pedir una gracia para cuya concesion no podia alegar otro título que su carácter sacerdotal, venerado y respetado aun entre los horrores de la guerra. Así, despues de captarse la benevolencia de los oyentes con una sola proposicion, expone sencillamente su demanda y la apoya en la única razon que podia tener alguna fuerza, la de que en su persona debian los Aquivos respetar á la temible y poderosa deidad de quien era sacerdote.

Iguales observaciones pueden hacerse sobre la respuesta de Agamenon, y la plegaria de Críses. Sequedad y dureza en la primera, uncion y ternura en la segunda, y gran concision en ambas. Aquí, y en todo Homero, no se busquen piropos, amplificaciones de escuela, é inútil verbosidad. Lo preciso, lo importante, y nada mas. Sépase desde ahora, y los lectores ya lo habrán observado por sí mismos, que los personages que hablan en sus innumerables arengas dicen siempre lo que atendidas todas las circunstancias debieron decir entónces, y no dicen nunca mas.

Bajada de Apolo, flechas que dispara, principio y propagacion de la peste. Empecemos á reconocer la gran cualidad que distingue á los ingenios de primer orden, la de poner los objetos á la vista de los lectoras con tanta claridad como si los estuviesen viendo; lo cual supone gran tino y discernimiento al escoger

para las descripciones los rasgos mas necesarios é interesantes. Un poeta mediano hubiera hecho una pomposa descripcion de la divinidad que baja del Olimpo, hubiera hablado de su gallarda persona, de su rubia cabellera, de su rozagante vestidura &c. Homero se ciñó á las circunstancias que tenian directa é inmediata relacion con el estrago que la bajada del Dios debia causar en el ejército griego. Así, se contenta con decir en la descripcion de Apolo. (v. 80 y sig.).

Pendian de sus hombros
arco y cerrada aljaba; y al moverse,
en hórrido ruïdo retemblando
sobre la espalda del airado númen,
resonaban las flechas; pero él iba
semejante á la noche.

Ya tenemos pintada la persona con los únicos rasgos que en esta situacion interesan, el arco, la aljaba, las flechas que retiemblan al compas de sus pasos, y la nube en que va envuelta la Deidad para no ser vista; pues esto es lo que significa la bellísima expresion poética, *semejante á la noche.* Veamos ahora lo que hace. (v. 85 y sig.).

Cuando estaba
cerca ya de las naves se detuvo,
lanzó una flecha, y en chasquido horrendo
crugió el arco de plata &c.

Nada sobra, nada falta; estamos viendo lo que hace Febo y hasta oimos el chasquido de la ballesta.

Discurso de Aquíles, proponiendo que se consulte á los adivinos para saber por qué Apolo castiga á los Griegos con la peste, y si habrá medios para conseguir que cesen sus estragos. (v. 105).

Atrida! juzgo que de nuevo errantes &c.

Vuélvase á leer ahora, y diga todo hombre de gusto si Aquíles debió hablar de otra manera. Quítese un solo pensamiento, añádanse otros nuevos, ó amplifíquense mas los que contiene; y al instante se verá, ó que falta algo, ó que sobra mucho, ó que las ideas estan demasiado desleidas.

Arenga primera de Cálcas (v. 133.).

A Jove caro! valeroso Aquíles &c.

Oportuna precaucion. Él debia revelar á los Griegos que el verdadero autor de la peste era Agamenon, el resentimiento de este Príncipe era consiguiente; y siendo el caudillo supremo de las tropas, todo podia temerlo de su prepotencia y orgullo. Nótese aquella tan verdadera observacion.

Y enemigo
poderoso es un Rey cuando se enoja
contra algun inferior &c.

y dígase si el autor de la Ilíada escribia solo por inspiracion. No hay estro poético que revele las verdades prácticas: la experiencia, el estudio, la propia observacion, y el trato con las gentes, son las únicas musas que las enseñan.

Respuesta de Aquíles al adivino (v. 151).

Depon ese temor &c.

Ya empieza á retratarse en sus discursos el fogoso Aquíles, el valenton que "*jura negat sibi nata, nihil non arrogat armis.*" Así es como se dibujan los caracteres de los personages; en sus hechos y sus dichos, no en compasados y antitéticos retratos formados por el poeta. Por esta razon (y sea dicho de paso) los de César y Pompeyo en la Farsalia, aunque verdaderos y bien escritos, no son ya del gusto de Homero. Este nunca dice en extendidas descrip-

ciones que Agamenon, Ayax, Diomédes, Héctor &c. tenian tal carácter, tal genio, tales defectos; pero lo vemos en sus palabras y en sus acciones. ¡Y cómo lo vemos! Como si fuesen nuestros contemporáneos, y los hubiéramos conocido y tratado muy de cerca. Nótese la habilidad con que se prepara el enojo de Agamenon contra Aquíles, que de otro modo no pareceria bastante motivado.

Ha dicho Cálcas que sus palabras irritarán á un guerrero.

que sobre todos los Argivos tiene
grande poder, y su persona mucho
acatan los Aqueos.

Y aunque en esta expresion, de intento vaga, no esté designado precisamente Agamenon; Aquíles se adelanta á maliciarlo, y dice al adivino que aun cuando el guerrero que se resienta de lo que él revele sea el mismo Agamenon, nada tiene que temer: bravata que debió ofender el amor propio del Atrida, y alterar no poco su bílis. Y así vemos que cuando este dice luego que si no le dan la esclava él la escogerá y se la quitará á su dueño, señala expresamente entre otros gefes al mismo Aquíles, y este al instante se da por ofendido. ¿Y por qué él solo se pica, por decirlo así, y no se pican ni Ayax ni Ulíses? Porque aquel conoce que el haberle nombrado no ha sido pura casualidad sino hecho de intento, y como en desquite del "aunque nombraras al mismo Agamenon."

Segunda arenga de Cálcas (v. 163).

No nos acusa

Apolo &c.

Sencillez y concision.

Cólera de Agamenon al escucharle (v. 179.).

alzóse el fuerte
y poderoso Agamenon de Atreo,
el ánimo turbado &c.

Esto es lo que se llama pintar. Vemos lo que pasa en lo interior del Atrida, el fuego que arrojan sus ojos, la cólera que ennegrece sus entrañas, y las torvas miradas con que amenaza al adivino.

¿Y qué dirémos del animado y elocuente discurso que Homero pone en su boca? Si Agamenon habló realmente ¿pudo hablar de otra manera? Nótese la apóstrofe

Adivino de males! A mí nunca &c.

El elogio de Criseida está magistralmente trazado en cuatro ligeras pinceladas que comprenden todos los dotes de alma y cuerpo, hermosura, gracia, talento y habilidad.

Respuesta moderada y concluyente de Aquíles (v. 215).

Glorioso Atrida! Cuando así te sea &c.

Aquí se ve comprobado lo que ántes indiqué, á saber, que el enojo del Atrida contra Aquíles no resultó precisamente de que este le aconsejase entregar á su padre la cautiva, sino de la especie de fanfarronada que soltó al animar á Cálcas para que hablase claro, diciéndole:

en tí ninguno
de todos los Aquivos será osado
las manos á poner; *aunque nombraras*
al mismo Agamenon, que se gloría
de ser en el ejército el primero.

Esto, esto, fué lo que hirió al orgulloso Atrida, no lo que ahora le dice Aquíles; porque ni puede ser

mas equitativo, ni expresarse con mas decoro. En efecto, su respuesta se reduce á lo siguiente: "Ya que te es tan doloroso perder la esclava que te fué dada como premio de honor, y quieres otra en su lugar; espera á que tomemos á Troya, y entónces te darémos, no una sino tres ó cuatro: mas ahora tú mismo sabes que todas las que hemos hecho están ya repartidas y adjudicadas; y no seria decoroso exigir del ejército que reunido otra vez el botin se hiciese nueva reparticion. Aquí no hay injuria alguna de que pueda resentirse el Atrida. Y sin embargo vemos que al replicar, aunque por cumplimiento da al hijo de Peleo el epíteto de parecido á los Dioses para corresponder al

Glorioso Atrida!

empieza no obstante suponiendo que aquel intenta engañarle con estudiadas voces, y le hace el debilísimo argumento

¿Acaso quieres
que miéntras tú conservas la troyana
premio de tu valor, sin recompensa
yo á la mia renuncie?

Esta razon nada prueba, y solo es alegada para provocar gratuitamente la cólera de Aquíles: porque Apolo no pedia la esclava de este gefe, sino la de Agamenon. Nótese ademas en todo su discurso el tono arrogante con que se explica, y particularmente la amenaza de que él, como Generalísimo, escogerá la cautiva que mas le agrade y de propia autoridad se la quitará á su dueño, nombrando á Aquíles el primero: y no se dudará de que si este le responde ya colérico y furioso, es porque ha visto que á él principalmente fué dirigida la amenaza. Nótese tam-

bien la rápida y completa enumeracion

hoy lancemos del mar á la llanura
embreado navío, en él se pongan &c.

Réplica de Aquíles (v. 263).

Hombre tú sin pudor, alma dolosa!

Trozo elocuente, superior á todo elogio. Examínenle de nuevo los lectores, analícenle con cuidado, y digan si en Demóstenes y Ciceron se hallan rasgos mas valientes.

Contra-réplica del Atrida, mas elocuente, si cabe, que la de Aquíles. Nótense las amargas expresiones del exordio (v. 300).

Huye en buen hora,
huye; no te detengas si impaciente
estás ya por huir &c.

y sobre todo la palabra *huir*, escogida de intento para insultar, y repetida hasta tres veces: el desprecio de la persona de Aquíles en lo de

Yo no te ruego
que por vengar mi ofensa &c.
Tengo yo otros valientes campeones
que mi honor desagravien.
Odioso
me eres tú cual ninguno de los Reyes &c.
Si valiente naciste; beneficio
es de alguna Deidad. Así, á Tesalia
con tus soldados vuelve y con tus naves,
y sobre los Mirmídones impera.
Yo de tí no me curo, ni me importa
que estés airado &c.

y las bravatas de

á la hermosa Briseida, tu cautiva,
he de traerme yo: é iré á buscarla

á tu tienda en persona, porque veas
cuanto yo te aventajo en poderío.

Aquíles al escuchar tamaños insultos pone mano á la espada, baja Minerva, turbacion del héroe, breves preguntas que la hace sobre el motivo de su aparicion, y respuesta de la Diosa. Verdad, rapidez, ligereza de pincel en todo este pasage, en que otro hubiera divagado haciendo inútiles descripciones. Se está viendo á Minerva que se pone detras de Aquíles y le tira de la rubia cabellera, y á este que se turba al sentirlo, vuelve el rostro, conoce á la Diosa, advierte que le mira con terribles ojos, y en agitadas voces la pregunta (v. 352).

¿A qué del alto cielo
bajaste ahora &c.

Nótese la reflexion de que los Dioses oyen las súplicas del que obedece y cumple sus mandatos.

Juramento de Aquíles. No me detendré á elogiar el discurso en que se halla: porque basta leerle para conocer que en él están retratadas la agitacion, la cólera, la desesperacion, la rabia de que está poseído el que le pronuncia.

Arenga de Néstor (v. 439 y sig.). Cotéjese con las que llevamos recorridas, y se conocerá con cuánta razon dijo Quintiliano que Homero es el mas elocuente de todos los oradores. Las dos de Cálcas son breves; y están escritas en el tono grave, sencillo y magestuoso, propio de un sacerdote que revela los arcanos de la divinidad. Las de Aquíles y Agamenon, miéntras disputan, son mas largas pero vehementes, acres, fogosas; y están animadas con interrogaciones y exclamaciones, é interrumpidas con reticencias. Al contrario en la de Néstor; todo es

pausado y tranquilo despues de la exclamacion con que empieza, sugerida por el pesar que le causaba ver enemistados á los dos primeros capitanes. Así, en el corte mismo de los versos castellanos, en que se ha procurado imitar el de los originales, se percibe en cierto modo la respiracion fatigosa de un anciano, y como que se siente el peso del dolor que le oprimia. Nótese ahora la feliz eleccion de los pensamientos. 1.° Males que la enemistad de Aquíles y Agamenon deberá causar á la Grecia. 2.° Placer que tendrian los Troyanos si supiesen lo que entónces estaba sucediendo en el campo griego. 3.° Motivos para que los dos le escuchen y no desprecien lo que va á decirles, á saber, que ellos son mucho mas jóvenes y que él ya en ocasiones semejantes se hizo escuchar de otros campeones mas valerosos. 4.° Rasgo característico de la vejez, el *laudator temporis acti*, recuerdo de sus proezas en la guerra de los Centauros. 5.° Razon nacida de esta misma digresion para que los dos rivales sigan ahora su consejo, la de que tambien le siguieron aquellos antiguos héroes. 6.° Propuesta de reconciliacion con las siguientes condiciones, apoyadas en razones solidísimas. 1.ª Que Agamenon no quite á Aquíles su esclava, porque se la habia dado todo el ejército en premio de sus servicios, y 2.ª que Aquíles respete y reconozca la autoridad del Generalísimo porque emana de Jove, y porque, si Aquíles es mas fuerte y ha nacido de una Diosa, aquel es Monarca mas poderoso. 7.° Conclusion. Súplica á Agamenon para que la reconciliacion sea duradera por su parte, teniendo presente que Aquíles es el antemural del ejército.

¿Y quién (digámoslo, ya que la ocasion se

presenta) al acabar de leer este discurso, modelo inimitable en su línea, no conocerá cuan infundada es la crítica que de él hizo Voltaire dando la preferencia al de Colocolo en la Araucana? Concediendo que este sea tan perfecto como él supone ¿cómo pueden ponerse en paralelo dos arengas de tan distinta naturaleza, y pronunciadas en tan diversas situaciones? Néstor solo habla para templar la cólera de dos caudillos irritados, y reconciliarlos si es posible; y Colocolo, aunque tambien trata de cortar una disputa, se propone principalmente avivar en los Araucanos el odio contra los Españoles. ¿Cómo, pues, han de hablar ambos personages de la misma manera, ni cómo Néstor hubiera podido emplear los argumentos de Colocolo? Se dirá acaso que este consigue su intento, y la arenga de aquel no produce efecto alguno. Mal conoceria el arte el que hiciera esta objecion. El discurso de Colocolo debió, ó no pronunciarse, ó inflamar el ánimo de los oyentes. El de Néstor no debió reconciliar á Aquíles con Agamenon; porque allí se hubiera acabado el poema, cuyo argumento es la enemistad de ambos prolongada por algunos dias: y debió pronunciarse para que en el libro nono pueda Néstor proponer al Atrida que desagravie al hijo de Peleo á quien sin razon habia robado su cautiva, y decirle "se la quitaste,

no con mi aprobacion; *que mucho entónces*
procuré disuadirte &c.

Así, estemos seguros de que el fallo de Voltaire fué pronunciado con demasiada ligereza.

Sobre la respuesta del Atrida y la fogosa última réplica de Aquíles, baste decir que una y otra son admirables.

En el discurso de Aquíles á los heraldos, obsérvese la decorosa magestad con que se explica. Y en el que dirige á su madre para explicarla el orígen de sus lágrimas, véase tambien el primer modelo de rápida y animada narracion que nos presenta la antigüedad clásica, y que hasta ahora no ha sido sobrepujado ni aun por los historiadores de profesion (v. 627 y sig.).

Fuimos á Teba,
rica ciudad en que Eïon reinaba,
la saqueamos, el botin se trajo,
en justa division le repartieron
de los Aqueos entre sí los hijos &c.

Y no se tenga por defecto que Aquíles, al referir la venida de Críses al campamento griego, repita los seis ó siete versos en que la musa, ó el autor, la contó ántes á los lectores. Ya he dicho que era uso constante, y como sagrado, en tiempo de Homero repetir las mismas palabras cuando se repetian las mismas ideas. Y si así no fuese ¿qué le hubiera costado variar las expresiones?

Pasaré de largo por la entrega de Criseida á su padre, y el sacrificio ofrecido por los Griegos: y tampoco hablaré del coloquio de Júpiter y Tétis, en el cual está el famoso pasage que dió á Fídias la idea de su Júpiter olímpico. En cuanto á este, se ha hablado tanto del arqueo de cejas, la cabellera erizada, y el estremecimiento del Olimpo, que sin nota de pedantería ya no se puede tocar este punto. Lo único que debo advertir es que he traducido el original palabra por palabra, y colocado las expresiones en el mismo órden que allí tienen; y sin embargo, no ha perdido mucho de su sencillez sublime.

La rencilla entre Júpiter y Juno y el discurso de Vulcano para ponerlos en paz, pasages bellísimos, escritos con verdad, y acomodados al carácter y á la situacion de los personages, pierden para nosotros toda la importancia que tenian en el siglo de Homero. Y ciertamente, aunque no debemos culparle por haber dado lugar en su poema á estos y otros semejantes altercados entre los Dioses, no llevaríamos á mal que los hubiese omitido. Porque entendidos alegóricamente nada significan, y tomados en sentido literal son para nosotros ridículos. Él habló de los Dioses como se hablaba en su tiempo; pero estos Dioses no son para nosotros lo que eran para los Griegos.

Concluiré lo perteneciente al primer libro haciendo notar á los lectores que, si bien los discursos de Agamenon y Aquíles cuando ya se han acalorado en la disputa son de la mas alta elocuencia, todo lo demas está escrito con elegante sencillez; pero sin los adornos brillantes que verémos desde el libro segundo. Así, no hay en todo él mas que un solo y brevísimo símil ilustrativo cuando dice que Tétis, al oir desde el fondo del mar los lamentos de Aquíles,

salió á la orilla, *como niebla leve.*

Pero en esta misma economía de adornos puede conocerse cuan delicado era el gusto de Homero, y cuan fino era su tacto. Todo lo contenido en este libro es la exposicion de los hechos que precedieron á la accion que se celebra, los que la prepararon y produjeron. Por consiguiente, estando destinado, no á exaltar la imaginacion de los lectores ni á mover sus afectos, sino á instruirlos en ciertos antecedentes; ni el estilo debe ser el que los retóricos llaman sublime, ni el tono elevarse demasiado. Esta regla es verdadera,

y despues que la vemos observada por Homero conocemos y decimos que en efecto debió observarla; pero, ¿quién es el poeta que sabe contenerse en semejante situacion? ¿y quién el que, debiendo hablar de una peste, resiste á la tentacion de presentar á sus lectores el poético y magnífico aunque horroroso cuadro de tan terrible calamidad? No resistió Lucrecio, que no tenia necesidad de introducirle en su poema, ni resistió Tucídides, siendo simple historiador y escribiendo en prosa. No es esto decir que el historiador griego y el poeta latino hiciesen mal en describir la peste cuando tuvieron ocasion, sino que Homero hizo mejor en no aprovechar la que tan naturalmente se le venia á las manos. Y no se crea que omitir lo superfluo es cosa fácil. Nada mas difícil cuando se escribe; porque al autor ménos fecundo siempre se le ocurre mucho mas de lo que necesita; y el desechar algo de lo ya inventado es un sacrificio de que se resiente el amor propio. En suma, como ya tengo dicho y probado en otra parte, contenerse siempre dentro de los justos límites, no diciendo nunca ni mas ni ménos de lo que conviene para producir el efecto que se desea, es uno de los principales secretos del arte que solo poseen los escritores de primer órden, y sobre todos Homero. Él es, en efecto, el único escritor en quien á veces debe admirarse mas lo que calla que lo que dice.

LIBRO SEGUNDO.

Aquí tenemos otra prueba de la observacion antecedente en el discurso de Júpiter al Sueño. Añádase una sola expresion, y ya será redundante; quí-



tese, y ya será diminuto. Sin embargo no nos detengamos en él, ni nos incomode verle repetido otras dos veces: 1.° porque, siendo una orden de Júpiter, ni el mensagero que la comunica, ni el héroe que la refiere á los otros caudillos, deben alterar el texto; y 2.° porque, como ya otros han notado, esto mismo se observa en la Sagrada Escritura. Cuando Dios envía un ángel, ó un profeta, á intimar á alguno su voluntad; el sagrado nuncio repite textualmente el mandato que ha recibido: y el hacer lo contrario se hubiera mirado en la antigüedad como una falta de respeto por su parte.

Dejemos tambien el discurso del Sueño, el de Agamenon á los otros capitanes, y el de Néstor que le apoya; y detengámonos en la pintura que hace el poeta del modo con que las tropas acudian al llamamiento de los heraldos. Aquí comienza ya á levantar el tono en la bellísima comparacion entre un ejército numeroso que concurre á la junta general, y los enjambres de abejas que salen de las hendiduras de las peñas á los campos sembrados de flores. Vuélvase á leer todo el pasage, y nótense una por una todas sus expresiones; porque en todas hay algo que estudiar y que aprender. La prodigiosa muchedumbre de los Griegos, la Fama personificada que los aguija á marchar, el ruido que hacen al sentarse, la tierra que gime bajo sus piés, el tumulto que reina en tan numerosa junta, los heraldos que les mandan callar para que escuchen á los Reyes, y el silencio que sigue á la confusa vocería de la soldadesca; son todas circunstancias interesantes.

Cuando se levanta Agamenon con el cetro en la mano para manifestar al ejército el motivo de convo-

carle, no nos paremos en la historia del cetro y el catálogo de sus diferentes poseedores, historia y catálogo muy importantes para los Griegos; pero examinemos el magnífico discurso del Atrida. Quiere, al parecer, persuadir á los Griegos que abandonen la empresa y se vuelvan á su patria; y les dice en efecto que Júpiter así lo manda, les manifiesta la poca esperanza que tiene de tomar á Troya habiéndose prolongado el sitio por el dilatado tiempo de nueve años cumplidos, y les renueva la memoria de sus hijos y sus esposas que los aguardan con impaciencia; razones todas para que se decidan á embarcarse. Pero al mismo tiempo les pone á la vista el deshonor de que en este caso van á cubrirse, y lo que de ellos se diria en los siglos venideros; motivo para que no se retiren, mas poderoso él solo que todas las otras consideraciones ligeramente apuntadas. Tocar, por decirlo así, esta tecla del orgullo nacional á los Griegos "*præter laudem, nullius avaris*" era lo mismo que decirles. "No hay que levantar el sitio; ó morir aqui, ó conquistar á Troya." Esto es superior á todo elogio. Ni en el mismo Demóstenes se halla un discurso trabajado con tan primoroso artificio.

Agamenon acaba de hablar, y el ejército griego se conmueve y agita. (v. 240.)

[illegible] como las vastas
[illegible] olas del mar Icario &c.
[illegible] ó en estío
como la espesa mies &c.

¡Qué dos símiles tan bien escogidos! Y ¡qué pintura la que sigue! Se ve á los Griegos volver presurosos á sus tiendas; levantando nubes de polvo, animarse unos á otros á aparejar las naves para botarlas al agua,

estar ya limpiando los fosos ó canales por donde habian de arrastrarlas hasta la orilla, y quitar los gruesos rodillos que las sostenian en alto; y ya cree el lector que de hecho se embarcarán, y se acabará la guerra. Pero no hay que temer: Juno y Minerva, que tienen jurada la ruina de Troya, no lo permitirán; y valiéndose del elocuente y sagaz Ulíses, harán que el ejército vuelva á reunirse y renuncie á la comenzada fuga. En efecto, baja del cielo Minerva, enviada por Juno, y manda al hijo de Laértes que recorra el campo y contenga á la multitud para que no saquen al mar las veleras naves. Él obedece, habla á los gefes y á la soldadesca, les persuade á que no se muevan, se reunen segunda vez, callan todos, y solo Tersítes habla para insultar al Generalísimo. Pero el mismo Ulíses le reprende y castiga, y pronuncia el elocuentísimo discurso que luego examinarémos. Entre tanto hagamos algunas observaciones sobre los precedentes.

El de Juno á Minerva y el de esta á Ulíses son cortos y agitados, como lo exige la situacion; y contienen, presentada bajo otro aspecto, la única razon con que se podia contener á los Griegos para que no levantasen el sitio, á saber, lo vergonzoso que seria retirarse sin conseguir el objeto de tan formidable y costosa expedicion. Los de Ulíses á los gefes y á los soldados son admirables tambien por su concision y oportunidad, y sobre todo el segundo donde está aquella tan antigua como importante verdad. (v. 332).

No es bueno
el gobierno de muchos: uno solo
el caudillo supremo y soberano
de todos sea.

Pero es mas hermoso todavía el de Tersítes; y no en vano advierte Homero por boca de Ulíses que era un orador facundo. ¡Qué violentas apóstrofes al Atrida, qué interrogaciones llenas de fuego! (v. 369).

¿por qué te quejas?
¿de qué careces? &c.

¿Y qué rasgos de carácter tan verdaderos, tan oportunamente empleados, los de

(están) pobladas
tus tiendas de mugeres escogidas
que á tí el primero *damos* los Aquivos
cuando alguna ciudad *hemos* tomado.
¿O ya el oro codicias que te traiga
un opulento habitador de Troya
en rescate del hijo á quien *yo acaso*,
ú otro de los Aquivos, *prisionero*
hiciera en la batalla? ..

¡Qué verdad hay en esta pincelada, y qué conocimiento supone del corazon humano! El mas despreciable, el último, el mas cobarde de los soldados rasos llamarse, por decirlo así, á la parte en la reparticion de la gloria militar, y suponer que hace prisioneros cuyo opulento rescate recibirá luego el Generalísimo! De estos rasgos se encuentran pocos, aun en los llamados poetas filósofos. Paso en silencio la bellísima pintura de la persona del mismo Tersítes, y la descripcion de sus gestos, acciones, lágrimas, rostro macilento y tristes miradas, cuando Ulíses le hiere con el cetro: y no me detendré tampoco en la reprension que Ulíses le dirige, aunque tiene cosas muy dignas de notarse; particularmente la enérgica imprecacion contra sí mismo (v. 429)

ni su cabeza mas sobre los hombros

conserve Ulíses, ni llamado sea
de Telémaco padre....

pero hablaré del discurso que Homero pone en su boca para decidir á los Griegos á que continúen guerreando (v. 467)

Excelso Agamenon! este es el dia &c.

Analícese punto por punto esta obra maestra, y se verá que ningun orador ha sido jamas tan elocuente en prosa, como lo es en verso Homero. *Exordio* propio para excitar en el auditorio la pasion que le convenia y oportunos pensamientos para conseguirlo, los de "cuando aquí llegaron te ofrecian que no volverias á Grecia sin haber destruido las murallas de Ilion"

y como flacos
tiernos infantes, ó dolientes viudas,
ya en tímido lamento se querellan
unos con otros, y á su patria vuelven
todos la vista.

¿Cuál de los Griegos, al oirle, no se llenaria de confusion y de vergüenza? Pero obsérvese con qué ingeniosa disculpa templa lo amargo de esta dura reconvencion

pero si vemos
que el navegante.... &c.
no debemos culpar á los Aquivos
si ya cansados &c.

y nótese luego cómo, despues de haber calmado algun tanto la violenta pasion que han debido excitar las primeras cláusulas, vuelve al instante á avivarla porque tal vez no se resfrie demasiado, añadiendo:

vergonzoso
es tambien que despues de tantos años
sin tomar la ciudad nos retiremos.

Proposicion del discurso.

Tolerad, pues, amigos, y mas dias
permaneced aquí....

Prueba tomada del prodigio con que Jove les dió á entender cuando estaban para embarcarse en Áulide; que el sitio de Troya duraria nueve años completos, y que corriendo ya el décimo la tomarian. *Narracion* de este prodigio, hecha de mano de maestro. El suceso no se nos cuenta, pasa á nuestra vista. *Peroracion.*

Así Calcas hablaba, y ya se acerca
el tiempo de cumplirse el vaticinio.
Esperad, pues, aquí, Griegos valientes &c.

Pasages escritos de esta manera no necesitan de elogios.

¿Y qué dirémos de la arenga que en seguida pronuncia Néstor, no para apoyar la propuesta de Ulíses (se supone que este ha persuadido al auditorio) sino para rehabilitar al Atrida en la opinion de la multitud, é inspirar á esta el valor y la confianza que conoce se habrán disminuido con la retirada de Aquíles? Véase con cuanta delicadeza, y sin nombrarle, da á entender que no hace falta. Néstor sabia lo contrario, lo ha dicho en el libro anterior, y se lo repetirá mas adelante al Atrida en Consejo de Generales; pero ahora, y delante de la soldadesca, es necesario usar de otro lenguage: y mas cuando Jove les tiene ya concedida la victoria con la fausta señal del relámpago que vieron al embarcarse para Troya. Así, ya no se admiten dudas, excusas, ni temores: el que se atreva á tocar á su navío será castigado de muerte. *Conclusion.* Consejos al Generalísimo sobre el modo de ordenar y distribuir el ejército; primera precaucion, omitida hasta entónces, que se hace ya necesaria

por la falta de Aquíles. Luego vendrá la de fortificar el campamento.

Respuesta de Agamenon á Néstor (v. 623). Esta es superior á todo lo que hemos visto. Elogio debido á la prudencia del venerable Rey de Pilos, é ingeniosa manera de disculparse con el ejército de haber injuriado al hijo de Peleo: así lo ha querido Jove; pero disculpa acompañada de la ingenua confesion de que él fué el que provocó la cólera de Aquíles, y de que si este vuelve á los combates pronto será Troya destruida. Órden á las tropas para que tomen alimento y se empiece la batalla, é instrucciones sobre lo que deben hacer ántes de entrar en la lid; pasage muchas veces imitado, y hasta ahora no igualado pór ninguno.

Uno afile su lanza &c.

. . . .

Y mucho entorno al pecho las correas &c.

Los literatos saben que varias de estas expresiones fueron empleadas, y aun literalmente traducidas por Horacio en la oda "*Pastor cum traheret*" é imitadas por nuestro Leon en la profecía del Tajo; pero tambien saben que no llegaron al modelo; y que Virgilio no se atrevió á competir en esta parte con Homero, habiendo tenido tantas ocasiones de hacerlo.

Descripcion del sacrificio que Agamenon ofrece á Jove. Está repetida la del libro primero; pero no es fácil saber si esta repeticion es del poeta ó de los Rapsodes, los cuales recitando de memoria pasages sueltos pudieron fácilmente aplicar á este sacrificio la descripcion del ofrecido por Críses. Concedamos, no obstante, que esta es una de las inocentadas de Homero: bien compensada está con la hermosa súplica

del Atrida (v. 695). ¡Qué expresiones tan valientes las de

á cenizas reducido
de Príamo el alcázar caiga al suelo,
y el fuego abrasador rompa su puerta &c.

Nótese la inversion de ideas, natural y oportuna en la agitada situacion en que se supone al que habla; pero que en un pasage tranquilo deberia evitarse, pues el fuego no habia de romper la puerta del alcázar despues que este se hubiese arruinado. En los grandes maestros hasta estas pequeñeces son dignas de observarse, porque se ve que no fueron efecto del acaso sino del arte. Nótese tambien con que habilidad, al nombrar á Héctor por la vez primera, se previene al lector sin decírselo expresamente que es el mas valeroso de todos los enemigos. Por eso Agamenon pide á Jove que le dé romper su fuerte coraza y atravesarle el pecho; lo cual es lo mismo que decir. "Dáme tú que yo mate á Héctor; que los demas, aun sin auxilio tuyo especial, serán vencidos."

Ya se hizo el sacrificio necesario en esta ocasion, ya las tropas han tomado alimento, ya se han cubierto de sus brillantes armas, ya se reunen y los gefes las forman, ya se ponen en marcha, atraviesan el llano, y se van acercando á las murallas de Troya; y la imaginacion del poeta se exalta. Pero ¡de qué modo! Búsquese en todos los antiguos y modernos un pasage tan brillante, y no se hallará por cierto. Qué símiles tan hermosos, y amontonados de intento! (v. 768 y sig.).

Como el fuego voraz &c.
Y cual en raudo vuelo &c.
Tan numerosos como son las hojas &c.

Cuantos son los enjambres &c.
Y asi como en los hatos numerosos &c.
Cual entre todas
las reses sobresale en la vacada &c.

¿Y habrá quien sostenga todavía que el no haber introducido en todo el libro primero mas que una sola y brevísima comparacion, y haber acumulado ahora seis bastante largas en una sola página, fué por pura casualidad, por mero instinto, y que Homero no sabia teóricamente y por principios cuando y cómo deben emplearse los símiles? Recuérdense tambien los otros que contiene la parte de este libro que dejamos recorrida y de que no se ha hecho mencion:

como las olas (v. 343)
del estruendoso mar
como en alto risco (v. 666)

y se verá que en todas ocasiones son oportunos, y están bien escogidos y magníficamente amplificados.

No hablaré del catálogo de las naves, en el cual va mezclada la enumeracion de los pueblos que habian suministrado las tropas que las tripulaban. Este trozo, admirable por la exactitud geográfica con que está dispuesto, ha perdido toda la importancia que le daban los antiguos; y una vez parodiado por Cervantes, queda ya en el número de aquellas venerables antiguallas que no deben imitarse aunque en su tiempo fuesen muy dignas de estimacion. Quiere esto decir que no aciertan los épicos modernos que por servil imitacion introducen reseñas, ó revistas militares, muy extendidas y pomposas. Una breve enumeracion de las diversas naciones que se reunen bajo una misma bandera puede bastar por lo comun. Y si las muy dilatadas se hacen ridículas, aun siendo de las

tropas que luego han de pelear ¿qué diríamos del poeta que, como Valbuena, hiciese un largo y empalagoso catálogo de todos los batallones de que se componia un ejército que no vuelve á parecer, ni toma parte en la accion que se celebra?

Tampoco hablaré del de los Troyanos, aunque es mucho mas corto; pero no concluiré lo perteneciente á este libro sin rogar á los lectores que vuelvan á leer el discurso que Íris en figura de Polítes dirige á Príamo para anunciarle que los Griegos vienen á presentar batalla. ¡Qué rasgo de carácter en el exordio! (v. 1325).

> Anciano! *siempre el escuchar te agrada*
> *inútiles discursos*

y qué hipérbole, tan natural en boca de un jóven que ha visto venir contra su patria un grande ejército enemigo, la de

> Los Aqueos,
> en escuadrones ya *tan numerosos*
> *como son de los árboles las hojas*,
> *ó del mar las arenas*, &c.

Tambien les pido que vuelvan á leer la otra hipérbole. (v. 1298).

> Luego que ya formados los Aquivos
> se pusieron en marcha, *parecia*
> *que la anchurosa faz del orbe todo*
> *en fuego se abrasaba.*

Aquí es la imaginacion del poeta la que se exalta, y le presenta los objetos mucho mas abultados de lo que son en realidad.

LIBRO TERCERO.

Nótense ante todo los cuatro hermosos símiles que se leen en las dos primeras páginas.

Tal resuena
en la bóveda cóncava del cielo....

Como en las cumbres de la sierra el Noto....

Como el hambriento
leon se alegra....

A la manera
que al ver un caminante en la espesura
del bosque umbrío verdinegra sierpe,
atras salta medroso, se retira,
tiemblan todos sus miembros, tuerce el paso,
y de mortal amarillez se cubren
sus mejillas....

Nótese tambien la breve pero exacta pintura del modo con que estaba armado Páris cuando marchaba al frente de los Teucros, y aquella feliz expresion para describir su marcha (v. 42)

en cadenciosos arrogantes pasos,

y pasemos á la dura reprension con que Héctor castiga su cobardía. (v. 70 y sig.) No cabe cosa mas bella: no hay un pensamiento, una expresion, que no ofrezca materia para un elogio. Pero, no pudiendo detenerme tanto, solo quiero que se observe aquel pasage que tambien aprovechó Horacio en la oda ya citada.

No te hubieran valido, *moribundo*
al rodar en el polvo, *ni la lira*,
ni los dones de Vénus, *ni el cabello*,
ni la mucha belleza.

Admírese tambien en la respuesta de Páris la destreza con que este, sin negar los hechos ni responder á los cargos, templa el enojo de su hermano alabando su rígida entereza, y solo se extiende sobre aquella expresion que se le ha escapado y podia ser refutada "*los dones de Vénus*. ¡Cómo triunfa el taimado, respondiendo con verdad. (v. 114).

Renunciar no puede
el hombre á las ventajas que benignas
concederle quisieron las Deidades,
ni el hacer la eleccion está en su mano....!

No nos detengamos en el resto del discurso de Páris, en la pintura de Héctor conteniendo á sus tropas, en la accion tan natural de los Aquivos cuando le ven solo y adelantado de su hueste, en la urbanidad del Atrida cuando conoce que va á decir *útil palabra*, ni en la propuesta del desafio en la cual se repite, y debe repetirse, en términos literales la oferta de Páris; pero nótese en el discurso tan oportuno de Menelao aquel pasage (v. 181)

De Príamo tambien la respetable
persona venga, y el tratado jure;
él mismo, porque infieles y perjuros
son sus hijos

y aquella sentencia (v. 186)

Inconstante
siempre fué de los jóvenes el alma &c.

Pasemos rápidamente por aquella fina observacion de que Griegos y Teucros se alegraban esperando que en breve acabaria la guerra asoladora, por la ingeniosa ficcion de que Íris, la mensagera de los Dioses, va á llamar á Elena para que presencie el combate, por la bella sencillez de su discurso, por el natural

deseo de ver á su primer esposo y á sus deudos que al oirla se excita en el corazon de la griega, por su salida del alcázar y aquellas *tiernas lágrimas*, por su llegada á la torre en que estaba Príamo rodeado de los ancianos, por la graciosa comparacion de estos con las cigarras, por el elogio que hacen de Elena y la oportuna correccion con que le terminan, y por la indulgencia de Príamo y la natural curiosidad que le mueve á llamar á su nuera para que le diga quienes son los Príncipes aquivos que descubre á lo léjos; y observemos el gran conocimiento del arte que supone el modo con que Elena se presenta por primera vez en el poema.

Viene llamada por Íris, viene á presenciar un combate que va á decidir de su suerte, viene pudibunda y llorosa, y sobre todo viene agitada de crueles remordimientos; y por mas que el bondadoso Príamo la consuela diciendo que los Dioses son los que le han traido la guerra lamentable de los Dánaos, ella empieza su respuesta confesándose culpada; quisiera haber perecido de muerte dolorosa ántes de haber cometido el error de seguir á Páris abandonando el tálamo nupcial, su familia, su única hija, y las compañeras de su niñez, y añade que estos recuerdos la hacen consumirse llorando. ¡Qué hombre debió de ser el que veinte y ocho siglos hace escribia de esta manera! ¿Quién puede serle comparado, aun en los cultísimos siglos posteriores al descubrimiento de la Imprenta? Y si "*caput artis est decere*" es decir, si lo principal, lo importante, lo mas difícil del arte es hacer que los personages digan y hagan precisamente lo que dadas todas las circunstancias debieron decir y hacer ¿quién jamas conoció y poseyó mas completamente *el arte* que el divino

Homero? Su gran mérito, como ya observé, consiste en que sus personages jamas dicen en las muchas arengas que les presta cosa que no debieron decir, y dicen siempre lo que nosotros hubiéramos dicho puestos en aquella situacion. Pero aunque esto se observa en todo el poema, en ninguna parte se descubre tanta habilidad como en aquellos pasages en que Elena aparece, por decirlo así, en la escena. Es un personage necesariamente odioso, mala madre, esposa infiel, y autora de todos los horrores y estragos de una guerra de diez años; y sin embargo debe hacer papel en el poema. ¿Qué hará, pues, el poeta para presentarla á sus lectores y pintarla por el único lado que puede no incomodarlos, y aun interesarlos hasta cierto punto? Presentarla pocas veces, y presentarla arrepentida de su yerro, confesándole ella misma, echándosele en cara, y aliviando con su ingénua confesion el peso de los remordimientos de que se siente agoviada. Pues esto es lo que Homero hizo las cuatro veces que Elena se muestra: la primera y segunda en este libro, la tercera en el sexto, y la cuarta en el vigésimocuarto. Siempre se reconoce culpada, siempre confiesa que es la causa de los males y que debe ser *odiosa* á Griegos y Troyanos. ¿Y se dirá que Homero escribia guiado solo del instinto, y no alumbrado por la antorcha de la filosofía?

Dejemos las preguntas del anciano y las respuestas de Elena, la oportunidad con que Antenor la interrumpe para hacer el elogio de Ulíses, la vuelta de los heraldos con las víctimas, la llegada de Príamo, las ceremonias del sacrificio, la plegaria de Agamenon, la de los Griegos y Troyanos, y la retirada del Rey de Troya ántes de que empiece el combate de

Páris y Menelao, tan diestramente motivada por la razon de que sus ojos (v. 500).

ver no podrian combatiendo á un hijo
con tan fuerte adalid:

y pasemos al famoso combate singular, en cuya descripcion no sobra ni falta una sola pincelada.

Héctor y Ulíses miden el campo, echan en un casco de bronce las tarjas ó suertes de los dos rivales, entre tanto Griegos y Troyanos piden á Jove que sea vencido el autor de los males que padecen, y Héctor agita las suertes pero *apartando la vista*; rasgo que no tiene precio. Porque, si Héctor reprende agriamente á Páris cuando la ocasion se presenta, conoce y predice que su liviandad causará la ruina de Troya, y al pensar en ello le desea á veces la muerte: al fin es su hermano y no quiere ver saltar del casco las suertes no acaso salga primero la de Menelao, lo cual le daba ya una gran ventaja sobre su enemigo. Salta la de Páris, y este se arma; porque ántes solo estaba cubierto con una piel de leopardo y no tenia mas armas que el arco y la espada, y ahora ha de combatir con lanza y armado de punta en blanco. Por eso el poeta en magníficos versos enumera una por una las piezas de la armadura; y respecto de Menelao se contenta con decir que volvió á tomar la suya, que como los demas se habia quitado durante el sacrificio.

Marchan los dos campeones á encontrarse, y desde léjos se amenazan ya con torvas miradas; quedan en temerosa espectacion los circunstantes, llegan aquellos al medido campo, se paran en su centro, blanden sus lanzas respirando venganzas y rencores, tira Páris y acierta el golpe, pero no puede penetrar el só-

lido escudo de Menelao. Arroja este la pica implorando ántes el favor de Jove, pasa la rodela del Troyano, rompe su coraza, desgarra su túnica, y si no se hubiese ladeado le hubiera dejado muerto. Desenvaina la espada cortadora, y descarga furibundo golpe sobre el almete de Páris; pero la hoja se rompe en tres ó cuatro trozos (en las palabras griegas se está oyendo el ruido que hace al romperse, y en las castellanas se ha conservado cuanto es posible la armonía imitativa) y lleno de rabia y furor al ver inutilizados sus esfuerzos, prorrumpe en imprecaciones contra Jove. Salta no obstante sobre su enemigo, le coge del penacho, y le quiere arrastrar hácia su escuadra; pero Vénus baja del cielo, corta la correa que sujetaba el morrion por bajo de la barba y que ya estrechaba demasiado el *tierno* cuello de Páris, cerca á este de oscura nube, y por los aires le lleva á su palacio y le sienta en el lecho. ¿Sobra ó falta alguna cosa en esta descripcion? ¿Puede ser mas animada? ¿No estamos viendo el combate? ¿No puede pintarle cualquier pintor por la sola descripcion del poeta? Pues todavía es mas admirable lo que sigue.

Sale Vénus del alcázar de Páris á llamar á Elena, que todavía estaba en la torre adonde ántes fuera para desde allí ver el combate, se acerca á ella en figura de una esclava que la habia acompañado desde Lacedemonia, la tira blandamente por el manto, la hace volver la cabeza, la dice que Páris la llama, y se le pinta con los colores mas halagüeños y capaces de renovar y avivar su antigua y por entónces amortiguada pasion. Llénase Elena de cólera al escucharla; pero cuando reconoce á Vénus, la dirige en amarga ironía el discurso mas elocuente que á mi juicio se encuen-

tra en todo Homero, que en este pasage se excedió, como dicen, á sí mismo. Léase de nuevo (v. 664).

Divinidad cruel! &c.

Aquí no hay necesidad de comentarios. Con este trozo nadie ha competido hasta ahora. Y no es ménos enérgica la reconvencion que Elena hace á su amante (v. 709).

Vienes de pelear &c.

ni ménos sagaz la disculpa de Páris, y la manera con que la recuerda las circunstancias de sus primeros amores para templar su enojo. Tambien es admirable la conclusion del libro. Nótese aquella feliz observacion del poeta cuando Menelao andaba buscando á Páris por entre las filas de los Troyanos y auxiliares, ninguno de los cuales pudo decirle donde se ocultaba porque no lo sabian;

Y á saberlo
nadie por amistad callado hubiera;
porque de todos era aborrecido
como la negra muerte (v. 751 y sig).

LIBRO CUARTO.

Sin embargo de que el principio de este libro presenta una de aquellas escenas mitológicas que para los modernos han perdido todo el interés con que las leian los antiguos; obsérvese cuan bien escrito está el pasage. Olvidemos que en la religion del poeta Júpiter y Juno eran divinidades, supongamos que eran Rey y Reina en cuya mano estaba la suerte de una ciudad sitiada, y demos por sentado que él queria conservarla y ella tenia empeño en que fuese destruida; ¿pudieron altercar en mas elocuentes voces? ¡Qué arenga tan hermosa la de Júpiter! (v. 54)

Cruel! ¿qué ofensa &c.

¡Qué expresiones tan valientes aquellas de

Si dentro de las puertas y los muros
penetraras, y vivos devorases
á Príamo, y de Príamo á los hijos,
y á los demas Troyanos; solo entónces
el odio que les tienes saciarias.....

y las otras

Sí: bajo el sol y el estrellado cielo
no hay entre todas las demas ciudades
que los hombres habitan una sola
que me haya sido al corazon tan grata... &c.

Dejemos el mandato de Júpiter á Minerva para que baje al campo de Ilion y haga de modo que los Troyanos rompan la tregua y violen la fe del juramento, la ejecucion de este mandato, el artificioso discurso con que la Diosa engaña y seduce á Pándaro, las precauciones que este toma para que los Griegos no le impidan la ejecucion de su designio, el acto de disparar, la salida de la flecha, el sordo ruido del arco, el crugido de la cuerda, y el rápido vuelo de la saeta que va por el aire ansiosa de clavarse, expresion que en cierto modo la personifica suponiéndola capaz de pasiones y deseos; y detengámonos un poco en el modo con que Homero habla de la herida de Menelao.

La oportunidad de la apóstrofe, este modo inesperado de llamar la atencion, este no contentarse con decir narrativamente "la saeta hirió en efecto á Menelao aunque ligeramente" este asegurar de antemano al lector que los Dioses no se olvidaron del Atrida, aquel tan bien ideado símil para hacer visible el modo con que Pálas hizo ladear la flecha sin alejarla

del todo (porque era menester que Menelao á quien iba encaminada fuese herido) diciendo (v. 221 y sig.) que la separó.

cuanto suele
tierna madre alejar alguna mosca
del hijo amado que sumido yace
en dulce sueño,

y la otra comparacion (la cual sin embargo quisiera yo que acabase en la palabra *marfil*, ó á lo mas en la de *caballos*) para dar á conocer como fué manchado con la sangre el cútis de Menelao, forman de este cuadro uno de los mas bellos de la Ilíada.

El sobresalto de Agamenon cuando ve correr la sangre de su hermano, el temor de este hasta que conoce que la herida no es peligrosa, y el tierno y elocuentísimo discurso que aquel le dirige suponiéndole herido mortalmente, son rasgos que se elogian á sí mismos: basta leer el pasage. ¡Qué verdad en todo! qué ternura en la expresion del amor fraternal, qué fuerza en las amenazas hechas á los Troyanos, qué confianza en la proteccion que Júpiter no puede ménos de dispensar á la justa causa, qué amarga ironía en la jactanciosa arenga que los Troyanos pronunciarán insultando á la tumba del valiente Menelao, y qué feliz conclusion!

Nada diré sobre la llamada de Macaon, su venida, y curacion del herido. En estos pasages puramente expositivos, todo lo que puede exigirse del poeta es que refiera concisa y sencillamente los hechos; y esto siempre lo hace Homero con singular maestría. Pasemos, pues, á la revista que Agamenon hace de sus tropas para animarlas al combate.

Observemos ante todo cuan diferente lenguage es

el que emplea cuando habla con los valientes, y el que usa cuando reprende á los cobardes. En el primer caso el tono es tranquilo, templado, dulce; en el segundo iracundo, violento, amargo.

Respecto de los primeros se contenta con afirmarlos en sus buenas disposiciones con la poderosa y verdadera reflexion de que Jove

no será el auxiliar de los perjuros &c. (v. 394).

Nótese al paso cuan feliz es aquel epíteto "*delicada*" dado á la carne de los hombres sin fe, como para dar á entender que solo hombres afeminados, voluptuosos y muelles, pueden recurrir á la perfidia para vencer en los combates. A los segundos los confunde y avergüenza llamándolos *archeros*, (estos eran ménos estimados que los *oplitas*, ó *gravis armaturæ milites*) cobardes, sin honor &c. y comparándolos con los tímidos ciervos.

Notemos despues el arte con que Homero supo variar las arengas que pone en boca del Generalísimo y las respuestas que le dan los capitanes, ya que los alabe y ya que los reprenda. Dejemos á Idomeneo y los dos Ayaces, aunque al hablar de estos no debe quedar sin elogio la bellísima comparacion de su espesa cohorte con la negra nube que viene del mar cargada de mucha tempestad; y detengámonos con Néstor. ¡Qué rasgos de carácter en su respuesta! ¿Quién puede desconocer al anciano de las tres edades en aquel recuerdo de sus fazañas, en aquella triste confesion de que ya le oprime la vejez rugosa, y en aquella fanfarronada tan propia del que fué valiente, á saber, que aun así no dejará su carro de hallarse entre los demas, y que si con los puños no puede será útil con sus consejos?

Véase finalmente cuanta verdad hay en la respuesta de Ulíses á la no merecida reprension que le dirige el Atrida, y cuanta naturalidad en la satisfaccion que este le da; y obsérvese la diferente manera con que están presentadas las mismas ideas cuando Esténelo se da tambien por sentido de que Agamenon haya llamado cobardes á él y á Diomédes, y la prudente moderacion con que este disimula por ahora su enojo delante de la soldadesca. Ya mas adelante se dará por entendido en el Consejo á que solo asistian los Príncipes. Pues esto no se hizo sin arte. Algunos han criticado, como demasiado prolijo, el discurso de Agamenon á Diomédes; pero no han tenido presente que siendo el último á quien habló, y no estando formado todavía el ejército entero, habia lugar para extenderse algo mas que en los anteriores.

Concluidas ya la revista y las arengas, vengamos á los magníficos y brillantes símiles con que se inflama la imaginacion y se prepara el ánimo del lector, para que atienda á la relacion de la gran batalla que van á darse Griegos y Troyanos.

Como del mar en resonante playa &c. (v. 713).

Marchaban los Troyanos, semejantes &c. (v. 734).

Ningun poeta ha llegado á tanta sublimidad. Y ¿qué diré de la pintura de la Discordia (v. 753) que Virgilio se apropió para hacer la de la Fama,

al principio
es de corta estatura pero luego,
creciendo lentamente, su cabeza
en los cielos afirma, y con su planta
huella la tierra, y en furor insano
nunca se sacia de dañar.....

y de aquel presentarla atravesando por las filas y ar-

rojando en medio de ellas la lucha, ó la batalla, para todos luctuosa? ¡Y la descripcion de la embestida de los dos ejércitos! Es tan singularmente bella y animada, que no puedo ménos de copiarla. (v. 763).

Cuando ya las escuadras á encontrarse
en su marcha vinieron; los escudos
se entrechocaron, y en el aire alzadas
se cruzaron las picas, y el aliento
se mezclaba tambien de los armados.
Y al oponer los cóncavos broqueles
el uno al otro, inmensa vocería
se alzó en el campo; y juntos resonaban
del matador el insolente grito
y el triste lamentar del moribundo,
y de sangre la tierra fué inundada.

¡Qué verdad! ¡qué pincel! Estámos viendo el objeto que se nos describe. Pero ¡cuanto se ilustra todavía con el símil que sigue á la descripcion! Quiero tambien repetirle porque es de los mas felices y mas bien escritos de todo el poema. (v. 774).

Y como en el invierno dos torrentes,
saliendo de abundosos manantiales
y de altísima sierra derrumbados,
sus espumosas resonantes aguas
juntan del valle en el profundo seno,
y á lo léjos el ruido estrepitoso
oye el pastor desde las altas cumbres
de los montes vecinos; tal se oia
espantoso clamor en la llanura,
cuando el choque empezó de las escuadras.

El que no vea en este símil la grandilocuencia épica llevada al mas alto punto, el que por este solo pasage no reconozca en Homero el *os magna sonaturum*,

el que no perciba el ruido estrepitoso que hacen al mezclarse en el valle las espumosas resonantes aguas de dos torrentes derrumbados de altísima sierra, y el que no descubra la semejanza entre este ruido y el inmenso clamor que debió alzarse en la llanura al comenzarse una batalla en la cual combatian ciento cincuenta mil guerreros; no pase adelante. No se hizo para él la poesía.

No quiero dejar este libro sin notar la bellísima comparacion de Simoïsio con el álamo que cae en tierra, cortado por el carretero que luego le despoja de sus ramas. ¡Qué bien escogidas las circunstancias de que el álamo criado á la orilla del lago crece y se corona de espesas ramas, pero viene el carretero y le corta &c.! debiendo aplicarse todo el símil á un tierno jóven criado con mucho regalo por sus padres, y que muere en la flor de su edad atravesado por una lanza enemiga!

Nótense finalmente en el discurso de Apolo á los Troyanos la finura, la oportunidad, y la destreza con que es alabado Aquíles; y el cuidado que el poeta tiene de recordar su nombre á los lectores, ya que por ahora él no debe presentarse.

LIBRO QUINTO.

No me detendré mucho en él; porque destinado á describir la primera batalla de las cuatro que ha de contar el fondo de la tela es el mismo en todas ellas, aunque infinita la variedad de matices y colores. Sin embargo, es preciso decir aquí una vez por todas en elogio de Homero lo que sus mismos detractores no han podido negar, y es que hasta aho-

ra ningun poeta ha sabido presentar una misma escena bajo tan diferentes aspectos, y dar variedad, interes y novedad á la constante repeticion de unas mismas cosas. En efecto, una batalla como las que se daban Griegos y Troyanos es un objeto esencial y necesariamente monótono; porque siempre se reduce á que dos campeones se encuentran, y provocándose ó no ántes del combate, arrojan sus lanzas, y el primero hiere al segundo en el pecho, ó el segundo atraviesa al primero por el vientre. Cae en tierra el vencido y el vencedor le insulta, ó no le insulta; y le despoja de la armadura, ó pasa de largo á encontrarse con otro con el cual se repite la misma escena, sin mas diferencia que la de ser ahora la herida en la frente, ó en medio de los hombros, si el otro volvió la espalda. No obstante, léanse con cuidado las innumerables descripciones de estos combates singulares que se encuentran en Homero, y se verá que á excepcion de la inocentada de repetir no pocas veces lo de

Cayó en la arena, y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas,

en lo demas siempre hay alguna circunstancia que diversifica el cuadro y le da cierta novedad interesante. Observémoslo en algunos de los muchos combates que se describen en este libro.

Dos Teucros, hijos de un sacerdote de Vulcano, se adelantan de su escuadra y desde un alto carro acometen á Diomédes, que solo y á pié se encaminaba por aquella parte á lo mas recio de la pelea. Él los espera, Fegeo le tira su lanza pero no le hiere, arroja entónces la suya el hijo de Tideo, atraviesa el pecho á su enemigo, huye el hermano despavorido

sin atreverse á defender el cadáver, y Vulcano le salva la vida. Este cuadro es magnífico; pero no volverémos á verle en todo el poema, sin embargo de que varias veces se nos hablará de dos campeones que subidos en un mismo carro combaten con otro que los espera ó acomete, ya desde tierra, ya montado tambien en el suyo.

Viendo los Troyanos que el mayor de los hijos de Dáres ha sido muerto y el otro se ha salvado con la fuga, se desalientan y vuelven la espalda; y en esta derrota matan, Agamenon á Hodío, Idomeneo á Festo, Menelao á Escamandrio, Meriónes á Fereclo, Méges á Pedeo, y Eurípilo á Ipsenor; pero en cada uno de los muertos hay alguna circunstancia particular que diversifica la escena, y llama nuestra atencion. Hodío es el corpulento caudillo de los Alizones, está sin carro, y al volver la espalda para huir le atraviesa por detras Agamenon. Idomeneo hace lo mismo con Festo; pero este subia entónces en su carro, era hijo de Boro y habitante de Arna. Menelao hiere tambien por la espalda á Escamandrio; pero este no es auxiliar, es troyano y cazador famoso enseñado por Diana

á herir certero cuantas fiera cria
de los bosques umbríos la espesura.

Y sin embargo, ni la Diosa su protectora, ni la gran destreza en manejar el arco, le salvaron entónces la vida. Meriónes alcanza en la fuga á Fereclo, y le atraviesa el hijar derecho; pero este Fereclo no era un oscuro combatiente, era un artífice famoso y el mismo que habia construido los bajeles en que Páris recorrió los mares y trajo robada á Elena. Méges atravesó igualmente con su lanza á Pedeo, metiéndo-

sela por la nuca; pero Pedeo era un hijo bastardo de Antenor, y el poeta interesa nuestra sensibilidad advirtiéndonos que la virtuosa Teano habia criado al bastardo con el mismo amor y regalo que á los suyos. Baste esta muestra para dar á conocer la habilidad con que Homero presentando las mismas escenas supo variarlas y mantener siempre dispierta la atencion del lector, y recorramos rápidamente lo restante del libro.

Ya observaron los antiguos comentadores la destreza con que Homero consiguió dar cierta unidad á la narracion de varios combates sueltos é inconexos, haciendo en cada batalla el héroe del dia, por decirlo así, á uno de los principales campeones. Diomédes lo es en todo este libro quinto, Teucro en el octavo, Agamenon en el undécimo hasta que sale herido, y sucesivamente lo son Ulíses, Ayax, Idomeneo &c. Y hasta el mismo Menelao, que no pasaba por el mas valiente, defiende sin embargo con denuedo el cadáver de Patroclo en el decimoséptimo; pero desde el vigésimo en que se presenta Aquíles todos quedan oscurecidos y eclipsados, de la misma suerte que las estrellas desaparecen así que el sol se muestra sobre el horizonte. Y es muy digno de observarse el cuidado que Homero tuvo de no hacer nunca combatir á Néstor. Este anciano en todo se halla, en todo interviene, es como el númen tutelar de Grecia y el alma del ejército; libra la vida á Macaon sacándole en su carro cuando le ve herido, y él mismo asiste á los combates; pero acordándose de lo que deja dicho, á saber, que los ancianos solo son útiles en la guerra por los consejos que dan, y que los jóvenes son los que deben ensangrentar sus lanzas, nunca la echa de

valiente por mas que diga y repita que lo fué en su mocedad. Y esto ¿se hizo sin arte y sin estudio? No lo creerá ciertamente el que reflexione que Néstor no debe pelear; porque peleando, ha de vencer ó ser vencido. Lo 2.° hubiera sido indecoroso, inútil y contrario á la tradicion histórica; y lo 1.° inverosímil en la edad de noventa años.

Supuestas, pues, estas observaciones generales, dejemos todos los combates de que se trata en este libro; y detengámonos en los demas trozos con que está hábilmente suspendida y amenizada la narracion de los encuentros, que continuada sin intermision hubiera sido fastidiosa.

Observa Pándaro que Dioméles derriba él solo escuadrones enteros de Troyanos; y armando su balleston le tira una flecha, y con ella le hiere en el hombro. Grita gozoso á los Troyanos para que vuelvan de la fuga, Dioméles se retira aunque conoce que la herida no es mortal, implora el favor de Minerva, acude esta, y reanima sus fuerzas.

Vuelve animoso al combate y hace nuevos prodigios de valor; Enéas lo advierte, y busca á Pándaro para que este le mate con sus flechas, porque el griego está peleando á bastante distancia. Responde Pándaro que ya le ha tirado una, pero aunque ha logrado herirle no ha conseguido matarle; y con este motivo se queja de su arco, y siente no haber traido su carro y sus bridones. Enéas le ofrece el suyo, y le asegura que los caballos, como son de raza divina, los sacarán ilesos del combate si fuere necesario volver la espalda al enemigo. Sube Pándaro en el carro de Enéas, deja á este con muy sabia prevision el cuidado de dirigir los caballos, se encarga él de pelear con Diomé-

des, y marchan ufanos á encontrarle. Los ve Esténelo, aconseja á su amigo que se retire, desecha aquel indignado su consejo, espera, llegan, y ayudado de Minerva mata á Pándaro, y este paga la merecida pena de haber violado el primero la santidad del juramento. Enéas defiende su cadáver, pero es herido con una gran piedra que le tira el Griego: cae desmayado, y hubiera perecido si su madre Vénus no le hubiera sacado del combate; y el Griego, autorizado para ello por Minerva, la sigue y la hiere en la palma de la mano. Se desmaya la delicada Diosa, Íris la saca de entre el ruido de las armas, Marte la da su carro, sube al Olimpo; se lamenta de la osadía del aquivo, Dione procura consolarla refiriendo antiguas leyendas segun las cuales otros varios Dioses habian sido heridos y aun encarcelados por los hombres, y la cura instantáneamente. Minerva y Juno se burlan de Cíprina, Júpiter la acaricia, entre tanto Diomédes persigue todavía á Enéas, y no cesa de perseguirle hasta que Febo le intimida y hace retirar.

Este pasage, bellísimamente escrito y felizmente imaginado para variar la escena y suspender la continua relacion de combates y de muertes, merece sin embargo algunas observaciones.

El discurso de Dione, aunque para nosotros ha perdido ya una gran parte del encanto que tendria para los Griegos, es admirable todavía por aquellos últimos versos en que amenaza á Diomédes, ó mas bien le pronostica la suerte que le cabrá por haber herido á una Diosa (v. 658)

Necio! no sabe que de larga vida
no será aquel mortal que peleare
con los eternos Dioses &c.

Que tiemble pues &c.

Pero es preciso reconocerlo, y confesarlo: la burla que Minerva hace de Vénus cuando la ve llegar herida es demasiado familiar, y degrada la magestad épica. Yo sé que se puede todavía defender á Homero, echando la culpa á las ideas poco elevadas que los Griegos se habian formado de sus divinidades; pero siempre resultará que si pudo mitológicamente introducir este pasage, hubiera hecho mejor en suprimirle como poeta. Para nada hace falta. Y dígase cuanto se quiera, semejantes jocosidades, aun puestas en boca de mugeres mortales, siempre chocarian en un poema épico en que todo debe ser grave, serio y magestuoso. ¡Cuánto, pues, no incomodarán en boca de una Diosa! Y ¡qué Diosa! La de la sabiduría.

No se debe decir lo mismo, supuesta ya la burla de Minerva, del gracioso, fino y delicado modo con que Júpiter consuela á la insultada y afligida Vénus diciéndola (v. 696)

No á tí fué dado en las sangrientas lides
presidir, hija mia! Entiende solo
en los dulces cuidados de himeneo &c.

Esto es bellísimo, y prueba que si Homero da de tarde en tarde alguna cabezada de sueño pronto dispierta mas despavilado y vigoroso que ántes de adormitarse. Y en efecto, lo que inmediatamente sigue todo es magnífico. El discurso que Mavorte tomando la figura de Acamante dirige á los Troyanos para reanimar su valor, las duras verdades con que Sarpedon reconviene á Hector, el símil de la parva, la vuelta de Enéas, la fina observacion de que sus amigos no le hicieron ninguna pregunta porque no se lo permitia el peligro en que se hallaban, la arenga de Aga-

menon á los Aquivos, la comparacion de Orsíloco y Creton con los dos leoncillos que despues de haber hecho tantos estragos mueren á manos de algun pastor, el sentimiento que tuvo por su muerte Menelao, la tierna solicitud de Antíloco cuando ve que este atraviesa las hileras exponiendo su vida, la llegada de Héctor acompañado de Belona y de Marte, la retirada de Diomédes, y sobre todo el símil con que está justificada (v. 986)

Y cual viagero que la vez primera &c.

nada dejan que desear al lector inteligente.

Lo mismo debe decirse del combate de Tlepólemo y Sarpedon, y de las arengas con que á él se provocan. La de aquel es la que debió pronunciar un fanfarron que á falta de hazañas propias se envanece con las de sus progenitores, y la de este es un modelo de elocuente y sólida refutacion.

Si á Troya
Hércules saqueó..... &c....

Nótense en este pasage aquellas dos tan verdaderas como oportunas reflexiones que hace el poeta: la 1.ª que al retirar á Sarpedon herido no se ocurrió á sus amigos sacarle del muslo la pica que llevaba arrastrando, porque tal era el peligro en que se veian y tal el azoramiento en que estaban: y la 2.ª que impaciente Héctor por rechazar á los enemigos pasa de largo por junto á Sarpedon, sin responder á la tierna súplica que le hace para que le defienda. En estas que parecen pequeñeces se ve el gran conocimiento que Homero tenia de las reglas, el gran tino con que sabia contenerse dentro de los límites que ellas prescriben, y la prevision con que anticipa la respuesta á las objeciones que se le pudieran hacer. Esto se ve

en el primer pasage, y aquello en el segundo.

Llegamos ya á la magnífica descripcion del carro de Juno y de la armadura de Pálas, al rápido vuelo en que bajan las dos á socorrer á los Griegos contra Marte que los destroza, á la herida que á este hizo Dioméd̃es, á la llegada del númen al Olimpo, quejas que da á su padre Jove, áspera respuesta que recibe, y vuelta de las Diosas: en todo lo cual, supuesta la mitología de los Griegos, nada hay que merezca censura, y hay mucho digno de elogio y admiracion. Yo no me detendré á analizar este trozo; los lectores podrán hacerlo por sí mismos, y solo les indicaré la sublime idea que nos da el poeta del modo con que los caballos de los Dioses atravesaban en breves instantes larguísimas distancias, diciendo (v. 1293)

Cuanto puede
en el espacio descubrir la vista
del que sentado en elevada cumbre
fija sus ojos en el ponto oscuro;
otro tanto de un brinco los caballos
saltan de las Deidades.

Así es como pueden engrandecerse y ennoblecerse los objetos mas pequeños y comunes. ¿Cuál puede serlo mas que el brinco de un caballo? Y sin embargo, ¡qué grandioso aparece realzado por una feliz comparacion!

Nótense tambien al principio del libro las tres con que estan ilustradas las proezas de Diomédes.

Semejante
al hinchado torrente &c. (v. 157)
Como si hiere
levemente al leon &c. (v. 241)

Como suele
el hambriento leon &c. (v. 280).

LIBRO SEXTO.

En él se demuestra lo que tengo dicho en mi Arte de hablar, á saber, que un poema épico, si en lo demas está bien escrito, no necesita de fabulosas ficciones, y que aun en aquellos que las contienen no son ellas lo que mas nos interesa y conmueve, sino lo puramente humano. En efecto, en todo este libro no hay máquina, los Dioses no se muestran ni hacen nada, y sin embargo es el mas hermoso de todos no contando el vigésimocuarto. Veámoslo con alguna detencion.

Retirados los Dioses sigue la batalla, Ayax de Telamon mata al caudillo de los Tracios Acamante, y Diomédes á un guerrero llamado Axilo que hospedaba en su casa á cuantos pasaban por el camino á que estaba contigua; y Homero, recordando su virtud, añade (v. 28)

Pero ninguno de los muchos héroes
que él hospedara, de la triste muerte
entónces le libró, ni á su defensa
acudió generoso.

Oportuna reflexion para insinuar á los lectores cuanta es la ingratitud de los hombres. Todavía el poeta nos interesa en favor de este personage, observando que á su lado murió tambien su fiel escudero y que sus almas bajaron juntas al orco: tierno contraste entre la fidelidad del auriga y el abandono en que dejaron á Axilo los muchos que por él habian sido agasajados.

Sigue la rápida narracion de dos encuentros en

que Euríalo mata él solo á cuatro enemigos, y la simple indicacion de otros Troyanos muertos por varios caudillos griegos; y por la primera vez encontramos un pasage en que se ve hacer un prisionero. Pero ¡qué pasage! Merece que nos detengamos en él.

Desbócanse los caballos de un teucro llamado Adrasto, rompen el carro por cerca del timon, cae su dueño en el polvo junto á la rueda, y se le acerca Menelao amenazándole con su larga pica. Se arroja á sus piés el infeliz troyano, le pide en corta pero tierna plegaria que no le quite la vida, y le ofrece un magnífico rescate. Menelao, que en todas ocasiones se muestra bondadoso, se enternece al oirle y ya iba á mandar á su escudero que le llevase vivo á las naves; pero sobreviene su hermano Agamenon, le acusa de que sea tan indulgente y compasivo con los mismos que le tenian hecho tales agravios, y Menelao, sin responderle, cede á su autoridad. Sin embargo, no se atreve á matar por su mano al que una vez habia implorado su clemencia, se contenta con alejarle de sus piés, y Agamenon atraviesa el pecho con su lanza al infeliz Adrasto. El que por sí mismo no conozca todo el mérito de este pasage, no le conoceria por mas observaciones que yo le hiciera. Así me contento con rogar á los lectores que vuelvan á repasarle, y señaladamente el discursito de Agamenon á su hermano (v. 93).

O, bueno en demasía &c.

y noten como se retrata en sus palabras el orgulloso y vengativo Rey de Micénas. Menelao era el principal agraviado en esta querella, y sin embargo olvida su antigua ofensa y se compadece de un troyano que inerme é indefenso, no por cobardía sino por

una desgracia casual, ha caido en sus manos; pero Agamenon, no solo le impide ser generoso y humano, sino que le reprende y le intima la órden de no dar cuartel. ¡Qué rasgos de ferocidad tan propios de aquellos siglos!

y hasta el niño que en el vientre
lleva la madre, ni aun allí se libre.
Todos acaben; ni llorados sean,
ni la memoria de su nombre quede.

No se contenta con vencerlos y matarlos: quiere que nadie los llore despues de muertos, y que ni aun se conserve la memoria de su nombre.

No es menos hermoso en su línea el discursito de Néstor que sigue inmediatamente. El consejo que da á las tropas de que no se detengan á recoger despojos y mucho ménos en llevarlos á las naves, y que por ahora solo piensen en matar enemigos, es oportuno en el momento en que empieza á mostrárseles favorable la fortuna, que pudiera hacérseles contraria si desperdiciaban el tiempo; pero ademas conviene observar la delicadeza con que el buen Néstor se llama el primero á la parte cuando se trata de pelear, pero se excluye despues cuando habla de recoger el botin, que desde ahora cede y abandona á los soldados.

Solo *pensemos* en matar Troyanos;
y acabada la lid *podreis vosotros*
los muertos despojar en la llanura.

Esto no se hizo sin estudio y sin arte, y sin mucho conocimiento del *quid deceat*; y en estos casi imperceptibles rasgos se conoce la ejercitada mano del gran pintor, tan bien como en las fuertes pinceladas que vamos á ver ahora.

Al delicado gusto de Homero no podia ocultarse que habiendo empleado parte del libro cuarto y todo el quinto, que es muy largo, en describir combates singulares, porque, como se ha dicho, á esto se reducian las batallas de aquel tiempo; si hubiese continuado la narracion de los encuentros por todo el sexto, el lector se hubiera al fin cansado de ver siempre escenas de sangre idénticas en el fondo, aunque variadas en lo accesorio: y su grande ingenio halló modo de suspender los combates de los gefes, sin que del todo cesase la batalla entre la oscura soldadesca. Para esto supone que viendo Heleno, hijo de Príamo y célebre augur entre los Troyanos, cómo estos huian dispersos y acobardados, aconseja á Héctor que despues de haberlos reunido y dejado en una posicion ventajosa vaya á la ciudad y mande que se hagan sacrificios á los Dioses y señaladamente á Minerva, Diosa en otro tiempo su protectora y ahora su enemiga. Y con esta suposicion tan verosímil prepara é introduce el admirable episodio de la entrevista del héroe con Andrómaca, y sin romper el hilo histórico aleja del campo de batalla á sus lectores por algunos breves instantes.

En efecto, tomando Héctor el consejo de su hermano reune los fugitivos, los anima con su voz, y les exhorta á que sostengan el choque miéntras él va á la ciudad á decir á los ancianos y á las matronas que procuren aplacar la cólera de los Dioses, y se pone en marcha. Su retirada y la nueva posicion que han tomado los Troyanos al pié de sus murallas ocasionan un como breve descanso de ambos ejércitos, durante el cual se encuentran Glauco, Príncipe de Licia, y el hijo valiente de Tideo, y se disponen á

medir sus armas. Pero en los discursos que mutuamente se dirigen ántes de empezar el combate, reconocen ambos que están ligados entre sí con los sagrados vínculos del hospedage y la amistad que sus padres les habian dejado en herencia; renuncian al proyecto de combatir cuerpo á cuerpo, se apean de sus carros, se dan la mano de amigos, y truecan sus armaduras. Entre tanto Héctor llega al palacio de Príamo, dice á Hécuba que reuniendo las matronas vaya con ellas á ofrecer á Pálas el manto mas precioso de cuantos tiene en sus arcas, y marcha en busca de Páris. Le encuentra, le habla, le reprende, le propone que vuelva al ejército, y en tanto que el hermano toma la armadura, se dirige él á su casa para ver á su esposa y su hijo; porque no sabe

> si volverán sus ojos
> á ver tan caras prendas, ó los Dioses
> *le* matarán por mano de los Griegos (v. 618).

Llega á su alcázar, pero no está en él Andrómaca; porque, al oir que los Troyanos volvian fugitivos á los muros, habia ido á la torre de Ilion á informarse por sí misma de la verdad. No hallándola, pues, sale de su casa para volver al campo; pero en el camino se encuentra con su esposa, y pasa entre los dos el tierno coloquio que luego examinarémos. Se despiden, llega Páris, y los dos hermanos marchan á reunirse con su gente.

He aquí el medio sencillo y verosímil que Homero empleó para suspender la relacion de los combates: y he aquí cómo sin agentes sobrenaturales supo conmover fuertemente el corazon de sus lectores, y hacer llorar á cuantas personas sensibles han leido este episodio por espacio de 2800 años, y á cuantas

libacion á Jove! Esto último no es permitido á los que como él están manchados con sangre, y lo primero pudiera tal vez enflaquecer su valor en lugar de reanimar sus fuerzas. En efecto, el vino tomado á deshora y sin comer al mismo tiempo alguna cosa, léjos de ser corroborante, debilita y entorpece. Nótense al fin de la respuesta de Héctor las terribles imprecaciones contra Páris. Y nótense tambien los epítetos con que está calificado el manto que Hécuba saca para ofrecérsele á Minerva,

el que era *mas variado* en sus labores,
y *mas grande*, y *brillaba como un astro*,
y *el último de todos se guardaba.*

¡Qué verdad, y qué especie de encantadora sencillez, en esta última circunstancia!

Breve descripcion del palacio de Páris, entrada de Héctor en él para ver si está su hermano, actitud en que le halla requiriendo sus armas como quien ya se prepara á volver á los combates, áspera reprension que le dirige, respuesta de Páris (respetuosa como todas las suyas, pero huyendo el cuerpo á la principal reconvencion, y agarrándose, por decirlo así, de la sola palabrilla *cólera* á que puede satisfacer) hermoso discurso que Elena, siempre amable aunque culpada, dirige á su cuñado, contestacion urbana del héroe, y motivo que tiene para ir á su casa aprovechando los breves instantes que Páris puede tardar en salir. Llega Héctor á su palacio, que Homero no se detiene á describir como tal vez lo hubiera hecho otro poeta, y no encuentra en él á Andrómaca. El lector como que lo siente; pero queda agradablemente sorprendido al ver que por una feliz casualidad Héctor se encuentra con ella cuando él iba ya á sa-

lir de la ciudad. Y aquí empieza la famosa despedida. Examinémosla parte por parte.

1.° Se da noticia de la persona de Andrómaca y de su régia estirpe, se indica que ya falleció su padre, y se hace mencion del riquísimo dote que este dió para casarla con Héctor. Nada de esto sobra: todo es necesario para que el lector forme alto concepto de esta Princesa y empiece á interesarse por ella.

2.° Se habla del niño, y se nota que es hijo único del campeon troyano, nacido de legítima union, y de muy corta edad pues le lleva en sus brazos la nodriza; se alaba su singular belleza diciendo que era tan hermoso como *un lucero*, y se da la razon de que el pueblo le llame *Astianacte* (como si nosotros dijéramos, *el defensor de la capital*) siendo su nombre el de *Escamandrio*, ó porque hubiese nacido á orillas del Escamandro, ó porque hubiese sido ofrecido por sus padres á la deidad de este rio. Todo esto se dirige á recomendar este niño á los lectores, á prevenirlos en su favor, y á que empiecen ya á llorar la desgraciada suerte que le espera.

3.° Tierna súplica de Andrómaca á su esposo para que no exponga temerariamente su vida, considerando que si muere ni su esposa ni su hijo tienen ya quien los defienda y ampare. Detengámonos aquí. Si á un poeta que no fuese el mismo Homero se le hubiese dado tan feliz asunto para lucir su ingenio ¿hubiera reducido este discurso á los 33 versos que tiene en el original? Para contener el valor impetuoso de un guerrero como Héctor ¿se hubiera contentado con decirle (v. 681 y sig.)

Infeliz! tu valor ha de perderte:
ni tienes compasion del tierno infante,

ni de esta desgraciada que muy pronto
en viudez quedará....?

¡Cuántos piropos, cuán almibaradas expresiones cuántos *ay me*! cuántas reticencias hubiera empleado aquí un poeta de los llamados sentimentales! Pero Homero sabia que si el corazon de Héctor no se enternecia al oir la sola expresion,

esta desgraciada que muy pronto
en viudez quedará....

ménos caso hubiera hecho de una pomposa amplificacion en que se le presentase desleida esta idea capital. Sin embargo, Homero conoció tambien que sin amplificarla era menester reforzarla indicando el efecto necesario é inmediato de esta viudez; y por eso añade Andrómaca

mas me valiera
descender á la tumba que privada
de tí quedar; pues si á morir llegases,
ya no habrá para mí ningun consuelo,
sino llanto y dolor.

Pero no basta que lo diga: es necesario que haga ver á su esposo por qué, faltando él, ya no la queda en el mundo ningun consuelo. Lo hace, pues, recordando que ya no tiene padre, madre, ni hermanos que cuiden de ella y la defiendan muerto su marido. Pero ¡cómo lo hace! ¡qué ternura respira todo el pasage en que habla de las desgracias de su familia!

A mi padre mató el feroz Aquíles &c.

Nótese el natural, oportuno, y aun necesario recuerdo de Andrómaca al hablar de la muerte de su padre, á saber, que Aquíles no le quitó las armas ni insultó á su cadáver, sino que al contrario le quemó con la armadura y erigió un túmulo á sus cenizas.

Esta circunstancia es la única que de algun modo templa el dolor de su hija y la que segun las costumbres de aquel siglo no debe omitir, porque el no haber sido sepultado el cadáver de algun personage era una especie de infamia que recaia sobre sus hijos. Otra circunstancia importante para dar á entender que Etion no habia sido abandonado en su muerte por los Dioses es la de que en torno de su sepulcro las ninfas de la selva, hijas de Jove,

las Oréades, álamos plantaron.

La misma ternura al recordar la muerte de sus hermanos. No eran menos que siete, y

en el mismo dia

todos bajaron al averno oscuro:
que *á todos* de la vida *despiadado*
Aquíles despojó miéntras estaban
guardando los rebaños numerosos
de bueyes y de ovejas:

circunstancia no inútil para hacer mas interesante su muerte notando que fueron sorprendidos, y murieron inermes é indefensos, cuando estaban mas descuidados y entretenidos en la inocente y pacífica ocupacion de la pastoría.

Y al hablar de su madre ¡qué contraste entre su elevacion y su caida, entre su anterior grandeza y el estado de esclavitud!

A mi madre,
la que antes imperaba poderosa
en la rica Hipoplacia, *prisionera*
aquí trajo tambien *con sus tesoros.*

Y como á esta no la quitó Aquíles la vida sino que permitió rescatarla, añade para realzar su desgracia en medio de esta ventura:

pero llegadá
al palacio *que fuera de su esposo*,
la hirió Diana con suave flecha;

esto es, murió de repente. Porque los Griegos explicaban las muertes repentinas, diciendo que con sus flechas heria Apolo á los varones y Diana á las mugeres. Estamos viendo á la desgraciada Reina volver del cautiverio á su capital, hallarla saqueada é inhabitado el palacio de su esposo, y morirse de pesar. ¡Y la apóstrofe que sigue:

Héctor! tú solo ya de tierno padre,
y de madre me sirves, y de hermanos,
y eres mi dulce esposo.... !

¿Cómo podia este, por duro que fuese, resistir á la súplica de una esposa querida que le dice:

Compadece
á esta infeliz: la torre no abandones,
y en *horfandad* no dejes á este niño
y *viuda* á tu muger....?

Súplica en la cual habla otra vez de su viudez, por que conoce que esta es la idea que mas debe enternecer á un esposo. Ya verémos que es en efecto la que principalmente se representa Héctor en su imaginacion al responder á su afligida consorte. Nótese ahora cuan oportuno, en la agitacion en que esta se halla, es el aviso que da al héroe sobre el parage por donde mas fácilmente podia el enemigo penetrar en la ciudad. Este aviso militar, ageno en realidad de una muger, hubiera sido intempestivo y aun ridículo puesto en boca de una que no estuviese en la situacion de Andrómaca; pero en esta es muy natural. Ha estado registrando el campo desde la torre de Ilion, ha visto que hasta tres veces han inten-

tado los enemigos escalar el muro por aquella parte, y como si Héctor no supiese cual era la mas accesible se lo previene. Así hablan los que tienen miedo.

Pero ¿qué hará, qué dirá Héctor, teniendo ya enternecido, ó mas bien despedazado, el corazon? Hará lo que le manda el honor, y dirá lo que debe decir un esposo tan bueno y tan sensible. Dirá á su esposa que tiene mucha razon, que todo es verdad, y que él lo conoce y lo siente; pero que su obligacion y su fama son primero, y no debe dar lugar á que hombres y mugeres le traten de cobarde si ven que por evitar la muerte se retira de la pelea. Él conoce que al fin sus esfuerzos habrán sido inútiles, y Troya será arruinada; pero dará á su consorte el último testimonio de su amor, asegurándola que no le atormenta tanto la idea de las desgracias que amenazan á su padre, á su madre, á sus muchos hermanos, y á todo el pueblo, como la imágen de su viuda reducida á esclavitud y obligada á tejer telas y á ir á la fuente por agua. Y al llegar á este punto, su imaginacion acalorada le hará ya oir las palabras que para insultarla se dirán los Argivos unos á otros, pero de modo que ella los oiga, cuando vean empleada en tan servil ministerio á la viuda de aquel Héctor que tantos estragos hizo en su hueste miéntras sitiaban á Troya; y su dolor llegará á lo sumo al contemplar que estos oprobios aumentarán el dolor de Andrómaca, y la harán cada dia mas sensible la pérdida de su Héctor,

el solo que podría
de esclavitud sacarla si viviese,

y al pensar en esto deseará morir mil veces ántes que

ver como los Griegos llevan cautiva á su Andrómaca, y oir sus dolorosos gemidos. Y Homero con este discurso hara llorar á las piedras, y obligará á todos los trágicos del mundo á que vayan á estudiar y aprender en su poema el arte de conmover al auditorio; y la viuda de Héctor arrancará por fuerza lágrimas en los teatros de Lóndres, Paris, Nápoles y Madrid, despues de tres mil años. Todo esto ha producido y producirá siempre la respuesta de Héctor. Y si fuera esto lo único que hay de admirable en este libro! Pero queda mucho todavía.

Acaba el héroe su discurso, y alarga la mano para tomar en brazos á Astianacte;

pero asustado el niño, sobre el pecho
de la nodriza se arrojó gritando:
porque al ver la armadura refulgente
y la crin de caballo que terrible
sobre la alta cimera tremolaba,
se llenó de pavor:

cuadro admirable, divino. Esto se llama saber copiar la bella naturaleza. Y ¿qué hará Héctor al ver al niño asustado? Sonreirá dulcemente, se quitará el morrion de la cabeza y le pondrá en el suelo para que ya el niño no se asuste cuando él le tome en los brazos, le estrechará en ellos cariñoso, besará su cándida frente, y vuelta la vista al cielo pedirá á los Dioses que derramen sus bendiciones sobre aquella inocente criatura; y que pues el padre debe morir tenga á lo menos el consuelo de que el hijo le sobreviva, le iguale en valor, sea el mas esforzado de los Teucros, y reine sobre Ilion. Y como si los Dioses ya se lo hubiesen otorgado, se complacerá desde ahora en las futuras hazañas de su hijo, le verá volver de

las batallas cargado de sangrientos despojos que él por su mano habrá quitado á un valeroso enemigo, oirá las aclamaciones del pueblo, se alegrará de que le tengan por mas valiente que su padre, y participará él mismo de la alegría que Andrómaca sentirá al oir las alabanzas del hijo. Esto es lo que teóricamente responderia el poeta de mas delicado gusto, si no existiendo la Ilíada se le preguntase lo que dadas las circunstancias debió hacer y decir Héctor en aquella situacion; y esto es lo que Homero escribió.

Aun no hemos acabado. Entrega Héctor el niño á su esposa, esta le recibe llorando y riyendo al mismo tiempo, imágen graciosa, circunstancia muy natural y verdadera: y al ver el héroe enternecida á su amada se enternece tambien, y la consuela con la doctrina del fatalismo, tan popular en aquel tiempo, diciéndola: que el dia de su muerte ha sido ya prefijado por la Parca, que mientras no llegue ningun enemigo logrará matarle, y que una vez llegado es forzoso someterse á la dura ley del destino á la cual ninguno puede sustraerse desde que empieza á vivir. La aconseja finalmente que vuelva á su alcázar y se entretenga con las labores de manos, y la asegura que los campeones todos, y él mas que ninguno, atenderán á la defensa de la ciudad. Alza el morrion del suelo; y miéntras está bajado para tomarle se retira Andrómaca, *volviendo á cada paso la cabeza* hasta que le pierde de vista. Otra pincelada. Llega en fin á su palacio, y sus numerosas esclavas, viéndola afligida y llorosa, se afligen tambien y lloran; y como el poeta observa con tanta oportunidad,

> Héctor *en vida, y en su propia casa*,
> era llorado....

triste presagio, y como anuncio de lo que el lector verá en el libro XXII.

Él en tanto sigue su camino, y á pocos pasos del lugar en que habia hablado con Andrómaca le sale al encuentro su hermano Páris, que ya venia en su busca cubierto de brillantes armas, y como haciendo alarde de su gallardía y de la ligereza de sus piés. Por eso el poeta le compara con tanta verdad al caballo que acostumbrado á bañarse en el agua cristalina del rio se impacienta si le tienen atado al pesebre:

y los ronzales
rompiendo, corre con ligera planta
por la llanura, *la cabeza erguida*,
ondeantes las crines sobre el cuello,
y de su lozanía haciendo alarde,
y con fácil galope alegre vuela
al verde soto en que pacer solia
con los otros caballos:

admirable pintura que muchos han imitado, y ninguno ha podido mejorar.

Páris se excusa con su hermano de haber quizá tardado mucho en alcanzarle, y es de notar el cuidado que tiene de repetir la misma idea presentándola bajo tres aspectos diferentes y diciendo:

quizá cuando impaciente deseabas
salir de la ciudad, *mas de lo justo*
te hice esperar, *y mucho en mi palacio*
me he detenido, *y no tan presto vine*
como tú me encargaras.

Esta repeticion de una misma idea, que en otra situacion seria inoportuna, aquí es útil para prevenir la reconvencion de su hermano y templar su enojo; y en un poeta que sabe ser tan conciso cuando con-

viene no fué introducida por acaso. Así, la respuesta de Héctor, á quien Páris ha desarmado con su ingenua confesion, es templada, y da ocasion al poeta para describir por boca del hermano y en dos pinceladas el verdadero carácter del autor de la guerra. Este no es cobarde, ni carece tampoco de fuerza corporal; pero es flojo y desidioso, y voluntariamente deja muchas veces de hacer lo que en rigor pudiera como guerrero.

LIBRO SÉPTIMO.

Tiene cosas bellísimas, y en todo él no se halla nada que censurar; pero aun así no me detendré tanto como en el anterior, porque seria hacer interminable este exámen.

Dejemos, pues, los discursos de Apolo y de Minerva, aunque el primero es notable por las animadas interrogaciones con que empieza, y pasemos al de Heleno. Es sencillo y breve, como debia serlo una simple propuesta. Y aunque algunos han criticado aquellas expresiones en que el augur asegura á su hermano que no morirá en el combate, porque con esta seguridad no se necesita mucho valor para desafiar á otro; tengo por injusta semejante crítica. 1.° Aunque Héctor entrase en la lid seguro de que no quedaria muerto en ella; no podia tener igual seguridad, ni el adivino se la dió, de no quedar vencido. 2.° Héctor, como se verá mas adelante, no era hombre que hiciese mucho caso de los agüeros, ni de las seguridades que pudiesen darle los profetas de aquella edad; y de consiguiente, si hace lo que su hermano le dice, no es por el anuncio que recibe de que no morirá en el

desafío sino porque el consejo era conforme á sus deseos, y porque se creia mas valiente y esforzado que cualquiera de los Griegos excepto Aquíles. 3.° Tan léjos está de creer que de ningun modo morirá en aquel combate singular, que él mismo prevé el caso y dicta condiciones para si llega.

Si la vida el Griego
acaso me quitare... &c.

Sea de esto lo que fuere, lo que importa es ver cómo el poeta sabe dar grandiosidad y magnificencia á la escena del desafío. Se adelanta Héctor de sus escuadras, las hace detenerse empuñando el hasta por el medio, lo nota Agamenon y manda á las suyas que hagan alto, obedecen y se sientan á descansar; pero cubiertas con sus escudos, y sin quitarse los morriones ni soltar las picas. Y el poeta no se olvida de pintar aquella actitud marcial, comparando el aspecto que presentaban con el que ofrecen las olas del mar cuando empiezan á encresparse. Vuélvase á leer el símil, que es singularmente bello.

Propone Héctor el duelo dictando equitativas condiciones para ambos casos, es decir, ya que él sea vencedor, ya que le venza el aquivo. Pero contando con que ha de ser suya la victoria, ya de antemano se complace y felicita como si estuviese oyendo lo que en su elogio dirán los venideros al pasar por delante del túmulo que los Griegos erigirán á su campeon. Estos raptos de la imaginacion, por medio de los cuales se adelanta el personage á los tiempos venideros, y ve, y oye, y anuncia lo que entónces pasará, son sumamente ingeniosos y sobre manera poéticos; pero no veo que hayan sido bastantemente imitados por los poetas posteriores. Y no han hecho bien.

Son utilísimos para animar los razonamientos, y producen un efecto maravilloso. Bien lo conoció Homero, y por eso los empleó siempre que pudo hacerlo sin violencia. Ya hemos visto otros dos ejemplos: el primero en el discurso de Agamenon cuando ve herido á su hermano, y suponiendo que morirá de la herida se figura oir lo que dirán los Troyanos al pasar por su sepulcro; y el segundo en la respuesta de Héctor cuando suponiéndose él muerto y á su esposa cautiva en Argos, imagina y repite lo que dirán los Griegos para insultarla.

Acaba Héctor de hablar, y los Griegos enmudecen sin que ninguno se levante para admitir el desafío. Llénase de justa indignacion Menelao al ver tanta cobardía, y se ofrece á pelear con el Teucro; pero su hermano le disuade de tan fatal proyecto, confesando paladinamente que no iguala á Héctor en valentía, é indicando que aun Aquíles miraba con respeto al campeon troyano y no le gustaba encontrarse con él en las batallas: modo finísimo de salvar el honor de Menelao, y de justificar la poca gana de combatir que mostraban los otros capitanes. Es menester repetirlo. Homero *nihil molitur inepte:* nada hay en él que huelgue, todo está pensado y dicho con cierta intencion que el contexto manifiesta.

Cede Menelao á las prudentes reflexiones de su hermano, y se quita la armadura; pero ninguno se levanta. Afígese Néstor, y hace un pomposo elogio de su antiguo valor para avergonzar á los otros gefes, manifestándoles que si él fuera tan jóven y tuviese tanta fuerza como tenia cuando mató, en desafío tambien, al famoso Ereutalion, saldria á pelear con Héctor. Siempre el mismo anciano, siempre el *laudator*

temporis acti, y siempre el amable é interèsante Néstor. Nótese en su discurso cómo entre los Reyes de Grecia que por su ancianidad no habian concurrido á la expedicion, los cuales todos deberian afligirse cuando llegasen á saber lo que entónces estaba pasando, solo cita á Peleo, padre de Aquíles. No carece de misterio esta singular mencion. Y nótese tambien cuan bien imitada está la puntualidad minuciosa con que los viejos suelen contar los hechos antiguos. Néstor no se contenta con decir, como ya dijo ántes á Agamenon "si yo fuera tan jóven y fuerte como lo era cuando quité la vida al valiente Ereutalion" se detiene á señalar el sitio y la batalla en que consiguió aquel triunfo, refiere cómo Licurgo se apoderó de la armadura de Areitoo matándole á traicion, lo cual no es inútil porque Ereutalion se presentaba al combate defendido con aquellas armas divinas; y por último cuenta, aunque rápidamente, su combate con él y su victoria, y como varon piadoso la atribuye á Minerva.

Este elocuente discurso, tan capaz de avergonzar á los héroes á quienes va dirigido, produce en ellos el efecto que deseaba el orador, y se levantan hasta nueve ofreciéndose á combatir con el Troyano; pero el mismo Néstor, para evitar quejas, propone que la suerte decida quién ha de ser el preferido. Se echan las tarjas en el yelmo de Agamenon, sale la de Ayax Telamonio, y este se alegra; pero miéntras se viste la armadura manda á sus tropas que en voz baja, para que no lo entiendan los enemigos, pidan á los Dioses que le otorguen la victoria. Mas conociendo que esta precaucion puede parecer dictada por el temor, se corrige inmediatamente, diciendo

ó en alta voz; que yo no temo á nadie &c. bello rasgo de carácter!

Las tropas imploran en favor suyo la proteccion de Jove; pero sabiendo que este Dios ama y favorece á Héctor, se contentan con que la victoria quede dudosa y ambos salgan del duelo con honor. Otra bien entendida pincelada.

Armado ya el campeon de Grecia, marcha en busca del enemigo; pero ¿de qué modo marcha? Tan gallardo como el mismo Marte, en arrogantes pasos, blandiendo sin fatiga su enorme lanzon, *y sonriyéndose entre torvas miradas*: idea feliz, graciosa imágen. Al verle marchar se alegran los Griegos, los Troyanos se acobardan, y hasta el mismo Héctor experimenta cierto movimiento de temor; pero ya no le es dado rehusar un desafío que él mismo ha propuesto. ¡Qué verdad en estas observaciones!

Llega por fin Ayax adonde está su competidor: descripcion del altísimo escudo que llevaba, y noticia del artífice que le hizo; noticia que ya no interesa á los lectores de la Ilíada, pero no indiferente para los Griegos; y de todos modos digna de elogio en Homero, que en ella se propuso honrar hasta los oficios que hoy se reputan por viles y no lo eran entónces, inmortalizando con sus versos el nombre de un artífice famoso en aquel tiempo.

Discurso arrogante de Ayax en el cual muy hábilmente se hace el elogio de Aquíles al mismo tiempo que en cierto modo se le menosprecia, diciendo que aun faltando él quedan todavía en el campo griego otros muchos valientes capitanes dignos de combatir con Héctor.

Respuesta urbana y moderada de este en la cual,

aunque se elogia á sí mismo, lo hace sin vanidad y como obligado por las bravatas de su contrario.

Combate de ambos, pintado con tan vivos colores que le estamos viendo. Se acerca la noche, vienen los heraldos y les mandan suspender la batalla. Respuesta de Ayax cual debió darla si habló, cortesana despedida de Héctor, vuelta de ambos á sus respectivos campamentos, convite dado por Agamenon para obsequiar al héroe que si no ha vencido ha dejado bien puesto el honor de la hueste, propuesta de Néstor para enterrar los muertos y construir la empalizada, junta de los Troyanos, consejo prudente de Antenor, respuesta de Páris, mensage enviado á los Griegos, concesion de la tregua, quema y tumulacion de los cadáveres, construccion del muro, movimiento como de envidia que siente Neptuno al verle, seguridad que le da Jove para templar su enojo, llegada de la noche, venida casual de embarcaciones que traen vino á los Griegos, banquetes celebrados por ellos y por los Troyanos, truenos y relámpagos con que Júpiter les anuncia los estragos del dia siguiente, y profundo sueño en que yacen ambos ejércitos en lo restante de la noche. No haré sobre estos pasages ningun comentario: basta decir que cada cosa es lo que debe ser. Solo deseo que noten los lectores la breve, impetuosa y áspera respuesta de Diomédes, tan propia de su carácter, cuando ve que los Príncipes callan oido el mensage de los Troyanos: las animadas y oportunas imprecaciones contra Páris con que el heraldo interrumpe su discurso, aquella feliz perífrasis poética para designar el crepúsculo matutino (v. 707).

Cuando ya quiso amanecer el dia,
y ni era de la noche la tiniebla

ni de la aurora el rosicler brillaba,

y la observacion de que Príamo habia prohibido á los Teucros llorar en alta voz á los que habian muerto en la batalla.

LIBRO OCTAVO.

Sublime anuncio del terrible combate en que Júpiter empezará ya á cumplir la palabra dada á Tétis sobre hacer á los Troyanos vencedores. A este fin, apénas empieza á clarear el dia, convoca la junta de los Dioses, les intima la órden de que ninguno baje á socorrer á Griegos ni á Troyanos, amenazándoles con el terrible castigo que solo puede imponer su omnipotencia, el de arrojarlos á la mas honda sima del báratro, cárcel oscura y horrorosa situada debajo del orco, y á tanta distancia de él cuanta es la de la tierra hasta el sol; hipérbole hecha mas gigantesca por Virgilio y por Milton, pero no mejorada. Porque, como observa juiciosamente Bitaubé, duplicar, triplicar, cuadriplicar ó centuplicar la distancia es muy fácil, pero no necesario cuando la señalada por Homero es mas que suficiente para dar idea de una inmensa profundidad.

En la cadena de que supone Homero colgados á los Dioses todos y al Universo, han visto algunos comentadores sabias y misteriosas alegorías relativas al órden de la naturaleza y á lo que ahora llaman los filósofos la cadena de los seres; pero yo por mi parte no veo mas que otra magnífica hipérbole poética, felizmente imaginada por Homero para dar la mas alta idea que le fué posible del gran poder de su Júpiter óptimo máximo. En efecto ¿qué dice este para pro-

bar su poderío sobre todas las deidades? Lo siguiente.

Del estrellado cielo
en lo mas alto atád una cadena
de oro macizo: y agarrados todos
á la punta inferior, Dioses y Diosas,
hácia abajo tirad; y á vuestro padre
no arrastraréis á tierra desde el éter,
por mas que trabajeis. Mas si yo quiero
á todos levantaros; al Olimpo
os subiré, las tierras y los mares
levantando tambien. Y si la punta
de la fuerte cadena en la alta cumbre
atare del Olimpo, el Universo
pendiente quedará: tal poderío
tengo sobre los Dioses y los hombres.

Y bien ¿qué tiene que ver esta poética fanfarronada con la no interrumpida gradacion que se observa entre los seres corpóreos que componen el universo visible? Yo no descubro la mas mínima analogía entre ambas cosas.

Sea, sin embargo, como los modernos quieren; lo que nos importa notar es la sublime poesía que reina en todo este discurso, y la dignidad con que esta vez habla el padre de los Dioses; ya que otras nos parezca á nosotros, no á los Griegos, algo pequeño, y una especie de pobre diablo que habla mucho de su poder y luego no puede nada. Ya dejo dicho que de esto no tiene la culpa Homero, sino la absurda mitología del politeismo.

Continúa la misma grandiosidad en lo que sigue. Intimada la órden á los Dioses, unce Jove al carro sus caballos inmortales, cuya crin es tan rubia como el oro y su casco tan duro como el bron-

ce, epítetos que en castellano exigen muchas palabras para traducirse y en griego se expresan con una sola; se ciñe su túnica recamada en oro, toma el látigo entretejido tambien de oro, sube en la carroza, aguija los caballos, vuelan ellos obedientes

[illegible] el espació atravesando
que hay de la tierra al estrellado cielo,

llega la Deidad al Gárgaro excelsa cumbre del Ida donde tiene consagrada un ara en que de continuo humean olorosos perfumes, paran á su voz los bridones, baja del carro, los desunce, los rodea de oscura niebla, se asienta en la peña mas alta para descubrir desde allí la llanura en que iban á combatir Griegos y Troyanos, se traba la pelea, y está por algun tiempo indecisa la victoria. Al fin Júpiter saca y extiende su balanza de oro, pone en ella las suertes de los dos ejércitos entendiéndose que pesará mas la del que deba ser vencido, la coje por el medio, la equilibra y cae hasta la tierra el platillo que contiene la tarja de los Griegos miéntras que el otro se elevá hasta tocar el ancho cielo, truena Jove, envía á la hueste aquiva el relámpago ardiente, se acobardan los mas valerosos campeones, huyen despavoridos y solo queda Néstor, no por su voluntad sino porque tiene herido mortalmente uno de sus caballos. Lo nota Héctor, corre á él para matarle, lo advierte Diomédes, acude á la defensa del anciano, le hace subir en su propio carro, le entrega las riendas, espera al troyano, y le mata el escudero. Y hubiera hecho grande estrago en los enemigos, si Júpiter no hubiese tronado segunda vez y lanzado un rayo que cae á los piés de los caballos de Diomédes. Se consterna entónces el anciano, suelta las riendas, y aconseja al

hijo de Tideo que huya como los demas hácia las naves. Brama de cólera y vergüenza Diomédes, al contemplar lo que Héctor dirá cuando arengue á los Troyanos si ahora le ve ponerse en fuga; pero el anciano le hace ver que aun cuando Héctor le llame cobarde no le creerán ni Teucros ni Dardanios, y ménos las tristes esposas de los muchos campeones que él ha muerto por su mano. Cede al fin el héroe, huye, Héctor le insulta y él quiere volver; pero Júpiter lo impide con nuevos truenos y rayos.

Lleno ya de esperanzas Héctor arenga á sus tropas y anima á sus caballos, se indigna Juno, pide á Neptuno que libre de la muerte á los Aquivos, pero el Dios de las aguas no quiere oponerse á la voluntad de Jove. Entre tanto los Griegos huyen despavoridos á su campo, se llena de carros y peones el espacio que habia entre el muro y los navíos, Agamenon les habla para reanimar su valor, y dirige á Júpiter tierna plegaria pidiéndole, no ya la victoria, sino que la hueste se salve con la fuga y no sea del todo aniquilada. Jove se compadece, le otorga lo que pide, y le manifiesta su voluntad en el auspicio favorable de su águila. Vuelven en sí los Griegos, salen fuera del muro los mas valientes, rechazan á los Troyanos, y Teucro mata muchos de ellos con sus flechas; pero Héctor le hiere con una piedra, y le obliga á retirarse. Acometen de nuevo los Troyanos, huyen otra vez los Griegos, y Juno acompañada de Minerva sale del Olimpo á socorrerlos; pero su esposo las obliga á retirarse, y él mismo vuelve tambien á su palacio: y allí manifiesta á los Dioses lo que el Hado tiene dispuesto, á saber, que los Troyanos sean vencedores hasta que muerto Patroclo salga Aquíles á campaña.

Sobreviene la noche, muy deseada por los vencidos pero poco agradable á los vencedores: y Héctor da sus disposiciones para que el ejército la pase acampado cerca de los bajeles de los Griegos, no sea que estos á favor de la oscuridad se embarquen y le priven del triunfo con que ya cuenta.

Por solo el resúmen se ve que este libro no cede en magnificencia á los que llevamos recorridos; pero hay en él un pasage que la sana crítica no puede aprobar, y respecto del cual no pueden alegarse en favor de Homero mas que las generalidades, *ubi plura nitent*, *in opere longo &c.* Merece que nos detengamos en él; porque los descuidos de los grandes escritores son por esta misma razon los mas peligrosos, y á sombra de su celebridad pueden pasar por admirables bellezas. Es el siguiente:

Indignada Juno al ver que los Griegos huyen y los Troyanos los persiguen, pide á Neptuno que socorra á los primeros; y él se niega, dando por razon que no quiere entrar en competencia con Júpiter cuyo poder excede al de todas las Deidades. Aquí hay ya algo en que reparar: porque este mismo Neptuno saldrá dentro de poco á favorecer á los Griegos, sin que le contenga el mandato de Jove ni le intimide su poder; pero no es esto lo mas digno de censura, sino lo que sigue. No habiendo Juno conseguido lo que pedia á su hermano, se limita por entónces á dar un buen consejo al Atrida Agamenon: y en efecto, animados los Griegos con el discurso que este les dirige, suspenden la fuga, hacen frente al enemigo, salen de su empalizada, y aun recobran la victoria por algun tiempo. Pero intimidados nuevamente por Jove, vuelven la espalda y corren des-

pavoridos á sus naves; y entónces Juno habla á Minerva, apresta su carro, suben ambas en él, y salen del Olimpo para socorrer á los Griegos. Mas apénas han pasado de las primeras colinas, llega Íris y las manda en nombre de Jove que se retiren. Ellas obedecen, vuelven al Olimpo, dejan el carro, se asientan entre los otros Dioses, y las cosas quedan en el mismo estado que tenian ántes de su inútil expedicion. Y este es precisamente el defecto capital de este pasage, por otra parte bellísimo. En la epopeya, y lo mismo en las composiciones dramáticas, es regla esencial é importantísima la de no introducir ninguna accion secundaria que no contribuya á retardar ó acelerar el progreso de la principal, y esta regla no está observada en el pasage que examinamos. Si las Diosas, bajando ó no bajando del Olimpo, hubiesen dado algun auxilio á los Griegos, ó inspirádoles denuedo de suerte que algun tanto hubiese variado el aspecto de la batalla, nada habria que decir. Pero no es así: las Diosas salen, echan bravatas, creemos que van á hacer algo, y vemos que nada hicieron. Fué pues inútil su intervencion, y este incidente es, como dice Blair hablando en general de otros que se le parecen, lo que seria en cualquiera máquina una rueda que ni aumentase ni disminuyese el movimiento, ni contribuyese al efecto general que con ella se quiere producir. La prueba de que esta observacion es justa, es el mismo pasage criticado. Quítese, y concluido el párrafo que termina en el verso 559.

ellos se abandonaron á la fuga,

sígase leyendo desde el 784 que dice:

Ocultábase ya la luz ardiente &c.

y se verá que la accion camina con mas rapidez, y

que nadie echaria de ménos el pasage suprimido si Homero no le hubiese dado lugar en su poema. Esto prueba que es inútil; y en este punto de admitir ó no admitir ciertos incidentes, sucede lo que en general con los pensamientos y las expresiones: la superfluidad es siempre vituperable. *Obstat quidquid non adjuvat.*

Por lo demas, el pasage considerado en sí mismo y prescindiendo de la oportunidad ó no oportunidad con que está introducido, es, como dije, bellísimo, y digno de Homero. El apresto del carro, el armarse Minerva, la salida del Olimpo, todo está copiado del libro quinto; pero el poeta cuidó de no repetir la descripcion del carro, é hizo muy bien; porque hecha ya una vez, era inútil hacerla de nuevo. El discurso de Júpiter á Íris, que ella repite fielmente, es digno del padre de los Dioses, y por su estilo y tono está en armonía con el primero de este libro. Lo que Juno dice á Minerva, oidas las amenazas de Jove, es admirable; porque en sus palabras se ve pintada la hembra orgullosa que sin confesarse humillada hace de la necesidad virtud. No es ya tan bueno lo que luego dice á Júpiter, repitiendo lo que Minerva dijo al principio del mismo libro:

Todos
sabemos bien que tu poder excede &c.

porque esta forzada sumision parece bien cuando todavía no han quebrantado las dos el mandato de Jove; pero no cuando acaban de faltar á su promesa y á la órden que aquel les tenia intimada. La última respuesta de Júpiter es oportuna, porque en ella hace ver el motivo que tiene para no permitirlas auxiliar á los Aquivos.

Debo advertir que ya algunos críticos, sin designarla y sin dar la razon, han notado que una parte de este libro es algo floja; pero todos han observado, y yo quiero que lo observen mis lectores, que si el indicado pasage puede citarse como uno de aquellos pocos en que *dormitó el buen Homero*; tambien es cierto que pronto dispertó lleno de fuego y valentía. El discurso de Héctor á sus tropas que no puede mejorarse, y sobre todo la brillante, nueva, pomposa y muy poética comparacion entre los Troyanos acampados delante de sus hogueras, y las numerosas estrellas que brillan en el cielo en una noche serena, hacen ver que si el poeta pudo descuidarse un instante, supo reparar el descuido sobrepujándose á sí mismo en esta magnífica pintura. Quiero repetirla.

Cual en noche serena en que agitada
no es por el viento la region del éter
en torno de la luna radïantes
brillan los astros, y su luz colora
los riscos todos, la elevada cima
de las montañas y las altas selvas;
y del cielo la bóveda azulada
en su inmensa extension pura aparece
y las estrellas todas se descubren,
y se goza el pastor: tales y tantas
ardian las hogueras. &c.

Este ya es Homero.

LIBRO NONO.

La noche ha suspendido el combate, y los lectores creen que la accion quedará suspensa hasta que amanezca el dia como ha sucedido en la noche an-

terior. Pero ¡cuánta es su admiracion cuando ven la destreza con que Homero supo llenar este vacío, y hallar en la inaccion misma de los ejércitos motivos para introducir dos incidentes bastante largos, no episódicos sino muy necesarios, y de los mas interesantes del poema!

Vencidos los Griegos y retirados á sus naves, están inciertos sobre el partido que deben tomar; si volver de nuevo á la pelea, ó embarcarse y abandonar el sitio de Troya: situacion felicísimamente retratada en la agitacion del mar, cuando es combatido por dos vientos encontrados. Agamenon manda á los heraldos que avisen á los gefes para que se reunan en consejo,

por su nombre llamándolos á todos
y sin alzar la voz,

y él mismo marcha el primero á citarlos. Se reunen, están largo tiempo sin hablar y *abatidos* y *tristes*, se levanta el Atrida, y derramando lágrimas de rabiosa desesperacion les propone sériamente y no con doble intencion como en el libro segundo (aunque Homero por una de sus inocentadas repitió los mismos versos) que se embarquen y abandonen la empresa. Le contradice Diomédes, dándose ahora por sentido de que ántes le hubiese motejado de cobarde; y con una fanfarronada muy propia de su carácter asegura que aunque todos los Griegos se retiren, él y Esténelo solos han de conquistar á Troya.

Néstor alaba su discurso; pero sin explicarse todavía con claridad indica que él dará despues otro consejo mas útil, ordena que se pongan unas como centinelas avanzadas fuera del muro, y aconseja al Atrida que dé un convite á los principales caudillos

para que proponiendo todos ellos su dictámen se elija el que parezca mejor.

Se hace así: y acabada la cena el mismo Néstor vuelve á hablar, y no se necesita que los otros tomen la palabra; porque da el consejo que las circunstancias exigen, el de que Agamenon se reconcilie con Aquíles para que este vuelva á tomar parte en las batallas.

Agamenon se presta, y enumera los magníficos y preciosos dones que ofrecerá al hijo de Peleo en desagravio de la injuria que le hiciera arrastrado de su violenta pasion: elije Néstor los tres caudillos que deben llevar el mensage, aceptan, marchan y hablan al héroe; pero este se niega obstinadamente á socorrer á los Griegos. Vuelven los legados á la tienda del Atrida, refieren la respuesta de Aquíles, y todos se consternan; pero Diomédes, siempre valiente y siempre el mismo, dice que mas valiera no haberle rogado; que no se hable mas de él, que se vaya, ó se quede, y que por entónces conviene descansar de la fatiga para continuar al dia siguiente la batalla. Este es el resúmen.

Dejemos lo demas; porque, para notar verso por verso todo lo que hay digno de atencion, se necesitaria un comentario mucho mas largo que el texto; y examinemos los discursos que Ulíses, Fénix y Ayax dirigen á Aquíles y lo que este les responde.

Discurso de Ulíses. (v. 370 y sig).

Consideremos lo primero la actitud del orador y la oportunidad del exordio. Acabada la cena, toma Ulíses la copa, se la ofrece á Aquíles y le dice.

Salve, Aquíles valiente! de manjares
deliciosos no habemos carecido.... &c.

Pero no del placer de los festines
el ánimo se cura...

y esta idea tan natural abre camino á la proposicion, que es la de "estamos todos acobardados por la derrota padecida, y no sabemos cómo salvar las naves si tú no vienes á defendernos."

Observemos despues el delicadísimo gusto con que está escrito lo demas. Un poeta vulgar hubiera hecho aquí una pomposa descripcion de la derrota padecida, exagerando el número de los muertos y refiriendo los nombres de los Generales heridos; pero Homero conoció que supuesto el resentimiento de Aquíles este se hubiera estado bañando, como solemos decir, en agua rosada al oir la circunstanciada relacion de los males que por su ausencia habian sufrido los Griegos, pues esto era cabalmente lo que él deseaba y lo que habia pedido á Jove por medio de su madre Tétis. Así Ulíses no hace mas que pronunciar la palabra *derrota*, sin detenerse á pintarla; y solo insiste en las esperanzas que Héctor ha concebido de acabar con la hueste de los Griegos, y en las amenazas que les hace. Este es el punto capital que extiende y amplifica por todos los medios oratorios; porque sabe que esto es lo único que puede picar el amor propio de Aquíles, encender en su ánimo el antiguo fuego marcial, y renovar en su corazon el deseo de gloria que le habia traido á la guerra aun sabiendo que en ella perecèria. Recordemos el pasage.

Y Héctor, ardiente llama de los ojos
arrojando, cual furia se embravece;
y en Júpiter fiado, ni á los hombres
ni á las Deidades teme, y de terrible
rabia está poseido, y á los cielos

ruega que pronto la divina aurora
el oriente ilumine. Y vocifera
que las excelsas proas de las naves
romperá con el hacha, y á los vasos
fuego pondrá voraz, y con su pica
pasará á los Aqueos aturdidos
con el humo y envueltos en la llama.

Riqueza, grandiosidad, y oportuna amplificacion de un mismo pensamiento. Tan seguro estaba Ulíses, ó por mejor decir Homero, de que esta arrogancia de Héctor es la principal tecla que se debe tocar para conmover á Aquíles, que todavía vuelve á ella á lo último del discurso. Ya lo verémos á su tiempo; por ahora sigamos.

Pero estas esperanzas de los enemigos no son infundadas; y es de temer, visto el auxilio que les presta Jove, que los Dioses les permitan ejecutar las amenazas que hacen á los Griegos. Es, pues, necesario hacer esta observacion á Aquíles, para que no se figure que es pánico el terror de que se muestran agitados los mensageros. Y no es ménos oportuna y conveniente la reflexion de que si ahora cuando no están los Griegos enteramente destruidos no sale Aquíles á su defensa, él mismo lo llorará inútilmente, y en vano querrá salir á campaña cuando padecido el daño sea imposible remediarle.

Entra luego el recordarle los prudentes consejos que le daba su padre Peleo, cuando le enviaba á la guerra. Y como entre estos consejos el mas importante fué el de que reprimiese

dentro del pecho el natural fogoso,

y de que no se empeñase en *funesta rencilla;* estas palabras de Peleo abren paso naturalmente á la sú-

plica de que olvide el agravio recibido, deponga la triste cólera, y se reconcilie con Agamenon. Pero, para mas obligarle, es necesario hacerle ver que este se muestra ya pesaroso de su fatal error, y está pronto á desagraviarle con magníficos presentes que el orador enumera repitiendo textualmente las palabras del Atrida. Esta repeticion, como ya dejo dicho, no es censurable; era entónces una como obligacion, un acto de urbanidad, en el legado que exponia el objeto de su mensage.

Mas Ulíses presiente que á un hombre como Aquíles no le tentarán mucho los regalos, teniendo él tantas riquezas; y para determinarle á tomar las armas añade por fin las dos razones mas poderosas, la de que si no lo hace por Agamenon lo haga á lo ménos por los demas Aquivos, y la de que este dia le presenta la ocasion, tan deseada por él, de combatir con Héctor y matarle, porque este

llevado
del insano furor que le domina
no temerá buscar*le* en la pelea;
pues dice que ninguno se le iguala
de todos los Aqueos:

último esfuerzo del orador para triunfar del oyente. ¿Cómo? (debió decir Aquíles en su interior) ¿Héctor se atreve ya á compararse conmigo? ¿y osará esperarme? ¿y dice que ninguno de los Griegos es tan valiente y esforzado como él? Pues yo saldré á campaña, y lo verémos; que en este caso primero es el honor que la venganza. No lo confesó, pero así debió hablar consigo mismo.

Respuesta de Aquíles. (v. 502 y sig.).

Para hacer notar uno por uno todos sus primores,

seria menester repetirla al pié de la letra; porque en ella no hay una sola idea que huelgue, que no esté escogida con intencion, y que no contribuya al efecto general. Así, me contentaré con analizarla.

El exordio se reduce á manifestar á los legados con toda franqueza, porque él aborrece la disimulacion y el artificio, la resolucion que ha tomado, y es la de no volver á pelear en favor del Atrida ni de los demas Aquivos. Esta resolucion se funda en que ni estos, ni aquel, han hecho de su valor el aprecio que debian. Para probarlo enumera las ciudades que tiene conquistadas así en las islas como en el continente del Asia, recuerda que de todas ellas recogió inmensos despojos y preciosas alhajas que fielmente entregó al Generalísimo; el cual, aunque no habia participado del peligro, se hizo dueño de todo el botin, repartió á las tropas la parte que de derecho las tocaba, y del resto dió á los Reyes y mas valerosos campeones los premios particulares llamados de honor. Y cuando cada cual conserva el suyo, solo con él ha sido injusto; pues de propia autoridad le ha quitado la cautiva que mas amaba, y la tiene en su poder y goza de sus favores.

Aquí entra la obvia reflexion de que si aquella guerra se hace para recobrar á Elena robada por Páris ¿cómo el mismo Príncipe que se cree con derecho para reclamar la muger que quitaron á su hermano, roba ahora las agenas y se las apropia? Segun las leyes y costumbres de los siglos posteriores seria fácil rebatir este argumento, diciendo que Elena era esposa legítima de Menelao y Briseida simple esclava y concubina de Aquíles: pero es necesario considerar que en los tiempos heróicos esta circunstancia era casi

indiferente en cuanto al derecho que ambos tenian para reclamarlas. Se llamaba esposa legítima la muger libre que el varon tomaba para procrear hijos legítimos y herederos de sus bienes, y concubina la esclava destinada pública y legalmente á darle hijos no herederos: pero estas eran una propiedad que nadie podia usurparle. Hay mas; la esposa legítima que voluntariamente abandonaba al primer marido y se unia con otro, no era tenida por concubina del último; y así vemos que Homero llama siempre á Páris *esposo* de Elena. Y todo el derecho que los Atridas alegaban para reclamarla se fundaba, no en que habia sido esposa de Menelao, sino en la suposicion de que siéndolo la habia robado Páris; pero esta suposicion no era cierta. Si hubo violencia, fué puramente moral; pero, supuestos los halagos que la sedujeron, la buena señora se dejó luego robar, y al primer dia de navegacion hizo ya al robador dueño de su belleza. Hago esta digresion, porque es necesaria para entender varios pasages del poema; pero por lo demas, aun suponiendo riguroso rapto el de Elena, el argumento de Aquíles, no solo no pierde nada de su fuerza, sino que aun la tiene mayor. Es el siguiente. Si Menelao se cree con derecho para reclamar á Elena porque le fué robada, igual ó mayor derecho tengo yo para reclamar á Briseida que me ha sido injusta y violentamente quitada; pues, aunque no fuese esposa legítima, era una esclava mia, una propiedad legítimamente adquirida, y me habia sido adjudicada por el mismo Agamenon aprobándolo todo el ejército. Así, concluye con mucha razon.

Y pues él de las manos, atrevido!
me la quitó, *faltando á su palabra*,

no ya espere engañarme.

A esta razon seria, y la principal que tiene para no acceder á la súplica del Atrida, sigue la irónica de que él no es necesario para salvar el ejército pues sin él ha hecho Agamenon tantas fazañas.

Ya *sin mí* grandes obras ha acabado,
un muro ha construido... &c.

Esta ironía es bellísima, y muy propia del que habla arrebatado de la cólera que se le inflama en el pecho al recordar el desprecio con que le trató Agamenon cuando le dijo:

Huye, no te detengas, si impaciente
estas ya por huir; yo no te ruego
que, por vengar mi honor, un solo dia
tàrdes en alejarte de esta playa.
Tengo yo otros valientes campeones
que mi honor desagravien.

y tambien sirve para dos golpes importantísimos. 1.° hacer ver que ese Héctor, tan formidable ahora, no lo era cuando Aquíles combatia. 2.° Desvanecer en una sola palabra la esperanza que Ulíses tenia de vencer su ostinacion excitando en su ánimo el deseo de pelear con el Troyano. Ya no quiere matarle: y pues este era ántes el grande objeto de su ambicion, no hay ya motivo para que permanezca delante de Troya. Así, está resuelto á embarcarse al dia siguiente y volver á Tesalia. Allí tiene sobradas riquezas que dejó abandonadas por venir á la guerra de Troya, y ademas llevará otras muchas que por suerte le han tocado en la reparticion de los despojos; oro, hierro, bronce y hermosas cautivas; ya que el Atrida le ha robado la única que le diera como premio extraordinario. De todo lo cual resulta la respuesta que deben

darle, y de modo que la oigan todos los Griegos por si todavía espera engañar á otro caudillo; pues en cuanto á él, seguro es que no se atreverá á mirarle cara á cara.

Esta respuesta es que jamas le ayudará ni con su brazo, ni con sus consejos; que pues una vez le ha engañado, no le engañará segunda: que siga cogiendo el fruto del error que cometió en insultarle; y por último, que él desprecia sus dones y mira su persona como á la de un esclavo. Mas, al llegar aquí, es natural que su imaginacion se acalore y se conmueva su bílis. En efecto ¿qué dádivas, ni qué ofertas pueden reparar la ofensa hecha á un héroe como Aquíles? Así, exclama con toda la vehemencia de las pasiones exaltadas,

Aunque me diese
diez veces, veinte veces, otro tanto
como tiene, ó tener podrá algun dia &c.

Pero lo que mas debe irritarle, tratándose de un hombre que le tenia tan ofendido, es la propuesta de casarle con una de sus hijas, como si en esto le hiciera un grandísimo favor. Por esto exclama

¡Yo casarme
de Agamenon con una de las hijas!
Aunque en la gentileza y hermosura
con Vénus compitiese.... &c.

¡Qué movimiento oratorio tan oportuno! Nótese al paso aquel rasgo característico de la vanidad humillada, cuando Aquíles aprovecha hábilmente la ocasion de recriminar al que afectó despreciarle. Le habia dicho Agamenon en el libro primero con cierta ironía

á Tesalia
con tus soldados vuelve y con tus naves,

y sobre los Mirmídones impera;

porque, en efecto, estos formaban un Estadito pequeño y de poca importancia en la gran confederacion de la Grecia: y por eso Aquíles ahora, cuando el Atrida le ofrece en matrimonio una de sus hijas, dice:

Elija entre los Dánaos otro yerno
que le convenga, *y poderoso impere*
sobre reino mayor.

Sin embargo no crea Agamenon que á Aquíles le faltaran novias ricas y nobles. Hay muchas en Hélade hijas de Reyes poderosos, y de ellas escogerá la que quiera y con ella vivirá feliz; ya que se propone renunciar á la gloria militar, y hecha esta renuncia lo único que ya le importa es conservar la vida: vida mas preciosa que todos los tesoros del mundo y todas las riquezas que puede ganar en los combates. Esto le recuerda naturalmente lo que su madre le habia comunicado sobre la eleccion que le dejaba el Destino, ó de adquirir inmensa gloria muriendo jóven delante de Troya, ó vivir largos años en oscura felicidad. Pero, aunque ha hablado tanto de las dulzuras de la vida y de su inestimable precio, no dice positivamente que ha elegido el último extremo; y es que realmente no estaba decidido todavía á renunciar á la gloria. Así solo dice que los otros Dánaos deberian seguir su ejemplo y volverse á sus casas, pues ya no es de esperar que tomen á Troya; y concluye proponiendo á Fénix que se quede en su tienda aquella noche para acompañarle en el viage, si voluntariamente quiere seguirle.

Discurso de Fénix (v. 708 y sig.).

Aquí tenemos otro anciano; pero solo parecido á Néstor en el modo de contar, porque este siempre es

el mismo en los que han vivido largo tiempo. Es el ayo de Aquíles, ha cuidado de su infancia, le ha seguido á Troya para enseñarle el arte de la guerra y la elocuencia, tan necesaria en los Consejos privados y en las juntas generales del ejército. Y aunque vivia con Aquíles y mandaba una division de sus tropas, como se indica en el libro décimosexto, Homero supone con mucha destreza que aquel dia estaba por casualidad con los otros Gefes en la tienda de Agamenon, para que así pueda ser uno de los tres legados y al que mas deba respetar Aquíles.

¿Qué le dice pues? Todo cuanto puede enternecerle. 1.° Tomando ocasion de las últimas expresiones de Aquíles, le asegura que jamas se apartará de su lado, y que si en efecto está resuelto á retirarse él le acompañará en su viage; y se lo asegura con tal firmeza que llega á hacer un como imposible juramento, el de que no se quedaria en el ejército aunque un Dios le prometiese restituirle á la vigorosa y lozana juventud que tenia cuando abandonó la casa paterna; y se detiene, á fuer de anciano, á referir muy por menor el motivo que le obligó á expatriarse. Esta relacion no es inútil; porque le conduce naturalmente á contar cómo vino á parar al palacio de Peleo y este le recibió cariñosamente, le colmó de bienes y de honores, y le hizo Gobernador, ó Reyezuelo tributario, de una de sus provincias. Estos beneficios de Peleo le recuerdan el mayor, el de haberle confiado la educacion de Aquíles; recuerdo que trae por sí mismo la tierna y bien sentida apóstrofe,

Aquíles!
mira que soy el que de tí ha cuidado
desde la infancia hasta la edad madura &c.

y las dulces memorias de que siendo niño Aquíles le sentaba Fénix en sus rodillas, le dividia en menudos trozos los manjares, se los ponia en la boca, acercaba á sus labios la bebida, y no pocas veces le manchaba aquel la túnica hasta humedecerle el pecho.

Siguen á estos interesantes recuerdos la resolucion tomada por Fénix de adoptar por hijo á su alumno, y la esperanza en que vivia de que este seria el consuelo, el amparo de su vejez. Mas, por si acaso tan tiernas memorias no bastan á ablandar el duro corazon del irritado jóven, se añaden las poderosas reflexiones de que

> tener un corazon inexorable
> no *le* está bien: hasta los mismos Dioses,
> que tanto á los mortales aventajan
> en virtud, en honor, y en poderío,
> se dejan ablandar; y cuando el hombre
> por criminal error la ley olvida,
> su cólera desarma con el ruego,
> agradables aromas, tiernos votos,
> libaciones y víctimas.

Esta convincente razon está ilustrada con el ingenioso apólogo de las *Súplicas* en el cual, personificadas estas y suponiéndolas hijas de Jove, se dice ¡con cuanta verdad, y cuán profunda filosofia! que aunque débiles, arrugadas, y cortas de vista, procuran ir siempre detras de la *Injuria* (otro ser abstracto personificado) y reparan el daño que esta ha causado, derramando ellas beneficios sobre los que benignos las acogen y rogando á Júpiter que haga infelices á los que orgullosos las desprecian.

Consecuencia legítima de este apólogo: Aquíles no debe desechar las súplicas que le hacen los lega-

dos de los Aquivos; pues ya otros campeones tan valerosos como él dieron á las súplicas el honor que se merecen. A esto se añade que las hechas en nombre del Atrida van acompañadas de la oferta de riquísimos presentes, y que los oradores son los primeros caudillos de la hueste y no debe desairarlos. En efecto, si Agamenon no se hubiera humillado hasta suplicarle ofreciéndole magníficos dones para reparar la ofensa, si todavía permaneciese inflexible y obstinado en su primer error; nadie acusaria de injusta la cólera de Aquíles, ni el mismo Fénix se atreveria á proponerle que olvidase su agravio aun cuando los Griegos todos se encontraran en el mayor peligro. Pero si el Generalísimo cede ya por su parte y le ofrece ricos presentes ¿por qué no cederá tambien el generoso Aquíles? Por valiente que este sea, nunca valdrá mas que los antiguos *héroes*; y sin embargo, aunque justamente irritados alguna vez,

á las dádivas eran accesibles,
y vencerse dejaban con el ruego.

Esta memoria de los antiguos héroes recuerda al anciano el caso de Meleagro, muy semejante al de Aquíles, y no puede resistir á la tentacion de referirle: 1.° porque viene á cuento: 2.° porque, siendo amigos suyos todos los oyentes, le disimularán esta como digresion, y 3.° (añado yo) porque durante el reposo de la noche uno ó dos minutos mas de coloquio nada perjudican al progreso de la accion.

Le refiere, pues, con las interrupciones, y los largos paréntesis, y las vueltas á los cabos sueltos, que tan al natural pintan al anciano que sin estudio, y en la efusion de la amistad, refiere un hecho *bastante antiguo* segun se le va recordando su ya debilitada

memoria. En ningun escritor profano hay un modelo igual de sencilla narracion; y los traductores que por escrúpulo no han conservado los paréntesis, las interrupciones, y las vueltas á los cuentos comenzados y suspendidos, han quitado todo su mérito á esta inimitable arenga.

Aplicacion del cuento al caso presente. Meleagro, tambien para vengarse, habia dejado de combatir por los Etólos: estos son vencidos, le suplican que los liberte de su total exterminio, le envían varones respetables que se lo rueguen, y le ofrecen una gran recompensa si accede á su peticion. El anciano padre del héroe, sus hermanas, sus amigos, y hasta su misma madre, de quien estaba ofendido, se arrojan á sus piés y le suplican; pero él se niega, y solo cede por fin á los femeniles lamentos de su esposa. Sale á campaña, vence á los Curetes, y salva á sus conciudadanos; pero estos ya no le dan los preciosos dones que le ofrecieran. Y hacen muy bien; porque, si los ha defendido, no ha sido por ellos sino por calmar los temores de su muger. Vea, pues, Aquíles no le suceda lo mismo, aunque al fin sea el salvador de los Griegos: tanto mas, cuanto que si ahora no impide que los Troyanos quemen las naves, de nada serviria que los venciese despues; porque la pérdida de la escuadra seria irreparable.

Respuesta de Aquíles (v. 997 y sig.)

Á tan poderosas reflexiones, y á súplicas tan patéticas hechas por una persona tan respetable, nada tenia en realidad que responder; y asi vemos que sin satisfacer á los argumentos de Fénix se escapa, como suelen decir, por la tangente. Se atiene á las últimas expresiones del anciano, á saber, las de que si sale á

pelear despues de quemadas las naves, de su propia voluntad, sin que nadie se lo ruegue, y sin que le ofrezcan dones, ya los Griegos

iguales honras
no *le* harán aun habiéndolos salvado,

lo mismo que en igual caso hicieron con Meleagro los Etolos, y dice:

Esos honores
yo no ambiciono; envanecerme puedo
de que seré vengado por la mano
de Jove, y en las naves de la Grecia
respetado seré miéntras me dure
el aliento vital.

Y luego, sin responder á nada de cuanto le ha dicho Fénix, se contenta con manifestar á este el disgusto que le causa verle interceder por el Atrida; le indica que por lo mismo que ha sido su ayo deberia tener por enemigo al que lo fuese de su alumno, y le convida á que se quede en su tienda aquella noche para que á la mañana puedan acordar ambos lo que parezca mas acertado sobre volverse á Grecia ó quedarse en el ejército. Y como si el asunto del mensage estuviese ya concluido hace señas á Patroclo para que mande aderezar el lecho de Fénix, y lo hace de modo que lo vean los otros legados y se retiren. Lo conoce Ayax: y con la concision de un valiente que no gusta de que se malgaste el tiempo en inútiles arengas, le dirige una de las mas elocuentes del poema.

Discurso de Ayax y respuesta de Aquíles (v. 1025 y sig.)

Vuélvanse á leer ambos trozos, y ellos mismos servirán de comentario. ¡No puede hacerse una reconvencion mas terrible, ni darse una razon mas po-

derosa que las contenidas en aquellas palabras del primero:

Desapiadado! hay hombre &c.

ni una *correccion* mas oportuna que la de Aquíles cuando reconociendo la justicia con que Ayax le habia reconvenido, y mostrándose ya como inclinado á tomar su consejo, se arrepiente y dice:

pero mucho
en cólera mi pecho se enardece
cuando me acuerdo de la atroz injuria
que me hizo Agamenon, *como si fuera*
yo el villano mas ruin.

Nótese ahora la delicadeza con que está indicado por el poeta el efecto que en el ánimo de Aquíles van haciendo gradualmente los tres discursos que se le dirigen. Al primero responde que á la mañana siguiente se embarcará para Tesalia, al segundo solo dice que acordará con Fénix si se han de embarcar ó no, y al tercero ya no habla de embarque, sino solamente de que no tomará las armas hasta que Héctor llegue á las tiendas y naves de los otros Mirmídones; porque á la suya se guardará bien de acercarse.

Finalmente nótense la ansiedad con que Agamenon se informa de lo que ha respondido el hijo de Peleo, y el soberbio discurso en que Diomédes le dice que hizo muy mal en rogarle, y sobre todo que no se hable ya mas de él. Esto es lo que se llama pintar y sostener los caracteres.

LIBRO DÉCIMO.

Desvanecida la esperanza de que Aquíles salve la escuadra, es natural que Agamenon esté mas agitado

é inquieto que los otros caudillos, que miéntras ellos duermen él revuelva

muchos tristes cuidados en su mente,

y que mirando ya como inevitable la ruina de su numeroso ejército se lamente, suspire, salte del lecho, y vaya á consultar privadamente con los principales Gefes sobre el partido que deberán tomar en tan apurada situacion. Y no es ménos natural que Menelao, principal interesado en aquella guerra, esté tambien desvelado y busque á su hermano para proponerle un proyecto que le ha ocurrido, y es el de que alguno vaya de explorador al campo enemigo para averiguar, si es posible, las intenciones de los Troyanos.

Aprovecha, pues, el poeta esta verosímil suposicion, y saca de ella uno de los pasages mas interesantes del poema y que en rigor no puede calificarse de episodio; porque el hecho en él referido, á saber la muerte de Reso, contribuye á impedir que los Troyanos destruyan enteramente en la próxima batalla el ejército de Grecia. Pero, aun suponiendo que lo fuese, es oportuno para llenar el vacío de la noche y dar variedad á la narracion. Observemos rápidamente sus principales bellezas.

1.º La comparacion de los frecuentes suspiros que exhalaba Agamenon, agitado y pensativo en el lecho, con los numerosos relámpagos que rasgan las nubes cuando amenaza tempestad, ó quiere Júpiter anunciar con prodigios alguna terrible guerra; es magnífica y oportuna.

2.º La pintura del mismo Agamenon, ya mirando afligido hácia sus naves y entristeciéndose mas al observar el profundo silencio que en ellas reina, ya volviéndose al campo enemigo y arrancándose de ra-

bia los cabellos al escuchar la festiva algazara con que los vencedores solemnizaban el triunfo, es de mano maestra.

3.º En el primer discurso de Agamenon á su hermano es digna de notarse la exagerada amplificacion que hace de las hazañas de Héctor. Es propio del ánimo acobardado abultarse los peligros. En el segundo es mas notable todavía aquel pasage que por sí solo pinta, mejor que todas las descripciones, el estado de abatimiento y humillacion en que se hallaba el orgulloso Atrida. Dice á Menelao que vaya á despertar á Ayax de Telamon y á Idomeneo, y le recomienda mucho que los trate con respeto y con todo cumplimiento, si podemos decirlo así, llamándolos por el nombre de su padre y su familia. Son dignas de repetirse las expresiones

Cuando llegues;
alza la voz y dí que se levanten
á cada uno llamando por el nombre
de su padre y familia, y cariñoso
á todos habla. La grandeza olvida &c.

4.º La pintura de Néstor reclinado en blando y mullido lecho miéntras los jóvenes, como Diomédes, dormian sobre una piel de montaraz novillo y sin quitarse las armas: la circunstancia de tener al lado las suyas, y señaladamente el cinturon vistoso con que solia ceñirse cuando marchaba á la lid, porque ni aun queria gozar de la exencion que le daba su ancianidad, y sobre todo la descripcion de la actitud en que recibió al Atrida; son rasgos copiados directamente de la naturaleza, no sacados de los libros.

5.º La pregunta de Néstor, y mas todavía la respuesta de Agamenon, nada dejan que desear. Siente

el anciano cierto ruido cerca de sí, se incorpora en el lecho, divisa un bulto, y pregunta solícito, como es natural,

¿Quién eres que en oscura noche,
cuando descansan los mortales todos,
solo, así, por las tiendas y las naves
discurres?....

y el Atrida le responde:

Ilustre Néstor,
honra de los Aquivos! reconoce
al infeliz Agamenon de Atreo.
. . . .
Errante, cual me ves, recorro el campo,
ni el dulce sueño se asentó en mis ojos:
que mucho de la guerra y de los males
me curo de los Dánaos y por ellos
grande tengo temor. Ni, cual solia,
hay valor en el ánimo: turbada
la mente está, y el corazon del pecho
salirse quiere, y las rodillas tiemblan.

Lo estamos viendo. . . . .

6.° En la réplica de Néstor son dignas de atencion dos pinceladas. La primera es aquella de que mayores males ha de padecer Héctor

si el fuerte Aquíles
de la funesta cólera apartare
su corazon.

Es conveniente recordar de tiempo en tiempo el nombre y la memoria del héroe principal, é inculcar siempre que solo él es el que ha de salvar la hueste. La segunda es la naturalísima reflexion que debió hacer Néstor al ver que Agamenon, y no Menelao, era el que venia á dispertarle, siendo este hermano menor

y debiendo estar mas inquieto que el primero. Nada se le escapa al buen Homero.

7.° La indicacion del cuidado que tuvo Néstor de tomar y abrocharse al pecho la vestidura

de púrpura, que doble, y anchurosa,
y afelpada, del fresco de la noche
le defendiese

es otra pincelada de aquellas que solo Homero ha sabido dar hasta ahora.

8.° El descuido, poco abrigo, y ningun regalo con que Diomédes está durmiendo fuera de su tienda, y que tan bien contrasta con la escena precedente, la especie de aspereza con que Néstor le echa en cara este mismo descuido, la natural admiracion de aquel al ver que un anciano como Néstor es el que viene á llamarle habiendo tantos jóvenes que pudieran hacerlo, la respuesta del Rey de Pílos, y la especie de chanza que gasta con él cuando le envía á dispertar á Méges y al menor de los Ayaces diciendo

. . . .
. . . . . . ya que eres mas jóven,
y de mi ancianidad te compadeces,

son bellezas originales que solo el talento inspira, y para cuyo hallazgo no pueden darse reglas.

9.° La comparacion entre los caudillos que vigilan cuidadosos vuelta siempre la cara á la llanura, y los perros que dentro del redil

en inquietud custodian el ganado &c.

es exactísima, y está escrita divinamente.

10 La precaucion de Diomédes, ya que se ofrece á penetrar en el campo enemigo, de que le acompañe algun otro; porque

cuando dos se juntan

lo que el uno no ve previene el otro &c.
está fundada en una de aquellas verdades prácticas que enseña la experiencia y el talento no adivina.

11 La tierna solicitud con que Agamenon procura, sin decirlo, que Diomédes no elija por compañero á Menelao, no puede estar pintada con mas verdad en aquella repeticion de una misma idea presentada bajo todos los aspectos posibles.

tú mismo elije
por compañero al que te fuere grato &c.

12 El elogio que Diomédes hace de Ulíses al elegirle, y la urbanidad modesta con que Ulíses se da por entendido, son de aquellos rasgos que á todos parecen fáciles cuando los hallan escritos, pero que no á todos ocurren cuando los han menester. Estas son en realidad las que se llaman inspiraciones del Genio, ó de la Musa que está dictando al poeta los versos que ha de escribir.

13 La descripcion del modo con que Diomédes y Ulíses se armaron para su nocturna expedicion, las súplicas que respectivamente hicieron á Minerva para que los protegiese en tan arriesgada empresa, la garza que la Diosa les envió en favorable auspicio, la propuesta que al mismo tiempo estaba haciendo Héctor para que alguno de los suyos fuese á espiar el campo de los Griegos, la orgullosa y necia confianza con que Dolon pide por premio el carro y los caballos de Aquíles, la descripcion de su armadura, su salida, su aparente valor miéntras no escucha ruido alguno, el mal disfrazado miedo que en realidad llevaba y le hace creer cuando siente pisadas que serán las de algun troyano que vendrá á llamarle para que vuelva al campamento, su turbacion cuando conoce que son

enemigos los que tiene cerca, su fuga comparada con la del cervatillo ó la liebre á quien persiguen galgos corredores, las precauciones que toman Ulíses y Diomédes para cogerle vivo y que no se les escape ni hácia la ciudad ni hácia el campo de los Griegos, aquel tirarle Diomédes la pica pero errando con toda intencion el tiro, el miedo de Dolon cuando al verse perseguido suspende la carrera, tan bien pintado en aquellos tres rasgos

la barba le temblaba,
los dientes le crujian, y del miedo
pálido se tornó,

son las que los pintores llaman bellezas de ejecucion: bellezas en las cuales consiste en gran parte el mérito de la obra; y en las cuales ninguno ha excedido á Homero, y solo Cervantes se le iguala algunas veces.

14 La súplica de Dolon para que no le quiten la vida, el precioso rescate que les ofrece, la seguridad que le da Ulíses para que agradecido les revele cuanto desean saber, la ingenuidad con que Dolon les confiesa que las promesas de Héctor le han hecho perder la razon, la burlona respuesta de Ulíses cuando sonriyéndose le dice

Grande es el galardon que tú esperabas
recibir &c.

las preguntas que le hace tan circunscriptas y adecuadas, la completa satisfaccion que da el espía á todas ellas, la importante noticia que añade sobre la llegada de los Tracios, los extraordinarios elogios que hace de los caballos, el carro y la armadura de Reso, la candorosa inocentada con que fiado en la palabra de Ulíses les propone que le dejen atado hasta que vuelvan de su expedicion, la inesperada sentencia de

muerte que oye pronunciar á Diomédes, la ejecucion de ella pintada con tanta verdad, la entrada de los dos Aquivos en el campamento troyano, el destrozo que Diomédes hace miéntras Ulíses se apodera de los caballos de Reso, la consternacion de los Tracios y Teucros cuando ven el estrago que han hecho los dos campeones, la vuelta de estos al escuadron de guardia, la inquietud con que los esperan los otros caudillos, la alegría de Néstor cuando los ve llegar sanos y salvos, la admiracion que le causa la vista de los caballos que traian, el elogio que al paso hace de sí mismo, la respuesta de Ulíses á sus preguntas, y la conclusion de este incidente; todo, todo está escrito de una manera tan acabada que nada deja que desear. Nótese en particular aquella expresion tan feliz y tan poética para encarecer la hermosura de los caballos de Reso,

. . . semejantes
son al rayo del sol.

LIBRO UNDÉCIMO.

Destinado á describir nuevos combates, y siendo parecidas en el fondo sus escenas á muchas de las que ya hemos visto y verémos todavía, aunque variadas en las circunstancias cuanto puede esperarse de la fecunda imaginacion de Homero; no me detendré mucho en él, y solo indicaré las bellezas mas de bulto.

1.° La abertura de la escena en que se ve á la aurora saltando de su lecho, y á Jove arrojando á las naves de los Griegos

la Discordia que en la mano
llevaba la señal de los combates,

y que subida en la nao de Ulíses,

en ecos espantosos
y penetrante voz á los Aquivos
á la guerra animaba &c.

es magnífica, y la personificacion del ser abstracto una de las mas valientes y atrevidas que puede introducir un poeta. La descripcion de la armadura de Agamenon, la mas larga de esta clase que hay en toda la Ilíada excepto la del escudo de Aquíles, es de buen gusto y está rigurosamente ceñida á los preceptos del arte sin ser diminuta ni redundante. La última pincelada con que se concluye, diciendo que Juno y Pálas hicieron retemblar el firmamento cuando armado ya el Atrida se encaminaba al lugar de la pelea, es de las mas vigorosas. La lluvia de sangre con que Júpiter rocía el campo de batalla, en señal de la gran mortandad que ha de haber en aquel dia, es invencion muy poética y oportuna para dar altísima idea de este gran combate en que los Troyanos penetrarán al fin en la empalizada y empezarán á quemar las naves de los Griegos; combate cuya narracion se prolonga hasta el libro décimoctavo. Y todo esto junto forma del principio del undécimo uno de los cuadros mas grandiosos y admirables del poema.

2.° La comparacion de Héctor con el astro de otoño que saliendo luciente de las nubes,

tan pronto brilla,
tan pronto entre la nube tenebrosa
se oculta y desparece,

la del brillo de su armadura con el relámpago de Jove, y la de los ejércitos que marchan en direccion opuesta y las dos bandas de segadores que partiendo de los extremos se encuentran en medio del sem-

brado y derriban sin cesar las espigas al golpe de sus cortantes hoces; no pueden ser ni mas exactas ni mas hermosas.

3.° La perífrasis con que está designada la hora del mediodia, diciendo que es aquella en que

el leñador el alimento
en el bosque prepara silencioso &c.

demuestra que los buenos poetas, sin decir vaciedades, saben extender y amplificar un pensamiento reuniendo las diversas circunstancias que pueden coincidir en un objeto, ó enumerando é individualizando, si conviniere, las ideas parciales contenidas en la total.

4.° La muerte de los dos hijos de Príamo, Iso y Antifo, el no indiferente recuerdo de que en otro tiempo Aquíles los hiciera prisioneros, y la circunstancia de que ningun troyano osó defenderlos,

porque á la fuga
cobardes ellos mismos se entregaran;

circunstancia tan oportunamente ilustrada en el símil de los cervatillos devorados por el leon á los cuales tampoco defiende su madre aunque esté cerca, porque

toda temblando, y en sudor copioso
bañado el cuerpo, en rápida carrera
huye hácia los espesos encinares
y las selvas sombrías;

nos muestra como deben y pueden variarse, para evitar la monotonía, las escenas que en el fondo se parecen.

5.° La relacion de la muerte de los hijos de Anfímaco está amenizada con el discurso de estos al Atrida y la dura respuesta que reciben. La derrota general de la infantería troyana está soberbiamente

ilustrada con el símil del fuego que avivado por el viento derriba los ramos

y troncos de los árboles, y en tierra
caen vencidos de la ardiente llama.

6.° La precaucion de sacar á Héctor del combate, miéntras Agamenon está haciendo estragos en los Teucros, es sumamente ingeniosa y necesaria. Porque de otro modo debian encontrarse los dos héroes, y el poeta se hubiera metido en uno de aquellos atolladeros "*unde pedem referre vetat operis lex.*" En efecto, ni Agamenon podia matar al troyano, ni este al Generalísimo de los Griegos, sin que en uno y otro caso se alterase la tradicion histórica y se trastornase el plan de todo el poema, segun el cual Héctor debe morir á manos de Aquíles y Agamenon conquistar á Troya; y hacerlos combatir para que al fin quede indecisa la batalla no ofreceria interes alguno, habiéndose terminado así la de Héctor con Ayax Telamonio. No quedaba, pues, otro partido que el de hacer imposible el encuentro de ambos Generales; y Homero no dejó de tomarle haciendo intervenir la máquina para cortar este nudo, ya que no era posible desatarle.

7.° La muerte de Ifidamante y la de su hermano Coon, la herida y retirada de Agamenon, la vuelta de Héctor que penetra por entre las hileras enemigas

cual de repente de las altas nubes
la ráfaga del viento embravecido
baja y conmueve el azulado ponto,

el horrible estrago que hace, tan soberbiamente pintado en aquel otro símil

Como suele
el zéfiro barrer las densas nubes &c.

los esfuerzos que Ulíses y Diomédes hacen para animar á su gente y restablecer el órden de batalla, la prontitud con que Héctor acude adonde ve que sus escuadras flaquean, la contusion que recibe, el despecho de Diomédes cuando ve que no le ha herido mortalmente, y los denuestos que le dice cuando aquel se oculta entre las filas, ofrecen materia para muchas reflexiones; pero baste la de que cada trozo de estos es lo que debe ser en su línea.

8.° La flecha que Páris puesto en seguro detras del sepulcro de Ilo dispara á Diomédes, la alegría con que al verle herido sale de su emboscada, el pesar que muestra por no haberle pasado el cuerpo de parte á parte, y sobre todo la fanfarrona respuesta del aquivo á los insultos del troyano, merecen particular atencion. Nótense en la última aquellas valientes pinceladas.

Fuerza no tiene el dardo que dispara
un cobarde: muy otra de mi diestra
sale la aguda lanza &c.

y todo lo que sigue hasta la conclusion del discurso, y se verá otra prueba de que ningun poeta ha sabido hacer hablar á sus personages con la verdad, solidez, oportunidad y varonil elocuencia con que Homero hizo hablar á los suyos, logrando siempre que ellos se retraten á sí mismos en sus respectivas arengas.

9.° El soliloquio de Ulíses cuando se ve abandonado de los suyos y cercado de enemigos, la valentía con que se defiende, tan felizmente comparada con la del jabalí, el discurso que le dirige Soco ántes de acometerle, la herida que en efecto le hace en el costado, la serenidad con que el griego le amenaza por su parte aunque se siente herido, la irónica piedad con

que le compadece despues de haberle atravesado con su lanza, las palabras que Menelao dice á Ayax de Telamon para que unido con él vaya á socorrer á Ulíses, el no detenerse Ayax á responderle, el ponerse inmediatamente en marcha, la llegada de los dos, la fuga y dispersion de los Troyanos cuando los ven acercarse, el símil de los linces que están devorando el ciervo, el estrago que Ayax hace en los enemigos, el otro símil del torrente que hinchado con las copiosas lluvias se precipita de lo alto de una montaña,

é inunda las campiñas,
y encinas muchas y frondosas lleva
en pos y muchos pinos, y de cieno
grandes montones á la mar arrastra:

el consejo que Cebrion da á su hermano Héctor sobre que acuda á sostener la hueste en la parte en que Ayax la estaba desbaratando, la llegada de ambos, la fina observacion de que Héctor

á los demas guerreros perseguia
con la pica, la espada, y puntiagudas
piedras, pero evitaba cuidadoso
con Ayax encontrarse en la pelea,

el súbito terror que infunde Júpiter en el pecho del Aquivò, la necesidad en que se ve de retirarse, la pesadumbre que esto le cuesta, tan bien pintada en la actitud del leon que rechazado á pesar suyo del establo á que en vano acometiera

se retira á la selva macilento;

la lentitud con que retrocede, tan hermosamente comparada con la del asno perezoso que sale del sembrado despues de haberse hartado de yerba; la tierna solicitud de Eurípilo cuando le ve acosado por los enemigos, el auxilio que le presta, la herida que en es-

ta ocasion recibe, y la exhortacion que al retirarse dirige á los Griegos para que acudan á la defensa de su amigo: todos estos rasgos, así reunidos y acumulados, y aun cada uno de ellos en particular, no necesitan de comentario: basta leerlos para admirarlos.

Finalmente la escena que luego se presenta, y continúa hasta el fin del libro, es ya de otro género y merece particular exámen.

Ya hemos visto que Aquíles, por mas que se haya negado á aceptar los presentes de Agamenon, á reconciliarse con él, y á socorrer á los Griegos, quedó no obstante algo conmovido por los discursos de Ulíses, Fénix, y Ayax, y tiene ofrecido que tomará las armas y rechazará á los Troyanos cuando estos lleguen hasta las tiendas y naves de los otros Mirmídones. Veamos, pues, ahora la habilidad con que el poeta va preparando de léjos su vuelta á los combates, sin que la derrota de los Griegos llegue á tal punto que destruidas las otras naves solo queden ilesas las de Aquíles.

Ya hemos visto tambien que segun lo dispuesto por el Hado el hijo de Peleo no debia salir de nuevo á campaña, hasta que muerto su amigo Patroclo se peleara por su cadáver. Pero ni Patroclo ni los Mirmídones combaten, porque Aquíles se lo prohibe; y miéntras aquel no tome parte en la pelea, es imposible que le maten. Es, pues, necesario hacer de modo que sin renunciar Aquíles á su venganza salga á campaña su escudero. Hacerle salir por la sola voluntad del poeta no era difícil; pero motivar la salida, prepararla de antemano, y hacerla á su tiempo, no solo verosímil, sino casi necesaria; esto pedia un poco de aquel arte que no se adivina sino que se aprende, y

solo se adquiere á fuerza de ensayos y tentativas, y haciendo y deshaciendo, y corrigiendo, y limando, y puliendo los primeros borradores escritos en el calor de la inspiracion.

La prueba está en el pasage mismo que examinamos. Supone Homero que rechazados los Griegos á su muralla y obligado á retirarse Ayax, el único que todavía procuraba contener á los Troyanos; llega entónces Néstor á las naves con Macaon, á quien sacaba herido del combate. Pasan cerca de las de Aquíles, y este, que puesto de pié en la popa de su capitana

la vergonzosa fuga
y general derrota contemplaba
de los Aqueos,

no puede conocer quien es el héroe que iba en el carro de Néstor porque los caballos habian pasado con demasiada rapidez. Deseando no obstante saberlo, llama á Patroclo; y despues de saborearse en su venganza, diciéndole

hoy, no lo dudes,
á mis plantas postrados á los Griegos
suplicantes veré,

le manda ir á las naves de Néstor y preguntarle quien es el capitan á quien ha traido en su carro. Entre tanto ya Néstor y Macaon han llegado á la tienda del primero y alternan en suaves coloquios, cuando de repente se presenta á la puerta del pabellon el gallardo Patroclo. Néstor le hace entrar, y le ruega que se siente; pero él responde que no le es posible detenerse, que solo viene á saber quien era el herido á quien poco ántes sacaba del combate, y que pues ya lo está viendo, vuelve á decírselo á Aquíles por quien habia sido enviado. Mas Néstor se aprovecha de esta oca-

sion para hacer el discurso mas largo de toda la Ilíada, exceptuando únicamente el de Fénix en el libro nono: y despues de muchos rodeos y muy estudiadas preparaciones, propone á Patroclo que ó temple la cólera de Aquíles, ó consiga de él permiso para socorrer á los Griegos acompañado de los Mirmídones y cubierto con las armas del mismo Aquíles. Patroclo se enternece al oirle: y sin prometer nada, y ni responder siquiera, echa á correr hácia la tienda de Aquíles; pero á pocos pasos se encuentra con Eurípilo que viene cojeando, y este le suplica que le haga lo que ahora llamamos la primera cura. Patroclo le manifiesta que no puede ya detenerse por mas tiempo; pero al fin condolido del héroe, le acompaña á su tienda, le saca la flecha, y le aplica á la herida una raiz que mitigue los dolores.

Es necesario ser absolutamente ciego en estas materias para no ver que nada de esto salió de la pluma del poeta por mera casualidad, ni por irreflexivos movimientos del instinto, y que á falta de otros argumentos este solo pasage probaria cuan profundo era el conocimiento que Homero tenia del arte que profesaba. Así, los que han tachado de prolijo é intempestivo el discurso de Néstor solo han conseguido con tan injusta crítica hacer pública su ignorancia. El mayor mérito de esta bellísima arenga consiste en su misma duracion, y en la oportunidad con que se hace. Néstor, ya que Patroclo ha llegado, quiere de intento entretenerle para que por sus ojos, y de cerca, y muy despacio, vea cuan grande era la derrota del ejército, y enternecido él á vista de tan doloroso espectáculo procure enternecer tambien el duro corazon de Aquíles. Porque es necesario tener presente

que estando las naves de aquel héroe al un extremo de la línea toda, y teniendo esta una legua ó mas de largo, Aquíles desde su capitana solo podia ver en confuso y por mayor que los Griegos venian en derrota, pero no conocer la grandeza de su pérdida. Por eso dice Néstor al principiar su discurso.

. . . . ¿Y cómo Aquíles
así se compadece de los Griegos
que heridos yacen? Ah! *no bien conoce*
la gran calamidad que de los Dánaos
al ejército aflige. . . . .

Me he detenido tanto en estas observaciones porque veo que en general los comentadores las omitén, y sin embargo son importantísimas para que los lectores de Homero vean comprobada á cada paso la verdad de aquella frase en que Horacio, que le habia estudiado tan á fondo, compendió su mérito principal, á saber, el de que todo lo hace con intencion, con arte, con estudio, y nada á salga lo que saliere: *nihil molitur inepte*. Esto solo hace su elogio.

Viniendo ya al discurso mismo de Néstor, me limitaré á observar que la prolija y circunstanciada narracion que hace aquí de sus primeras fazañas, no tiene el solo mérito de pintar al anciano, al *laudator temporis acti*, sino el de servir para detener á Patroclo con esta de intento larguísima digresion; porque sabia que Patroclo, por mucha prisa que tuviese, no le dejaria, como suele decirse, con la palabra en la boca.

Por lo demas, el discurso entero, el de Patroclo á Eurípilo, la respuesta de este y la réplica del primero son trozos brillantísimos, en los cuales la mas severa crítica no encuentra qué reprender.

LIBRO DUODÉCIMO.

Es corto, pero no inferior en mérito á los que le preceden y siguen. Apuntaré lo mas importante.

1.° La revelacion que el poeta hace del éxito final de la guerra, era necesaria para satisfacer la curiosidad de sus lectores sin disminuir el interes del poema. Porque no estando destinado este á contar históricamente toda la guerra sino uno de sus incidentes, nada se anticipa aquí que luego haya de repetirse.

2.° La comparacion de Héctor con el leon ó jabalí

que rodeado
de perros y valientes cazadores
á todas partes los terribles ojos
vuelve,

y respecto del cual se verifica que

su propia valentía
es causa de su muerte;

no puede ser mas exacta ni mas acomodada al objeto á que se aplica, sobre todo por este último rasgo que es como un anuncio de lo que á Héctor sucederá.

3.° El consejo de Polidamante es útil, oportuno, y prudente. Y aunque sin la advertencia que contiene todos hubieran visto que subidos en los carros no podrian pasar el foso, hay su misterio en que Polidamante sea el primero que lo conozca y lo diga. Ya verémos pronto en este mismo libro, y despues en el décimotercio y el décimoctavo que Polidamante, animado con la buena acogida que ha tenido este su primer aviso, se anticipa otras tres veces á dar su dictámen sin que sea consultado; y que, aun hablando con tanta prudencia y cordura como ahora, Héctor desprecia dos de sus avisos y este desprecio es causa

de su muerte y de la ruina del ejército. Con este objeto, pues, se hace aquí mencion de Polidamante, y se le presenta como un célebre adivino y sabio consejero.

4.° La comparacion de los dos Lapitas que firmes, inmobles, y arrimados á una de las puertas, esperan la acometida de los Teucros,

como están en los montes las frondosas
encinas corpulentas que apoyadas
en sus gruesas raices extendidas
al viento desafían y á la lluvia
siglos enteros;

la otra de los mismos Lapitas, cuando ya se arrojan fuera de las puertas,

á fieros jabalíes semejantes
que de los cazadores y los perros
la acometida aguardan en el monte;
y en *torcida* carrera atravesando
el espeso jaral que los oculta,
tronzan las jaras que á su paso encuentran,
y las arrancan de raiz, y crugen
en horrísono ruido los colmillos;

no pueden ser mas poéticas. Nótese en la última aquel epíteto de *torcida* dado á la carrera del jabalí, epíteto tan verdadero como pintoresco, y aquel *tronzar* las jaras, y aquel *crugir los colmillos en horrísono ruido.*

5.° El discurso de Polidamante, cuando ve volar el águila que anuncia la futura derrota de los Troyanos; y el de Héctor cuando desprecia los avisos del augur, se burla de sus temores, y hasta le insulta y amenaza, son admirables en su totalidad. Pero nótese mas particularmente en el exordio del primero aquella sentencia política

mas justo no será que un ciudadano

. . . .

haga traicion á la verdad &c.

y en el segundo aquello de,

un solo agüero la verdad anuncia,

y es el que dice "*defended la patria*"

y dígase despues si el autor de la Ilíada era ó no filósofo.

6.° El discurso de los dos Ayaces para animar á su gente, la comparacion entre las piedras que los Griegos tiraban á los Teucros, y estos les volvian, y los espesos copos de la nieve, comparacion empleada dos veces aunque no repetida en los mismos términos; la de Sarpedon con el leon que deseando destrozar un rebaño de ovejas,

aunque las halle
por armados pastores defendidas
y colmilludos canes, no ya quiere
el establo dejar sin que primero
pruebe el asalto;

y sobre todo su discurso á Glauco, en que tan hermosamente está dicho que si los Príncipes gozan de ciertas prerogativas, tambien están obligados á sobrepujar en mérito y virtud á sus vasallos, son pasages en nada inferiores á los mas celebrados del poema. Nótese en el último aquella arenguita de los Licios intercalada en la principal, y recuérdese lo que ya dejo observado sobre el buen efecto que producen estas intercalaciones.

7.° Lo restante del libro es igual; pero solo quiero que los lectores fijen su atencion en aquellas dos tan nuevas, exactas y felices comparaciones en que se hace visible la firmeza con que los Griegos defendian

la brecha y el empeño con que los Troyanos procuraban pasar por ella, sin que ni estos pudieran

á las naves
abrirse paso, la muralla rota;
ni las falanges Griegas á los Licios
pudiesen rechazar léjos del muro
desde que se acercaron.

La primera es la de los dos labradores que parados sobre el límite de sus contiguas heredades se disputan unos cuantos palmos de terreno. La segunda es la de una hilandera y vendedora de lana que empuñando la fiel balanza iguala los pesos, para vender su hilaza y llevar con su producto escasa y pobre comida á sus hijuelos. Estas comparaciones, ademas de ser exactas y bellísimas, tienen el mérito particular de ofrecer un delicioso contraste entre las pacíficas é inocentes ocupaciones de la vida civil y las escenas horribles de las batallas. Tambien es de esta clase el símil en que se ilustra la gran facilidad con que Héctor llevaba en la mano sin fatigarse un enorme peñasco, diciendo

Como lleva el pastor en una mano
el vellon de una oveja fácilmente,
sin que el peso le oprima &c.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

Este y los dos siguientes prueban, no solo la inagotable fecundidad de Homero para inventar nuevas situaciones y nuevos incidentes con que alargar y diversificar el poema, sino cuan á fondo poseia el arte que los dramáticos modernos han llamado *de las sorpresas*. Este arte consiste en que cuando el lector ú

oyente cree que la accion de una tragedia ó comedia llega ya á su término ó desenlace, el poeta haga nacer con naturalidad y verosimilitud algun incidente que la complique de nuevo y retarde su conclusion; y este arte ninguno hasta ahora le ha poseido en mas alto grado que Homero. Y por esto se ha dicho con verdad que sus obras fueron la escuela en que aprendieron las reglas de la tragedia Esquilo, Sófocles, Eurípides y demas trágicos griegos, y en que todavía pueden estudiarlas los modernos.

Ya hemos visto cómo estando, al parecer, concluida la guerra con el desafío de Páris y Menelao, supo encenderla de nuevo con la flecha de Pándaro; y cómo, estando tambien terminada la enemistad de Aquíles y Agamenon en la satisfaccion que este da al primero, los magníficos dones que le ofrece, y la solemne embajada que le envía, supo Homero prolongarla con la negativa de Aquíles; negativa muy natural y verosímil, porque aun no estaba suficientemente vengado y tenia demasiado reciente la herida para que pudiese ceder á la primera insinuacion. Pero donde mejor se ve y conoce el artificio con que el poeta procura alargar sin violencia una accion que parecia concluida, es desde el libro décimotercio. Héctor no solo ha derrotado en campo raso á los Griegos y los ha encerrado dentro de su empalizada, sino que ha escalado este muro última esperanza de los vencidos, ha roto las puertas, y ha penetrado con toda su gente hasta las tiendas y las naves. En esta situacion, estando los Griegos tan acobardados y heridos sus primeros campeones, el lector cree que Héctor va inmediatamente á incendiar los bajeles, que viéndolo Aquíles enviará á Patroclo como ya está

anunciado, que Héctor le matará, y que saliendo á campaña el hijo de Peleo vengará la muerte de su amigo y se acabará el poema. Y en efecto, conducida la accion al punto en que la deja el libro duodécimo, otro poeta de imaginacion ménos rica con dificultad hubiera hallado materiales para continuarla por otros doce mas largos en su totalidad que los precedentes, ó lo hubiera conseguido á fuerza de episodios é incidentes poco necesarios. Pero el autor de la Ilíada no era hombre que necesitase de tan pobres recursos para extender su poema sin perder de vista un solo instante la accion principal, y sin estirajarla, por decirlo así, con violentos torniquetes, ó alargarla como se alarga una cuerda añadiendo al primero por medio de nudos uno y otro cabo suelto. Veamos ya como lo hizo, y con qué destreza está manejada esta segunda mitad del poema, la cual, por estar ya la accion muy cerca de su término, ofrecia mas dificultad que la primera.

Bien conoció Homero que llegado el combate al estado que se nos pinta en los últimos versos del libro precedente no era verosímil que los Griegos con solo su valor natural tuviesen largo tiempo indecisa la victoria, é impidiesen á Héctor poner fuego á los bajeles. Porque, si defendidos por ancho y hondo foso con estacada, y por alto y grueso muro flanqueado de excelsos torreones, no habian podido conservar tan ventajosa posicion, y el enemigo habia penetrado en su campo; mal podrian rechazarle cuando dispersos, acobardados y en completa derrota huian á esconderse en sus tiendas y navíos. Recurrió, pues, y estos son los casos de hacerlo, al auxilio sobrenatural; y supuso que Neptuno, aprovechando

cierta distraccion de Júpiter, acude á reanimar á los Aquivos, rehace sus escuadras, las capitanea él mismo, y por algunos instantes contiene el ímpetu de los Troyanos.

Este es el arbitrio con que sin faltar á la verosimilitud pudo el poeta prolongar el combate, y dilatar el triunfo final de los Troyanos que debe traer á Patroclo al campo de batalla y facilitar por medio de su muerte la reconciliacion de Aquíles con el Atrida y la conclusion del poema. Todavía verémos en el libro siguiente otro nuevo recurso de que el poeta se valió para diferir un poco mas la salida de Patroclo. Por ahora limitémonos al décimotercio.

Observemos primeramente la buena razon con que está motivada la distraccion de Júpiter que da ocasion á Neptuno para que favorezca á los Aquivos, á saber, que habiendo ya conducido á Héctor y sus escuadras hasta el recinto de las naves dejó que ellos por sí mismos continuasen la batalla: como quien dice "yo os he allanado ya el camino y os he ayudado á vencer el mayor obstáculo, que eran el foso y el muro: ahora haced vosotros lo que resta; que no lo he de hacer yo todo." Esto es tanto mas verosímil y necesario cuanto que Jove no queria, como ya lo ha dicho, destruir enteramente el ejército de los Griegos, sino hacer vencedores á los Troyanos hasta que empezando ya á quemar los bajeles fuese necesaria la salida de Patroclo para que su muerte pusiese fin á la venganza de Aquíles, este matase á Héctor, y restituido su cadáver se concluyese el poema. Así, no puede Jove continuar favoreciendo á los Troyanos con la misma eficaz proteccion que al principio de esta batalla; porque entónces hubie-

ran abrasado la escuadra toda y degollado á los Griegos, y el socorro de Patroclo y la salida de Aquíles hubieran sido inútiles.

Observemos tambien el modo con que está preparada la venida de Neptuno al campo de batalla. Este Dios, obedeciendo el mandato de Jove, no ha querido hasta ahora socorrer á los Griegos aunque era una de las Deidades que los protegian; pero estaba mirando el combate desde un monte de Samotracia, porque esto no le fuera prohibido. Ve desde allí que los Griegos son vencidos y derrotados, que perecen á manos de los Teucros, y que Héctor ha roto ya la puerta del muro y penetrado en el recinto de las naves; y se indigna contra Jove que tan abierta y poderosamente auxiliaba á los Troyanos. Observa al mismo tiempo que su hermano está distraido, y aprovecha este momento para socorrer á los Griegos ántes que Júpiter lo advierta. Este pasage y los demas en que entra la máquina mitológica serian ridículos, absurdos é irreverentes, si se tratase del verdadero Dios; pero hablando de divinidades fabulosas, y tales como se las figuraban los idólatras, se admiten en los poetas por moneda corriente.

Esto supuesto, admiremos luego la pomposa y muy poética descripcion que se nos hace de la bajada de Neptuno desde el monte de Samotracia, su llegada á Égas en solos tres pasos, su viage por el mar en brillante carroza tirada de caballos que no parecen marinos, su llegada á la caverna en que deja el carro, y su salida de las aguas. Vuélvase á leer el pasage.

Observemos en tercer lugar el discurso que dirige á los Ayaces, lo que el de Oileo dice al de Tela-

mon, y la exhortacion del mismo Neptuno á los principales caudillos que estaban acobardados. Reuno las tres arengas, y no me detengo á analizarlas, por evitar prolijidad. Basta decir que son admirables, y que en ellas no hallará defecto alguno la crítica mas severa. Sin embargo, citaré con particular elogio aquel pasage de la tercera en que con tanta destreza está recordada la memoria de Aquíles, y reconocida la justicia con que se vengaba del Atrida,

Es ciertamente
culpable Agamenon, porque orgulloso
con ásperas razones ha insultado
al hijo valeroso de Peleo &c.

Observemos en 4.° lugar el bellísimo símil en que Héctor, que acomete casi seguro de no encontrar resistencia y es rechazado por la fuerte y escogida columna que mandaban los Ayaces, es comparado con la piedra que desgajada del monte va dando vuelcos y saltos hasta que llegada á la llanura ya no puede pasar adelante.

No hablaré del combate de Meriónes con Deifobo, el de Teucro com Ímbrio, la muerte de Anfímaco, y el bote de lanza que Ayax da á Héctor haciéndole retroceder; pero notaré en 5.° lugar el pasage en que Ímbrio, llevado en los brazos por los dos Ayaces, es comparado á la cabrilla que dos leones arrancan de los dientes de los perros, y levantada de tierra la llevan entre los dos al oculto matorral para devorarla. La semejanza no puede ser mas exacta.

Dejemos tambien la arenga que Neptuno bajo la figura de Toante dirige á Idomeneo, la respuesta de este y la réplica de aquel, aunque las tres son pre-

ciosas: y no hablémos tampoco de la hermosa comparacion en que Idomeneo es asemejado

al ardiente relámpago que Jove
despide con su diestra poderosa;

pero detengámonos en el coloquio de Idomeneo y Meriónes, que algunos han tachado de intempestivo y prolijo. No es absolutamente necesario, porque el poeta pudo no hablar del encuentro de estos héroes: pero está introducido sin violencia, y lo que se dicen los dos no puede ser mas natural ni mas bello. Deja indicado el poeta que Meriónes, rota su lanza, ha ido á buscar otra; Idomeneo sale en aquel instante de su tienda, y estando esta y la de Meriónes hácia un mismo lado es verosímil que se encuentren ambos. Encontrados ya en el camino, es natural que el Rey pregunte á su escudero, viéndole abandonar la batalla, si está herido, ó si viene á buscarle á él porque su presencia es allí necesaria: y tambien es natural que Meriónes le responda que habiendo roto su lanza viene á tomar otra, y que estando la tienda del Rey mas próxima que la suya allí la tomará si es que alguna le queda disponible. Y esto supuesto ¿qué debe responder Idomeneo? Lo que responderia cualquiera en igual caso:

cuando quieras veinte,
y aunque fuera una mas, dentro la tienda
las hallarás;

porque, habiendo yo quitado la vida á tantos enemigos y despojádolos de sus armas, tengo de sobra lanzas, escudos, cascos y lorigas. ¿Y á esto qué deberá replicar Meriónes? Lo que cualquiera responderia en igual caso. "Yo tambien tengo muchas lanzas tomadas á los Troyanos, pero mi tienda no está tan

cerca como la tuya para ir á buscar la que necesito." Y como el Rey se ha jactado vanaglorioso de haber quitado la vida á muchos de los Troyanos; es como punto de honor en Meriónes responder que tambien él ha dado pruebas de valor en las batallas, y extenderse en sus propiás alabanzas apelando al testimonio del mismo Idomeneo á cuyo lado peleaba ordinariamente. ¿Y qué deberá hacer Idomeneo? Dar el testimonio que se le pide. Así lo hace, pues; pero conociendo él mismo (ó por mejor decir, Homero) que con este casual coloquio han perdido algunos instantes le corta oportunamente, diciendo

Pero vamos
á la lid, y en inútiles discursos
no el tiempo se consuma.

¿Qué hay, pues, en todo este pasage que pueda llamarse defecto? Nada ciertamente. Y si á los poetas no les fuera permitido amenizar sus composiciones con estos incidentes, no rigorosamente necesarios pero posibles, verosímiles, y que por sí mismos nacen de lo que antecede; los poemas quedarian reducidos á una disertacion didáctica, seca, descarnada y empalagosa. Demos todavía que el coloquio sea algun tanto prolijo ¿quién no perdonará esta pequeñísima falta en favor de la elocuencia con que está escrito, y sobre todo de aquella admirable pintura del cobarde y el valiente puestos en celada, que contiene la última réplica de Idomeneo? No puede ser mas acabada. Adviértase finalmente que si dos personas hubieran de recitar hoy al pié de la letra los versos que Homero puso en boca de Idomeneo y Meriónes, no tardarian cuatro minutos. Y en la batalla mas terrible dos gefes que casualmente se encuentran léjos de la pelea ¿no se detienen muchas veces á hablarse,

y emplean en su coloquio, no cuatro, sino cinco y seis minutos?

Seamos generosos con los críticos, y concedámosles que este pasage puede contarse en el número de los descuidillos del poeta ¿no estará bien compensado con la soberbia comparacion que inmediatamente sigue, en la cual con tanta verdad como belleza se asemejan las dos escuadras que se embisten á las tempestades que suelen venir

agitadas
por los vientos sonoros en los dias
en que, árida la tierra, están cubiertos
de polvo los caminos, y levantan
densa nube de oscura polvareda?

¡Qué circunstancia tan bien escogida la de la polvareda que necesariamente levantan los huracanes cuando, seca la tierra, están los caminos llenos de polvo!

He defendido á Homero en este pasage porque creo que se le ha criticado injustamente; pero no me atreveria á tomar su defensa si alguno censurase el discurso que Idomeneo dirige á Otrioneo despues de haberle atravesado con su lanza, en el cual, aludiendo á su tratado casamiento con Casandra, le ofrece irónicamente por esposa una hija de Agamenon. Yo sé que semejantes sarcasmos no son del todo inverosímiles, atendidas las costumbres de aquellos siglos y la ferocidad con que se hacian las guerras; pero, aun así, el que Homero pone en boca de Idomeneo tiene mas de frio y chocarrero que de feroz.

La muerte de Asio, la de su escudero, la de Ipsenor, la de Alcatoo, la venida de Enéas para defender el cadáver de este último, y los varios combates que siguen hasta el de Pisandro y Menelao inclusive,

no ofrecen materia para importantes observaciones; baste decir que todo está bien escrito. Sin embargo deben notarse dos símiles en nada inferiores á los que ya hemos visto. 1.° Cuando Idomeneo es comparado (v. 843) con el jabalí que haciendo ostentacion de su bravura espera tranquilo

de los mancebos
el hórrido tumulto, y no abandona
el matorral aunque se encuentre solo;
y en el lomo las cerdas erizadas,
brillan sus ojos en ardiente fuego,
aguza los colmillos, é impaciente
está por rechazar la acometida
de los perros y fuertes cazadores.

Esto es tan bueno como lo mejor. 2.° Cuando dice el poeta (v. 1023) que Adamante, caido en tierra y teniendo clavada la pica, se agitaba furioso en torno del hastil

como se agita
un toro, si á la fuerza los pastores
con retorcidas cuerdas le han atado
en el monte y al valle le conducen.

Este no es tan pomposo como el primero, pero es oportuno y exacto.

El discurso que, vencido Pisandro, dirige Menelao á los Troyanos es uno de los mejores de la Ilíada; y si Menelao habló en aquella ocasion, no debió hablar de otra manera. No señalaré una por una todas sus bellezas, porque los lectores las distinguirán fácilmente.

Lo que sigue, hasta que Héctor acude á sostener las legiones que aflojaban, no exige particular exámen. Solo debe notarse la comparacion de los dos

Ayaces con los dos novillos que marchando siempre juntos . . . .

del arado
unidos tiran en noval profundo
la torva frente de sudor bañada &c.

y el discurso de Polidamante á Héctor para probarle que si excedia á los demas en valor no por eso debia presumir que los aventajaba en sabiduría, prudencia y prevision, y en el cual anuncia en términos vagos la próxima vuelta de Aquíles á los combates.

La terrible reconvencion que Héctor hace á Páris cuando echa de ménos á Deifobo, á Heleno y á otros principales gefes, es lo que debe ser, acre, dura y vehemente: pues, aunque Páris no tenia en realidad la culpa de que hubiesen sido muertos ó heridos sino en cuanto él era el autor de la guerra; por esta sola razon es muy natural que Héctor se dirija á él y le pregunte

¿qué es lo que hiciste
de tu hermano Deifobo, qué de Heleno? &c.

Y aunque Páris responde bien y desvanece el cargo y Héctor se templa, el primer movimiento de este debió ser el que le supone Homero.

El pasage que sigue y en el cual se dice que los Troyanos capitaneados por Héctor y los otros caudillos marcharon de nuevo al combate,

cual desciende
de rápido huracan el torbellino &c.

contiene en el fondo la misma comparacion que vimos hace poco; pero presentada con tanta novedad que no parece la misma. Allí es el huracan que levanta nubes de polvo cuando está seca la tierra; y aquí es

de rápido huracan el torbellino,

que del trueno de Jove acompañado
sobre tendida playa impetuoso
se precipita &c.

Así es como un poeta, y cualquier escritor, debe hacer nuevos los pensamientos que toma de otros, ó que él mismo ha empleado en otra parte.

El arrogante discurso de Ayax y la no menos valiente respuesta de Héctor con que acaba este libro, y sobre todo los tres últimos versos, no necesitan de que yo los elogie.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

El símil con que se ilustra y hace visible en cierto modo la perplejidad en que Néstor se encuentra, cuando ve el estado de la batalla, sobre ir al lugar de la pelea ó buscar á Agamenon, no puede ser mas exacto, hermoso, nuevo y expresivo.

Como la faz del piélago espumoso,
lentamente arrugándose, comienza
ya con sorda mareta á conmoverse;
y renegrea si del alto cielo
siente venir en rápidos caminos
los resonantes vientos; y sus olas
indecisas están sin revolverse
ni á este lado ni aquel &c.

Este pincel se perdió á la muerte de Homero: y por mas que muchos le han buscado, nadie ha podido encontrarle.

La consternacion del Atrida cuando ve á Néstor triste, abatido, y alejado de la pelea, es muy natural; pero lo mas notable en su breve discurso es aquella tan oportuna exclamacion

Ay de mi! Sin duda todos
los Aquivos la cólera en el pecho
pusieron en mi daño como Aquíles.

¡Qué feliz ocurrencia la de poner en su boca estas dos últimas palabras! ¡Cuánto dicen ellas solas!

La respuesta de Néstor es la que pide la situacion. La noche ántes, cuando todavía el enemigo no habia penetrado dentro del muro, Néstor, que confiaba mucho en esta fortificacion construida por su consejo, debió mostrar ménos cobardía que Agamenon; pero ahora debe estar tanto ó mas acobardado. Ya no es tiempo de hacerse ilusion con vanas esperanzas; el enemigo está combatiendo al pié de los bajeles, y se dispone á quemarlos. Pero ¡qué tacto se necesita en el poeta para percibir la diferencia que hay de una situacion á otra!

El profundo abatimiento en que debió caer el Atrida, al ver tan desalentado á Néstor, trae naturalmente el discurso en que el primero propone la retirada; pero obsérvese con qué verdad y destreza está anticipada la respuesta á la grande objecion que podrian hacerle los otros Gefes y él mismo habia propuesto en otra ocasion, á saber, lo ignominioso que seria huir y abandonar la empresa. Este argumento tenia mucha fuerza entónces; pero ahora que están en inminente peligro de quedar todos muertos ó prisioneros,

vergonzoso
no es evitar, aunque de noche sea,
el último exterminio; y en las lides
mas prudente es salvarse con la fuga
que dar las manos á servil cadena.

El discurso en que Ulíses impugna el dictámen

del Atrida está dictado por la indignacion que debió excitar en su ánimo la sola idea de una fuga tan vergonzosa; y como he dicho otras veces, y debe tenerse por dicho siempre que examinemos arengas, si Ulíses habló dijo sin duda en la sustancia lo que Homero pone en su boca.

La ingenua confesion del Atrida de que su dictámen no es el mas acertado, el deseo de que se proponga otro mejor, y aquel sagaz modo de disculparse diciendo que si ha propuesto la fuga ha sido en la inteligencia de que los demas aprobasen esta resolucion y que su ánimo no es obligarlos á que la tomen, son de aquellas cosas sencillísimas que ahora despues de escritas por Homero nos parecen fáciles; pero quizá costó gran dificultad hallarlas.

El discurso de Diomédes me parece un poco largo para la situacion en que se pronuncia, y la digresion sobre la nobleza de su orígen nó necesaria; porque es imposible que los oyentes ignorasen quien fuera Tideo; y cómo, establecido en Argos, se habia casado con la hija de Adrasto &c. Estos son hechos que debian saber Agamenon, Ulíses y Néstor: y sabiéndolos era inútil referírselos con tanta prolijidad, sobre todo en el apuro en que se hallaban. Ademas, lo que despues de tan largo preámbulo propone no exigia esta precaucion oratoria; bastaba que lo hubiese indicado en tres palabras. En efecto, para venir á parar en que será bueno acercarse al lugar de la pelea y sin tomar parte en ella animar con la voz á los soldados, no era necesario extenderse tanto sobre lo esclarecido de su linage y justificar su importuna digresion diciendo,

Lo refiero

porque nó acaso, de linage oscuro
creyéndome y nacido de cobardes,
despreciéis mi consejo.

Para tomarle, ó no, era indiferente que su padre y su abuelo hubiesen sido valientes: lo que debió examinarse fué si en las circunstancias en que se hallaban era ó no acertado y saludable. Este pasage es, á mi parecer, una de las cabezadillas de nuestro poeta.

No es de esta clase el discurso de Neptuno á Agamenon. Aquel empezar el supuesto anciano mostrándose irritado con Aquíles, aquello de figurarse cuánto este [illegible]

[illegible] gozará en su pecho,
la fuga y destruccion de los Aquivos
al contemplar, [illegible]

aquella tan oportuna reflexion de que

la razon le ofusca
vengativo rencor,

aquel

ah! si pereciera
y el cielo de ignominia le cubriése!

aquella seguridad que en tono de inspirado da al Atrida, diciéndole

Contigo no del todo las Deidades
irritadas están,

y la especie de profecía que sigue;

y no es ya léjos
el dia en que los Príncipes y Gefes
de los troyanos en la gran llanura
levantarán de polvo densa nube &c.

todo esto es ya de buen gusto, y todo digno de Homero.

La gigantesca hipérbole de que Neptuno

en alarido resonante
tanto gritaba, cual gritar pudieran
nueve ó diez mil guerreros que la liza
á empezar fuesen,

es permitida en poesía, y está oportunamente empleada.

La descripcion del modo con que Juno se atavió para realzar su hermosura está hecha con tan exacta puntualidad, que la estamos viendo en su tocador y nada se nos oculta de cuanto hace. Y por cierto que la Emperatriz de Rusia, (excepto los brillantes que acaso entónces no se conocian en la Grecia) no se adornaria hoy mas rica y lujosamente. Manto bordado en vistosas labores, áureo broche para prenderle, ceñidor guarnecido de rapacejos de oro para sujetarle al cuerpo, pendientes de tres gajos en los cuales están engastadas finísimas perlas, hermoso prendido tan brillante como el sol y ricos chapines, sin faltar las pomadas y los perfumados aceites ¿qué puede añadir ahora para su engalanamiento la muger mas rica de Lóndres ó de Paris? Hago esta advertencia porque es importantísima para que se vea á qué grado de cultura habia ya llegado la Grecia en tiempo de Homero, y que en tan cultísimo siglo y viviendo en ricas y populosas ciudades, cuyo lujo corria ya parejas con el de la Europa actual, el cantor de Aquíles no pudo ser un Bardo como los nacidos en los bosques de la Germania.

Los discursos de Juno á Vénus pidiéndola, primero una gracia en general, y despues su ceñidor, no pueden ser mas delicados ni estar escritos con mayor conocimiento del arte. Véase como en el primero se anticipa ella misma la repulsa que naturalmente debia

esperar de una Diosa que favorecia á los Troyanos miéntras ella procuraba su ruina con tanto encarnizamiento; y en el segundo el plausible motivo que alega para inclinarla á que la dé su encantado ceñidor. En estos y otros muchos pasages en que se trata de objetos que no son por su naturaleza grandiosos, sublimes, y épicos, es donde yo quiero que se estudie y admire á Homero, y en los que hasta ahora no tiene competidor. Ser poeta describiendo una tempestad ó una batalla, y elocuente haciendo hablar á Dido abandonada por su pérfido amante, grande mérito es sin duda; pero ser al mismo tiempo gran poeta, elocuente orador, y profundo filósofo, refiriendo el coloquio de dos mugeres enemistadas, la una de las cuales necesita de la otra y á pesar de la rivalidad alcanza de ella lo que desea, esto nadie lo ha conseguido sino Homero. ¡Qué gracia, que delicadeza, qué finura hay en la arenguita de Vénus al otorgar á Juno lo que desea!

Justo, ni decoroso, no seria
esta gracia negar á la que hermana
siendo y esposa del potente Jove,
duerme en sus brazos.

¿Quién esperaria una razon tan ingeniosamente imaginada para justificar la condescendencia de Vénus, que á primera vista parece inverosímil supuesta su enemistad con la que entónces imploraba su favor? No hablo de la tan poética invencion del ceñidor encantado: los mayores enemigos de Homero no han podido ménos de celebrarla.

Allí el amor, allí el deseo;
allí de los amantes los coloquios,
y allí la fácil persuasion estaba

que á los mas cuerdos la prudencia roba.

¿Hay algo que se parezca á esto en los Bardos de la Escandinavia?

Dejemos el diálogo entre Juno y el Sueño, por que en él hay oscuras mitologías que á nosotros no nos interesan ya; y vengamos al famoso pasage en que el poeta refiere el efecto que produjo el ceñidor de las Gracias. No puede negarse que el objeto, aunque está presentado con la posible decencia, es lúbrico en sí mismo; pero á un poeta idólatra se le puede perdonar esta gallardía en favor de la feliz invencion y de la delicadeza de pincel con que está tocado el cuadro. Lo que á mi juicio no se le puede disimular es que Júpiter, para enamorar á Juno, la recuerde y enumere tan prolijamente todas las traiciones que él había hecho al amor conyugal y de que ella estaba tan ofendida y celosa. No es verosímil que un casado, queriendo acariciar á su esposa y exagerarla su amor despues de haberla sido no pocas veces infiel, la diga: "te quiero tanto como quise á fulana, y á citana, y á mengana," y ménos que la dé en ojos, como suele decirse, con los hijos que de ellas hubiese tenido. Este no es el modo de inspirar amor á una celosa: es otra cabezada del buen Homero, y ya se ve que yo no le disimulo ninguna.

¿Pero qué importan estos imperceptibles lunares? Son como las manchas en el sol; que solo con el telescopio se descubren. Tres ó cuatro manchitas llevamos notadas hasta ahora, y todavía hallarémos otras cuantas que en todas no pasan de diez ó doce y son muy pequeñas. Pero, aun cuando fuesen veinte y un poco mayores ¿no quedarian borradas con el solo pasage que sigue poco despues, en el cual, para dar

al lector alguna idea del horrísono clamor que alzaron Teucros y Aquivos al comenzar el combate al pié de los bajeles, agota el poeta la rica vena de su imaginacion, amontonando uno sobre otro los símiles y diciendo (v. 652 y sig.)

No braman tanto las hinchadas olas
del vasto mar en resonante playa,
cuando el soplo del Bóreas estruendoso
del piélago á la orilla los empuja;
no suena tanto del ardiente fuego
el ruido estrepitoso en las alturas
del monte, cuando airado se levanta
para quemar el bosque dilatado;
no silva tanto impetuoso viento
de frondosas encinas en las ramas,
cuando mas iracundo las agita;
como de los Aqueos y Troyanos,
al dar de guerra el espantoso grito,
resonaba la voz cuando furiosos
el terrible combate comenzaron.

¡Qué riqueza de expresion, qué abundancia de imágenes, qué poesía, qué estilo!

No es ménos magnífico y poético el otro símil en que para mostrar cuan terrible caida dió Héctor al impulso de la piedra que Ayax le tiró, dice el poeta (v. 693).

Cual, á impulso del rayo que despide
de Júpiter la mano, cae en tierra
de las hondas raíces arrancada
la encina corpulenta &c.

El sarcasmo en que Polidamante insulta á los Griegos despues de haber atravesado con su lanza á Protenor, diciendo

y me parece
que *de baston le servirá, y en ella*
apoyado podrá bajar al orco;

es frio, no me gusta, y de buena gana le hubiera suprimido; pero como fiel traductor he debido conservarle.

Lo que Ayax, habiendo matado á Arquíloco, dice á Polidamante como si no supiese que el muerto era hijo de Antenor, la arenga de Polidamante á los Griegos despues de haber matado á Prómaco, y la réplica de Peneleo cuando ha vengado su muerte, no son pasages muy brillantes; pero son buenos en su línea. Lo demas del libro no ofrece cosa notable.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Consternados los Troyanos al ver tan mal herido á su primer adalid vuelven la espalda, y los Griegos los persiguen hasta mas allá del foso; pero en este momento despierta Júpiter, ve á los Troyanos en derrota y

tendido en la llanura
á Héctor, de sus amigos rodeado,
exánime, sin fuerzas, sin sentido,
anheloso, y vertiendo por la boca
purpúrea sangre, porque no el mas débil
de los Griegos le hiriera:

y como es natural se indigna contra Juno, la reprende y amenaza. Pero yo, dejando á parte la ya ininteligible fábula contenida en su discurso, recordaré solamente la destreza con que Juno se disculpa sin faltar á la verdad.

Tampoco olvidaré la feliz comparacion en que el

poeta ilustra la celeridad con que Juno sube en un instante desde el Ida al Olimpo, diciendo (v. 141)

Como suele tal vez el caminante
que viajó por numerosas tierras
repasar las ciudades en su mente,
y dice: *yo aquel pueblo he visitado*,
y aquel otro tambien &c.

Estas sencillas, naturales, felices, y al mismo tiempo originalísimas ocurrencias solo se hallan en Homero.

No me detendré en el discurso de Témis á Juno, en lo que esta responde, en la arenga que luego dirige á todos los Dioses, en el arrebato de Marte cuando oye que su hijo Ascálafo ha sido muerto en la batalla, en lo que Pálas le dice para contenerle, en el mensage que envía Júpiter á Neptuno por medio de Íris, en la primera respuesta de este, en el prudente consejo que le da la mensagera, en la ya mas templada respuesta definitiva del Dios del mar á su hermano, en la órden que este comunica á Febo para que reanime á Héctor y le conduzca de nuevo hasta las naves de los Aqueos; ni en el modo con que Apolo ejecuta este mandato, lo que dice á Héctor y este le responde. Ya he dicho que todos estos pasages puramente mitológicos, aunque buenos en sí mismos, no son ya tan interesantes para nosotros como lo eran para los Griegos. Por otra parte, habiendo tanto que alabar en la Ilíada, no llevarán á mal los lectores que yo deje sin analizar los trozos ménos importantes. Así en este notaré aquel símil solamente en que con tanta verdad está pintada la rapidez con que la mensagera de los Dioses bajó desde las cumbres del Ida al llano en que se daba la batalla.

De las altas nubes

como desciende rápida la nieve &c.

Esto, que ya es humano, agrada mas á los modernos.

Reanimado Héctor al escuchar la voz de Apolo, vuelve al combate (v. 445)

Cual brioso alazan &c.

y yo advierto que esta comparacion, ya empleada en el libro sexto no está aquí tan felizmente aplicada como allí, y que aun estándolo no era necesario ni conveniente repetirla. Y lo que es por mí la suprimiria, casi seguro de que esta inútil repeticion no es del poeta sino de los Rapsodes. Sin embargo, no me he atrevido á quitarla.

No sucede lo mismo con la siguiente en la cual se nos pinta cómo los Griegos, viendo que Héctor volvia á la batallla ya curado y mas animoso que nunca, se acobardan y desordenan, y cesan de perseguir á los Troyanos. (v. 460)

Como suelen los perros y pastores &c.

Esto es bueno, y bastaba para dar idea de la vuelta de Héctor sin anticipar el símil del caballo.

El consejo de Toante es oportuno, y la pintura de Apolo que marcha al frente de las escuadras teucras rodeados los hombros de oscura nube y defendido con la égida brillante,

espantosa, versatil, y con borlas
de oro por todas partes guarnecida,

tan hermosa como breve.

La resistencia que al principio opone el escuadron escogido de los Griegos que sostenia la retirada de la turbamulta, el abatimiento en que caen hasta los mas valientes luego que Apolo agita sobre ellos su formidable égida, y la comparacion de su precipitada fuga con la dispersion del rebaño de ovejas cuando á des-

horas de la noche le acometen dos leones; todo es homérico.

Lo es tambien la pintura de Apolo cegando el foso, allanando sobre él á los Troyanos un espacioso camino, y derribando luego el muro tan fácilmente (v. 627)

como el rapaz que en inocente juego
á la orilla del mar de leve arena
un valladar levanta y con la mano
y los piés luego le derriba, y rie.

Qué símil tan gracioso!

Son igualmente homéricas la súplica de Néstor á Júpiter, y la comparacion en que los Troyanos, cuando ya pasan por encima del foso y el arruinado muro y en numerosos escuadrones se arrojan sobre las naves, son asemejados á las olas del mar que (v. 664)

embisten al costado del navío;
y pasando del borde por encima,
en la cubierta caen.

El discurso con que Patroclo se despide de Eurípilo cuando ve que los Troyanos acometen ya á las naves, el de Héctor á su gente para que defiendan el cadáver de Caletor, el de Ayax á Teucro animándole á que con sus flechas vengue la muerte de Licofron, el de Teucro cuando Jove le ha roto la cuerda del arco, la respuesta de Ayax, la nueva exhortacion de Héctor á los suyos cuando ve inutilizadas las flechas de Teucro, la de Ayax para infundir aliento á los Griegos, la del mismo Héctor á Melanipo para que acuda á defender el cadáver de Dólope, la de Menelao á Antíloco, la de Néstor á todos los Aquivos, las voces de Héctor pidiendo fuego para abrasar las naves enemigas, y sobre todo el último discurso

de Ayax; son lo que deben ser en su línea, y están oportunamente colocados para cortar de tiempo en tiempo la simple narracion de los combates. No los analizo uno por uno y parte por parte, por no hacerme pesado; pero el lector hallará en todos ellos cosas dignas de estudiarse. Debo sin embargo advertir que ademas de estas arengas hay otra (v. 1012) en que Ayax repite sin necesidad una de Agamenon que se halla en el libro quinto, y yo presumo que aquí no hay descuido del poeta sino equivocacion de los Rapsodes que pasó á las copias y ediciones. En efecto, para decir á las tropas las mismas idénticas palabras que ya habian oido al Generalísimo era inútil que Ayax las arengase, y esta observacion tan obvia no pudo ocultarse á Homero. Sin embargo, por si yo me equivoco en mi conjetura, no me he atrevido á suprimir la tal arenga.

Mas, aun concediendo que aquí tambien se descuidase Homero ¿no estará bien compensado este descuidillo con los muchos y bellísimos símiles de que está sembrado todo este libro? Ya he señalado algunos, pero añádanse los siguientes.

1.° Como á deshoras de la noche oscura &c. (v. 558).

2.° Como el hábil artífice que todas
las reglas sabe, y de Minerva misma
las aprendió &c. (v. 722 y sig.)

3.° Como salta el lebrel sobre el herido
ciervo &c. (v. 1052 y sig.).

4.° Como la fiera que mató los perros,
ó al pastor que guardaba las ovejas &c. (v. 1065)

5.° (le repetiré porque es singularmente bello)
Cual, blandiendo su lanza, se enfurece
Marte en la guerra; ó cual en alto monte

el fuego se embravece cuando abrasa
espesísima selva: tal ahora
Héctor se enfurecia; y en espuma
blanca tiñendo el encendido labio,
ambos sus ojos en ardiente fuego
bajo las torvas arrugadas cejas
ardian; y en contorno de las sienes
hórridamente el morrïon crugía,
miéntras él animoso batallaba. (v. 1095 y sig.)

6.º (Copiado tantas veces, pero mejorado ninguna).
Como una grande roca inaccesible
del espumoso mar en la ribera,
firme sostiene el furibundo choque
de los vientos sonoros, y el embate
de las ingentes olas que sobre ella
se rompen rebramando &c. (v. 1122 y sig.)

¡Qué poesia! y (sea dicho una vez por todas) ¡qué lengua la castellana! pues manejada por tan débiles manos como son las mias compite con la griega, ó por lo ménos permite que aun traduciendo literalmente se hagan en ella versos no muy inferiores á los del original.

7.º Como á la nao
embravecidas olas acometen
que el viento ha levantado &c. (v. 1133).

8.º Cual, si hambriento leon fiero arremete
al rebaño de ovejas numeroso &c. (v. 1145).

9.º Cual ligero suele
diestro cabalgador &c. (v. 1237).

10. Como el águila negra que la banda
persigue de las aves &c, (v. 1254).

En estos y en tantos otros símiles como se hallan en Homero deben aprender los jóvenes el modo de ex-

ornar la narracion y hacer visibles las ideas abstractas, primera obligacion de todo poeta.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

Es bellísimo en general, y solo pueden notarse en todo él dos ó tres ligeros descuidillos; pero, aun así, no me detendré mucho en su exámen. Porque, destinado por la mayor parte á referir nuevos combates, se deja conocer que estos en el fondo se han de parecer á los anteriores por mas que el poeta los haya variado en las circunstancias cuanto le ha sido posible. Así, solo hablaré de las arengas y los símiles.

Arengas.

La de Aquíles á Patroclo cuando le ve llegar afligido no puede ser mas hermosa, ni la comparacion que contiene mas encantadora.

Como suele
llorar la niña &c.

¡Qué pintura tan acabada, y qué símil tan gracioso!

La respuesta de Patroclo es sobre manera elocuente; pero nótense particularmente aquellas enérgicas expresiones

Cruel! No fué tu padre el bondadoso
Peleo, ni tu madre la divina
Tétis: el negro mar de sus abismos
te abortó, ó de las rocas escarpadas
duras naciste &c.

y sabrán los que acaso lo ignoren de donde Virgilio cogió casi literalmente las tan famosas de su libro 4.° de la Eneida.

Nec tibi diva parens, generis nec Dardanus auctor,

perfide; sed duris genuit te cautibus horrens
Caucasus.

La réplica de Aquíles es la que corresponde. Patroclo repitiendo, aunque sin nombrarle porque es necesario que él lo diga como si el pensamiento fuera suyo, todo lo que Néstor le encargó, ha pedido á Aquíles que si no sale á pelear porque teme que se cumpla el vaticinio de su madre, á lo ménos le permita á él sacar á campaña los Mirmídones; y Aquíles monta en cólera á la sola indicacion, á la sola duda, de que si deja de combatir es porque teme la muerte con que le amenaza el Hado, y explica y repite, aunque ya se sabe, la verdadera causa de su inaccion, que es la ofensa recibida. Al fin se templa, reconoce que no es posible

siempre abrigar la cólera en el alma,

y concede á su escudero el permiso que solicita; pero añade prudentes advertencias sobre el modo con que debe conducirse. Y uno lee y relee, y vuelve todavía á leer su discurso; y por mas vueltas que le dé, no encuentra que se pueda quitar ni añadir una sola idea ni expresar las que contiene con mas elegante sencillez. Nótense particularmente dos admirables rasgos de carácter. Habla Aquíles de que rechazados los Griegos hasta la orilla del mar carga sobre ellos la ciudad entera de Troya, y añade,

llena de confianza porque ahora
no ven de cerca el resplandor brillante
de mi celada. Pronto, fugitivos,
de muertos los barrancos llenarian, &c.

Este es Aquíles. Observa luego que ya no resuena en sus oidos la voz del Atrida; y para que no se crea que del todo le ha perdonado la ofensa, añade inmediatamente

aunque odiosa su persona
tanto me debe ser.

Esto es lo que yo mas admiro en Homero, á saber, que siempre dice, ó á lo menos insinúa, lo mas precioso é importante que puede sugerir la materia.

La otra arenguita del mismo Aquíles, cuando ve arder uno de los navíos, tiene toda la rapidez y concision que piden las circunstancias: y en ella se ve que el estilo de Homero, ródio en general, es ático tambien, y aun lacónico si conviene. Ya lo hemos visto ántes de ahora, y lo verémos todavía.

La exhortacion que dirige á sus Mirmídones cuando los envía á pelear es otra obra maestra, y de aquellas que solo se hallan en el autor de la Ilíada. ¡Qué fuerza tiene aquello de repetir á sus soldados lo que ellos mismos le decian cuando no los dejaba pelear! y ¡qué buen efecto hacen, como ya dejo observado, estas breves arengas intercaladas en las principales!

La súplica á Júpiter pidiéndole que *envíe con Patroclo la victoria* (expresion muy poética)

y en su fuerte pecho
aliente el corazon,
y que se le vuelva ileso
y con las armas
todas y sus valientes compañeros,

no puede ser mas tierna; ni mas oportuna la observacion del poeta sobre que Jove le concedió la primera parte y le negó la segunda.

El discurso de Patroclo á sus legiones es breve como debió serlo, y la razon con que les prueba que deben dar muestras de valor es precisamente la que puede obligarlos á ello. Nótese aquel paréntesis

(y tambien son valientes sus escuadras)

interpuesto con arte para interesar su amor propio.

El discursito de Sarpedon á sus tropas cuando las ve acobardadas, el de Júpiter á Juno para saber si esta llevaria á mal que él librase de la muerte á un hijo que tanto amaba, la respuesta de Juno (que ya el lector adivina porque conoce su carácter vengativo y rencoroso) la súplica de Sarpedon á su primo para que defienda su cadáver, la plegaria de Glauco á Febo para que le cure la herida, y la terrible reconvencion que luego hace á Héctor, son lo que deben ser. Cada interlocutor dice lo que debió decir en aquellas circunstancias.

La exhortacion de Patroclo á los Ayaces, terminada en una muy enfática reticencia, contiene dos cosas notables: la oportuna observacion de que Sarpedon habia sido el primero que derribó una almena del muro, y el deseo de insultar á su cadáver. La primera es importante, y el segundo un rasgo del carácter general de aquellos siglos, no del individual de Patroclo.

Las palabras de Enéas á Meriónes cuando no ha logrado herirle, y la respuesta del griego, son como bravatas de fórmula; y tienen todo el mérito que pueden tener semejantes fanfarronadas, el de la naturalidad.

La reprension que Patroclo dirige á Meriónes cuando le ve perder el tiempo en palabras, ademas de la oportunidad, vehemencia y concision con que está hecha, es notable por aquella observacion general tan verdadera,

Las batallas
se ganan con los puños; en las juntas
vienen bien las arengas.

El discurso de Júpiter á Febo para que saque del campo el cadáver de Sarpedon y se le entregue á la Muerte y al Sueño, el de Apolo á Patroclo mandándole que se aleje de los muros de Troya, y el de Asio increpando á Héctor, no contienen bellezas de primer órden, pero tampoco defectos; son lo que deben ser.

No así el de Patroclo al moribundo, ó ya muerto, Cebrion: todo aquello del buzo y de la pesca es bajo, chabacano, y una especie de impertinente bufonada. Y para mí no es dudoso que este pasage, y los otros dos de la misma especie que ya dejo señalados, son aquellas cabezadillas de sueño á cuya vista se indignaba Horacio. A mí por lo ménos, me incomoda y aflige hallar tales miserias al lado de tantas bellezas, de tanta sublimidad. Y casi deseara que estos cuantos lunarcillos se suprimiesen en las ediciones y traducciones de la Ilíada; si por otra parte no conociera que deben conservarse para que en estas faltillas vean los presumidos de poetas cuan fácil es que cometan muchas, pues no se libró de algunas el mejor y mas correcto de todos.

De muy distinta clase es lo que Héctor dice al moribundo Patroclo. Aquí ya reconocemos á Homero. Todo es magnífico; pero nótese particularmente el dialogismo, ó arenguita intercalada, que Héctor pone en boca de Aquíles. No parece que este dijo aquellas palabras á Patroclo, pero Héctor en la embriaguez de su triunfo debió suponer que las dijo y complacerse en repetirlas. Esto es conocer al hombre.

La respuesta de Patroclo es la pura expresion de la verdad, y contiene una de aquellas predicciones que los moribundos podian hacer segun la creencia

de los idólatras. Estos suponian que al acercarse uno á la muerte se le quitaba de los ojos cierto velo que los cubre durante la vida, y que en tal estado podia ya leer, por decirlo así, en el libro de lo futuro. A su tiempo verémos que Héctor hace igual prediccion á Aquíles. Lo que ahora responde á la de Patroclo es lo que conviene á su situacion, y á la vanidad y confianza que debió inspirarle el triunfo conseguido sobre tan valiente guerrero.

Símiles.

Ya dije algo sobre el 1.° en que la afliccion de Patroclo y las lágrimas que vierte son comparadas tan graciosamente con las de una niña cuando pide á su madre que la tome en brazos. Ahora añado que está muy felizmente imaginado, porque Aquíles le emplea para que Patroclo se avergüence de su debilidad. ¡El escudero de Aquíles venírsele llorando como un niño porque ve consternados y vencidos á los Griegos, cuando debiera alegrarse al ver cumplido el deseo de su amigo!

El 2.°, en el cual el ardor con que los Mirmídones corrian á tomar las armas es comparado al ansia con que los lobos buscan el agua despues que han devorado la presa, es exacto y tiene la suficiente novedad; pero me parece que se prolonga demasiado el primer término.

El 3.°, cuando para demostrar lo cerradas que eran las filas y escuadras de los Mirmídones ya formados por sus gefes dice Homero que los soldados estaban tan unidos como las piedras de un alcázar, es bueno y no tiene redundancias.

El 4.°, en el que la rapidez con que los Mirmídones cayeron sobre los Teucros y la constancia con que

peleaban para alejarlos de las naves son asemejadas á la prontitud con que las avispas irritadas y provocadas por los muchachos acuden á vengarse ; no puede ser ni mas oportuno ni mas bello. Nótese aquella fina y verdadera observacion,

si los malignos rapazuelos,
como lo han de costumbre, las irritan.

El 5.°, donde la alegría de los Griegos al verse ya libres de los enemigos es comparada á la serenidad del cielo cuando Júpiter ha disipado las nubes que le tenian como encapotado, es sobre manera grandioso y poético. Vuélvase á leer ahora.

El 6.°, en el cual el destrozo que los Griegos hacian en los fugitivos Troyanos se compara al que hacen los lobos en los hatos de ovejas ó de cabras

si ven que del pastor por impericia
vagan errantes en el verde soto,

es bueno aunque no tiene tanta novedad y magnificencia como el anterior.

El 7.° donde la desordenada, triste y sombría fuga de los Troyanos es comparada á la oscuridad que cubre la tierra cuando caen sobre ella las nubes que traen la tempestad, no puede ser mas adecuado.

El 8.°, en el cual la celeridad con que huian los caballos de los Teucros

de relinchos lastimeros
poblando el aire

se asemeja á la de los rios cuando acrecidos por las tempestuosas lluvias de otoño dilatan sus riberas, y á la de los torrentes repentinos cuando formados en los montes por las mismas lluvias

se precipitan de la cima al llano
arrastrando consigo las laderas,

y en horrendos bramidos son llevados
á la mar, y devastan las campiñas
que el labrador aró,

es verdaderamente sublime; pero me parece que Homero hubiera hecho mejor en suprimir el largo paréntesis

(porque, irritado
Jove contra los hombres &c.

La moralidad que contiene es de muy sana doctrina, y está bellísimamente escrita; pero la intercalacion debilita y destruye en parte la sublimidad del pensamiento. Y si no, véase cuanto mas fuerte, enérgico y grandioso quedaria este pasage, diciendo solamente:

como suele en los dias del otoño
hórrida tempestad sobre la tierra
descargar su furor; y sus riberas
dilatan, con las lluvias acrecidos,
los rios mas pequeños &c.

El 9.°, en que la accion de sacar Patroclo á Téstor de su carro, trayéndole pendiente de la pica, está pintada en la del pescador que sentado en alta peña saca del mar un pez colgado por las agallas y pendiente de la cuerda, es bueno y breve.

El 10.°, donde Sarpedon y Patroclo son comparados á dos buitres

que en excelsa roca,
dando chillidos, con la enorme garra
y el corvo pico empiezan la pelea,

tiene belleza, novedad y exactitud.

El 11.°, en que la rabia y desesperacion de Sarpedon al caer herido mortalmente y los suspiros que daba están exemplificados en el novillo que cogido por un leon,

enfurecido brama
al espirar en la terrible boca
de la fiera,

es tambien muy hermoso.

El 12.°, por el cual la rapidez con que Patroclo indignado por la muerte de Epigeo cayó sobre los Teucros es comparada á la del gavilan cuando persigue las bandadas de pajarillos, tambien es de buen gusto.

El 13.°, en que el ruido que resonaba en la llanura es comparado al fragoroso estruendo con que caen sobre la tierra las encinas cortadas por el hacha del leñador, tiene toda la verdad y magnificencia que puede exigir el gusto mas delicado.

El 14.°, donde los Griegos que se agolpan sobre el cadáver de Sarpedon se comparan á las moscas que zumbán en torno de los tarros de leche, es bastante feliz.

El 15.°, por cuyo medio se pinta el modo con que Cebrion cayó de bruces sobre la arena, comparándole con el

ligero buzo
que se arroja á la mar,

es bueno, aunque no lo sea lo que Patroclo le dice luego insistiendo en esta semejanza.

El 16.°, cuando el furor con que Patroclo se arrojó al cadáver de Cebrion es comparado al del leon que se arroja á los establos

y los despuebla hasta que herido cae
de aguda flecha, y *su valor le pierde*,

es notable por esta última circunstancia que tan bien cuadra con la próxima desgracia de Patroclo.

Tambien es bueno el 17.° en el que Patroclo y Héctor son asemejados á dos leones

que en las altas cumbres
de un monte, hambrientos ambos, furibundos
pelean por el ciervo que matara
el uno de los dos.

Mas extendido y pomposo, y no ménos bueno, es el 18.° en que la batalla general de Griegos y Troyanos es comparada al combate de dos vientos encontrados á cuyo violento impulso se conmueven y agitan las selvas;

y las hayas, y los fresnos
y frondosos cornejos con sus ramas
extendidas se azotan uno al otro
con inmenso ruïdo, y al romperse
dan chasquidos horrendos.

El último, en que el breve combate de Patroclo y Héctor es comparado al de un jabalí y un leon, es grandioso tambien y muy poético en sí mismo; pero está mal aplicado. Si Héctor en realidad hubiese peleado cuerpo á cuerpo con Patroclo miéntras este estaba ileso y conservaba sus armas, hubiera sido bien comparada su lucha á la del jabalí con el leon. Pero si Patroclo, cuando Héctor le acomete, ni lidia ya, ni se defiende, ni opone la menor resistencia ¿en qué pueden parecerse uno y otro al jabalí y al leon que pelean

por el raudal escaso
de pobre fuentecilla, porque quieren
ambos beber; y de arrogancia llenos
los dos combaten, y el leon estrecha
al jabalí *en la lucha*; y superiores
siendo sus fuerzas, aunque mas *resista*
y anheloso respire fatigado
el cerdoso animal, por fin le mata?

En nada, sino en que el uno muere á manos del otro.

Debo observar ademas que Homero, por salvar el honor de Patroclo, no quiere que Héctor le mate en buena guerra: y supone que para vencer al amigo de Aquíles fueron necesarios nada ménos que Apolo, Euforbo y Héctor; pero hubiera hecho mejor en suponer lo contrario. Aquel espaldarazo que Apolo da al aquivo, aquello de irle quitando una por una las piezas de la armadura, aquella lanzada de Euforbo dada cara á cara por detras, y aquello de venir luego Héctor con el cachetero para rematar al ya mal ferido griego; todo es mezquino, é inverosímil en el órden natural. Y ya que la inverosimilitud se salve con la intervencion del Dios, este hace un papel poco decente y muy odioso. ¡Un Dios, que con una sola mirada podia vencer y aniquilar á un miserable mortal, entretenerse en irle desatando sucesivamente el yelmo, el escudo y la coraza! ¡Un campeon como Euforbo, que habia derribado de sus carros á veinte guerreros la vez primera que salió á campaña, herir á traicion á un enemigo desarmado y correr á esconderse entre filas luego que le ha herido! ¡Y el gran Héctor envanecerse por haber acabado de matar á un moribundo que ya no podia ni ofender ni defenderse! ¡Cuánto mas noble y decoroso hubiera sido hacer que Héctor y Patroclo combatiesen cuerpo á cuerpo, de poder á poder, de igual á igual, y que el primero, pues era el mas valiente de los Troyanos, matase al segundo que al fin no era

el mas fuerte de todos los Aquivos!

El cuadro hubiera sido mas poético: y el efecto, que es el odio especial de Aquíles contra Héctor, quedaba el mismo. Y aun hubiera sido mas motivado; por-

que ahora, tal como está presentado el hecho, el verdadero matador de Patroclo, entre los moradores del Olimpo es Apolo, y entre los hombres Euforbo. Héctor no hace mas que darle el golpe de gracia y abreviar su agonía, lo cual casi pudo agradecérsele.

Ya ven los lectores que yo no disimulo á mi poeta el mas ligero descuido; pero esto mismo me da cierto derecho á que se me crea cuando le alabo.

LIBRO DECIMOSÉPTIMO.

Todo en él es bueno: pero solo examinaré, como en el anterior, las arengas y los símiles.

Arengas.

La de Euforbo amenazando á Menelao, y la de éste despreciando los fieros del Troyano, son buenas ambas; pero la segunda es mas elocuente que la primera, y debia serlo. Nótense la especie de reconvencion á Júpiter con que empieza, la enumeracion de las fieras cuya arrogancia no iguala á la de Euforbo, y la sentencia con que acaba, á saber, que recibido el daño escarmientan hasta los necios.

En la réplica de Euforbo es notable aquel pasage,

Tú dejaste
en viudez á su esposa, y entregada
al lloro en el palacio *que el esposo*
de nuevo fabricara.

Esta circunstancia aumenta el interes.

El discurso que Apolo, en figura de Méntes, dirige á Héctor tiene la sencillez y brevedad que corresponden á un simple aviso.

El soliloquio de Menelao, cuando ve que Héctor viene á combatir con él, es admirable por las inge-

niosas razones con que procura disfrazar su miedo y cohonestar su fuga.

Las breves palabras que dice al hijo de Telamon, para que le ayude á defender el cadáver de Patroclo, son las que pide la situacion. Haber puesto en su boca una prolija arenga hubiera sido una falta imperdonable; y faltas de esta clase no se encuentran en Homero.

Al contrario la terrible reconvencion que Glauco hace á Héctor sobre no haber defendido el cadáver de Sarpedon es larga y debe serlo, y tan fogosa y vehemente como los pasages mas celebrados en los oradores de prosa. ¡Qué fuerza, qué sólida elocuencia en aquel trozo!

¿Qué cadáver
de *oscuro* combatiente de las manos
sacarás, o cruel, de los Aqueos,
si Sarpedon, *tu huésped y tu amigo*,
dejaste que la presa y el escarnio
sea de los Aqueos? Cuando estaba
en vida mucho á tu ciudad y gente,
y á *tí mismo*, sirvió: y al verle muerto
¿á estorbar no te atreves que devoren
los perros su cadáver?

Demóstenes y Ciceron no hacen raciocinios mas sólidos, ni reconvenciones mas enérgicas.

La respuesta de Héctor es la que debió dar, si en efecto fué reconvenido por Glauco. Extrañar el tono insultante con que este, tan comedido hasta entónces, le habla y reconviene; alabarse á sí mismo, echar á Jove la culpa de no haber podido mas, y prometer mucho para otra vez; es el único arbitrio que le queda para responder algo á la justa reconvencion que se le hace.

El soliloquio de Jove, al ver á Héctor cubierto ya con la armadura de Aquíles, es una de aquellas felices ocurrencias que solo se hallan en Homero. Nótense sobre todo aquellas tiernas expresiones destinadas á excitar la sensibilidad del lector en favor del Troyano recordándole el nombre de su esposa:

La doblada cuera
del hijo de Peleo de tus hombros
no desatará Andrómaca.

¡Qué Andrómaca esta! y qué habilidad la del poeta que supo formar con su nombre una especie de talisman para hacer llorar á las generaciones venideras!

La alocucion de Héctor á su gente sorprende por la novedad. No hay en ella ninguno de los argumentos ya empleados en las otras exhortaciones que hemos visto; aquí la poderosa y única razon que debe obligar á los auxiliares á pelear con valor es la de que son mantenidos y pagados por los Teucros. Nótense aquellas concisas expresiones,

Muchedumbre tanta
para que ociosa esté no he congregado,
ni estándolo me es útil;

y véase si cuando conviene sabe Homero dar rapidez al estilo.

En la arenguita de Ayax á Menelao, cuando ya Héctor se acerca seguido de sus mejores tropas, nótese aquella frase tan poética, y tan del gusto oriental que parece tomada de algun salmo, ó de algun profeta:

el oscuro nublado de la guerra,
Héctor, todo lo cubre.

Las voces de Menelao llamando á los primeros campeones para que vengan á defender el cadáver de Pa-

troclo son lo que deben ser, y en los títulos mismos que da á los gefes van envueltas las razones que los obligan á obedecerle:

Los que en la tienda
de Agamenon de Atreo y Menelao
bebeis el vino que los pueblos pagan,
y escuadra acaudillais, *y honor y gloria*
á Júpiter debeis.

La reconvencion que Apolo, tomando la figura de un heraldo, hace á Enéas es tan valiente como la anterior de Glauco á Héctor. Nótese aquel poderoso argumento:

Otros guerreros
he visto yo que en su vigor fiados,
y en su fuerza y valor y muchedumbre,
con tropas que el temor no conocian
osaron oponerse á las deidades.
Y otorgándonos Jove la victoria,
mas bien que á los Aquivos ¿espantados
y cobardes huis, y la batalla
sostener no quereis?

Lo que en seguida dice Enéas á las tropas es la consecuencia de lo que acaba de oir.

Las palabras con que Griegos y Troyanos se animaban recíprocamente, aquellos á salvar el cadáver de Patroclo, y estos á apoderarse de él, ofrecen el ejemplo de un artificio homérico que los poetas pueden emplear para dar á conocer la opinion de la multitud. Ya hemos visto otros pasages de la misma clase en el libro segundo y en el tercero.

El otro soliloquio de Jove, cuando ve llorar á los caballos de Aquíles, tiene cierta gracia y cierta ternura que los lectores sensibles no dejarán de percibir, y

es otra ocurrencia tan feliz como la del anterior. Le llamo soliloquio, porque en realidad lo es. Júpiter dirige su discurso á los caballos; pero como no estaban presentes, ni le oian, habla en realidad á solas. Nótese aquella sentencia tan repetida por los filósofos, y que por la primera vez encontramos en Homero;

pues de los animales que se crian
sobre la tierra y viven, es el hombre
el mas desventurado.

El discurso de Alcimedonte al auriga de Aquíles muestra bien el interés que este le inspiraba por el peligro á que se exponia, y la respuesta que recibe está llena de urbanidad y escrita con delicada finura. ¡Qué bien dicho, y con cuánta oportunidad, aquello de [illegible]

¿Y quien, mejor que tú, de entre los Griegos
fuera capaz de sujetar brioso
ahora los caballos inmortales
y su ardor reprimir?

Estos rasgos de civilidad, estos como cumplidos, manifiestan á que grado de cultura habia ya llegado la sociedad en tiempo de Homero aunque se conservasen todavía algunos restos de la primitiva barbarie.

El discurso de Héctor á Enéas proponiéndole que le siga para tomar el carro y los caballos de Aquíles, y los que Automedonte dirige á su nuevo auriga y á los Ayaces cuando vé que los dos Troyanos se encaminan hácia él, no ofrecen materia para observaciones particulares; pero son lo que deben ser.

La alegría que manifiesta el mismo Automedonte porque dando muerte á Areto ha vengado en parte la de Patroclo no puede ser mas natural, ni expresarse con mas sencillez y concision.

La plegaria que Minerva bajo la figura de Fénix dirige á Menelao para que salve el cadáver de Patroclo, y la dura reconvencion que Apolo aparentando ser Fénope hace á Héctor porque no acude á defender el de su amigo Pódes, son breves y enérgicas como lo requieren las circunstancias: no se pueden mejorar.

El discurso de Ayax manifestando el deseo de que algun amigo de Aquíles vaya á su tienda y le anuncie la muerte de Patroclo, y la súplica á Jove para que disipe la niebla, donde se halla aquel rasgo sublime de valor que los críticos han admirado,

serena el cielo, y á la luz del dia
destrúyenos á todos si te place,

nada dejan que desear.

Lo que Menelao dice á los Ayaces y á Meriónes, al separarse de ellos para buscar á Antíloco, tiene toda la ternura que exigia la situacion:

Acordaos, amigos, del amable
y mísero Patroclo, que sabía
miéntras vivió, de mansedumbre lleno,
hacerse á todos grato; pero yace
frio cadáver ya.

¡Qué elogio de Patroclo tan completo, y tan oportuno para obligar á sus amigos á defender su cadáver! ¿Quién de ellos, al oirle, no haria los últimos esfuerzos para salvar el cuerpo de su antiguo camarada, tan amable y tan amado de todos cuando vivia?

Lo que dice luego á Antíloco no puede ser ni mas breve ni mas animado, ni las ideas pueden colocarse en mejor órden.—Ven para que escuches triste noticia... ya tú mismo conoces...... pues sabe ahora...... corre pues á los bajeles...... Estos pasages, tan senci-

llos al parecer, son para mí los mas admirables, los que mas se deben estudiar.

La observacion que despues hace Menelao á los otros gefes sobre la necesidad de que ellos mismos salven el cuerpo de Patroclo, porque estando sin armas Aquíles no es posible que venga á sacarle, son muy justas; y el arbitrio que en consecuencia propone Ayax el único que restaba. Pero quizá dirá alguno. "Si Menelao conocia que estando sin armas Aquíles no podia venir á defender el cadáver de su amigo ¿por qué le envía un mensagero para que le anuncie la muerte de Patroclo, y le diga

que sin tardanza vea
cómo salvar el cuerpo de su amigo
ya que las armas no.....?

Levísima objecion. Menelao no dice al mensagero que Aquíles venga al parage en que se estaba combatiendo, y que tome parte en la pelea; ya sabia que esto no le era posible estando sin armadura, y no viniéndole bien la de ningun otro campeon como se verá á su tiempo. Le dice solamente que lleve al héroe la triste noticia de la muerte de Patroclo y del peligro que corria su cadáver de caer en manos del enemigo, para que aquel *vea el modo* de salvarle; y luego verémos nosotros cual era este modo, y que no fué inútil el aviso anticipado.

Símiles.

1.° Menelao, corriendo en torno del cadáver de Patroclo y defendiéndole con su escudo y con su lanza, es comparado á la vaca que da tiernos mugidos. En este hay la semejanza que basta para que dos objetos puedan ser comparados; y tiene, como tantos otros,

la ventaja de hacer contrastar las escenas rurales con las de la guerra.

2.° Euforbo cae en tierra atravesado por la pica de Menelao, y en esta situacion le asemeja Homero á la frondosa oliva que plantada en terreno fértil,

hermosa crece
y de altísimas ramas se corona
que los zéfiros blandos con su aliento
mecen suaves, y de blancas flores
se cubre en primavera; pero viene
impetuosa ráfaga de viento
rápidamente, y de raiz la arranca,
y la tiende en el suelo.

Esto se elogia á sí mismo.

3.° El terror que la muerte de Euforbo infundió á los Troyanos, los cuales huyen despavoridos y dejan abandonado su cadáver, es igual al de los perros y vaqueros cuando ven que un leon ha penetrado en la vacada y ha cogido y despedazado la mejor ternera. Hay exactitud, y grandilocuencia poética.

4.° Héctor, al atravesar las filas cubierto de lucientes armas y dando horrendos alaridos, es

semejante á la llama inextinguible
que de Vulcano en las cavernas arde.

Símil breve, y como soltado al paso; pero bueno.

5.° El pesar que siente Menelao al tener que abandonar el cadáver de Patroclo es asemejado al que experimenta

melenudo leon á quien persiguen
y alejan del rebaño, los pastores
con armas, y los perros con ahullidos.

Este en el fondo es el mismo que el empleado en el libro undécimo para pintar el dolor de Ayax al tener

que retirarse; pero aquí está presentado con cierta novedad y en ménos palabras.

6.° Ayax, que corre en torno al cadáver para alejar de él á los enemigos, es comparado á la leona que de repente se para á defender sus hijos si al llevarlos por la selva

la salen al encuentro cazadores;
y bajando los párpados ceñuda,
cierra los ojos y en veloz corrida
acomete á la turba numerosa.

La comparacion es exacta, y lo que se dice de que la leona cierra los ojos para acometer es muy cierto.

7.° El ruido estrepitoso de los Troyanos al caer sobre los que defendian el cadáver es como el que hace un rio cuando acrecido por las lluvias,

corre á la mar y por el ancho cauce
refluye la corriente, y con estruendo
las olas braman, y resuena en torno
la dilatada costa.

Comparacion propia, y muy poética.

8.° Cuando, rechazados los Griegos, se alejan algun tanto del cadáver y luego vuelven capitaneados por Ayax, que disipa la falange troyana, es comparado este

al jabalí cerdoso que disipa
fácilmente la turba numerosa
de perros y robustos cazadores,
si intrépido se vuelve y da la cara
del matorral saliendo.

La semejanza no puede ser mayor, ni citarse con mas oportunidad.

9.° Los Griegos y los Troyanos que animosos,
en breve campo de batalla unidos,

pugnaban por arrastrár el cadáver, aquellos hácia sus naves y estos hácia su ciudad, se parecen á los obreros que dispuestos en círculo y apartados estiran una piel de buey. Aquí la semejanza no es tan grande, clara y perceptible como en el anterior: porque los guerreros y los curtidores solo son semejantes en cuanto unos y otros tiran de alguna cosa; pero ¡de cuán diferente modo! Si tantos hombres hubieran tirado á un tiempo del cadáver como los obreros tiran de la piel de buey, le hubieran hecho mil pedazos: y no fué así. Ademas, el primer término de la comparacion se prolonga demasiado y contiene circunstancias que no pueden convenir al segundo, como son las de que la piel despide el agua, embebe el aceite y queda tirante.

10.° Los caballos de Aquíles están parados y sin moverse,

cual firme está é inmóvil la columna
que el túmulo corona de un guerrero,
ó de alguna matrona,

aquí hay brevedad, concision, y semejanza clara.

11.° En él se dice que Automedonte acometia á los Troyanos,

. . . . . como suelen
acometer los buitres á los gansos:

y es tan bueno como el anterior.

12.° Areto, atravesado por la pica de Automedonte, cae de espaldas y dando un salto hácia atras; y por esto es comparado al novillo, al cual

. la robusta mano
del sacrificador &c.

Este es magnífico.

13.° Minerva, bajando del cielo cercada de arre-

boladas nubes, es como el Íris. La semejanza no puede ser mas completa.

14.° Es el del leon que rechazado por los pastores se retira á la selva macilento, y está copiado literalmente del libro undécimo. Allí es muy oportuno por que se aplica al hijo de Telamon, que á pesar suyo tiene que retirarse del combate porque se ve acosado de numerosos enemigos; pero aquí no cuadra con la situacion de Menelao, que voluntariamente, y por que lo cree necesario, se aleja del cadáver de Patroclo dejando confiada su defensa á muchos y muy valientes campeones. Así, para mí no tiene duda que esta inoportuna repeticion de un símil que no hace al caso es obra de los Rapsodes y no descuido de Homero. Sin embargo no he querido suprimirle, porque no se diga que me tomo demasiada libertad.

15.° Menelao, que con la vista va registrando cuidadosamente el campo todo para ver si en alguna parte descubre al hijo de Néstor, es comparado al águila que desde la region de las nubes avizora la liebre que está escondida entre las ramas de algun arbusto. En este hay la suficiente semejanza, y bastante novedad.

16.° Menelao y Meriónes seguidos de valerosos combatientes llevan en hombros el cadáver de Patroclo, y los dos Ayaces cierran el escuadron y sostienen la retirada. Los Troyanos persiguen á esta columna, y logran herir á algunos miéntras los Ayaces marchan; pero así que aquellos dos héroes se paran y se vuelven hácia ellos, pierden el color y no se atreven á acometer. Y esta situacion está pintada en el símil de los perros que,

cuando al herido jabalí persiguen,

ufanos corren, y en menudos trozos
despedazarle esperan; y cobardes,
si el animal en su valor fiado
vuelve la cara, retroceden ellos,
y uno por una parte otro por otra
huyen y desparecen.

La pintura no puede ser mas exacta, ni mas bella.

17.° El empeño con que los Troyanos perseguian y molestaban á los Griegos en su retirada, es comparado á la tenacidad con que el fuego que ya ha prendido en una ciudad sigue devorando los edificios. La descripcion del modo con que el fuego se propaga es de mano maestra; pero la semejanza entre los dos objetos comparados es algo débil.

18.° No sucede así en este. Menelao y Meriónes, que sacan en hombros el cadáver perseguidos por tantos Troyanos y en continuo riesgo de que se le quiten, se parecen bastante á los dos *mulos vigorosos* que

por fragoso camino desde el monte
arrastran una viga, ó un gran tronco
á mástil de navío destinado,
y se *cansan*, *y sudan*, y anhelosos
aceleran el paso todavía.

19.° Los dos Ayaces que puestos á retaguardia de los que acompañan al cadáver resisten ellos solos al enemigo, y le contienen y no le permiten acercarse al escuadron de los Griegos, son comparados al robusto valladar que detiene

el ímpetu del agua, y de los rios
rápidos la corriente asoladora
en su curso sujeta.

Aquí hay exactitud, y grandiosidad.

20.° Los ménos valientes de la falange griega sos-

tenian su puesto, miéntras les acometia la soldadesca troyana; pero cuando caian sobre ellos Héctor y Enéas, huian dando agudos chillidos: y el poeta los compara á las bandadas de vencejos ó de grajos que huyen, chillando tambien, cuando ven venir al gavilan. Exacto y oportuno, aunque no tan brillante como el anterior.

LIBRO DÉCIMOCTAVO.

En este ya no tenemos combates, porque no puede llamarse tal la fuga precipitada en que se ponen los Troyanos al escuchar la voz de Aquíles; y por lo mismo exije un exámen mas detenido.

El soliloquio de Aquíles cuando ve que los Griegos vienen huyendo segunda vez, y la conjetura de que Patroclo ha sido muerto en la batalla, son de aquellas mil y mil ocurrencias que despues de leidas nos parecen obvias y fáciles, y casi no hallamos mérito en el poeta que nos las ofrece; pero este es su mayor elogio.

El modo con que Antíloco anuncia al héroe la muerte de su amigo es uno de aquellos rasgos en que mas se descubre el talento superior de Homero. ¿Qué poeta, aun de los llamados filósofos, no hubiera puesto aquí en boca del orador un lastimero, largo y patético discurso, lleno de exclamaciones dolorosas? Pues Homero se contentó con las precisas, únicas, breves y cortadas cláusulas afirmativas que exige la situacion, sin exornarlas con ninguna de las formas oratorias que en otro caso pudieran ser oportunas. Comienza el mensagero preparando el ánimo de Aquíles á oir la dolorosa noticia de una fatal desgracia que

los Dioses no debieron permitir, y se la cuenta en estas brevísimas palabras:

Yace Patroclo, en torno del cadáver
desnudo se pelea, y tu armadura
Héctor la tiene. . . . . .

Recórranse todos los poemas épicos del mundo, y señálese un pasage en que sus autores se hayan explicado con tan admirable concision. No se hallará ciertamente. Por eso Quintiliano, juez irrecusable en la materia, dijo ya en su tiempo, citando un pasage, que nadie habia sabido referir un suceso con tanto laconismo como el autor de la Ilíada. Estas son sus palabras. "*Narrare vero quis brevius potest, quam qui mortem nunciat Patrocli?* y todavía despues de mil y setecientos años podemos nosotros hacer la misma pregunta. ¿Quién puede contar un hecho con mas brevedad que Antíloco cuando anuncia la muerte de Patroclo? Y nadie responderá "este, ó aquel escritor," aun entrando los de prosa.

La descripcion de las demostraciones de dolor que Aquíles hizo, recibida la noticia, no puede ser mas exacta, rápida y pintoresca. Le estamos viendo arrastrarse por el suelo, derramar ceniza sobre su cabeza (costumbre oriental de que tantas veces se hace mencion en la Sagrada Escritura) y arrancarse la rubia cabellera.

La salida de sus esclavas para ver lo que sucede, su actitud dolorosa en torno al héroe pero sin hablarle, el llanto de Antíloco, y sobre todo la precaucion que toma de tener asidas y sujetas las manos de Aquíles miéntras este se hallaba en el primer acceso de furor, para evitar que se matase; son tambien de aquellas pinceladas que yo mas admiro y mas deben

admirarse. El hecho debió pasar como nos le cuenta Homero: y despues de leida la narracion todo nos parece muy sencillo, fácil y natural; pero, como dije mas arriba, este juicio del lector es el elogio del poeta, que siempre nos refiere los sucesos como si él los hubiera presenciado.

Nada diré de la letanía de las ninfas que se reunen al rededor de Tétis al escuchar sus lamentos: esta comparsa nada significa ya para nosotros, pero interesaba á los Griegos. No sucede así con el discurso que las dirige la Diosa: este interesaba entónces, interesa ahora, é interesará miéntras haya buen gusto entre los hombres. ¡Qué lenguage de dolor, que tierna melancolía! "Escuchadme, dice á sus hermanas, » porque quiero desahogar con vosotras mi corazon:" y al pronunciar esta última palabra exclama:

Ay de mí triste!
¡qué desgraciada he sido en mis amores!
Un hijo yo dí á luz, fuerte, gallardo,
y de todos los héroes el primero;
y creció *al tierno olivo semejante*,
y de su infancia y juventud yo misma
solícita cuidé como de nueva
planta se cuida que en feraz terreno
nace y se cria.

Nótense aquellas dos tan breves como bellas, comparaciones que he señalado con bastardilla, y observen los lectores que la primera se halla tambien en un salmo, "Filii tui, *sicut novellæ olivarum*, in circuitu mensæ tuæ:" no para inferir que Homero la copió de los libros santos, que no conocia; sino para que vean cuan buen efecto hacen estos símiles tomados de los objetos campestres, y cuan propios

eran de los siglos patriarcales. El resto del discurso es igual á este principio, mas no me detendré á examinarle: el lector conocerá fácilmente todo su mérito.

No son ménos hermosos el de Tétis á su hijo, y el que este pronuncia para responder á su pregunta. Nótese con particularidad en el segundo aquel pasage:

Sí, madre mia!
El dueño del Olimpo me ha otorgado
cuanto yo le pedí; pero ¿qué fruto
saqué de mi venganza si el amigo
he perdido mas dulce; mi escudero
Patroclo &c.

Esto es leer en el corazon humano: esto es hacer hablar á los personages como necesariamente debieron hablar dada la situacion en que el poeta los supone. En efecto, si Tétis preguntó al héroe (y fué lo que debió preguntarle ignorando ella todavía la muerte de Patroclo) "¿por qué estás afligido? ¿No te ha » concedido Jove lo que con tanto ahinco le rogaste? » ¿No estás ya vengado?" ó Aquíles no respondió, ó debió decir: "Es verdad; estoy vengado;

pero ¿qué fruto
saqué de mi venganza si el amigo
he perdido mas dulce &c.

Lo mismo digo del otro discurso de Aquíles, cuando su madre le anuncia que si mata á Héctor él morirá tambien á pocos dias. Esto supuesto ¿qué debió responder un hombre como Aquíles, sino las precisas palabras que Homero le hace decir? Son estas:

Venga la muerte;
ya que el Hado no quiso que la vida
salvase á mi escudero. Ay! moribundo

sin duda el triste me llamaba en vano
para que de la Parca le librase.
Y pues no debo ya volver á Grecia,
ni á Patroclo mi brazo ha defendido,
ni á los muchos valientes que por Héctor
vencidos acabaron; y en las naves,
inútil peso de la tierra, ahora
ocioso estoy &c.

Esto es lo que se llama sólida y verdadera elocuencia. Obsérvese aquella expresion, *inútil peso de la tierra*, que Horacio tradujo al pie de la letra diciendo "*terræ pondus inutile.*" Obsérvese igualmente aquel otro pasage:

de entre los Dioses
y los humanos la fatal discordia
huya, y desaparezca y la acompañe
la cólera, que al hombre mas sensato
induce á ser cruel y se insinúa,
mas dulcemente que la miel gotea,
dentro del alma, y *como el humo crece.*

¡Qué personificacion tan valiente de la discordia y de la cólera, y qué dos símiles tan bien escogidos para dar idea del modo como la ira se insinúa en el corazon del hombre y va creciendo por grados!

La advertencia que despues hace Tétis al héroe de que no tome parte en la lid hasta que ella le traiga la armadura fabricada por Vulcano, y lo que luego dice la misma Diosa á las Nereidas mandándolas volver al palacio de Nereo para instruirle de lo que pasa, son lo que deben ser.

La comparacion del leon que está devorando la presa, sin que los pastores logren ahuyentarle de la majada por mas que lo pretenden, solo puede apli-

carse á los Ayaces en cuanto no consiguen que Héctor se ponga en fuga; pero respecto de este no se verifica como en el leon lo de que está devorando la presa, porque no llegó á hacerse dueño del cadáver.

El primer discurso de Íris es hermoso: la mensagera dice sin inútiles redundancias todo lo que debe decir al héroe para que salga á defender el cadáver de su amigo; pero la pregunta que él hace y la objecion que propone no me gustan. El estado de las cosas exigia mas movimiento y ménos conversacion. En efecto; cuando Aquíles oye que Héctor está á punto de apoderarse del cadáver de Patroclo, y se propone cortarle la cabeza y clavarla en un palo; no debe ya pararse á preguntar á la mensagera,

¿Y cual, Íris divina, de los Dioses
á darme este consejo te ha enviado?

El consejo es bueno, y nada importa que le dé esta ó aquella Deidad. Tampoco, en peligro tan urgente, debe poner dificultades y argumentos para no ejecutar lo que se le manda. Ademas, la primera objecion es débil y aun ridícula, porque debia suponer que Íris sabia lo sucedido en la muerte de Patroclo. Así, la Diosa le responde que todos sabian que él estaba sin armadura. La segunda tampoco es muy fuerte; porque su madre le habia prohibido tomar parte en la lid, pero no dejarse ver á lo léjos y dar espantosas voces. Esta crítica recae sobre la oportunidad de la arenga de Aquíles; pero en lo demas, y considerada en sí misma, tiene rasgos brillantísimos. Nótese en particular el último. Ha dicho que ninguna armadura puede venirle bien, y que á lo mas podria tomar el grande escudo de Ayax Telamonio; pero inmediatamente se le ocurre que

entre los mas ardidos campeones

estará combatiendo y el cadáver
defenderá, y en la troyana hueste
estrago hará terrible con su lanza.

Esto ya es homérico.

Tambien lo es la pintura de Aquíles cuando Minerva

sus fornidos
hombros cubrió con la égida espantable,
cercó sus sienes con dorada nube,
y encendió en ella esplendorosa llama;

pero la comparacion de esta llama con los fuegos que los sitiados encienden por la noche sobre las altas torres de sus muros para que los pueblos vecinos los vean y acudan á su socorro, aunque exacta y felicísima, se prolonga demasiado.

No tiene este defecto la siguiente en que la voz terrible de Aquíles es como el sonido de la trompeta

que al arma toca en la ciudad que sitia
poderoso enemigo.

Aquí hay propiedad y concision.

El discurso que Polidamante pronuncia en la junta de los Troyanos, ademas de ser oportuno, contiene reflexiones juiciosas y verdaderas, y consejos muy saludables; y los lectores ya habrán adivinado, sin que yo se lo advierta, que en aquellas palabras,

si armado (Aquíles)
acomete mañana y nos encuentra
acampados aquí, *tal vez alguno*
conocerá lo que su brazo puede:

está designado Héctor, aunque parecen vagas y dirigidas á todos los oyentes. Este modo de intimidarle, y aun de zaherirle, es muy fino.

El de Héctor, supuesto que Minerva ha privado

ya de la razon á los Troyanos, es lo que debe ser: y está dicho con toda la arrogancia que debian inspirarle sus pasados triunfos, y la proteccion que hasta entónces le habia dispensado el padre de los Dioses. Nótense aquellas fogosas interrogaciones al referir lo que Polidamante ha dicho sobre que deben volver á la ciudad y encerrarse dentro de sus murallas:

¿Qué? ¿cansados
no estais ya de vivir siempre escondidos
dentro los muros?

La reflexion que luego hace el poeta sobre la ceguedad de los Troyanos que despreciaron el prudente consejo de Polidamante, y siguieron el de Héctor que debia serles tan funesto, es justa; y como que respira cierto aire de compasion hácia ellos, y excita en su favor la de los lectores.

La comparacion de Aquíles, afligido y furioso por la muerte de su amigo, con la leona

que habiéndola robado los cachorros
el cazador miéntras estaba ausente &c.

es bellísima, y cuadra en todas sus partes con la situacion de Aquíles.

El discurso que este pronuncia sobre el cadáver de Patroclo, puestas las manos sobre su pecho, no puede ser mas tierno; y la venganza que le promete, aunque demasiado feroz para nosotros, es la que autorizaban y aun exigian las costumbres de aquel tiempo. Tambien es excelente la descripcion del modo con que sus donceles lavaron, ungieron y amortajaron el cadáver.

El breve diálogo entre Júpiter y Juno es propio de la situacion, y bueno supuesta la teología del poeta; para nosotros ya no dice nada.

La descripcion del estado en que Tétis encuentra á Vulcano ocupado en fabricar aquellos trípodes semovientes tambien es preciosa.

El cumplido de Cáris á Tétis cuando la ve llegar, las palabras que dice á Vulcano, y el recuerdo que este hace del gran beneficio que en otro tiempo habia recibido de la marina Diosa; son hoy mismo interesantes, si suponemos que Tétis es una Princesa que va á pedir un favor á otro Príncipe, cuya esposa la recibe cariñosamente, llama á su marido, y este al oir el nombre de la huéspeda recuerda el beneficio que la debió en otro tiempo. Pero, si consideramos á los tres personages como seres divinos, el pasage es para nosotros frio. Sobre todo, la fábula del escondite de Vulcano en una gruta del mar, y lo de estar allí labrando pendientes, collares y otras chucherías para las ninfas, todo lo cual seria acaso entónces una misteriosa alegoría de ciertos fenómenos naturales, ha perdido ya todo el interes que tendria para los lectores que entendiesen estas alegóricas tradiciones, si es que alguno las entendia ya en el siglo de Homero.

Lo mismo digo de las dos estatuas de oro fabricadas por Vulcano, que hablaban, se movian, respiraban, tenian inteligencia, y aun sabian hilar, coser, bordar y demas labores mugeriles. Semejante prodigio tendria en aquel tiempo embelesados á los primeros personages de la Grecia, al cantar los Rapsodes los versos que le refieren; pero en el dia, hasta para nuestro vulgo, es mero cuento de viejas. Esto no es culpa del poeta, es efecto del tiempo.

No sucede así con el discurso de Tétis á Vulcano. Este tiene hoy tanta belleza como tenia hace veinte y ocho siglos. No se puede mejorar. La Diosa

dice lo que debe decir; y lo dice con tanta ternura de expresion que hoy mismo nos conmueve é interesa. El lector habrá notado que una parte de él está copiado del que dirigió ántes á las Nereidas; pero ya sabe que entónces era costumbre recibida entre los poetas repetir, si á mano les venia, los mismos versos que ya dejaban empleados: costumbre que Homero halló establecida y no quiso alterar por respeto á los antiguos, aunque le hubiera sido muy fácil.

En la respuesta de Vulcano es muy bella y oportuna aquella tan bien sentida exclamacion:

Así pudiera
á la muerte ocultarle dolorosa &c.

Nada diré de la descripcion del escudo de Aquíles, porque para ella sola seria necesaria una larga disertacion. Los lectores pueden consultar la de Bitaubé.

LIBRO DÉCIMONONO.

Como se compone casi todo de arengas, y estas son las que merecen particular exámen; solo notaré al paso algunas bellezas en la parte narrativa y en los pocos símiles con que está exornada.

El discursito de Tétis á su hijo cuando le presenta la armadura es breve y sencillo, como debe serlo el simple anuncio de que le trae las prometidas armas.

La circunstancia de que al dejarlas caer sobre la arena se estremecen los circunstantes oyendo el ruido que hacen, y no se atreven á mirarlas de hito en hito (sin duda porque los deslumbraba el resplandor que despedian) y la de que Aquíles al verlas se llena de dolor porque su vista le hacia pensar en la muer-

te de Patroclo, y luego que las toma en las manos se complace en mirarlas y remirarlas; entran en el número de aquellas observaciones que solo saben hacer los ingenios de primer órden.

La respuesta de Aquíles es lo que debe ser miéntras alaba la armadura; pero yo quisiera que hubiese omitido lo de que las moscas penetrarán en el cadáver de Patroclo por las bocas de las heridas, y allí engendrarán gusanos, y estos corromperán la carne toda: 1.° porque, habiendo muerto la tarde ántes y no de enfermedad sino de muerte violenta, y no pudiendo durar la batalla mas que un dia, no habia peligro de que en las primeras veinte y cuatro horas ya se corrompiera el cadáver: 2.° porque este peligro era menor, estando ya labado y ungido con aceites aromáticos: 3.° porque, estando cubierto de piés á cabeza con una sábana, no era fácil que las moscas penetrasen en él por las heridas: y 4.° porque ademas las cautivas que le velaban podian alejar de él las que se le acercasen. Todo esto quiere decir que aquí se hace intervenir la máquina sin necesidad.

La réplica de Tétis es ya necesaria en su primera parte de las moscas, supuesto el temor de Aquíles; y en la segunda es bellísima por su concision.

. . . . . Así, á los Griegos
tú á la junta convoca: y renunciando
á la venganza ya que del Atrida
hasta ahora tomaste, sal armado
á campaña, y el ánimo te viste
de intrepidez y fortaleza.

Esta última expresion metafórica, muy valiente y poética, se halla tambien en los libros santos.

La observacion de que, habiendo Aquíles convo-

cado la junta general de los Aquivos, concurrieron

aun aquellos

que solian quedarse en los navíos,

y hasta los timoneros:

es otra prueba de que Homero nunca omite las circunstancias interesantes. Esta lo es aquí.

El discurso de Aquíles manifestando que olvida ya la ofensa que le hiciera Agamenon, y que se reconcilia con él sinceramente, es digno de Homero en todas sus partes. La bien sentida y naturalísima exclamacion con que principia, la consiguiente reflexion de que hubiera sido mejor que Diana hubiese herido con sus flechas á Briseida el dia que él la cautivó, porque sin la riña á que ella dió ocasion no habrian perecido tantos Griegos; la de que esta riña, si ha sido fatal á los Aquivos, ha sido ventajosa á los Troyanos; el modo tan decoroso con que sin bajeza propone al Atrida que los dos olviden lo pasado ofreciéndolo él por su parte; y la última pincelada de que en saliendo él á campaña se verá si los enemigos quieren ya pasar las noches á vista de las naves; todo es bueno, y cada cosa ocupa el lugar que la corresponde. Tal vez algun crítico demasiado severo no llevará á bien que Aquíles manifieste un como deseo de que Briseida hubiese muerto repentinamente cuando él la hizo su cautiva; pero no tendrá razon. Dichas ya aquellas palabras, que debió decir,

rencorosos

enemistad por siempre nos juramos

solo por una esclava;

es naturalísimo, es necesario, aquel movimiento,

Mas valiera

que Diana en la nave con sus tiros
la hubiese dado muerte,

porque entónces no hubieran perecido tantos héroes. Digo que es natural, porque para Aquíles importaba mas la salud del ejército que todas las esclavas del mundo. Y para convencerse de ello basta observar que, aunque él preferia entre todas las suyas y *amaba de corazon* á Briseida, este amor era como el que hoy tienen los Musulmanes á sus concubinas; puramente físico, dividido entre muchas, y de tal naturaleza, que tratándose del honor se olvida, y se sacrifica si es necesario, la mas favorecida del dueño.

La respuesta de Agamenon está escrita con cierta finura que yo no sabré ponderar cuanto se merece. Él no puede negar que realmente ha sido injusto con Aquíles; pero confesarlo ahora delante de todo el ejército, como ya lo hizo en la junta de Generales diciendo:

hice mal, lo confieso:

no hubiera sido decoroso en el caudillo supremo. ¿Qué palabras pondrá, pues, Homero en su boca? Las siguientes, que quiero repetir porque extractadas perderian todo su mérito:

el culpado
no soy yo. Lo son Jove y el Destino,
y la Furia que vaga en las tinieblas:
los cuales en mi pecho introdujeron
la triste Diosa que al error preside,
y á quien *Ate* llamar los hombres suelen,
en el aciago dia en que su esclava
á Aquíles yo quité. Mas ¿qué podia
yo, *mísero mortal*, hacer entónces?
Dios es quien todo lo dispone y *hace*.

Pasages tan finos, conocimiento tan profundo del arte, solo se hallan en Homero.

No seguirémos al orador en la narracion de la fábula con que pretende probar que aun los Dioses están sujetos al Genio maléfico del error; porque estos argumentos tomados de la mitología, convincentes para los Griegos, son ya para nosotros *verba*, *et voces*, *et præterea nihil.* Mas, supuesto el argumento, la conclusion que saca es legítima, á saber, que la misma Diosa, á cuyo maligno influjo no pudo sustraerse Jove, fué la que á él le obligó á cometer el error de quitar á Aquíles su esclava. Y sin embargo de que este error fué como inevitable é involuntario, todavía quiere reparar el agravio ofreciendo al héroe los preciosos dones que le habia prometido.

La respuesta de Aquíles es tan cortés y desinteresada, como enérgica y oportuna.

O ya quieras los dones ofrecerme
porque justo lo creas, ó guardarlos;
luego podrás hacer lo que te sea
mas grato al corazon. En este dia
solo pensemos en salir armados
al hórrido combate. No conviene
que en discursos el tiempo se consuma,
y la lid se retarde &c.

Esto no necesita de comentario; pero nótese tambien aquel otro rasgo tan propio en el carácter de Aquíles:

Y ya es tiempo
de que vean á Aquíles los Troyanos
en las primeras filas &c.

Aquí vemos, como en tantos otros pasages, ó por mejor decir en todo el poema, que Homero nunca olvida ú omite cosa que deba decirse.

El discurso de Ulíses, desde que ya empieza á proponer que se traigan allí mismo los regalos prometidos á Aquíles por el Atrida y que este jure no haber subido al lecho de Briseida, es oportuno. Pero yo quisiera que hubiese omitido, ó á lo ménos abreviado, la primera parte en que tanto se extiende sobre que las tropas deben desayunarse ántes de comenzar la batalla. Él tiene razon; pero en las composiciones épicas, lo mismo que en las dramáticas, deben omitirse los incidentes y pormenores poco interesantes: y tal es el desayuno del ejército. Y cuando algo se dijese de él para que luego responda Aquíles que por su boca

no entrará ni alimento ni bebida,

y con esto se dé lugar á la bajada de Minerva y á la milagrosa infusion de las gotas de ambrosía, debió hacerse en dos palabras. Pero la justicia exige que si algo censuramos en el principio del discurso, alabemos la conclusion. No puede ser mas bella.

Tú, o Príncipe, tambien dentro del alma
todo rencor olvida . . . .
. . . .
. . . . Desde este dia,
o hijo de Atreo, tú tambien procura
ser mas justo con todos; ni ya creas
que puede ser á un Rey indecoroso
al varon aplacar á quien primero
él hubiese injuriado.

Esto es lo que debió decir el prudente Ulíses.

La respuesta de Agamenon en lo que á él le toca, que es lo del juramento y los regalos, es buena en su totalidad. Nótense aquellas hermosas expresiones,

Jurar yo quiero

lo que deseas: ni repugna el alma
tal juramento hacer, ni cuando invoque
de la divinidad el nombre santo
perjurará mi lengua.

Igualmente bueno es lo que en respuesta dice Aquíles á los dos, y sobre todo la conclusion:

solo me es grata la matanza y sangre,
y el triste lamentar de los que mueren.

Aquí no habla Homero, habla el mismo Aquíles.

En la réplica de Ulíses quisiera yo que no fuese necesario hablar mas del almuerzo ó desayuno de las tropas, pero ya que es preciso responder á aquellas palabras de Aquíles...... Yo mandaria á las escuadras

que, sin gustar el vino y los manjares,
marcharan á la lid; . . . . . .

debemos observar que Ulíses lo hace en pocas palabras. Por lo demas el discurso es magnífico, y merece que hagamos sobre él algunas observaciones.

1.ª Es digna de atencion la ingenuidad con que los antiguos confesaban que otro les aventajaba en esta ó aquella virtud, habilidad ó dote del ánimo, y señaladamente en el valor, cosa que hoy no confesaria ningun militar. Pero consiste en que ahora el valiente y el forzudo se distinguen y entónces se confundian, y el guerrero mas valeroso y mas temido era el que tenia mas puños. Y como no está en manos del hombre tener tal ó cual cantidad de fuerza física, el que tenia ménos que otro no se avergonzaba de confesarlo. De esto tenemos aquí una prueba, y la Ilíada ofrece otras muchas. El mismo Héctor, siendo el mas valeroso de los Troyanos, reconoce que Aquíles le aventaja en valentía.

2.ª Aquel pasage en que dice: "Los guerreros

de combatir se cansan prontamente
si ha derribado la segur por tierra
ya mucha paja y la cosecha es poca,

ofrece una expresion alegórica algo oscura para nosotros, pero que no lo seria para los Griegos del tiempo de Homero. Parece que en ella se quiere significar que los primeros campeones se fastidiaban en las batallas, aunque hubiesen muerto á muchos oscuros combatientes, si no habian logrado matar algunos de los gefes enemigos, verificándose en estos casos lo de nuestro adagio "*mucha paja y poco grano.*"

3.ª Son dignas de notarse las reflexiones que Ulíses hace para consolar á Aquíles en la muerte de Patroclo, y probarle al mismo tiempo que por esta desgracia no debian los Griegos salir en ayunas á campaña.

Con el vientre
no es justo que los hijos de la Grecia
lloren al que murió. Todos los dias
muchos, y valerosos adalides
caen: y si llorarlos se debiera
uno por uno á todos ¿cuándo el hombre
el llanto acabaria? Al que muriere
es justo luego sepultar y mucho
su pérdida sentir, y un solo dia
llorar sobre su tumba. Los que vivos
salieron de la lid, en el sustento
y en la bebida piensen.

Consuelos mas filosóficos, y presentados con mas sencillez y concision, no se hallan en el mismo Séneca.

Dejemos el juramento del Atrida, cuyas expresiones son como de ritual, y observemos la delicade-

za y finura con que le disculpa Aquíles en el discurso que sigue al juramento. No habla con él, ni con el auditorio; se dirige á Júpiter, y le dice:

Grandes y muchas desventuras sueles,
padre Jove, enviar á los humanos:
que si tú no lo hubieses permitido,
nunca jamas en cólera mi pecho
inflamara el Atrida, ni la jóven
él hubiera sacado de mi tienda
contra mi voluntad, de *irresistible*
fuerza arrastrado &c.

¡Qué bien empleada está aquí la doctrina del fatalismo! Pero dirá alguno ¿Y así habla ahora el hombre que tantos horrores ha estado diciendo del Atrida? ¿No es esto contradecirse, no es desmentir su carácter? No: la que técnicamente se llama constancia en los caractéres, el *servetur ad imum*, no consiste en que los personages siempre hagan y digan lo mismo, sino en que siempre hagan y digan lo que convenga á su carácter segun las circunstancias. Y de consiguiente, si estas han variado variarán tambien sus opiniones y su lenguage. Así en este caso: Aquíles decia horrores del Atrida cuando estaba enemistado con él; pero ya es su amigo, se han reconciliado los dos solemnemente, y debe hablar otro lenguage. El que ahora emplea hubiera sido ridículo en el libro nono, y lo que entónces dijo seria ahora intempestivo y absurdo. *Distingue tempora.*

El discurso que Briseida pronuncia cuando al llegar á la tienda de Aquíles ve el cadáver de Patroclo, y las razones que da para mostrar cuan sensible debe ser para ella la falta de su amigo y protector; no exigen comentario. Este es uno de aquellos pasages que

la Musa de la tragedia dictó á Homero ántes que hubiese tragedias.

De la observacion que sigue sobre que las otras cautivas de Aquíles

todas gemian *lamentando tristes*,
al parecer, *la muerte de Patroclo*,
pero en la realidad sus propios males,

baste decir que ha arrancado elogios á los mas rígidos censores de Homero.

No es ménos tierno é interesante el discurso de Aquíles al acordarse

de la fidelidad con que otro tiempo
oficioso Patroclo le servia.

Vuélvase á leer, porque para analizarle aquí seria necesario copiarle todo.

Tambien es muy fina la observacion de que los Príncipes que rodeaban á Aquíles miéntras hablaba con el cadáver de Patroclo, suspiraban

al acordarse
cada cual de las prendas que dejado
dentro su casa habia.

Pasemos por alto lo que Jove dice á Minerva, la bajada de esta, y la infusion de la ambrosía; y vengamos á la conclusion del libro.

El símil de los copos de nieve, para dar á conocer cuan numeroso era el ejército griego que de nuevo sale á campaña, ha sido empleado anteriormente; pero aquí se presenta con tanta novedad que ya no parece el mismo.

La valiente personificacion por medio de la cual puede decir el poeta que en contorno de los Griegos

la tierra toda ufana se reia

por el brillo del bronce iluminada,

no puede ser mas feliz ni mas poética.

Del mismo gusto es el otro símil en que el resplandor que despide el escudo de Aquíles, y llega hasta el éter, es comparado al de la selva que está ardiendo en lo alto de un monte.

Aquello de que el escudo esparcia á lo léjos una luz semejante á la de la luna llena, y lo de que el héroe, montado ya en su carro y cubierto de sus lucientes armas, [illegible]

brillaba como el sol cuando camina
por el mas alto punto de los cielos;

son hipérboles permitidas en poesía.

El milagro del caballo que habla y anuncia al héroe su muerte es para nosotros un cuento de viejas; pero suponiendo verdadero el hecho, como le suponian los Griegos, la respuesta de Aquíles es propia de su carácter.

LIBRO VIGÉSIMO.

Este y el siguiente, que para los Griegos serian quizá los mas encantadores por lo maravilloso que contienen, son por lo mismo ménos importantes para nosotros; porque no podemos ya mirar á las ridículas divinidades de la fábula con el respeto y religiosa veneracion con que las miraban aquellos. Será, pues, breve el exámen de ambos.

El principio de este es soberbio. La convocacion de todas las Deidades hecha por la Diosa de la justicia; el discurso de Jove revocando ya la órden que las diera en el octavo, para que no bajasen á socorrer ni á Griegos ni á Troyanos; y sobre todo, la conmocion

general del universo cuando los Dióses bajan del Olimpo y animan con su voz á los combatientes; pasage citado por los críticos, y con razon, como uno de los mas sublimes de todo el poema; tienen hoy todavía para nosotros la misma grandiosidad épica que pudieron tener para los antiguos: porque hasta aquí los Dioses se presentan con toda la grandeza, y todo el poderío, que supuesta su fabulosa divinidad debió atribuirles el poeta. No me detendré sin embargo á comentar este famoso pasage, por lo mismo que es tan célebre y sus bellezas han sido notadas por Longino, Boileau y otros escritores. Solo advertiré que en la traduccion castellana de Blair se halla inserta la de éste trozo, bastante bien hecha por D. Francisco Patricio de Berguizas.

El discursito que Apolo en figura de Licaon dirige á Enéas es breve, y contiene la única razon que debia producir el efecto que deseaba el supuesto personage. Apolo quiere empeñar á Enéas á que combata con Aquíles, y para conseguirlo no podia emplear mejor medio que el de recordarle la bravata que en otro tiempo habia echado de que no rehusaria combatir con tan famoso campeon.

La respuesta de Enéas es notable: 1.° porque francamente confiesa que entónces no tiene gana de pelear con el Griego; y 2.° porque empezando á decir que en otro tiempo ya midió con él sus armas esperamos que cuente alguna fazaña que le honre, y nos hallamos con uno de los triunfos de Vasco-Figueiras." Y no seria, dice,

la ocasion primera
en que yo con Aquíles pelease,
porque ya en otro tiempo combatimos;

pero en fuga me puso con su lanza &c.

Este pasage prueba que si los héroes del tiempo de Homero se explicaban con toda esta ingenuidad: hoy no se podrian poner iguales expresiones en boca de un militar. Ya dí la razon mas arriba. Lo que añade luego sobre que á nadie es dado pelear con Aquíles porque siempre tiene á su lado algun Dios que le liberte la vida, pero que de igual á igual no temeria combatirle, está bien imaginado para disculparse. Pero nótese cómo la fuerza de la verdad le arranca la confesion de que, aun sin los Dioses, vuela derecha de la mano de Aquíles:

la terrible lanza,
y de volar no cesa hasta que logra
el cuerpo atravesar de un enemigo.

Esta pincelada es de maestro.

La réplica del supuesto Licaon es concluyente. Ve que Enéas se disculpa con que el Griego tiene siempre en su favor alguna divinidad, y le hace este argumento. "Si Aquíles, siendo hijo de una Diosa ménos distinguida, logra ese favor de los Dioses; invócalos tú igualmente; y siendo, como eres, hijo de Vénus, Diosa tambien y superior á Tétis, serás protegido por ellos."

La arenga de Juno á las Deidades de su bando cuando ve que Enéas marcha á pelear con Aquíles, y la respuesta de Neptuno, son insípidas para nosotros; porque no podemos conciliar nada de lo que dicen con las ideas que en nosotros excita, y debe excitar, la palabra *Divinidad.* Pero ya queda dicho y probado que de esto no tiene la culpa Homero.

Y cuando alguna tuviese, bien se le podia perdonar por la hermosa pintura del leon acometido por

los cazadores. No puede darse una descripcion mas verdadera y animada. Nótese aquello de que

desdeñoso
primero los desprecia; mas, si herido
es de un fuerte mancebo por la pica,
hácia él se vuelve con *la boca abierta*,
baña en espuma los agudos dientes,
gime en el pecho el corazon fogoso,
los muslos y costados con la cola
duro se hiere, y al combate él mismo
se anima y estimula, y *con ceñudo*
rostro mirando al escuadron le embiste
enfurecido.

El que así pinta habia visto por sus ojos combates de leones; no los copiaba de los libros, como los poetas modernos.

La arenga de Aquíles á Enéas, cuando ya se le acerca para empezar la batalla, contiene los pensamientos que debieron ocurrirle viendo tan atrevido al Troyano. Primeramente debió pensar que solo la esperanza de un gran premio podia inspirarle semejante osadía, y este premio no podia ser otro, en un hombre como Enéas, que el trono de Príamo, ó una rica heredad que la nacion le diese segun la usanza de aquellos tiempos. Pero esta esperanza era vana; ni Príamo, conservando su razon y teniendo hijos, podia cederle la corona; ni á él le seria fácil matar á Aquíles, y por este medio adquirir la prometida heredad. En segundo lugar debió ocurrírsele el pasado combate en que este mismo Enéas echó á correr, y no paró hasta verse dentro de los muros de Lirneso; y aun allí hubiera caido en su poder, si los Dioses no le hubieran facilitado la fuga. Y ocurriéndosele, debió re-

cordárselo á Enéas para intimidarle. En tercer lugar, mirándole como un rival poco temible, pues ya sabia hasta dónde alcanzaban sus fuerzas; debió aconsejarle que se retirase, dando á entender en esto que él no buscaba triunfos tan fáciles y que tan poco le honrasen. Y esto es cabalmente lo que Homero pone en su boca.

La respuesta de Enéas, examinada superficialmente, puede parecer demasiado larga; porque Aquíles no ignoraba quien era ni quienes habian sido sus abuelos; y no habiéndole preguntado nada acerca de su linage, no hay razon, como en el discurso de Glauco en el libro sexto, para que Enéas gaste tantas palabras en informarle de una genealogía que él no ignoraba, ó no queria saber. Sin embargo, reflexiónese que Enéas no tenia mucha gana de pelear con Aquíles y confesaba que le era muy inferior en valentía, y se verá que esta misma prolijidad, el insistir tanto en que es muy fácil injuriar, el decirlo al principio, el repetirlo al fin, y el presentar por tantos lados una misma idea; está hecho con gran conocimiento del corazon humano. Todo esto quiere decir que Enéas, á pesar de sus bravatas, temia llegar á las manos con Aquíles, y procuraba espantar el miedo charlando mucho, divagando, triunfando en cierto modo con argumentos, razones y moralidades, ya que no esperaba conseguirlo con las armas, y dilatando con árboles genealógicos el momento del combate. Hubo tiempo en que á mí tambien me parecia esta arenga difusa, incoherente, y agena de la situacion en que se pronuncia; pero he conocido despues que acaso no hay en toda la Ilíada otra mas bien imaginada, y escrita con mas delicado artificio.

El combate de los dos héroes está descrito con la extension que merece, y con la fidelidad que se observa en todas las descripciones de Homero; pero no tiene mucha novedad.

El discurso de Neptuno sobre salvar la vida á Enéas, es digno de un Dios. Él es enemigo de Troya; y sin embargo, cuando ve en peligro á un troyano virtuoso, se compadece de él y pide permiso á los otros Dioses de su bando para salvarle la vida. Son notables sus expresiones:

¿por qué ahora
este ha de perecer sin culpa suya
por delitos agenos en que parte
él no tuviera, cuando siempre pio
víctimas escogidas á los Dioses
que en el cielo habitamos anchuroso
ofrecer suele?

Este homenage de respeto á la virtud y á la piedad, prestado por un enemigo, prueba, como dice Horacio, que ántes y mejor que los filósofos de profesion conoció y enseñó Homero los principios de la moral,

La respuesta de Juno es como suya: siempre respirando odio contra los Troyanos y deseos de vengar el ultrage que Páris hizo á su belleza. *Manet alta mente repostum.*

El discurso de Neptuno á Enéas despues que le ha salvado la vida, y el soliloquio de Aquíles cuando ve que el Troyano ha desaparecido, son lo que deben ser: nada sobra, nada falta, y ambos dicen lo que debieron decir en aquellas circunstancias.

La exhortacion de Aquíles á los Griegos es breve cual entónces convenia, pero enérgica. Nótese aquella convincente razon que alega para probarles que,

aun peleando él, es menester que ellos tambien combatan y le ayuden:

Á mí dificil,
aun siendo tan valiente, me seria
el alcance seguir á tantos hombres
y con todos lidiar. Ni el mismo Marte,
siendo Dios inmortal, y ni aun Minerva,
tan dilatado campo de batalla
podrian recorrer, y en todas partes
hallarse y pelear.

La de Héctor á sus tropas es igualmente bella, y tiene mas artificio oratorio. El solo nombre de Aquíles infundia tal terror en los Troyanos, que era muy difícil animarlos á pelear con él. ¿Qué hará, pues, el orador, no pudiendo negar la superioridad de aquel héroe? Alegar las generalidades de que si es fácil echar fieros y bravatas no lo es tanto ejecutar despues lo prometido, y que si los Dioses permiten al Griego cumplir algunas de sus amenazas otras muchas se llevará el viento; y ofrecerse á combatir con el Griego. Nótense las expresiones con que está enunciado este último pensamiento; porque ellas mismas están manifestando la alta opinion que se tenia de Aquíles en el ejército de Troya, y que Héctor no estaba muy dispuesto á cumplir lo que ofrecia.

Voy ahora
en su busca, aunque sean *semejantes*
sus manos á la llama; sí, *á la llama*
semejantes sus manos, y al acero
su indomable valor.

Obsérvese en la repeticion notada con bastardilla cuan profundamente grabada tenia Héctor en su memoria la idea del valor de Aquíles. Ha dicho que sus

manos son semejantes á la llama, interrumpe el discurso como quien se detiene á pensar en aquellas manos terribles, y vuelve á continuarle repitiendo las últimas palabras: especie de repeticion, muy enérgica y enfática, de que no he hallado ejemplos en ningun otro escritor; y en la misma Ilíada solo hay otro, y en boca de Héctor tambien, que verémos en el libro vigésimosegundo.

La descripcion del estrago que hace Aquíles en los Troyanos, cuando ya empieza la batalla general, es como todas las de Homero.

Que el sensible Héctor, cuando ve caer á su hermano Polidoro, vaya á pelear con Aquíles está en la naturaleza.

Lo que el Griego dice cuando le ve llegar sale del corazon, y las brevísimas palabras que añade, despues de concluido el primer discurso, no pueden ser mas arrogantes, ni la frase mas poética.

Mas cerca ven, para que *pronto llegues*
al confin de la vida.

La respuesta de Héctor es la que corresponde á las bravatas del Aquivo. Estas no son las que le intimidan, y fácil le seria responderle con otras iguales: lo que puede acobardarle es la persuasion en que está de que su antagonista es mas valeroso; pero los Dioses pueden hacer que, aun siendo él ménos esforzado, le atraviese con su lanza;

porque su punta
afilada es tambien.

El milagrito de Pálas que con un soplo aleja del escudo de Aquíles la pica lanzada por Héctor no me parece necesario, y ademas rebaja el mérito del Griego. Así cualquiera seria tan valiente como él. Pero su

furor, cuando ve que el enemigo se le ha escapado de entre las manos, está bien pintado en el breve discurso que pronuncia.

En lo restante del libro son dignos de atencion el símil en que Hipodamante es comparado (v. 704.)

con el hosco novillo
que llevan arrastrando los mancebos
á su pesar &c.

el del fuego que corre

de árido monte por los anchos senos &c. (v. 861.)

y el del trillador que unce dos bueyes (v. 871.)

de torva y ancha frente bajo el yugo &c.

Los tres son poéticos, y están bien aplicados.

Tambien es hermosa la pintura del modo con que los caballos de Aquíles iban hollando cadáveres y escudos, y salpicando de sangre el eje y los tableros del carro.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

Ya dije, hablando del anterior, que ambos contienen maravillas que los Griegos escucharian embelesados y á nosotros nos parecen, lo que son, ficciones absurdas. Así, en este libro ¿qué pueden significar para nosotros un Dios-rio que combate con un hombre, y otro Dios-fuego que enciende las aguas del primero? ¿Y cómo no nos han de parecer ridículas divinidades las que luego andan á pedradas y se dan de mogicones? Mas, pues estas fábulas eran verdades históricas para los lectores de Homero, y este al referirlas hubo de conformarse con la creencia popular; no examinemos ya las ficciones en sí mismas: veamos si están poéticamente contadas, indicando al paso lo

que haya de notable en lo puramente humano.

La pintura de los Teucros que se precipitan en el rio acosados por Aquíles, y el símil de las langostas con que se ilustra la descripcion; no pueden ser, ni aquella mas acabada, ni este mas bien escogido.

La circunstanciada relacion del estrago que hace el Griego en los enemigos, y sobre todo aquel coger vivos doce jóvenes para que expien

con su sangre la muerte de Patroclo,

son, como dicen los franceses, de una horrorosa verdad.

El soliloquio de Aquíles cuando ve delante de sí á Licaon, á quien creia muerto ó esclavo en Lémnos, es naturalísimo; y si ciertamente hubo tal ocurrencia en el sitio de Troya y Aquíles habló consigo mismo, se dijo lo que supone el poeta. Nótese aquella feliz conclusion:

Mas ahora
pruebe la punta de mi aguda lanza,
para ver si tambien desde el sepulcro
vuelve á la luz.

¿Quién de nosotros, puesto en la misma situacion, no diria lo que dice Aquíles?

La súplica de Licaon está llena de rasgos bellísimos, y seria necesario copiarla para hacer sentir todo su mérito. Nada omite de cuanto puede enternecer el corazon de Aquíles. 1.° Habiendo sido su cautivo, y *gustado en su tienda de los frutos de Céres*; goza en cierto modo del fuero de los suplicantes, cuyas personas eran sagradas. 2.° Ya cuando le vendió en Lémnos le valió una cantidad considerable, y ahora se la darian doble sus padres si permitiese rescatarle. 3.° No hace mas que once dias que volvió del cautiverio, y ya otra vez el cruel destino le pone en sus

manos. 4.° No teniendo mas que otro hermano uterino, este acaba de ser muerto por el mismo Aquíles; y sobre todo, 5.° él no ha nacido de la misma madre que Héctor, el matador de Patroclo. Ésta última pincelada es admirable.

No lo es ménos la respuesta de Aquíles. Vuélvase á leer, y no será necesario comentarla. Nótese sin embargo aquella palabra, *amigo*, que está en el original y yo no he querido variar, y se verá que ya los Griegos daban este título irónicamente, y como por chanza, aun á las personas que aborrecian ó despreciaban: lo mismo que hacemos nosotros. Y nótese tambien la frialdad é indiferencia con que Aquíles habla de su propia muerte. Así se explican hoy mismo los fatalistas musulmanes.

Los insultos que dice Aquiles al cadáver de Licaon son propios de aquel siglo.

El discursito de Aquíles á Asteropeo, preguntándole quién es y de qué pais, está motivado por lo que este le responde, á saber, que habia venido á Troya once dias ántes. En este caso Aquíles no podia conocerle, porque no habia asistido á las batallas; y viendo que osaba esperarle, era natural que le preguntase quién era y de qué linage y nacion; pues tan atrevido se mostraba. Aquí está repetida literalmente la andaluzada que ya oimos en el libro sexto en boca de Diomédes.

¿No sabes
que nacieron de padres infelices
los que conmigo á batallar se atreven?

La respuesta de Asteropeo no contiene mas de lo preciso para satisfacer á la pregunta de Aquíles, y este es el mayor elogio que de ella puedo yo hacer.

Los insultos que segun costumbre dice el matador al muerto no son importunas bufonadas: se fundan en lo que el mismo Asteropeo habia blasonado de su orígen, y tienen todo el decoro que permiten estos sarcasmos.

El discurso del Janto, es sencillo, breve y oportuno, y la respuesta de Aquíles la que conviene á su carácter.

. . . . Lo que tú mandas
haré yo; mas primero á los perjuros
Troyanos seguiré dando la muerte
hasta que en su ciudad se encierren todos.

A la súplica que el Janto hace á Febo para que le ayude contra Aquíles, podemos aplicar lo que en una comedia se dice de cierta dama, "sin defecto comun, ni perfeccion peregrina."

La descripcion del combate del rio con Aquíles, considerado el hecho como un suceso natural, esto es, suponiendo que estando aquel dentro del rio hubiese una grande avenida, y huyendo de ella saltase fuera agarrándose á un árbol, y salido á la orilla encontrase ya inundada la llanura y fuese brincando hasta salir á lo seco, es magnífica; y el símil con que se ilustra, uno de los mas hermosos de todo el poema. ¡Qué bien y fielmente está pintada la accion del hortelano que saca el agua del pozo;

y, el escardillo en mano, los estorbos
quita de las regueras; y corriendo
por el declive en plácido murmullo
el agua lleva en pos las piedrecillas
que encuentra al paso, *y siempre va delante*
del que la guia....!

La plegaria de Aquíles á Jove para que le saque del peligro en que se encuentra, es la que debió ha-

cer en aquella situacion. Nótense la tierna exclamacion y el rasgo de valor con que empieza:

¡Y ninguno entre los Dioses
á este infeliz libertará del rio!
Salga yo de él, y mas que luego muera;

y aquel otro pensamiento tan natural,

Mas valdria
que á manos de Héctor perecido hubiese &c.

En lo que hace y dice Neptuno, cuando unido con Pálas acude á socorrer al héroe, hay algun descuidillo del poeta. Creemos que el Dios le librará del peligro en que se hallaba, y vemos que se contenta con darle buenas esperanzas. Suponemos que si le da algun consejo será relativo á lo que debe hacer para salir del rio, y nos encontramos con que muy seria y formalmente se pone á decirle que no cese en la batalla hasta que encierre dentro de sus muros á los Troyanos que hayan escapado con vida. Pero esto ya él lo queria, lo deseaba, y estaba resuelto á hacerlo. ¿A qué pues aconsejárselo? Ademas, esta intervencion de Pálas y Neptuno es inútil é ineficaz. Es cierto que animado Aquíles con la promesa de los Dioses empieza á caminar seguro; pero otra vez, y muy pronto, levantadas en alto las aguas

del anchuroso rio, y detenidas
ya á derribar al suelo comenzaban
al hijo de Peleo. . . . .

y fué menester que Juno implorase el auxilio de Vulcano, y que este incendiando la corriente salvase al perseguido Aquíles. ¿Qué hicieron, pues, Neptuno y Pálas con su poderosa intervencion? Darle inoportunos consejos, volverse al terraplen, y dejarle en el mismo y aun mayor peligro. Pues para esto tanto valia que no se hubieran movido.

El discurso del Janto al Símois es pomposo y brillante.

El de Juno á Vulcano tambien es bueno; la descripcion del incendio que este propagó por la llanura, como de Homero; y el símil de los nordestes, en que se hace sensible la prontitud con que la tierra quedó seca, mas que bueno.

El otro del Janto á Vulcano, si por un instante suponemos que el rio es un hombre como nosotros, nos parecerá admirable. Es precisamente lo de la zorra "están agraces." Él ha hecho cuanto ha podido por matar al Griego y salvar á los Troyanos, no ha conseguido ni uno ni otro, y dice:

arroje Aquíles
hoy mismo, si te place, á los Troyanos
de su ciudad. ¿Qué fruto yo sacara
de seguir combatiendo, y á los hombres
de proteger ahora?

Digo lo mismo del que luego dirige á Juno. Si suponemos que es un Príncipe auxiliar de los Troyanos que implora piedad, y promete separarse de su alianza; no puede ser lo que dice, ni mas oportuno, ni mas congruente.

El símil de la caldera está bien presentado; pero no tiene mucha novedad. Los dos objetos comparados son demasiado semejantes; y cualquiera conoce, sin que el poeta se lo diga, que si el agua de un rio calentada por los fuegos subterráneos llegase á hervir y á convertirse en vapor, herviria y se evaporaria como la de una caldera que tuviese mucho fuego por debajo. En lo demas, el pasage está bellísimamente escrito.

Llegamos al combate de los Dioses. El anuncio no puede ser mas sublime:

bramó asustada la anchurosa tierra,
y en sonorosa voz, cual si llamase
la trompeta marcial á la batalla,
el vasto cielo resonó;

pero desgraciadamente lo que sigue no corresponde á este principio, ni llena la expectacion en que el anuncio ha puesto á los lectores. Veámoslo con alguna detencion.

Marte vibra su lanza contra Minerva; pero aunque él es el Dios de la guerra, y su pica es aquel terrible y enorme lanzon

que los fuertes escudos atraviesa,

no puede romper la égida de Minerva. Esto se salva con decir que ni el rayo de Jove romperia esta égida formidable; pero ¿cómo salvarémos la inverosimilitud de que una hembra pueda mas que un tan forzudo varon, y le tienda en el suelo de una pedrada? Los alegoristas lo componen fácilmente diciendo que la prudencia y la maña triunfan siempre del valor, y que esto significa la victoria de Minerva; pero no advierten que esta no combate como Diosa de la sabiduría, sino como Diosa que preside tambien á las batallas. Ademas, si hubiera vencido á Marte con algun ardid, pudiera decirse que el arte vence al valor; pero, si vence á fuerza de puños ¿cómo puede encajar la alegoría?

La misma Pálas arremete luego con Vénus que procuraba levantar del suelo á Marte, y de una puñada la derriba tambien al lado de su amante, y los dos quedan allí tendidos y hechos la burla de los otros Dioses. Esto no es inverosímil, porque Pálas es guerrera y forzuda, y la tierna Vénus débil y delicada; pero el combate entre ambas, si así puede llamarse, es el de dos verduleras.

Todavía es mas indecente, y no ménos inverosímil, el modo con que Juno trata á Diana. Esta era *como leon entre mugeres*, y entraba en la lid armada con su arco y matadoras flechas; pero á pesar de la superioridad que la dan sus armas, y de que ella es robusta cazadora, Juno, sin estar armada, la sujeta ambas manos con su izquierda, la quita con la otra la aljaba y el arco, y la da con él de pescozones en los carrillos. Y el leon entre mugeres se contenta con volver la cara á uno y otro lado para evitar los golpes, echa á llorar como una niña, y sin hacer siquiera ademan de querer defenderse huye al Olimpo á contar á su padre que la han hartado de bofetones. ¿Pelearian de otro modo dos muchachas de la calle? ¿Haria otra cosa la vencida y abofeteada?

Por fortuna Apolo no quiere combatir con Neptuno por mas que este le provoca, y Mercurio se excusa de medir sus fuerzas con Latona, alegando

que difícil
fuera lidiar con hembras que del lecho
participan de Jove.

Tal es el gran combate de los Dioses, en el cual esperábamos que se estremeciesen los montes y se conmoviera el universo todo; y se reduce á una pedrada, un puñetazo y cuatro mogicones. Yo sé, y dejo dicho, que Homero no tiene la culpa de que los Griegos adorasen á tan absurdas y ridículas Divinidades; pero me parece que, habiéndolas hecho combatir, pudo y debió pintar una batalla en que no hiciesen un papel tan desairado el furibundo Marte, la cazadora Diana, y aun la risueña Vénus. Medios habia para que triunfasen los Dioses protectores de los Griegos, sin que apareciesen tan cobardes y débiles los defensores de los Troyanos.

Sea de esto lo que se quiera, y aun concediendo que Homero no es censurable; lo que no tiene duda es que á nosotros no puede ya gustarnos este pasage de su Ilíada, por mas ilusion que procuremos hacernos, y esto es lo que yo he querido demostrar á mis lectores ridiculizando la batalla de los Dioses.

Volvamos ahora á las arengas que mútuamente se dirigen, y ya es otra la cuestion. Todas ellas, supuesto el hecho, son hermosas, son como las demas de Homero. Véase sino cuan elocuente es el discurso de Marte desafiando á Minerva.

¿Por qué otra vez, cual importuna mosca,
á los Dioses empeñas en combates,
atrevida Deidad? ¿A tanto llega
tu orgulloso furor? &c.

No es ménos valiente el de la Diosa, cuando ha triunfado de Marte y le dice:

Necio! ¿será posible, ya que intentas
conmigo pelear, que ni aun ahora
hayas llegado á conocer tú mismo
cuanto yo soy mas fuerte? Así castiga
tu madre Juno la inconstancia tuya &c.

Igualmente fogosos, y de buen gusto, son los sarcasmos con que la misma Pálas zahiere á Vénus cuando la ve caida.

La reconvencion que Neptuno hace á Febo porque favorece á los Troyanos, habiendo sido tan maltratado por Laomedonte, es justa y está hecha con todo el fuego que requeria el argumento.

La excusa que Apolo da á Neptuno para no admitir el desafío, y en la cual está repetida, pero con novedad, la bellísima comparacion de los hombres con las hojas de los árboles, es tambien la de la zorra.

Tambien es elocuente la reconvencion de Diana al mismo Apolo, cuando le ve rehusar el combate á que Neptuno le provocaba.

¿Huyes? (le dice) Flechador Apolo!
y libre el campo dejas á Neptuno,
y la gloria le das del vencimiento?
Ah, tímido rapaz! ¿para qué al hombro
llevas inútil arco? Mis oidos
no te vuelvan á oir.... &c.

El discurso de Juno á Diana es como suyo; siempre orgullosa y altanera, y despreciando á los demas.

¿Cómo, insolente y de pudor desnuda,
te atreves á esperarme? &c.

La pregunta que hace Júpiter á Diana cuando la ve llegar afligida y llorosa es la misma que en igual caso hizo Dione á Vénus en el libro quinto, y entra en el número de las inocentadas de Homero. Fácil le hubiera sido variarla; pero tenia ya hechos aquellos versos, y no quiso tomarse el pequeño trabajo de hacer otros.

La respuesta de Diana es distinta de la que entónces dió Vénus, y debe serlo; porque ni Diana viene realmente herida sino un poco abanicada, ni el agresor era un mortal.

Salimos ya en parte de los Dioses; pues excepto Apolo vuelven todos al Olimpo, mustios los vencidos y alegres los vencedores. Digo en parte, porque Febo todavía se presentará en la escena ántes de acabar el libro. Volvamos, pues, tambien nosotros á los hombres.

El símil del fuego cuando incendiada una ciudad,

afligidos los tristes habitantes

todos trabajan, y total ruina
á muchos trae el fuego;

es adecuado para dar á conocer de qué modo

Aquíles á los Teucros perseguia
llenando *á todos* de pavor, y *á muchos*
dando la muerte en general estrago.

La órden que da Príamo á los soldados que custodiaban las puertas para que las abran, y las tengan abiertas hasta que acaben de entrar los fugitivos y luego las cierren, está concebida en los precisos términos en que debieron dictarla, por una parte la próvida solicitud de que los suyos al acogerse á los muros hallasen abiertas las puertas de la ciudad, y por otra el fundado temor de que los enemigos penetrasen tambien, pues tan de cerca les seguian el alcance.

El soliloquio de Agenor, en que delibera sobre pelear ó no con Aquíles, es admirable: todas las razones en pro y en contra están pesadas, y en el tono y en las suspensiones y correcciones que le adornan está pintada la agitacion interior del que habla. Nótese aquello de que el cuerpo de Aquíles era vulnerable, y se verá que la fábula del lavatorio en el agua de la Estigia no era conocida en tiempo de Homero. Ademas, en este mismo libro ya le hemos visto herido en un codo aunque levemente.

La comparacion del tigre es buena: y lo poco que dice Agenor, al tirar su lanza, lo único que pudo alegar para cohonestar su atrevimiento, ó hacerse ilusion á sí mismo.

Nótese en los últimos versos cuan bien pintado está el miedo de los Troyanos; pues aun llegados á sus murallas, [illegible]

fuera de la ciudad y su recinto

no osaban esperarse el uno al otro,
y saber quien la vida con la fuga
salvado habia y quien en la batalla
hubiese perecido &c.

Pinceladas de maestro.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

Este libro, el tercero, el sexto, el nono y el vigésimocuarto son para mí los mejores del poema, y creo que serán de mi opinion todos los inteligentes. Homero en los veinte y cuatro es el primer poeta del mundo, pero en los cinco fué superior á sí mismo. Ya lo hemos visto en los tres anteriores, y lo verémos en el último; ahora indicaré, no todas, sino las principales bellezas del presente.

La inverosimilitud de que Héctor se quedase fuera de los muros, está perfectamente salvada con decir que á pesar suyo

la dura Parca,
cual si tuviera con pesados grillos
sujetos ambos piés, allí parado
le detenia.

El discurso de Apolo es propio de una divinidad, ya que no lo sea el engaño de que se ha valido para alejar de las murallas al hijo de Peleo.

Miserable mortal! ¿por qué persigues
en incesante rápida carrera
á un inmortal, á un Dios? ¿No has conocido
que soy una Deidad?

La respuesta del héroe es la que corresponde á su carácter y á la situacion. Nótese el último rasgo,

si pudiera

caro el engaño tú me pagarías.

El símil empleado para hacer ver cómo Aquíles caminaba hácia Troya,

como suele
el ligero bridon que en la carrera
al premio aspira, y por la gran llanura
fácil arrastra el ponderoso carro,
el galope tender;

es oportuno y exacto.

La comparacion del mismo Aquíles con el astro de otoño, el cual

brilla entre las estrellas, con sus rayos
á las demas en claridad venciendo,
en la profunda noche; y aunque sea
tan reluciente y bello, infausto anuncia
y acarrea á los míseros mortales
peligrosas dolencias:

es felicísima, y sobremanera poética.

El tierno discurso de Príamo, disuadiendo á Héctor de combatir con el Griego, es un trozo de elocuencia con el cual no se igualan los mas celebrados de Ciceron y Demóstenes, y aun en la misma Ilíada pocos hay que le disputen la palma. Es algo largo porque la situacion lo permite, siendo pronunciado miéntras Aquíles está todavía bastante alejado de los muros; y mucho debiéramos sentir que hubiese sido mas breve. Cada cláusula suya es una piedra preciosa, pero nótese en particular aquella descripcion de la ruina de Troya hecha como en profecía por el anciano Rey.

Mas, llegado
yo al confin de la vida, el padre Jove
en adversa fortuna dolorosa

me acabará, despues que por mis ojos
grandes y muchas desventuras vea:
muertos mis hijos con agudo hierro,
á esclavitud mis hijas reducidas,
arrastradas mis nueras por las manos
de los fieros Aquivos, de las torres
arrojados mis nietos, mis nupciales
tálamos profanados, y asolada
esta ciudad en general ruïna.

Nótese tambien aquella tan natural ocurrencia de que sus mismos perros, los perros que él habia criado dándoles la comida de su mesa,

arrastrarán el mísero cadáver:
y atormentados por la sed rabiosa,
beberán de *su* sangre, y entre ruinas
dormirán en el pórtico abrasado.

¡A quien no enternecerán hoy mismo presentimientos tan tristes, y tan hábilmente presentados! Nótese en fin aquella observacion de que

al jóven que animoso combatiendo
murió en batalla, de laurel le sirve
que todos vean la gloriosa herida
que recibió en el pecho; y si quedare
en el campo desnudo, decorosa
su misma desnudez es todavía &c.

Digo lo mismo del discurso de Hécuba, de aquella madre que

lamentaba,
la venerable faz bañada en lloro,
de Héctor la triste suerte, y desnudando
y mostrándole el pecho, y abundantes
lágrimas derramando, le decia.
"Héctor, hijo del alma! Si otro tiempo

» yo este pecho te dí, con que acallaba
» tus infantiles lloros; la memoria
» de tu niñez recuerda, y compadece
» á esta madre infeliz......"

¿A quién no conmoverán tan tiernas y cariñosas palabras?

El símil del dragon que alimentado de mortales venenos

firme espera
al hombre que le sigue, y no se oculta
en su guarida; que en ardiente saña
enfurecido está, y á todas partes
vuelve y revuelve los terribles ojos;
y enroscado, en la boca de la cueva
la acometida espera,

cuadra perfectamente con la situacion de Héctor cuando,

de valor revestido y ardimiento,
no ya retrocedia aunque acercarse
vió al corpulento Aquíles.

El soliloquio en que delibera si será mejor esperarle, ó ir desarmado á proponerle condiciones de paz, merece que nos detengamos en él. Empieza por la naturalísima reflexion (única que justifica su quedada fuera de los muros) de que si ahora se acogiese tambien á ellos, seria Polidamante el primero que le insultase, y con razon; porque habiendo dado este el saludable consejo de que toda la hueste se retirase ántes que Aquíles se presentára en la lid él no quiso seguir su dictámen, y ahora reconoce que hubiera sido mejor. Sigue la otra, igualmente obvia y justa, de que los demas Troyanos, y hasta las mugeres, le culparian tambien diciendo:

Perdió la hueste

Héctor, fiado en su pujanza y brio.

A esta es consiguiente la de que hubiera valido mas pelear con Aquíles, y vencido este volver triunfante á Ilion, ó por la patria

con gloria perecer muerto á sus manos.

Aquí se le ocurre la idea de ir sin armas á pedir la paz á Aquíles, ofreciendo restituir á Elena y dar á los Griegos la mitad de los tesoros de Troya; pero pronto vuelve en sí, y reconoce que nada conseguiria con semejante humillacion. Resuelve, pues, combatir con el Griego para ver

á quien concede la victoria Jove.

Búsquese ahora, digo yo, en los oradores de profesion un discurso mas bien hilado. Nótese aquella tan enfática y enérgica repeticion que ya indiqué en otro lugar,

doncellas y mancebos.

El símil del gavilan, para hacer visible el modo con que Aquíles sigue á su rival cuando este se ha entregado á la fuga, está bien escogido y presentado.

La descripcion de las fuentes y los lavaderos cerca de los cuales pasan corriendo tres veces los dos competidores, y el símil de los carros que corren en torno de la meta, sirven para amenizar todo el pasage.

El discurso de Júpiter á los Dioses, y la respuesta de Pálas, son necesarios para dar importancia á este combate singular y á la muerte del Troyano, sobre la cual deliberan nada ménos que los Dioses del Olimpo.

El símil del perro que sigue al cervatillo es exacto, y el del hombre que en sueños va persiguiendo á otro tiene ademas cierta originalidad que le hace sumamente gracioso.

La circunstancia de que al pasar Aquíles cerca de

los Griegos les hacia señas con la cabeza para que no se moviesen, ni tirasen á Héctor armas arrojadizas, es interesante.

Nada diré de la balanza de oro en que Jove pesa las suertes de los dos campeones; porque la idea, las expresiones, y hasta los versos están copiados del libro octavo. Es otra de las inocentadas que de tiempo en tiempo se permitia nuestro poeta.

Tampoco hablaré del discurso que Minerva dirige á Aquíles, ni del engaño con que atrae al infeliz Troyano adonde su rival, descansado ya y seguro de la victoria, le está esperando para matarle. La accion es vil, é indigna de la Diosa de la sabiduría; y yo quisiera que el animoso Aquíles, si al fin Héctor debia morir á sus manos, hubiese peleado con él de igual á igual, y sin otra ventaja que la de su natural valor. Porque, en verdad, para matarle como él le mata hubiera bastado Tersítes. Yo sé que se puede justificar al poeta diciendo que en su tiempo no se tenia del heroismo la misma idea que ahora, y que para sus contemporáneos el mayor héroe era aquel á quien mas favorecian las Deidades. Concedido, y no culpemos á Homero sino al siglo en que vivia; pero siempre resultará que en este pasage Minerva es un personage odioso, Aquíles hace un papel desairado, y todo el interes recae sobre el vencido.

Sea de esto lo que fuere; los discursos de los dos competidores, ántes y despues de la batalla, son dignos de atencion.

El de Héctor proponiendo condiciones para ambos casos, el de ser vencedor ó vencido, está en el tono humilde que conviene á quien reconoce la superioridad de su enemigo.

La respuesta del Griego es arrogante y fiera, y debe serlo; porque, ademas de exigirlo su carácter, habla seguro del triunfo. Nótese aquel argumento fundado en la semejanza:

Si entre hombres y leones
no puede haber contratos ni concordia
entre lobo y cordero, y enemigos
eternos son los unos de los otros;
es imposible ya que amigo tuyo
pueda yo ser &c.

y recuérdese lo que se dice en las retóricas, á saber, que estos argumentos, lógicamente débiles, tienen cierta eficacia en boca de un orador.

En la réplica de Héctor son valientes aquellas expresiones:

Pues no, cobarde huyendo, en las espaldas
me clavarás la pica; por el medio
pásame el corazon.

Su soliloquio, cuando reconoce el engaño de Minerva, respira al principio el abatimiento, la tristeza y la turbacion en que ha debido caer viendo que *ya los Dioses le llaman á la muerte;* pero concluye con un rasgo de valor que le honra, y le hace mas y mas interesante.

Mi fatal destino
ya se cumplió; pero morir conviene
con gloria y con valor, ántes haciendo
heróica hazaña que por siempre dure
en la memoria de los hombres todos.

Los dos símiles con que está exornada la narracion que sigue, y señaladamente el último por el cual el brillo que arrojaba la punta de la pica de Aquíles es comparado al resplandor de la estrella matutina, son

de aquellos que nada dejan que desear al gusto mas delicado. La pintura de la actitud en que el Griego espera á su enemigo,

observando cuidadoso
por que parte del cuerpo fácilmente
podia herirle,

y aquel clavarle la pica en un lado del cuello, pero sin tocar en la garganta,

para que hablase
unas breves palabras todavía,

son pinceladas del pincel que se perdió.

Lo que el vencedor Aquíles dice á Héctor, cuando ya le ve mortalmente herido y derribado en tierra, es tan propio de su carácter y tan poéticamente verdadero, que si toda la guerra de Troya no es una fábula, y si en efecto un Griego llamado Aquíles mató á un Troyano llamado Héctor, y este habia quitado la vida á un amigo del primero llamado Patroclo; el tal Aquíles dijo al moribundo Héctor lo mismo identicamente que Homero pone en su boca. Vuélvase á leer, y se verá que no se puede añadir ó quitar una sola idea, ni sustituir otras á las que contiene.

La súplica de Héctor, para que permita rescatar su cadáver, es la que exigian las costumbres de aquel siglo.

La dura respuesta de Aquíles á tan tierna y justa demanda respira toda la violencia de su carácter, y muestra la ferocidad con que las guerras se hacian en los tiempos heroicos. Nótese aquel bárbaro deseo:

Ojalá, de furor arrebatado,
á cortar en pedazos me atreviese
tu carne por mi mano, y á comerla
cruda.

Las últimas palabras que Héctor pronuncia para vaticinar á Aquíles su cercana muerte, y la serenidad con que este las escucha acogiéndose á los consuelos del fatalismo, son de la misma verdad que las anteriores arengas: y, ó no hubo tal suceso, ó si le hubo, matador y moribundo debieron decirse lo que Homero les hace decir.

Igualmente verdadera es la observacion de que el alma de Héctor bajó á la region sombría

su fatal suerte lamentando triste,
porque muriera en juveniles años
y un cuerpo vigoroso abandonaba.

Es natural, en efecto, que un hombre, si muere de muerte violenta en la flor de la edad y cuando gozaba de la mejor salud, sienta la muerte mas que el anciano á quien acaban los años y las enfermedades.

La otra de que los Griegos todos acudieron á ver y contemplar el cadáver de un enemigo tan temible cuando vivia, y que

entre tantos millares de guerreros
no hubo quien no le diese su lanzada,

es justa é interesante.

El sarcasmo de la soldadesca es algo frio en sí mismo, pero puede pasar en boca de un soldado raso.

El discurso de Aquíles á los Griegos es el que pedia la situacion. Su primera idea es rodear la ciudad para ver si los enemigos, consternados por la muerte de su General, están dispuestos á rendirse; pero al instante recuerda que el cadáver de Patroclo está insepulto, y que la primera obligacion para él es la de quemarle y celebrar sus funerales. Nótense aquellas palabras, que no se escribieron sin estudio:

Alcanzado

hemos glorioso triunfo, al formidable
Héctor *matando*.

Modestia de su parte, y cierta urbanidad por medio de la cual hace partícipes á todos de su gloria.

La pintura del modo con que era arrastrado el cadáver de Héctor por los caballos de Aquíles, no puede ser mas acabada.

Arrastrado
así el cadáver, que de polvo alzaba
al aire espesa nube, y esparcida
la negra cabellera por el suelo,
el camino barria; y la cabeza,
tan gallarda otro tiempo, en hondo surco
iba abriendo la arena.

Esto es poner el objeto á la vista del lector. Nótese cómo el poeta nos hace fijar la vista en aquella cabeza *tan gallarda otro tiempo*, y que si ahora va abriendo surcos en la arena es porque Jove

á fieros enemigos le entregara
para que así afeasen su hermosura,
allí, en su misma patria.

¡Cuánto esta última circunstancia aumenta el interes de toda la escena!

Lo mismo digo de la consternacion en que cayeron los Troyanos al ver muerto á su primer caudillo.

El lamento de Príamo y el de Hécuba, cuando ven arrastrar el cadáver de su hijo, son de tal verdad y belleza que nadie es capaz de elogiarlos como se merecen. Pero los omitiré, rogando á los lectores que los lean y relean. Vengamos á Andrómaca.

Esta infeliz Princesa estaba retirada á lo interior de su palacio labrando una tela, y cuidando de que las esclavas pusieran al fuego

un anchuroso trípode con agua,
para que en ella tibia se lavase
Héctor cuando á su casa fatigado
del combate viniera. La infelice
no sabia que léjos de su baño
por la mano de Aquíles ya Minerva
muerto le habia. Mas oyó el gemido
y el lamento que triste resonaba
hácia la torre de Ilïon, y todo
se estremeció su cuerpo, y de la mano
se la cayó en el suelo la naveta.

He copiado los versos, porque en prosa no pudiera ser la narracion del suceso ni mas exacta ni mas concisa. Dice que la sigan dos de sus esclavas, porque desea ver lo que ha sucedido. Está oyendo la dolorida voz de su suegra, su corazon late agitado y quiere salírsela del pecho, y las piernas ya no la pueden llevar, é infiere con razon que alguna gran calamidad amenaza á los hijos de Príamo. Teme que aquel triste rumor provenga de que Aquíles va persiguiendo á su esposo por la llanura; y el motivo que tiene para temerlo es que su Héctor, siempre demasiado atrevido, jamas en las batallas queria permanecer confundido entre la turba, y así es de temer que ahora Aquíles haya logrado cortarle de los suyos y vaya en su alcance.

Con estos temores y negros presentimientos sale de su alcázar, y llegada al muro registra solícita la llanura toda; y ve á lo léjos, no que Aquíles persigue á Héctor, sino que ya lleva arrastrando su cadáver. Y á vista de tan doloroso espectáculo ¿qué será de Andrómaca? El poeta nos lo dirá con la verdad que acostumbra:

Oscura nube de dolor los ojos
cubrió de la infeliz, y sin sentido
cayó en tierra de espaldas, y á lo léjos
de la hermosa cabeza los adornos
magníficos volaron; la diadema,
los lazos del prendido, y hasta el velo
con que la hermosa Vénus la adornara
aquel dia feliz en que con ella
Héctor se desposó.

Nótese esta circunstancia del velo, tan oportunamente añadida. Vuelve en fin del desmayo, y exclama:

Héctor! Triste de mí! Los dos nacimos
con igual desventura &c. . . . . .

No analizo este inimitable discurso porque seria necesario copiarle, y sobre cada cláusula hacer un largo comentario. Nótese con particularidad aquella viva y acabadísima pintura de los trabajos que amenazan al niño que en tierna edad queda huérfano.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

El breve discurso que dirige Aquíles á sus tropas, mandándolas que colocados los carros y caballos en torno de Patroclo le lloren y despues se reunan allí mismo para tomar la cena, está respirando la tristeza propia de semejante ceremonia. La descripcion de esta es patética; y aquel *dulce deseo de llorar*, que Tétis excitaba en todos, una observacion sumamente fina y delicada. En efecto, parece imposible que uno sienta placer y dolor al mismo tiempo y por una misma causa: y sin embargo es muy cierto que cuando el hombre está afligido, y el dolor le arranca lágrimas, tiene cierto placer en derramarlas.

El otro discurso al cadáver de Patroclo es tierno tambien, y lo seria mas para nosotros si pudiéramos leer sin horror aquello de matar él mismo por su mano los doce jóvenes troyanos. Pero en esto no es reprensible el poeta: él dice lo que realmente se hacia en aquel siglo.

El juramento que hace de no bañarse, hasta haber quemado el cadáver de Patroclo, es conforme tambien á las costumbres de su tiempo. Nótese aquella expresion,

mas, aun así, forzoso
es tomar la comida *que aborrezco*.

Estas palabras salieron del corazon.

La aparicion del alma de Patroclo, y la conversacion que tiene con Aquíles, pertenecen á la especie de maravilloso que todavía pueden emplear los poetas siguiendo la creencia popular: é introducido con oportunidad suele hacer buen efecto por las ideas lúgubres, sombrías y misteriosas que excitan estas visiones. No me detengo á comentar el coloquio entre el vivo y el muerto: el lector lo hará por sí mismo. Basta decir que es bellísimo.

La descripcion de los funerales está hecha con la maestría y puntualidad que admiramos en todas las de Homero, y las arengas con que está exornada é interrumpida la dan cierta variedad y belleza que echariamos de ménos si continuase siempre en la forma narrativa. Entre ellas merecen particular atencion las de Aquíles al Esperquio, al cadáver de Patroclo, y á los otros gefes.

La ficcion de que no queriendo arder la pira Aquíles invoca á los vientos, é Íris los manda venir, es ingeniosa y muy poética.

En el discurso que hace Aquíles, al proponer el combate de los carros, es digno de notarse aquel tierno recuerdo hablando de sus caballos y de Patroclo:

Ah! cuántas veces,
lavado habiendo sus hermosas crines
en agua cristalina, las regaba
con untuoso aceite!

Este recuerdo es muy natural en Aquíles; pero ¡cuánto estudio supone en un poeta el introducir con oportunidad pensamientos de esta clase!

Las lecciones que da Néstor á su hijo son tan propias en boca de un padre que (repito lo de otras veces) ó Néstor no habló, ó dijo lo que nos refiere Homero. Nótense aquellos oportunos ejemplos con que le prueba que la maña y la habilidad le darán la victoria, aunque sus caballos no sean tan ligeros como los de sus rivales:

Con el arte
mas hace el leñador que con la fuerza:
con el arte el piloto por las ondas
rige derecha frágil navecilla
entre contrarios vientos: con el arte
triunfa el auriga de rival mas fuerte.

Este último no admite réplica.

Nada diré de las descripciones de los juegos: para su elogio baste saber que Virgilio las imitó casi todas, traduciendo á veces las expresiones de Homero. Hablaré solo de las arengas con que están amenizadas, y oportunamente interrumpidas.

La exhortacion de Antíloco á sus caballos está respirando el fuego que ardia en el corazon del jóven.

Las palabras que Menelao le dice, cuando ve que intenta emparejarse con él en lo mas estrecho del ca-

mino, son brèves como lo pedia la situacion; y están dichas en tono cariñoso, porque aun no conocia el Atrida la malicia con que obraba su rival; pero por lo mismo lo que añade, despues que ha visto clara su intencion, es duro y amargo. El altercado entre el Rey de Creta y Ayax de Oileo es propio del siglo, y está escrito con energía y naturalidad. La mediacion de Aquíles corta oportunamente la disputa, y la razon en que se funda es perentoria. No mas os injurieis, les dice:

no os está bien: y con razon vosotros
al que lo mismo hiciera culpariais.

A esto no hay que responder.

La propuesta de Aquíles para que se dé á Eumelo el segundo premio, la resistencia que opone Antíloco, la complacencia que al oirle experimenta aquel, y la generosidad con que premia al primero sin ofender al segundo, presentan en su totalidad un cuadro lleno de gracia, de verdad y de interesante sencillez. Está copiado fielmente de la naturaleza.

No es ménos bello el que ofrece la contienda entre Menelao y Antíloco; pero ya es de otro tono. La queja del Atrida es justa, está expuesta con el decoro que convenia á su dignidad, y la satisfaccion que exige es la prevenida en las ordenanzas de la caballería de aquel tiempo; porque cada siglo tiene la suya. Nótese el ceremonial.

La respuesta de Antíloco debería escribirse con letras de oro si esto pudiera realzar su mérito, y exige que nos detengamos en ella. El amable hijo de Néstor ha vencido al Atrida en la carrera valiéndose, no de la maña ó habilidad de que le habló su padre, sino de malas artes y faltando á la lealtad

que en tales juegos debian mostrar los competidores; pero es un jóven candoroso, franco, ingenuo, y de nobles sentimientos: y cuando se ve justamente reconvenido por su rival, no tiene otro recurso que confesar su juvenil error, é implorar el perdon del ofendido cuya mayor edad hubiera debido respetar. Lo hace pues así; pero ¿en qué términos? Es preciso repetirlos; porque no es fácil compendiarlos, ni variarlos, sin que pierdan mucho de su valor. Dice así:

La ofensa me perdona, o Menelao!
pues soy mucho mas mozo y en prudencia
y en edad me aventajas, y conoces
cuales son los errores juveniles.
Viveza tiene el jóven, pero escasa
es su prudencia aün. Nunca recuerde
tu corazon mi falta; y yo gustoso
la yegua te daré que he recibido;
y si alguna otra cosa de mas precio
de mis propias riquezas me pidieses;
dártela yo al instante mas quisiera,
que perder para siempre tu cariño
y hacerme criminal ante los Dioses.

Y yo tambien deseara que en cualquiera de los poetas antiguos y modernos se me mostrase un pasage escrito de esta manera: yo por mí no le conozco.

Pues no le va en zaga la respuesta del Atrida. No la copio, porque es algo mas larga; pero léase con cuidado, y se verá lo que vale. Nótense aquellas expresiones:

Te otorgo pues la gracia que me pides:
y aunque mia es la yegua te la cedo,
para que todos vean que *yo nunca*
soberbio fuí ni duro.

y apréndase en ellas y en todo el discurso á dibujar el carácter de un personage, haciendo que él se retrate á sí mismo en lo que hace y en lo que dice.

La cortesanía de Aquíles en ofrecer á Néstor el premio que habia quedado sin adjudicar, lo que con este motivo le dice, lo que el anciano contesta sin olvidarse de recordar sus antiguas fazañas, y la atencion y paciencia con que el hijo de Peleo escucha el largo elogio *que de sí mismo hiciera el Rey de Pílos* son otros tantos rasgos de aquellos que se recomiendan por sí mismos.

La fanfarronada de Epeo, cuando se presenta al combate del pugilato, es otro rasgo de carácter soberbiamente trazado y notable por aquella ingenua confesion:

¿No basta acaso que en las lides sea
á muchos inferior? A nadie es dado
sobresalir en todo.

El discursito de Antíloco cuando ha sido vencido en la carrera por Ulíses, el encomio que al paso hace del ligero Aquíles, y la generosidad con que este se le paga: pertenecen al género gracioso, y sirven para dar variedad á la descripcion de los juegos.

La hipérbole en que se pondera el gran tamaño de la bola de hierro que Aquíles presentó para que sirviera de disco es algo gigantesca; pero en un poeta, y en esta situacion, puede pasar.

Finalmente, la galantería de Aquíles en adjudicar á Agamenon, sin permitir que le dispute, el premio á que se mostró pretendiente; y el alto elogio que con este motivo hace del poder, valor y destreza del Atrida; son otros dos rasguitos de aquellos que no se encuentran en los bardos.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

Es el mejor de todos, y como tal merece un exámen mas detenido que el anterior. En el discurso de Apolo á las otras Divinidades olvidemos que es un Dios el que llama *duros y crueles* á sus cólegas: supongamos un Senador que reconviene á sus compañeros, y veamos si es elocuente su arenga. No puede serlo en mas alto grado. 1.° echa en cara á los Dioses su ingratitud, recordándoles los sacrificios que Héctor les ofrecia. 2.° excita la compasion enumerando las personas interesadas en rescatar su cadáver, el padre, la madre, la esposa, el hijo, y hasta los soldados que ántes capitaneaba. 3.° hace ver la bárbara ferocidad dè Aquíles,

en cuyo pecho
ni la razon ni la equidad habitan,
ni tierno corazon.

4.° esfuerza este pensamiento con el símil del leon que,

á su fierèza y valentía
aflojando la rienda, á los rebaños
acomete rabioso;

así como ahora Aquíles

la compasion, y la vergüenza
(á los hombres á veces provechosa,
y otras funesta) desconoce impío:

y nótese el pensamiento, tan verdadero como profundo, contenido en èl paréntesis.

5.° para demostrar su dureza propone el poderoso argumento de que

mas caras prendas otros ya perdieron,
el hermano carnal, ó el hijo amado &c.,
y solo Aquíles,

no satisfecho con haber quitado
á Héctor la vida, su cadáver frio
ata detras del carro. &c.

6.° finalmente: Aquiles por semejante crueldad debería temer la justa cólera de los Dioses. Nótese la última reflexion con que prueba cuanta es la ferocidad del Griego, pues

á un poco de tierra, ya privada
de sentimiento, en su furor insulta,

y mas arriba aquella sentencia filosófica de que

al hombre dieron
ánimo sufridor de las desgracias
las Parcas al nacer.

En el discurso de Juno es digna de observarse la constancia con que hasta el fin sostiene su carácter, mostrándose inflexible siempre que se trata de hacer bien á los Troyanos: y tambien lo es la enérgica reconvencion que al recordar las bodas de Peleo y Tétis dirige á Febo, diciéndole:

y tú el primero,
que ahora, desleal! de los perjuros
eres el defensor, en abundante
mesa te regalabas, y tañias
la cítara sonora.

En el de Júpiter es notable la atencion de llamar á Tétis para que ella sea la que intime á su hijo la órden de entregar el cadáver. En esto hay cierta galantería y urbanidad, muy bien imaginada y oportuna.

La ligereza con que Íris baja del Olimpo
cual de la nube rápido se aleja
el relámpago ardiente esplendoroso,
y salta al fondo del mar
como desciende

rápido el plomo del anzuelo asido,
está pintada en estos dos hermosos símiles.

El discursito que dirige á Tétis no contiene mas palabras que las precisas, y la respuesta de la Diosa es la que conviene á su situacion.

La circunstancia de tomar

el velo mas oscuro
de cuantos en su cámara tenia;

y la de que

las cerúleas ondas
del mar se abrian para darlas paso,

(á Íris y á Tétis) son otros dos toques bien entendidos: y en ellos, como en tantos otros, se reconoce la destreza del pintor que hasta en los mas imperceptibles pormenores nada olvida de cuanto puede contribuir al efecto general. Lo mismo puede notarse en aquellas dos circunstancias de ceder Pálas su trono á la afligida Tétis para que se siente cerca de Jove, y de ofrecerla Juno la copa de néctar. Ambas aumentan el interes de la escena.

El discurso de Júpiter á Tétis está lleno de gracia y delicadeza. Sabe cual y cuan justo es su dolor; pero aun así ha querido llamarla, porque se trata de un negocio en que está interesado Aquíles. No quiere menoscabar su triunfo permitiendo que Mercurio le robe el cadáver de Héctor; pero desea que él mismo le entregue por un precioso rescate, y ha escogido á su madre para que ella sea la que le haga saber esta resolucion. Nótese que Tétis no responde, sino que obedece y marcha: otra pincelada que no se dió sin estudio.

El de Tétis á su hijo es breve, como debia serlo: lo que hace al caso, y no mas. Para nosotros puede

ser chocante que una madre exorte á su hijo á que piense en los placeres del amor; pero debemos reflexionar que la moral de los Gentiles no era la del Evangelio. Entre ellos la union de ambos sexos, ya en matrimonio solemne, ya en secreto concubinato, era permitida sin ninguna restriccion. Lo cual supuesto, y estando Aquíles próximo á la muerte, era muy natural que su madre le animase á gozar de los placeres el poco tiempo que le restaba de vida, diciéndole con mucha verdad, si se tratase de la propia, que

el consuelo de sus penas
es para el hombre *la muger* á veces.

La respuesta de Aquíles es la que corresponde, breve y sencilla: y una palabra mas que se la añada, ya seria redundante.

La órden que Júpiter da á su mensagera es mas larga, porque debe contener las instrucciones que aquella ha de dar á Príamo sobre lo que ha de hacer para rescatar el cadáver de su hijo.

La nueva salida de Íris, y la descripcion del estado en que encuentra al afligido Rey, tienen rasgos bellísimos. Aquella bajó del cielo,

cual raudo torbellino
de tempestad;

y al llegar á Troya,

llanto, duelo y suspiros dolorosos
escuchó resonar:

y este, rodeado de todos sus hijos, estaba sentado en tierra, á la inclemencia, en la cerca de su alcázar,

y muy ceñido
con túnica de luto que cubria
su venerable faz y su cabeza,
y del lodo manchada &c....

Los hijos derramaban tambien
lágrimas de dolor que humedecian
sus vestiduras;
y dentro del palacio
sus hijas y sus nueras lamentaban
la pérdida de muchos y valientes
campeones, que á manos de los Griegos
habian perecido y en el valle
insepultos yacian.

No puede darse un cuadro mas acabado.

Íris repite literalmente lo que Júpiter la ha mandado decir, y siendo su mensagera no debió hacerlo en otros términos. Recuérdese lo dicho en otro lugar.

Lo que Príamo dice á su esposa, al darla noticia del mensage celestial que ha recibido, es breve y sencillo porque es un simple anuncio.

La respuesta de Hécuba es mas larga y fogosa, porque al hablar de su hijo es natural que se renueve y exaspere la llaga de su dolor. Examínese con cuidado, y se verá cuan oportunos son los pensamientos que contiene y que bien ordenados están. La dice Príamo que se siente muy inclinado á penetrar en el campo de los Griegos y pedir á Aquíles el cadáver de Héctor ofreciéndole un rescate de gran valor, y al oirle exclama la infeliz:

¿Adónde es ida
la prudencia &c....
¿Cómo en las naves de los Griegos quieres
tú, solo, penetrar, y á la presencia
llegar *del hombre que quitó la vida*
á tantos hijos tuyos?. . . . .
. . . . ¿Ignoras que si llega
á verte ese cruel, ese perjuro &c.

. . . .

á Héctor lloremos, pues la dura Parca

. . . . á que distante

de sus padres muriese &c.

le condenó cruel, y ya ejecuta

su voluntad el despiadado Aquíles:

y contra toda razon;

que si matarle

logró, no fué sin que con él midiese

cual valiente sus armas.

Al acabar de leer todo el discurso es preciso confesar lo que dejo observado en otros muchos, á saber, que si Hécuba habló dijo precisamente lo que la hace decir Homero. Nótese aquel tan natural movimiento de cólera y de feroz venganza que se excita en su ánimo al nombrar á Aquíles,

Ah! si en la mano el corazon tuviera

de ese bárbaro yo &c.

En la réplica de Príamo todo es bueno y oportuno; pero es singularmente bello aquel rasgo, tan propio en boca de un padre á quien se quiere retraer de ir á rescatar el cadáver del hijo que idolatraba:

y si morir en las aquivas naos

es mi destino, moriré &c.

Las duras palabras que dirige luego á la turba que rodeaba el alcázar son necesarias para alejarla de allí; porque era menester que nadie viese su salida ni penetrase el motivo; y hay en ellas rasgos bellísimos. Tales son

¿No teneis cada cual en vuestra casa

motivos de llorar, que habeis venido

á acrecer mi dolor?

. . . .

Tambien vosotros lo vereis un dia &c.
. . . . al hondo averno.
ántes yo baje &c.

Pero aun es mas enérgica la amarga reprension que da á sus hijos. No hay en ella una palabra que no salga del corazon.

malvados...... de ignominia eterna
y deshonor cubiertos! Ah! si todos,
en lugar de Héctor, en las Griegas naos
quedarais muertos! ¡Desdichado padre!
Hijos yo tuve &c. . . . . . .
. . . .
Méstor murió. . . . .
Troilo murió. . . . .
y Héctor murió tambien. . . . .
. . . .
. . . . A todos estos
mató Mavorte y solo ya me quedan
los cobardes y viles...... &c.

Este es el verdadero lenguage de un padre que llora la pérdida de un hijo

que entre los hombres
era como deidad, y parecia
nacido de algun Dios y no engendrado
por un padre mortal.

No hablaré de la descripcion que hace el poeta del modo con que los hijos del Rey prepararon el carro y la carreta: baste decir que es tan fiel y puntual como todas las suyas.

Tampoco me detendré en el consejo que le da Hécuba sobre que implore la proteccion de Jove ántes de emprender tan peligroso viage, ni en la religiosidad con que el anciano le ejecuta. Basta decir tam-

bien que el pasage es bellísimo en su línea. Nótense sin embargo aquellos epítetos dados á Jove con tanta oportunidad, y que por eso no he querido omitir aunque para traducirlos al castellano ha sido necesario acudir á las perífrasis porque no tenemos palabras que literalmente correspondan á las del original y expresen toda su fuerza:

el que á su voz en negros pabellones,
las nubes amontona, y que *sentado*
en las cumbres del Ida la llanura
vasta registra y la ciudad de Troya.

La comparacion hiperbólica, empleada para dar á conocer cuan grande era el águila que Júpiter envió al Rey para anunciarle que podia emprender el viage con seguridad, es muy propia:

cuanta es la anchura
de la puerta &c.

vuélvase á leer.

La observacion de que los hijos y deudos de Príamo le acompañaron hasta fuera de la puerta,

derramando muchas
lágrimas de dolor, como si entónces
el anciano *á la muerte caminase*,

es fina, y hace buen efecto en el pasage en que está.

El discurso de Jove á Mercurio mandándole que acompañe y conduzca á Príamo á las naves de los Griegos,

de modo que ninguno
de ellos le pueda ver ni le descubra
hasta que llegue al pabellon de Aquíles,

no tiene adornos brillantes porque no los requiere: es sencillo y breve. Pero quizá extrañará alguno que Júpiter, no habiendo empleado en comision alguna

al mensagero de los Dioses, le encargue ahora la de acompañar á Príamo. La razon es clara. Miéntras que no se ha tratado mas que de simples anuncios, ha bastado la mensagera; mas cuando llega el caso de conducir al anciano Rey hasta el campo enemigo, ya no basta la hembra; es necesario un varon que le defienda con su brazo, si alguno quiere ofenderle.

La descripcion de los preparativos que hace Mercurio para su viage tomando

las taloneras de oro
de eterna duracion,

y

la vara con que el sueño soporoso
sobre los ojos de los hombres vierte &c.

y sobre todo, aquel disfrazarse bajo la figura

de un jóven en quien brilla
graciosa juventud . . . .
. . . . y que *nacido*
de algun Rey poderoso, á la belleza
la magestad añade,

es magnífica. Nótese este último rasgo.

El temor que se apodera del heraldo cuando ve cerca un bulto como de persona, lo que dice al Rey, y la turbacion en que este cayó al oirle hasta el punto de no atreverse

á responder ni á respirar siquiera,

todo está copiado de la naturaleza. Nótese aquella circunstancia de que los cabellos del anciano Rey se erizaron en su cabeza,

al peso de los años ya inclinada
á tierra.

Ya ven los pintores la actitud en que han de poner

esta cabeza, si quieren hacer un cuadro que represente el pasage.

El coloquio entre Mercurio y Príamo está lleno de bellezas y escrito con tan graciosa sencillez, que para elogiarle debidamente seria necesario copiar una por una todas las cláusulas de sus respectivos discursos. Así, me limitaré á rogar á los inteligentes que los vuelvan á leer, y examinándolos bien digan si en los mismos poetas dramáticos se encuentra un diálogo tan hermoso, tan tierno, y en que el interes progresivo de la escena esté tan bien graduado.

La descripcion de la fuerte empalizada que defendia el pabellon de Aquíles, y la noticia de la enorme viga que aseguraba la puerta, son necesarias para hacer ver que solo un Dios podia facilitar á Príamo la entrada en aquel recinto.

En la despedida de Mercurio es notable aquello de . . . . .

indecoroso fuera,
siendo Dios inmortal, públicamente
favorecer á un hombre.

En efecto, en todo el poema los Dioses, que respectivamente favorecen á Griegos y Troyanos, lo hacen sin dejarse ver sino de aquellos á quienes ellos mismos se descubren.

En cuanto á la entrada de Príamo en la tienda sin ser visto de nadie hasta que,

abrazando de Aquíles las rodillas,
besó humilde la diestra poderosa,
homicida, terrible, que con sangre
de tantos hijos suyos se manchara,

nada tengo que decir: basta leer el pasage.

La sorpresa y admiracion que causó á todos los

circunstantes su repentina é inesperada aparicion se pinta, se hace visible, en aquel símil tan oportuno como bien aplicado:

Como atónitos quedan y admirados
los que á la casa ven de un poderoso
de repente llegar al suplicante &c.

El discurso de Príamo debió enternecer, no solo el duro corazon de Aquíles, sino las mismas paredes. No puede ser mas bello. Váyanse notando los pensamientos que contiene y el modo con que están expresados:

De tu padre te acuerda, ilustre Aquíles,
que en rugosa vejez ya de la vida
al término se acerca, y *tan anciano*
es como yo. ¿Quién sabe si á estas horas &c.
. . . .
Pero tu padre en fin . . . .
. . . . se consuela,
. . . .
y yo, el mas desdichado de los hombres,
habiéndome los Dioses concedido
tantos hijos valientes . . . .
. . . . decir puedo
que ninguno me queda . . . . .
cincuenta hijos tenia . . . .
. . . . y la vida
á casi todos el furioso Marte
habiendo ya quitado, me quedaba
uno solo que á Troya defendiese,
y tú, no ha mucho, le mataste.
. . . .
Que me entregues
su cadáver te pido . . . .

. . . . Respeta, Aquíles,
á los eternos Dioses, y te duele
de este infeliz anciano, á la memoria
recordando la imágen de tu padre.
Yo soy mas infeliz; *pues obligado*
á sellar con mis labios ya me veo
la mano del varon que dió la muerte
á tantos hijos mios &c.

Repito lo que ya dejo dicho varias veces, y debe decirse respecto de todas las arengas de la Ilíada. Puesto Príamo á los piés de Aquíles, ¿debió hablar de otra manera? Y quitada, añadida, ó variada alguna cláusula de su discurso, ó formado otro distinto ¿será el nuevo tan sencillamente sublime, tan tierno, tan patético, tan hermoso, y tan propio del personage? . . . . .

Que Aquíles al acordarse de su padre rompa en doloroso llanto, que Príamo le acompañe, y que ambos sé deshagan en lágrimas, llorando el segundo á Héctor y el primero

por su padre, y á veces á Patroclo;

es tan natural, que si el poeta nos digese lo contrario no le creeriamos por mas esfuerzos que hiciese.

La respuesta de Aquíles, algo mas larga que la súplica de Príamo, es sin embargo la que debió dar en aquellas circunstancias. Se propone hablar al afligido Rey en términos cariñosos, disipar sus temores é inspirarle confianza; y para conseguirlo no hubiera bastado la respuesta breve y seca de "yo te concedo lo que me pidés." Convenia reconocer que su dolor era justo, tomar parte en sus penas, consolarle, y para esto recurrir á moralidades filosóficas. Veamos, pues, si este plan está bien desempeñado. Empieza Aquíles

mostrándose compadecido del suplicante que tiene á sus piés, y diciéndole

Ah, Monarca infeliz, que tantos males
has padecido ya!

Manifiesta luego la admiracion que le causa ver que haya tenido valor para venir al campamento de los Aquivos y presentarse á un hombre que ha quitado la vida á tantos hijos suyos, le convida á que se alce del suelo y se siente, y procura consolarle y consolarse á sí mismo que tambien se hallaba afligido por la memoria de su padre y la muerte de Patroclo, añadiendo:

y las amargas penas,
aun estando los dos tan afligidos,
dentro del alma reposar dejemos.
Ninguna utilidad del triste llanto
el hombre saca: los eternos Dioses
le condenaron á pasar la vida
en tristeza y dolor, y solos ellos
exentos siempre de pesares viven.

Ningun filósofo ha expresado mejor estas verdades: y hoy mismo, sustituyendo el singular *Dios* al plural *Dioses*, pudiera un orador cristiano repetir en el púlpito las palabras de Aquíles.

Sigue el apólogo de los dos toneles que están á la entrada del palacio de Jove,

uno de males y de bienes otro:

apólogo bellísimo, filosófico, y oportuno para el objeto que se propone; y de aquí pasa naturalmente á otro género de consuelo, reducido á manifestar á Príamo que no es él solo el desgraciado y que tambien lo es Peleo en medio de sus venturas; pues teniendo

un solo hijo, este debe morir en juveniles años y entre tanto vive alejado de su padre y no cuida de él por ocuparse en la guerra. Esta idea le conduce á pensar en los males que esta guerra ha causado á los Troyanos, y sobre todo á su Rey que está presente; el cual, siendo ántes Monarca tan poderoso y padre de tantos hijos, está viendo de continuo desde que los Griegos aportaron á Troya

en torno á *su* ciudad muertos y sangre,
y batallas no mas:

y de aquí nace por sí misma la conclusion del discurso, donde vuelve á repetirle el consejo de que procure consolarse, moderar su dolor, y suspender el llanto. Por eso le dice.

Resígnate, infeliz, y no en perpetuo
llanto así te consumas; porque nada
lograrás con llorar al hijo amado,
ni ya la vida le dará tu lloro:
y acaso todavía te prepara
nuevos pesares el cruel Destino.

Este último pensamiento, que á primera vista parece deberia aumentar la tristeza de Príamo, es sin embargo un consuelo muy eficaz para la desgracia de que entónces se lamentaba. En efecto, llamada la atencion del Rey hácia los pesares con que todavía le amenazaba el Destino, debió disminuirse algun tanto su dolor al considerar que aun tendria que llorar mayores calamidades.

La réplica de Príamo, negándose á tomar asiento hasta que se le entregue el cadáver; es natural viendo que Aquíles no le ha dicho positivamente si admitia ó no el rescate; pero todavía es mas natural el

movimiento de cólera que este experimenta al ver que el Rey no obedece á su mandato. Es un rasgo muy propio de su carácter iracundo é impaciente.

Tambien lo es, aunque por distinta razon, el discursito que dirige á Patroclo así que se desprende de un cadáver que le habia prometido no entregar. Es naturalísimo que al acordarse de esta promesa no cumplida exclame:

> No conmigo te enojes, o Patroclo,
> si oyes decir en el averno oscuro
> que de Héctor el cadáver rescatado
> á su padre entregué.

Nótese la especie de satisfaccion que da á su difunto amigo, ofreciéndole consagrar á sus manes una parte de los preciosos dones que ha recibido. Esto es ya lo único que puede hacer para quedar bien con él.

El otro discurso, en que exhorta al Rey á que tome alimento, está respirando la amable sencillez de aquellos siglos casi patriarcales; la historia de Niobe es oportuna, está referida con cierto interes, y conduce por sí misma á la conclusion de

> nosotros,
> ilustre anciano, en la comida ahora
> solo pensemos: que mañana el hijo
> llevarás á Ilïon, y por su muerte
> lágrimas verterás; y todavía
> muchas tendrán que derramar tus ojos.

¡Qué último rasgo tan feliz!

La observacion de que acabada la cena,

> fijos los ojos
> en Aquíles el Rey, no se cansaba
> de admirar su estatura y su belleza,

que con la de los Dioses competia;
y no ménos Aquíles admirado
estaba al contemplar la faz augusta
del anciano y sus canas venerables,
y al escuchar sus elocuentes voces;

es otra de aquellas ocurrencias que solo hallamos en Homero. Es verdadera, obvia, y fácil de hacer; pero tal vez no la hubiera hecho otro poeta tratando del mismo asunto.

El permiso que pide el Rey, para retirarse á descansar, es otra pincelada de maestro. ¡Qué ternura en aquellas expresiones:

Por mi parte
yo bien lo he menester; que todavía
los párpados mis ojos no cubrieron
desde el aciago dia &c.

y en aquellas

y ahora
la vez primera fué que la comida
he gustado, y el vino delicioso
humedeció mi paladar....!

La razon que alega Aquíles para no permitirle dormir dentro de su tienda es ingeniosa, y la precaucion necesaria.

La humildad, por decirlo así, con que el anciano le pide los once dias de tregua para celebrar los funerales de Héctor, es la que conviene á su situacion. Nótese aquello de que sin la palabra de Aquíles no se atreverian los Troyanos á salir de la ciudad para acarrear la leña. Ya he dicho varias veces que nada se le escapaba al buen Homero de cuanto podia ser interesante en cada pasage, y aquí tenemos

otra prueba. Lo mismo digo de aquel estrechar Aquíles la mano del Rey para que no temiese. ¡Cuánto dice aquella mano!

La razon que da Mercurio á Príamo, para hacerle ver que conviene salir del campo griego ántes que amanezca, es convincente; y la pintura del modo con que el Rey y el heraldo volvian á Troya, luego que empezó á clarear el dia y se alejó de ellos Mercurio, una de las mas hermosas del poema. La repetiré:

Caminaban
los dos ancianos en silencio triste:
y en medio de suspiros y sollozos
los caballos á Troya dirigian,
y las mulas detras con el cadáver
la carreta arrastraban lentamente.

La expresion griega imita, cuanto es posible, el movimiento pausado de la carreta.

La circunstancia de ser Casandra la primera que los ve desde léjos, el aviso que publica por toda la ciudad, y la afluencia del pueblo á ver el cadáver de su antiguo defensor sin que dentro de los muros quedase ni un hombre ni una muger: todo contribuye á hacer al héroe tan interesante en la muerte como lo fuera en la vida. Nótese en el discursito de Casandra aquello de que cuando Héctor volvia victorioso salian todos á recibirle,

porque él *era*
de Troya la alegría.

¡Qué expresion tan hermosa!

Dejemos lo que sigue, aunque todo es precioso, y vengamos al lamento de Andrómaca, último es-

fuerzo del poeta para despedazar el corazon de sus lectores. Es preciso copiarle casi todo.

En juvenil edad, esposo mio,
saliste de la vida, y me has dejado
en el alcázar viuda, y en su infancia
al hijo que nosotros, infelices!
del amor conyugal única prenda,
habíamos tenido. Ni ya á jóven
es posible que llegue. No: primero
arruinada será por los Aquivos
esta ciudad habiendo tú faltado
su antemural, y defensor y padre
de las castas matronas y sus hijos.
Aquellas pronto en las veleras naos
á Argos serán llevadas, y *con ellas*
Andrómaca tambien. Y tú, hijo mio,
ó con tu triste madre irás esclavo,
y en vil oficio por ingrato dueño
trabajarás; ó de la excelsa torre
te arrojará indignado algun aquivo
asiéndote del pié, porque á su padre
Héctor quitó la vida, ó al hermano;
ó acaso al hijo.
Inexplicable
es, Héctor el dolor y la tristeza
que á tus ancianos padres ha traido
tu prematura muerte, y sobre todos
á mí en herencia llanto y amargura
me has dejado por siempre. Ni el consuelo
tuve de que al morir tú me alargases
la moribunda mano, ni me dieses
saludables consejos que en memoria

tuviera y recordase noche y dia
lágrimas derramando.

Sobre tan tierna alocucion es excusado hacer reflexiones críticas.

La de Hécuba es ya de otro tono, y el haberle variado prueba cuan fino era en todas ocasiones el discernimiento del poeta. Hécuba ha llorado ya tres veces la pérdida de su hijo: la 1.ª como en presagio, cuando le vió quedarse fuera de los muros, la 2.ª cuando ya muerto le llevaban arrastrando los caballos de Aquíles, y la 3.ª cuando Príamo la dijo que estaba resuelto á ir al campo de los Griegos. Y si ahora volviese á hablar de la muerte del hijo y del dolor que la causaba, tendria que repetir las mismas ideas aunque variase las expresiones. Por eso, pues, ya no habla de su pena ni se lamenta de nuevo; sino que se consuela en parte viendo que el cadáver estaba incorrupto, é infiriendo de este milagro que Héctor habia sido amado de los Dioses en vida y en muerte.

El discurso de Elena es admirable. Recuérdese lo que dije al examinar el libro tercero, y se conocerá todo el mérito que tiene. Empieza como siempre reconociéndose culpada, y de esta misma confesion nacen el elogio de Héctor y la prueba de que ella debia sentir su muerte mas que ninguno. Porque él, no solo no la dijo nunca injuriosas razones, sino que tomaba su defensa cuando alguno la insultaba; de lo cual infiere con razon que muerto el héroe

ya no *la* queda en la anchurosa Troya
mas defensor ni amigo.

Nótese aquel rasgo con que el poeta acaba de dibu-

jar el carácter del bondadoso Príamo, haciendo sentir, sin decirlo expresamente, cuanta era la indulgencia con que trataba á sus hijos, y señaladamente á Páris; pues habiendo este traido á Elena, causa de todos los males, la queria él como si fuese hija suya.

Obsérvese finalmente la brevedad con que está referido lo de los funerales; y se verá otra prueba de que Homero sabia ser conciso cuando convenia que lo fuese. En efecto, habiendo descrito con tanta puntualidad los de Patroclo, era ya inútil hablar prolijamente de las mismas ceremonias.

NOTAS.

Los versos á que se refieren, son los de la traduccion; los que en ellas se citan, los del original en la edicion de Ernesti.

ADVERTENCIA.

Se han escrito para los Helenistas; pero aun los que no lo sean pueden tambien leerlas con alguna utilidad. Sin embargo, no esperen hallar reunidas aquí todas las noticias arqueológicas, críticas, históricas, geográficas, mitológicas, y rituales que presupone la lectura del poema, y se hallan esparcidas en sus comentarios y traducciones. Yo supongo que mis lectores tienen suficiente instruccion para no necesitarlas; pero si así no fuese, podrán consultar las Antigüedades homéricas de Feitio, ó las eruditas notas con que Madama Dacier enriqueció su traduccion. Las mias están destinadas, como ya dije en el discurso preliminar, no á ilustrar el texto, sino á justificar la version en los pasages en que me ha parecido necesario.

LIBRO PRIMERO.

Verso 2.º *la venganza.*=Que esta sea la verdadera significacion de la palabra griega *μῆνις* lo deben saber los Helenistas; pero como hasta ahora todos los traductores de la Ilíada, antiguos y modernos, la han traducido con la voz que en sus respectivas lenguas significa lo que las castellanas, *ira,*

cólera, enojo, resentimiento, encono, rencor; es preciso demostrar que la *μῆνις* de los griegos no es precisamente la ira, la cólera, el enojo que excita en el corazon del hombre el agravio recibido, ni el resentimiento que por algun tiempo le queda de la persona que le ofendió, ni el rencor, el odio, la ojeriza, con que la mira, sino la venganza que de ella toma ó procura tomar, los esfuerzos que hace para vengar la ofensa.

1.° La Ilíada misma toda entera prueba que el poeta se propuso cantar, no *la cólera* que excitaron en el ánimo de Aquíles los insultos de Agamenon, sino los funestos resultados de aquel enojo. Y si solo de este se tratase, el poema quedaria concluido en el verso 303 del libro primero.

2.° Si el argumento de la Ilíada fuese la *sola* cólera de Aquíles, seria un poema épico sin accion; porque la ira es una *pasion.* Y no parezca juego de palabras; es una distincion necesaria é importante. Los afectos del ánimo considerados en sí mismos no son, ni pueden ser, materia de un poema épico; y solo llegan á serlo cuando fueron el móvil de alguna accion memorable; y esta es la que entónces se celebra. Así, la piedad de Enéas pudo ser argumento de la Eneida, cuando movido por ella formó y ejecutó el arriesgado proyecto de atravesar los mares con las reliquias de su gente, y fundar en Italia un nuevo imperio para colocar en él las imágenes de los Dioses que habia salvado de las llamas; *conderet urbem, inferretque Deos Latio.* Del mismo modo la cristiana religiosidad de los europeos en el siglo XI pudo dar materia para componer la Jerusalen, en cuanto movió á los Cruzados á emprender la conquista de Palestina; y la ambi-

cion de César no hubiera producido la Farsalia, si la hubiese tenido siempre oculta en su corazon; pero se hizo argumento de una epopeya cuando le impelió á pasar el Rubicon, y á tomar las armas contra el Senado para alzarse con la suprema autoridad. De consiguiente, así como no seria exacto decir que Virgilio cantó la piedad de Enéas, el Taso la religiosidad de Godofredo, y Lucano la ambicion de César; tampoco lo ha sido decir que Homero cantó la ira, ó la cólera, de Aquíles. No: lo que cantó fué la terrible venganza que á impulso de su iracundo carácter tomó de Agamenon y de los Griegos. Y en efecto, esta venganza, y no la simple y pasiva cólera, fué la que causó tantos males á los Aquivos, lanzó al averno las fuertes almas de muchos héroes, é hizo que sus cadáveres fuesen devorados por los perros y las aves de rapiña. La cólera, sino hubiese pasado de cólera, no hubiera hecho tales estragos en el ejército de Grecia.

3.° La verdadera y precisa significacion de la palabra μῆνις se conoce y confirma por la del verbo μηνίω, su derivado; pero los traductores, habiendo errado aquella, han errado tambien esta, y han hecho insulso y aun ridículo al poeta. Citaré en prueba tres ejemplos tomados de este mismo libro. 1.° Deja dicho Homero que Agamenon, al oir que Cálcas le acusaba de ser el autor de la peste, entró en un acceso tal de furor que se turbó su ánimo, ardió en ira su corazon, echaba fuego por los ojos, y hasta sus entrañas se ennegrecieron con la bílis de que fueron inundadas. Y cuando, léjos de haber motivos para que se calme su cólera, Aquíles se la excita mas y mas, llamándole impudente, doloso, cobarde, borracho &c. añade Homero (v. 247) que sentado ya Aquíles, el Atrida

ἐμήνιε, y traducen *irascebatur*, se enojaba. Buena fresca. Á buen tiempo esperaba para empezar á enojarse. No es eso. Lo que el poeta dice es que oidos los denuestos con que Aquíles acaba de insultarle, y viendo que ya volvia á su asiento, Agamenon desde el suyo, ἑτέρωθεν, hacia ademanes de querer vengarse, iba ya á tomar venganza, cuando Néstor se levantó para impedirlo. 2.° Aquíles en el mayor acceso de su cólera invoca el favor de su madre, esta se le aparece, la cuenta él lo que le acaba de pasar, la pide que le vengue, y Tétis le ofrece hablar á Júpiter: y añadiendo que este no volverá al Olímpo hasta pasados once dias, le dice "entre tanto ocioso tú en las naves, μήνι' Ἀχαιοῖσιν" y traducen "*irascere Aquivis.*" Pero, si él estaba echando chispas ¿cómo le ha de aconsejar Tétis que se enoje con los Griegos? Demasiado enojado estaba. Tradúzcase, pues, el pasage:

ahora, retirado á tus bajeles,
cesa de combatir, y de los Griegos
así *te venga*;

y resultará un sentido racional, coherente, y acomodado á la situacion. 3.° Vuelve de Crisa la nave que llevó á Criseida, se entran los remeros por las tiendas y las naves, y añade el poeta que desde entónces Aquíles, retirado á las suyas y sin asistir á las juntas ni á las batallas, μήνιε: y conociendo el traductor latino que el *irascebatur* seria ya mas que ridículo, elude la dificultad traduciendo *iram fovit*; pero ni aun así lo acierta. Lo que Homero dice es que ya entónces daba principio Aquíles á su venganza, esto es, á cumplir el juramento que habia hecho de no combatir mas en defensa de los Griegos.

4.° Para convencerse de que μῆνις jamas significa la ira en sí misma, sino los conatos, los esfuerzos, que uno hace para vengarse de otro; nótese que Homero, cuando quiere decir que la ira se apoderó de tal ó cual personage, nunca dice μῆνις λάβε sino χόλος λάβε.

5.° Finalmente, el célebre Helenista Tiberio Hensteruis reconoció ya que la significacion de μῆνις es la que dejo indicada; pues en su adicion al artículo del diccionario etimológico de Lennep dice lo siguiente: "Propie non significat *iram quæ diu permanet, sed iram, quæ ultionem spirat, et exquirit, properatque ad eam.* Hæc est caussa cur μῆνις tribuatur diis, et hi, verbo inde deducto, dicantur μηνιᾶν, vel μηνίειν, quando *ultionem scelerum*, ab hominibus commissorum, *poscunt.*" El juez es competente, y la decision terminante.

Verso 2.° y 3.° *que á los aquivos &c.*=La version literal seria: "que puso (causó) innumerables dolores á los Griegos" pero, no pudiéndose conservar la metáfora *dolores* por daños, males &c. y siendo algo gigantesca en un pasage tan sencillo la hipérbole de *innumerables*; ha sido preciso decir, *numerosos duelos.*

Verso 4.° *á la oscura region*=Así llamaban por antonomasia los Griegos al subterráneo adonde segun su teología bajaban las almas de los finados; y esto es lo que significa la voz ἄϊδι: literalmente, *lugar en que no se ve.*

Verso 7.° *aves de rapiña.*=Esta es la verdadera significacion de la palabra οἰωνοῖσι, no la de *aves* en general. Véase el citado etimológico de Lennep.

Verso 9.° *desde que habiendo &c.*=El texto dice "ha-

biendo reñido, ó tenido una disputa" pero ambas expresiones son demasiado familiares.

Verso 10. *se desunieron &c.* = Esta es aquí la rigurosa significacion de la palabra διαστήτην. Véase el diccionario homérico de Damm.

Versos 11 y 12. el Atrida, *adalid de las escuadras todas* de Grecia, y el *valiente* Aquíles.

Adalid &c. es la verdadera y genuina traduccion del ἄναξ ἀνδρῶν: y los que han traducido *Rey de hombres, ó de los hombres*, se han equivocado. 1.º ἄναξ, no significa precisamente *Rey*, sino *superior*, *gefe*, *caudillo*: ὃς ἐστιν ἄνω, el que está encima; y por eso alguna vez se dice de los Reyes. 2.º ἀνδρῶν tampoco es *hominum*, hombres, sino *virorum*, varones; y como en esta última palabra se indica principalmente la fuerza, la robustez, la valentía; se toma en general por los valientes, los guerreros, los soldados, las tropas. Así la frase griega quiere decir, *caudillo de guerreros*, *de gente armada*, y en lenguage moderno significa *un Oficial general*. Aplicada, pues, al Atrida significa *el Generalísimo*, y en frase poética *el adalid de todas las escuadras*. Para demostrarlo baste citar el verso 680 de las Suplicantes de Eurípides, en el cual se llama á Forbante μοναμπύκων ἄναξ; pues ciertamente nadie allí traducirá *Rey de los caballos*, sino *General de la caballería*. Pasage por el cual se prueban dos cosas: 1.ª que ἄναξ no significa *Rey*, pues Forbante no lo era, y 2.ª que es nuestro *General*, pues aquel era en efecto lo que ahora llamamos un General de division. 3.º *valiente* Aquíles. Así es como se debe traducir el δῖος. Este no significa siempre *divino*, ni de raza divina, como han creido los traductores, sino en ge-

neral todo lo que es grande, magnífico, excelente, y superior en su clase: y respecto de cada personage expresa la cualidad en que mas sobresale. Así, aplicado á Néstor, es *el prudente*, á Agamenon *el poderoso*, á Aquíles *el esforzado*, *valiente &c.* Lo mismo se observa en castellano con el adjetivo *divino*, *divina*. No significa solamente lo que es propio de la divinidad, sino por metáfora lo que es excelente en su género. Así se dice una voz *divina*, por sonora, dulce, melodiosa &c. No será inútil advertir que del griego *δῖος* (contraccion de *δίιος*) escrito con digamma eólico, que se pronunciaba *divos*, y mudada la terminacion *ος* en *us*, resultó el *divus* latino, del cual se derivó el *divinus*, y de este nuestro *divino*.

Versos 13 y 14. *á la discordia sus almas entregó &c.* La version literal seria ¿cuál de los Dioses los *echó á reñir*? pero como la frase echar *á reñir* es baja en castellano; ha sido necesario expresar la idea por medio de una perífrasis.

Hasta aquí la proposicion del poema; pero ántes de entrar en la narracion, quiero ya probar con un ejemplo dos aserciones que dejo sentadas en el discurso preliminar. 1.ª que traduciendo en versos consonantes una epopeya griega, ó latina, unas veces se hace decir al poeta lo que no soñó en decir, y otras se calla lo que expresamente dijo: 2.ª que respecto de Homero, suprimiendo ó añadiendo ideas, y sobre todo, sustituyendo á las suyas conceptos ingeniosos, se le quita su principal mérito, que es el de la naturalidad, se altera por decirlo así, el sabor de antigüedad que caracteriza sus obras, y de un filósofo sencillamente vestido se hace un atusado pisaverde. Y este ejemplo será tomado de la traduccion de St. Aignant, la mas moderna de las francesas en verso. Empieza de esta manera.

Chante *le fier* Achille, et sa longue colère,
ô Déïté! *raconte un repos sanguinaire*,
qui *plongea les héros* au tenebreux séjour,
et de *leurs corps sanglants engraissa le vautour.*
Ainsi l'avait permis le maitre du tonnerre
depuis le jour *fatal*, ou, *planant sur la terre*,
la Discorde frappa de son sceptre odieux
Atride, *Roi de Rois*, Achille, *fils de Dieux.*

Esto no necesitaba comentario, porque el lector ménos instruido conocerá que no es traducir la Ilíada de Homero, sino componer otra nueva á la francesa; y que de estos ocho versos solo el primero dice lo que dijo el poeta, pasando al traductor lo de *longue colère* ya que otros han dado á *μῆνιν* esta significacion. Sin embargo, para que los jóvenes vean prácticamente que traducir de este modo es retratar á Homero con frac, pantalon y botas, haré las observaciones siguientes.

1.ª *fier.* = soberbio, arrogante. Este epíteto, que no está en el original y es un miserable ripio para llenar el verso, tiene ademas el inconveniente de prevenir al lector contra el héroe del poema, calificándole desde el primer verso por uno de sus defectos.

2.ª *raconte un repos sanguinaire.* = Relumbron de malísimo gusto, expresionaza hinchada, oscura, y vacía de sentido. ¿Qué quiere decir un reposo, ó descanso, sanguinario?

3.ª *plongea les héros.* = El original dice con mas exactitud, *las almas de los héroes*; porque estas, y no los héroes en cuerpo y alma, fueron las que bajaron al averno.

4.ª ni el *sanglants*, ni el *engraissa*, ni el *vautour* son del original: y los *perros* se quedaron en el tintero. Y no se

diga que la voz *chiens* es baja en frances, habiéndola empleado Racine en su Atalía.

5.ª *Ainsi l'avait permis le maitre du tonnerre.* = Nada de esto hay en Homero, y de permitir una cosa á quererla expresa y eficazmente hay mucha distancia.

6.ª *jour fatal.* = El epíteto es añadido, pero pudiera pasar si lo que sigue no fuese tan estudiado y tan ageno de este lugar. ¿Cómo en la proposicion del poema, en la cual todo debe ser sencillo, habia de haber empleado un poeta de tan delicado gusto las pomposas y altisonantes frases "La Discordia, revolando sobre la tierra, hirió con su odioso cetro al Atrida, Rey de Reyes, y á Aquíles, hijo de Dioses?"

Quid dignum tanto feret hic promissor hiatu?

7.ª Ya dejo probado que el *Roi de Rois* y el *fils de Dieux* no son la traduccion fiel del ἄναξ ἀνδρῶν, y del δῖος.

8.ª De todo el pasage resulta que el consonante es el que obliga á parafrasear y desfigurar los originales. En efecto, cualquiera conocerá que *colère* trajo el *sanguinaire*, *séjour* el *vautour*, *tonnerre* el *terre*, y que *Dieux* hizo necesario el *odieux*. Añádanse á estas infidelidades el martilleo de los versos pareados y la monotonía de su corte durante todo el poema, y se tendrá idea de lo que son las traducciones francesas en verso alejandrino. Al contrario léase el mismo trozo traducido en italiano por Monti, y se verá la ventaja que llevan los endecasílabos á los alejandrinos, y los sueltos á los consonantes. Dice así.

Cantami, o Diva, del Pelide Achille
l'ira funesta, che infiniti addusse
lutti agli Achei, molte *anzi tempo* al Orco

generose travolse alme d'eroi,
e di cani é d'augelli *orrido* pasto
lor salme abbandonó (cosi di Giove
l'*alto* consiglio s'adempia) daquando
primamente disgiunse *aspra* contesa
il *re* de'prodi Atride, e *il divo* Achille.

Esto (salvos los descuidillos notados con bastardilla) es lo que se llama traducir á Homero.

Verso 17 y 18. *á los Aqueos enviara la peste asoladora.*=El texto dice *enfermedad maligna*; pero esta expresion castellana es buena para un tratado de Medicina.

Verso 19. *la gente.*=Téngase entendido desde ahora para siempre que la voz λάος casi nunca significa en Homero lo que suena para nosotros la castellana *pueblo*, sino lo que los latinos expresaban con la suya *copiæ*, las tropas, el ejército. En consecuencia sépase tambien que el ποιμὴν λαῶν, que tantas veces se repite en la Ilíada y la Odisea, nunca debe traducirse *pastor de pueblos*, sino *caudillo de gente armada.* Prueba. En las mismas Suplicantes de Eurípides ya citadas se lee, al verso 674, ποιμένες ὄχων, hablando de los aurigas, ó conductores de los carros: y cierto que á los cocheros nadie los llama, ni ha llamado, *pastores de coches.* En la expresion ποιμὴν λαῶν, la voz ποιμὴν está tomada en sentido metafórico; y la metáfora se funda en que así como *los pastores* guian, conducen, dirigen el ganado, así los caudillos guian, conducen dirigen las tropas.

Verso 22. *á las naves.*=El epíteto de *veleras*, que les da Homero, es aquí conocidamente ocioso.

Verso 23 y 24. *De mucho valor.*=El texto dice *inmenso*

ó infinito; pero cualquiera de estas dos voces dice demasiado para nosotros.

Verso 25 y 26. *siniestra mano, derecha.* = El original solo dice *en las manos;* pero ya se deja entender que no habia de tener las dos cosas en ambas manos, sino una de ellas en la derecha y otra en la izquierda.

Ib. *ínfula.* = No eran, como han creido los traductores, ciertas cintas que pendian de una mitra como la de nuestros Obispos; la ínfula era una especie de gorra que llevaban los Sacerdotes. Véanse las Antigüedades Romanas de Adam. He suprimido en Apolo el epíteto *Flechador*, porque está repetido mas abajo y allí es necesario.

Verso 29. *caudillos* = La palabra griega significa *ordenadores*; pero, si se emplease en castellano, pareceria que los Atridas eran los *Comisarios ordenadores* del ejército: y no es eso lo que Homero quiso decir, sino que eran los dos primeros gefes: Agamenon como Generalísimo, y Menelao por ser hermano suyo.

Verso 35. *una hija mia.* = Esto es lo que aquí significa φίλην; no, *querida*, ó *amada*. Este adjetivo φίλος en Homero es casi siempre un posesivo que debe traducirse por *mio, tuyo, suyo*, segun que se refiere á la primera, á la segunda, ó á la tercera persona. Es evidente en el φίλον ἦτορ, φίλα γούνατα &c. donde todos conocen que seria absurdo traducir, *mi querido pecho, sus amadas rodillas.*

Verso 45 y 46. *con imperiosa voz &c.* = El texto dice, *le despidió malamente*; pero no siendo en castellano poética esta frase, ha sido menester individualizar la idea por medio de una perífrasis.

Verso 48. *viejo.* = Es voz de desprecio, y por eso la he empleado en este pasage que la exige. *En este campo.* = El griego dice *en las naves*; pero como estas sacadas á tierra formaban el campamento, he sustituido esta palabra para no repetir la otra tan amenudo.

Verso 53. *regio cetro.* = He añadido el *regio* para que se entienda que Críses no solo era Sacerdote de Apolo, sino Rey de un pequeño territorio llamado *Crisa*, y que por esta razon llevaba cetro; pues los simples Sacerdotes no le usaban. Si la adicion desagrada; léase *aquese*, en lugar de *regio*.

Verso 57. *ó mi lecho aderezando.* = Madama Dacier entendió y tradujo bien la frase griega, y los traductores que se han separado de ella, y han dicho *participando de mi lecho*, han errado la traduccion. 1.º ἀντιάω se construye con genitivo, dativo, y acusativo. Con el primero significa *conseguir*, *alcanzar*, alguna cosa, *participar de ella*: con el segundo *salir al encuentro de alguno*, el *obviam ire* latino: y con el tercero *tomar algo á su cargo*, *cuidar de ello*; en latin *obire rem*, *munus &c.* De consiguiente, estando aquí con acusativo, significa *estar encargada*, *cuidar*, *del* lecho de su amo. 2.º Para conocer que aquí no se trata de concubinatos, no se necesita saber griego: basta tener sentido comun. Agamenon habla del tiempo en que Criseida llegue á vieja, y dice que aun entónces continuará ocupada en tejer telas, y en hacer cierta cosa con su lecho; pero esta cierta cosa no puede ser la de acompañar en él á su señor. ¿Quién no sabe que para semejante ministerio no se buscaban las viejas? Al contrario el mismo Homero (y él es su mejor intérprete) nos enseña en la Odisea que la esclava de mas confianza era la que en su ve-

jez cuidaba del tálamo nupcial de sus señores. Téngase, pues, por seguro que esto es lo que en este pasage significa la expresion ἐμὸν λέχος ἀντιόωσαν.

Verso 61. *Se volvió sin replicarle.* = *Se volvió*: este es el tiempo, y esta la significacion del griego βῆ: y en latin no debe traducirse *ibat*, sino *perrexit ire*: echó á andar. *Sin replicarle*: = Esta es tambien la verdadera traduccion del ἀκέων. Este participio significa literalmente, *sin abrir la boca*, sin despegar sus labios: en latin *ne hiscens quidem*. Y si el Sr. Bitaubé lo hubiera tenido presente, se hubiera ahorrado la nota que puso á este pasage, y la crítica, en parte injusta, que hizo de Madama Dacier. 1.° Es falso que el sacerdote caminase en silencio por la orilla del mar: el poeta dice expresamente que apénas se alejó del campo griego iba hablando con Apolo. Así, el silencio de que habla Homero, es el que observó a oir la dura respuesta del Atrida. 2.° El βῆ, como ya he dicho, no es en frances *marchait*, sino *marcha*. 3.° de consiguiente aunque la frase sea familiar, Madama Dacier en cuanto al tiempo tradujo bien, *s'en alla*. 4.° Si esta hizo mal en suprimir las palabras *sin responder*, y el epíteto de *estruendoso* dado al mar; tambien el individuo del Instituto se equivocó en suponer aquí una *admirable pintura*, cuando no hay mas que la sencilla observacion de que el anciano, intimidado al oir la repulsa de Agamenon, obedeció á su mandato y echó á andar sin decir ya mas palabra.

Verso 64. *En doloridas voces.* = Es lo que realmente quiere decir el πολλὰ del original. Este significa *con ahinco, con fervor*. Y como el anciano estaba sobre manera afligido, se deja entender que el tono de la voz expresaria su dolor.

Verso 65. *Latona.*=He suprimido el epíteto, *que tiene hermosos cabellos*, porque aquí no se trata de cosa que tenga relacion con su belleza. Pero si se quiere conservar, añádase este verso,

la Diosa de la rubia cabellera.

Verso 66 y 67. *pues armado con el arco de plata &c.*= El texto dice "que tienes, ó llevas, arco de plata." Pero como esta circunstancia, que en griego se indica con un solo adjetivo, no puede expresarse con otro castellano porque no podemos decir *arcargenteoteniente*, y de emplear la oracion de relativo resulta una especie de paréntesis y una perífrasis prosaica; y como esto mismo sucede con otros inumerables epítetos expresados en griego con palabras compuestas que no tiene el castellano; debo manifestar aquí, para no repetirlo á cada paso, que solo pueden conservarse haciéndolos complementos indirectos del verbo, ó circunstancias de la accion por él significada; y esto es lo que yo hago en muchas ocasiones. Por ejemplo, cuando Homero dice que iban, marchaban, corrian, los caballos *καλλίτριχες*, en latin *pulchricomi*, en castellano, que tenian *hermosas crines*; he hecho de este epíteto una circunstancia del movimiento, y he dicho: iban, corrian &c. *sueltas al aire las hermosas crines*: con cuyo arbitrio he conservado el epíteto, y ha resultado un buen verso, una circunstancia interesante, una graciosa imágen y una expresion nada prosaica. Y solo así es como he logrado conservar en castellano casi todos los epítetos griegos, El que no lo apruebe tradúzcalos por oraciones de relativo, incidentes, y como de paréntesis; y verá lo que resulta. Así en el caso presente: si hubiese dicho "tú que llevas arco de plata" hubiera

resultado una insulsez; porque lo es en efecto, hablando con Apolo, decirle, como si él no lo supiese, que su arco era de plata; pero dígasele que armado con su arco ha defendido siempre á Crisa, es decir, hágase del epíteto el instrumento de que se sirvió para defenderla, y se hará interesante la circunstancia del arco.

Verso 68 y 69. He añadido las palabras *region* y *ciudad*, para no poner al pié una nota en que se advirtiese que Crisa era todo el pais que gobernaba Críses, y Cila su capital. He dado á esta el epíteto de populosa, porque el ζαθέην, no es *divina*, ni *sagrada*, sino *rica*, *opulenta &c.* es decir, una ciudad considerable, capital de todo el Estadito de Crisa. Con ζαθέης sucede lo mismo que con δῖος: significa todo lo que en su línea es grandioso, magnífico, excelente &c. Así el traductor latino tradujo bien diciendo *eximiam*; y los franceses é italianos que han dado á la voz griega la significacion de *divina*, *sagrada*, no lo han acertado.

Verso 70. Tambien lo han errado los que han traducido el ἶφι ἀνάσσεις por, *eres Rey poderoso*. El verbo ἀνάσσω, aplicado á los Dioses, no significa *reinar*, ni *ser* Rey, sino *ser el númen tutelar* del pais de que se trata. Véase el Diccionario de Damm. Ademas, en castellano, y en cualquiera lengua vulgar, seria ridículo decir, por ejemplo, que Juno era Reina de Árgos ó de Micénas, Pálas Emperatriz de Alescomene, y Júpiter Rey ó Emperador de Olimpia. En las naciones modernas, las palabras Rey, Reina, Emperador, Emperatriz solo se dicen con propiedad de los hombres ó mugeres que están revestidos de aquellas dignidades. Así Madama Dacier dijo, y dijo bien, *qui défendez avec tan d'e-*

clat Ténédos, y Bitaubé con su *puissant Roi de Ténédos*, y Monti con su *possente imperador* han dado á conocer que no sabian tanto griego como una muger. Téngase entendido que aunque la traduccion de esta célebre literata es algo difusa y perifrástica, y su estilo flojo y demasiado familiar, ella es de todos los traductores que yo conozco la que entendió mejor á Homero. Ya lo verémos en otros pasages.

Verso 71. *O Esmintio!* = Se han equivocado los que han traducido, *Dios de Esminta*, ó Esmintho como si esta fuese una ciudad ó region, de la cual hubiese tomado Apolo el sobrenombre de Esmintio. Este se le dió, segun dice un antiguo escoliasta, por haber libertado al pais de Crisa de una plaga de ratones y llamarse allí *esmintes* estos animalejos.

ib. *Si en mejores dias.* = El texto dice, "en otro tiempo" pero se deja conocer que es palabra enfática, y quiere decir en tiempo de paz, ántes que viniesen aquí los Griegos &c. De consiguiente es necesario indicar en la traduccion esta interesante circunstancia.

Verso 72. *erigí* &c. = Pasage errado en todas las traducciones que tengo presentes, y lo que mas extraño, hasta en la interlinear latina y la de madama Dacier. Esta dice "*Si jamais j'ai orné de festons votre temple.*" Bitaubé: "*Si jamais je couronai de festons votre temple,*" Dugas Montbel "*Si jamais j'ornai ton temple d'agréables festons.*" Monti

se di serti devoti unqua il leggiadro
tuo delubro adornai;

pero aquí no se trata de semejante cosa, ni la palabra griega significa coronar una casa, ni colgar de ella guirnaldas. El verbo griego ἐρέφω, y su compuesto ἐπερέφω, significan lisa y lla-

namente, y nunca significaron otra cosa, *techar un edificio*, poner la techumbre, hacer el tejado &c. y de aquí, parte por todo, hacer, construir, una casa; y hablándose de templos, *erigirlos*. Y á la verdad, ya que el antiguo traductor latino y Madama Dacier lo equivocasen, no sé como lo han errado los mas modernos, estando ya bien explicado el texto desde el año de 1765 en el diccionario homérico de Damm, y nada ménos que dos veces. Este laborioso y doctísimo Helenista en el artículo ἐπερέφω cita el pasage, y traduce "*templum tibi contexi*, et per sinechdoquem pro *ædificavi*; ut postremum in opere, i. e. *contectio*, positum sit pro tota templi constructione; y en el artículo ναός (jónico νηός) repite lo mismo. Advierto no obstante que tambien él se equivocó por su parte en tomar adverbialmente el χαρίεντα: este concierta con νηὸν, y la expresion entera significa *un gracioso templo*, y de aquí en general, grandioso, magnífico, suntuoso, capaz, *hermoso* &c. Ademas, cuando faltasen autoridades, y cuando el verbo ἐρέφω pueda tomarse alguna vez en sentido figurado por coronar, en cuanto la corona *cubre*, *tapa* la cabeza, así como el techo *cubre*, *tapa* el edificio, acepcion metafórica en que dos veces le tomó Píndaro ¿cómo ha de cuadrar aquí la metáfora? ¿cómo se ha de poner una corona á todo un templo? De buen tamaño seria. Y si para salvar el inconveniente se dice que eran guirnaldas de flores que se colgaban de las paredes, ó con las cuales se adornaba la fachada; resulta otro mayor, y es el de que el verbo ἔρεφω no puede significar tanto por sí solo: era necesario el ablativo στεφανοῖσι "cubrí tu templo *con guirnaldas*." ¿Y qué resulta de todo esto? Que los traductores de Homero, aun cuando sepan el griego, se fian

de la version latina, y por lo regular no se toman el trabajo de examinar si es exacta.

Verso 74. *sabrosas* piernas. = El texto dice *gordas*, *gruesas*, *pingües*; pero antecedente por consiguiente, esto quiere decir exquisitas, *sabrosas*; pues las carnes tanto mas lo son, cuanto el animal está mas bien cebado.

Verso 75. *Otórgame* este *don.* = literalmente *cúmpleme este deseo*; y así traduje primero; pero despues me pareció algo familiar la frase.

Verso 98. *la Diosa Juno.* = el texto añade "que tiene blancos brazos" lo cual, parte por todo, quiere decir *blanca*; y esto, antecedente por consiguiente, es lo mismo que *hermosa.* Pero ya se deja conocer que semejante epíteto no es aquí necesario. Porque se trata de su compasion; y para que la tuviese nada importa que fuese bonita ó fea.

Verso 103. el *valeroso* Aquíles. El griego dice, el *ligero de piés*; pero este epíteto es como de fórmula, y aquí no hace al caso, porque no se habla de cosa que tenga relacion con la carrera. Por eso he sustituido el de *valeroso*, que es mas oportuno. En efecto, si el mas valiente campeon se muestra ya acobardado, se deja conocer que los estragos de la peste habian sido espantosos. Hago estas dos advertencias, para no hablar ya mas de los epítetos. Cuando el lector eche de ménos alguno, ó le vea sustituido por otro, examine todo el pasage; y verá la razon que he tenido para omitirle, ó poner otro en su lugar.

Verso 106. *En vergonzosa fuga.* = Lo literal seria, *hácia atras*; pero esta frase adverbial es demasiado prosáica.

Verso 121. *hayan subido* &c. = El original dice "luego que Apolo haya alcanzado, ó conseguido, ó participado de, el

olor." Pero como nada de esto se dice bien en castellano, he puesto el antecedente; y el mismo Homero lo hace así en otros pasages.

Verso 141. *un guerrero.* = Con esta generalidad debe traducirse el ἄνδρα; y los que, como Dugas, han dicho "al héroe que lleno de magestad reina sobre todos los Argivos," en cuyas palabras está expresamente designado Agamenon, han hecho inconsecuente y aun ridículo al poeta. En efecto, si Cálcas hubiera dicho clara y terminantemente que su respuesta irritaria al Generalísimo; no podria luego Aquíles dejarlo en duda, ó indicarlo hipotéticamente, diciendo "aunque nombraras al mismo Agamenon." Las expresiones de Cálcas son de intento genéricas, y podian convenir á cualquiera de los gefes; porque de todos ellos podia decirse que tenian gran poder sobre los Griegos, y que estos acataban sus personas. Todo este cuidado se necesita al traducir al poeta *qui nihil molitur inepte.*

Verso 160. *se gloría.* = Entiéndase en buen sentido, en el de *tiene la gloria*, *el honor*, y no el de *se vanagloría*, *se jacta*, como han dicho algunos traductores. 1.° La gloria de ser el Generalísimo de la Grecia y tener á su mando tantos Reyes no era vana, era un honor que hasta ahora no ha tenido ningun otro. 2.° el verbo εὔχομαι por lo comun se toma en buena parte, y tiene la indicada significacion de *tengo la gloria*, *la honra de.* 3.° En el libro siguiente, verso 82, Néstor repite la expresion misma, y no es para tachar de jactancioso al Atrida sino para honrarle. 4.° en fin: ya Ernesti corrigió en esta parte la nota de Clarke.

Verso 195. *oráculos mintiendo.* = Así debe traducirse el

θεοπροπίων. Agamenon, aunque al fin restituye la esclava, creia que el oráculo era ficcion de Cálcas para desacreditarle. Si hubiese creido que tal era la voluntad de Apolo, no hubiera insultado al sacerdote.

Verso 201. *mi legítima esposa.* = Esta es la verdadera y única significacion del κουριδίης ἀλόχου: y no la de, *esposa que era vírgen cuando me casé con ella.* Está demostrado, contra todos los diccionaristas y traductores, por otro pasage del mismo Homero y en la misma Ilíada. Es el siguiente. En el libro décimonono dice el poeta que cuando Briseida volvió á la tienda de Aquíles, y vió muerto á Patroclo; se acercó al cadáver, y le dirigió un tierno discurso. El objeto de este es hacer ver que ella mas que nadie debia sentir la muerte de aquel jóven amable, porque él habia sido su consuelo y amparo desde que fué cautivada, y para probarlo dice en sustancia lo siguiente. "Aquíles, cuando tomó y saqueó á Lirneso, mató delante de los muros á mi esposo, al esposo que mis padres me habian dado, y yo sentí su muerte como era justo; pero tú me consolabas, diciéndome que me harias ἄλοχον de Aquíles" Y para indicar que esta palabra no significa simple concubina, pues esto ya lo estaba siendo Briseida, añade el epíteto de κουριδίην: de lo cual resulta 1.° que ἄλοχος solo significa en general *la que participa del lecho*, sea con el título que fuese. 2.° que para dar á conocer cuando no es simple concubina se añade el adjetivo κουριδίη, y de consiguiente que la expresion ἄλοχος κουριδίη significa literalmente *esposa legítima*, que es lo opuesto á concubina, y no *esposa que es soltera cuando se casa*; pues Briseida era ya viuda, y no obstante supone que todavía puede ser ἄλοχος κουριδίη de Aquí-

les. A esto no hay respuesta: porque decir, como Damm, que Homero no empleó allí con propiedad la voz *κουρίδιην* es un absurdo que no merece refutacion.

Versos 208, 10 y 12. *Otra jóven.* = alguna *esclava.* Así es como debe traducirse en estos pasages, y en otros varios, la palabra *γέρας*. Esta significa siempre el premio de honor que al repartir los despojos se daba á los principales gefes, y á los que habian hecho en la batalla alguna accion memorable; y este premio de honor solia ser, y aquí lo era en efecto, una cautiva distinguida por su linage, belleza y habilidad de manos.

Versos 215, 16 y 17. *Glorioso Atrida* &c. = Pasage errado en las traducciones que yo conozco. La interlinear, aun despues de corregida por Clarke, dice: *Atrida gloriosissime, avarissime omnium*, y el segundo epíteto, que es un atroz insulto, manifiesta que el primero debe tambien serlo y tomarse en el sentido de *orgullosísimo.* En consecuencia Madama Dacier tradujo tambien "Fils d'Atrée, le plus ambitieux, et le plus insatiable de tous les hommes." Bitaubé "le plus ambitieux et le plus avare." Dugas "le plus vain et le plus avide." Monti "O d'avarizia, al par che di grandezza, famoso Atride." Pero todos se han equivocado, y en un punto capital como luego verémos. Aquí no hay insulto ninguno. 1.° el *κύδιστε*, siempre se toma en buen sentido, y significa *persona condecorada, llena de honores, digna de respeto* &c. Así es el título de honor que Néstor da varias veces al mismo Atrida: véase entre otros el verso 434 del libro siguiente. 2.° *φιλοκτέανος*, significa, no *avaro*, sino *hombre que toma demasiado cariño á sus cosas y siente perderlas*, no por su valor

como alhajas, sino por el placer que tenia en poseerlas. Así vemos hombres manirotos que prodigarán, si llega el caso, grandes tesoros; y sin embargo se incomodan y afligen si pierden cualquier alhajilla de poco valor, ya por afecto á la persona de quien la recibieron, ya por los gratos recuerdos que les excitaba, ya por cualquier otro motivo. Y esto es cabalmente lo que significa el φιλοκτέανος de los Griegos" hombre que toma demasiado cariño á todo lo que le pertenece, y para quien de consiguiente es dolorosa su pérdida." Y esta delicadísima diferencia entre el avaro y el hombre simplemente apegado á sus cosas, no por avaricia sino por otras razones, sean las que fueren, es la que expresa mi traduccion, y esta es la idea que Homero quiso darnos del carácter del Atrida. Y para que no se dude, copiaré el artículo correspondiente del Diccionario de Damm. Dice así: φιλοκτέανος, suæ rei diligens, qui sua tuetur libenter, qui habere mavult quam amittere (cita el pasage de que tratamos, y le traduce así) diligentissime rerum tuarum: añadiendo, *in sensu bono*, etsi faceto; nam præcessit κύδιστε, *in sensu optimo*. Esta autoridad decide.

He dicho que los traductores han errado el sentido en un pasage capital, y voy á probarlo. En efecto, por no haber acertado con la traduccion de este verso, han dado á sus lectores una idea equivocada de toda la disputa entre Aquíles y Agamenon. Segun ellos aquel fué el agresor, el que primero insultó al otro, y en la intencion del poeta es todo lo contrario. 1.º El mismo Agamenon confiesa en el libro 2.º (verso 378) que él fué el que primero se insolentó; y esto no seria cierto, si ántes que él hubiese dicho nada al hijo de Peleo

este le hubiera ya llamado *el mas ambicioso y avaro de los hombres*. 2.° Si en efecto Aquíles le hubiera hablado en estos términos, no hubiera él correspondido á tamañas injurias con el cumplimiento de, *o Aquíles á los Dioses parecido*. Así, téngase por cierto que lo que ofendió el orgullo del Atrida no fueron los denuestos con que de buenas á primeras le saludó Aquíles, segun han creido los traductores, cosa por otra parte inverosímil cuando aquel no habia dicho todavía cosa de que este pudiera resentirse personalmente: fué la bravata que se le escapó al responder á Cálcas, diciéndole "no temas que nadie ponga las manos en tí, aun cuando nombres al mismo Agamenon, que es el gefe de todo el ejército." Véase lo que sobre esto queda dicho en el Exámen del poema.

Verso 244. *Aiante*. = Segun la analogía constante en todos los nombres propios acabados en *ας αντος*, así deberia terminarse en castellano el de *Ayax*; pero como ha prevalecido esta última forma, la he conservado en todo el poema; y solo he usado la otra la primera vez que se presenta, para que se entienda que es mas analógica, y fué usada en otro tiempo.

Verso 250. *embreado navío*. = Esto significa el epíteto de *negras* que Homero da muchas veces á las naves. Y aunque algunas es ocioso, aquí es importante; porque se trata de botar al agua este navío, y para que pudiese navegar era necesario que estuviese en buen estado. Por eso he conservado el adjetivo.

Verso 265 y 66. *de las marchas la fatiga á sufrir* = lit. *andar el camino*, hacer una marcha, un viage; y esto es lo que significa, y puede significar, la expresion ὁδὸν ἐλθέμεναι. El traductor latino entendió bien la frase; y no sé cómo al-

gunos se han empeñado en que significa *ponerse en emboscada*, citando en apoyo de su opinion un pasage de Demóstenes que precisamente prueba todo lo contrario. Se copia en la oracion contra Aristócrates la ley sobre homicidios casuales, y por uno de ellos se cuenta el cometido por uno que sin querer atropellase (lit. derribase) á otro en un camino; y dice Demóstenes, ó mas bien el texto de la ley, ἐν ὁδῷ καθελὼν, cuya frase quieren que signifique *colocado en emboscada*. Pero ¿no ven que si esto significase, ya el homicidio no seria casual, sino alevoso y hecho con toda premeditacion? Esto es evidente: y yo no hubiera puesto esta nota si no hubiese visto que el antiguo Escoliasta, y hasta el mismo Clarke, han creido que en el pasage de Demóstenes se trata de asechanzas; y si no observase que Tailor y Reiske acusan injustamente á Wolfio de haber traducido el ἐν ὁδῷ καθελών, *in via prostraverit*, cuando esta es la genuina version. El pasage del orador está en el tomo 1.º de sus obras página 637, edicion del citado Reiske.

Versos 282 y 83. *abusando de tu poder.* = Esta es toda la fuerza que aquí, y en los otros pasages en que se trata del robo de Briseida, tiene la palabra αὐτός, lit. *por tí mismo*, esto es, sin contar con el ejército, de propia autoridad, abusando de ella &c. Madama Dacier lo entendió bien. Sin embargo, cuando se junta con verbo de movimiento y dice Agamenon que *él mismo* irá á la tienda de Aquíles, entónces quiere decir *en persona*.

Versos 287 y 88. *Cuando por el ejército &c.* = Se han engañado los que han creido que la frase griega se refiere y limita á la toma de Troya. Aquí se habla en general de lo

que sucedia, cuando tomada una ciudad del enemigo se repartian los despojos. El contexto lo demuestra: y el mismo tiempo, que es un aoristo de subjuntivo, manifiesta que no se habla de cosa futura, sino pasada. Así madama Dacier y Barnés habian traducido bien, y no hay razon para que Clarke los reprenda.

Verso 294. *Con la escasa porcion que me ha tocado.* = Pasage errado por todos los traductores. El latino dice "*Ego vero modicum gratumque mihi &c.*" Madama Dacier "il fau que je me contente de porter &c." Bitaubé "je retourne avec una faible recompense que j'ai reçu *sans murmures.*" Dugas "et moi, *satisfait d'un modique présent*, je rentre." Y Monti "e tua la prima (porcion de los despojos) ed ultima la mia, di cui m'è forza tornar *contento* &c." Y bien, estas divagaciones consisten en que todos han creido que φίλος no significa mas que cosa grata, agradable &c; pero ya he dicho, y lo saben los buenos helenistas, que aquel adjetivo en Homero, y aun en otros poetas, es un posesivo que significa, segun la persona á que se refiere, *mio*, *tuyo*, *suyo*. Esto supuesto, el pasage no puede ser mas claro. Va diciendo Aquíles que cuando se reparten los despojos la porcion del Atrida es siempre mucho mayor que la suya: é insistiendo en esta idea, añade. "Yo, despues de haberme fatigado mucho en las batallas, vuelvo á las naves llevando la escasa parte *mia*, es decir, la que me toca de derecho." Este es el gran misterio de un pasage en que todos han tropezado, por no haber tenido presente que φίλος significa *mio.*

Verso 298. *pues me desprecias, en provecho tuyo* = Este es otro pasage en que el mismo Clarke *nodum in scirpo quæ-*

rit, es decir, supone dificultades que no hay. En sabiendo que el *s'* está apostrofado por *σοὶ*, nada mas sencillo ni mas claro. Dice Aquíles "Yo, viéndome despreciado, no quiero ganar aquí riquezas y tesoros *σοὶ*, para tí, esto es, en provecho tuyo." Lo cual concuerda maravillosamente con lo que deja dicho, á saber, que siendo el que mas trabajaba, Agamenon era el que luego se llevaba la mayor y mejor parte de los despojos.

Verso 309. *que á Troya me han seguido.* = No está en el texto; pero en castellano es necesario. Porque si solamente se dijese, *los Reyes, alumnos de Jove*; en esta generalidad se comprenderian todos los Reyes del mundo, ó á lo ménos de la Grecia: y no se trata de estos, sino de los que estaban en el sitio de Troya.

Verso 328. *Taciturno dolor.* = Es toda la fuerza del *ἄχος* griego. Esta voz significa *dolor tal, que no permite ni aun hablar*: lit. *ni aun abrir la boca.*

Verso 350. *Al resplandor* &c. = Pasage errado en la version latina. Esta dice "terribilesque *ei* oculi" refiriendo el *ei* al mismo Aquíles, con lo cual, y el haber traducido el *φάανθεν*, por *visi sunt*; ha extraviado á los que la han seguido. Así, Madama Dacier traduce "et la regardant avec des yeux enflammés de colère" como si los ojos terribles de que se trata fuesen los de Aquíles, cuando son los de Minerva. Véase á Damm.

Verso 356. *y ya viéndolo estoy* = (literalmente, y juzgo que ya está hecho). Tambien aquí se equivocó el traductor latino, y los que le han copiado. Aquel dice: quod et perfectum *iri* puto, como si el *τετελέσθαι* fuese futuro; pero siendo,

como es, un pretérito, debió traducir *quod et perfectum esse puto.*

Verso 368. *y muchos.* = El griego dice *y triples*, pero en castellano suena mal y es prosáica esta voz.

Versos 426 y 27. *Agamenon* &c. = Véase lo que se dijo sobre la palabra μῆνις en la nota al verso 2.°

Verso 462. *los Centauros* &c. = El texto dice *las fieras* pero en castellano es preciso indicar cuales eran estas fieras que habitaban en los montes, porque si no parececeria que eran tigres y leones.

Versos 488 y 89. *y en adelante ya &c.* = Tambien aquí está errada la version latina, y con ella otras varias. Dice aquella, *verum ego precabor Achillem deponere iram*; pero 1.° λίσσομαι es presente y no futuro, y de consiguiente debió traducirse *precor* y no *precabor*. 2.° Con el verbo λίσσομαι se pone en acusativo la persona á quien se suplica (ya vimos en el verso 15 ἐλίσσετο Ἀχάιους) y de consiguiente diciendo el texto Ἀχιλλῆι no se puede traducir *Achillem.* 3.° Este dativo no se refiere á λίσσομαι sino á μεθέμεν. 4.° αὐτὰρ no es *verum*, sino *insuper.* Por tanto la frase entera debió traducirse: *insuper ego precor te, ut iram deponas in gratiam Achillis, qui &c.* Véase á Damm. Ademas, cuando faltase esta autoridad y la frase griega no repugnase la inteligencia que la dió el traductor latino, el contexto manifiesta cómo debió traducirse; pues en todo él no se ve que Néstor, ni de presente ni de futuro, dijese al hijo de Peleo mas palabras que las que ya le deja dichas, á saber: *ni tú, Aquíles, rivalizar con el Atrida quieras &c.* Dugas-Montbel entendió bien este pasage.

Versos 497 y 98. *y á ninguno obedecer querrá.* = Otro

yerro muy garrafal en la version latina, que ha pasado á casi todas las vulgares. Πείθω en la activa es *persuadir á otro*, en la pasiva *ser persuadido por él*; y de aquí, intransitivamente, *dejarse persuadir* por la autoridad de otro; *creerle*, *seguir su dictámen*, *obedecerle &c.* Por consiguiente, la frase griega debe ordenarse y traducirse de esta manera: ἃ (suple δι') *quamobrem*; οὐ τιν' (apostrofado, no por τινά, sino por τινι) *nemini*; πείσεσθαι, *obtemperaturum*; ὀΐω, puto: y en castellano; *por lo cual pienso que á ninguno obedecerá.* He querido descender á estas menudencias gramaticales; porque, despues de tantos siglos como se está imprimiendo y traduciendo la Ilíada, todavía son necesarias, y por no haberlas tenido presentes se han errado las traducciones. Veámoslo; porque es curioso observar como una mala puntuacion en el texto y el error de la interlinear han extraviado á helenistas muy doctos por otra parte. Madama Dacier dice: "je ne pense qu'il y ait ici personne qui soit d'humeur *à plier* sous lui." Bitaubé, habiendo dicho en la frase antecedente "cet homme veut..... prescrire des lois á tous" continúa "ce que certainement il n'exécutera pas." Dugas "je ne crois pas qu'il nous persuade." Monti "costui presume.... tutti gravar del suo comando. Ed io potrei patirlo? Io no." Y yo pregunto, y por semejantes traducciones ¿quién podrá venir en conocimiento de lo que en realidad dijo el poeta?

Verso 510. *no esgrimiré la espada* = literalmente "no llegaré á las manos" pero esta expresion es algo familiar en castellano.

Verso 519. *reconozcan tambien* ...... = Esta reticencia no está indicada en las ediciones; pero debe estarlo.

Verso 534. *rizadas olas.* = He sustitudo esta imágen al

"humidas vias" (version latina) porque en castellano eso de *vias húmedas* debe reservarse á los docimásticos.

Verso 542. *in lomable.* = Es la verdadera significacion del ἀτρυγέτοιο, no la de *infructuoso.*

Verso 723. *así te venga.* = Véase lo dicho en la nota al verso 2.º

Verso 735 y 36. *á la fuerza, y muy á pesar suyo.* = Recuérdese lo que sobre estos pleonasmos de estilo se dijo en el discurso preliminar.

Versos 794 y 95. *y enclavadas de las reses &c.* = Increible parece que en tantas ediciones como se han hecho de la Ilíada, y habiendo tenido este poema tantos escoliastas y traductores, nadie, ni editor, ni escoliasta, ni traductor haya visto que aquí por descuido de los primeros copistas falta en el original un verso que por fortuna se halla en el libro segundo. Sin embargo, es evidente que falta. Allí se copia este mismo pasage; y despues de expresar, como aquí, que echaron sobre leña encendida los cuartos traseros de la res con unos pedacitos de las otras partes, se dice que *clavaron las entrañas en unos asadores pequeños*, y los *tenian sobre la llama* para que se tostasen aquellas: y aquí falta esta circunstancia. Se dice sí, que unos mancebos tenian en las manos asadores de cinco puntas; pero, sin expresar qué hacian estos jóvenes con sus asadores, se pasa inmediatamente á referir que los asistentes al sacrificio gustaron, ó probaron, las entrañas. Pero si aun no se ha dicho que estaban asándose ¿cómo se pasa á decir que las comieron? ¿Las habian de comer crudas? Téngase, pues, por tan claro como la luz que aquí falta el verso 426 del libro segundo, y que debe insertarse despues del 463. Así,

yo no he dudado en suponerle en el texto y traducirle.

Verso 805. *el sabroso manjar.* = Sigo contra Ateneo, y la turba de editores y traductores, la opinion de Ernesti que hasta cierto punto coincide con la de Damm, segun los cuales, aquí y en los demas pasages en que se encuentra la expresion δαιτὸς ἐΐσης debe escribirse δαΐτος ἐσθλῆς y traducirse en consecuencia "no se careció de manjares exquisitos, sabrosos &c." Los argumentos en que esta opinion se apoya no tienen réplica. 1.° Diga Ateneo lo que quiera, y fuese cual fuera la costumbre de su tiempo, es falso que en el de Homero se sirviesen á los convidados porciones absolutamente iguales de la comida y del vino. El mismo Homero dice expresamente lo contrario en el libro cuarto de este mismo poema. Allí (versos 261, 62 y 63) para probar Agamenon á Idomeneo que estaba en cierto modo mas obligado que los otros caudillos á mostrar su valor en la pelea, le dice "porque en los convites los otros beben una porcion determinada (no igual) pero tu vaso, como el mio, está siempre lleno para que puedas beber cuando te agrade." De lo cual se infiere que las porciones de vino que se servian al Atrida y al Rey de Creta no eran iguales á las de los otros convidados. Y si no lo eran las del vino, no hay razon para suponer que lo eran las de la carne. 2.° En el libro séptimo, verso 320, se halla la misma expresion de δαιτὸς ἐΐσης, y en el verso siguiente se dice que Agamenon para agasajar á Ayax le dió todo el lomo de la víctima; buena traza de que su porcion fuese igual á la de los otros. ¿Cuántos lomos tenia el buey para que á cada uno de los convidados, que por lo menos eran siete, le tocase uno? 3.° En el ya citado libro cuarto, al verso 48, hablando Júpiter de que los Troyanos

siempre le habian ofrecido agradables sacrificios, dice "jamas allí mi ara careció *δαιτὸς ἐΐσης*" y conociendo el traductor latino que seria ridículo decir *cibo æquali*, pues no habia diferentes porciones sino una sola, traduce *epulis convenientibus*: de lo cual resulta que *δαιτὸς ἐΐσης* no significa porcion igual de comida, sino manjares sabrosos; ó lo que yo mas creo, que allí y siempre debe escribirse *δαιτὸς ἐσθλῆς*. Y no se oponga que disolviendo así el diptongo de *δαιτὸς* resulta la primera larga contra la regla general que en este caso quiere breves las dos vocales separadas por diéresis; porque esta regla tiene la excepcion de que resultando tres breves seguidas se hace larga la primera como en *ἀθάνατος*, *ἀκάματος*. Véase la Prosodia de Becucci.

Verso 808. *coronaron.* = Entiéndase materialmente como suena, en el sentido de que adornaron las urnas con guirnaldas de flores; y no se haga caso de Ateneo, el cual se empeña en que el *στέψαντο* quiere decir únicamente que llenaron las urnas hasta arriba. Aquí hay dos cosas: primero, llenar de vino las urnas; y segundo, rodearlas ó coronarlas con guirnaldas de flores. Y que tal fuese la costumbre, nos consta por un pasage de Virgilio que no deja duda ni admite otra interpretacion. Está en los versos 525 y 26 del libro tercero de la Eneida, y dice así.

Tum pater Anchises magnum cratera *corona*
induit, *implevitque mero.*

en donde se separan y explican las dos operaciones, la de *adornar con una corona la urna*, y la de *llenarla de vino.* Y téngase presente, para otros pasages, que en muchas ocasiones Virgilio es el mejor intérprete de Homero.

Verso 821. *sembró de rosas la region etérea.* = En el texto es un simple epíteto, y traduciendo literalmente deberia decirse, *la aurora, que tiene dedos de rosa.* Pero, ademas de lo dicho sobre estas oraciones de relativo, hay aquí el inconveniente de que diciendo en castellano *dedos de rosa*, ó *rosados*, ó *de color de rosa*, la frase resultaria demasiado lánguida. He tomado, pues, el arbitrio de reducir á imágen el epíteto aprovechando la ingeniosa ficcion de los antiguos, los cuales pintaban á la aurora sembrando de rosas la region del cielo por donde camina al anunciar el dia. Sin embargo, los partidarios de la nimia literalidad pueden leer así este verso:

con sus dedos de rosa abrió el Olímpo.

Verso 854. *cuya vista &c.* = Es la verdadera significacion del εὐρύοπα, *late-prospicientem*, no *late-sonantem*. Viene de ὤψ, y no de ὄψ.

Me he detenido tanto en el libro 1.° para que se vea el cuidado con que está hecha la traduccion. Pero como de seguir lo mismo en los restantes resultarian dos ó tres tomos de notas, y nadie tendria paciencia para leerlas; ya en lo sucesivo solo indicaré ciertos pasages sobre cuya inteligencia puede haber alguna duda.

LIBRO SEGUNDO.

Verso 19. *acaso.* = Esta palabra es tan esencial que por haberla omitido varios traductores han errado la traduccion, haciendo afirmativa una frase que en la intencion del poeta es y debe ser condicional. Júpiter no dijo que Agamenon tomaría entónces la ciudad de Troya; solo da á entender para animarle que tal vez pudiera tomarla: y esta dubitacion está indicada en el original por la conjurcion κεν, la cual unida con el optativo hace hipotéticas las frases.

Verso 35. *en cariñosas voces.* = Advierto, una vez para siempre, que siendo demasiado uniforme el modo con que Homero empieza y concluye las arengas, he procurado evitar la monotonía añadiendo al *dijo* alguna circunstancia indicada por el contexto, y análoga á la situacion del personage. Así lo es aquí la de *cariñosas voces*, y en otras partes lo será, *en dolorido acento suspirando triste &c.*

Verso 37. *y de caballos domador famoso* = Este epíteto, que hoy seria ignoble tratándose de un Príncipe, era entónces un título de honor; y por eso le he conservado la primera vez que se presenta, aunque en otros pasages le he suprimido por ser uno de los que podemos llamar de mera fórmula.

Verso 94. *secreta* = Así debe traducirse el πυκινὴν del original. Véase el diccionario de Damm.

Versos 179 y 80. *Cuando la vida á Árgos quitara* = En el original es un simple epíteto, *el Argicida*, ó matador de Árgos; pero convertido en circunstancia de la accion es mas enérgico en castellano. Recuérdese lo que en general dejo dicho ya sobre este modo de conservar los epítetos.

Versos 183 y 84. *pero vencido por los Atridas* = Esta circunstancia, omitida en el texto porque los Griegos sabian sin que se les dijese de que modo habia pasado el cetro de las manos de Thiéstes á las de Agamenon, es necesaria en castellano; porque la mayor parte de los lectores ignorarán tal vez aquella historia, y pudieran creer que el Atrida le habia heredado por legítima y tranquila sucesion.

Verso 197. *cuando ya tanta gente ha perecido* = Para que se vea cuanta es la afinidad que tiene la lengua griega con la castellana, observaré que la version literal seria "despues de haber perdido mucha gente" la misma mismísima expresion que entre nosotros emplearia un escritor de prosa; pero en verso pareceria demasiado familiar. Véase comprobado tambien en este pasage lo que dije en la nota al verso 19 del libro precedente, á saber, que el λαός en Homero no debe traducirse *pueblo*, sino *gente*, *tropas*, *soldados*, *guerreros &c.* La voz *pueblo* en castellano significa siempre la suma de hombres, mugeres y niños, de cuya reunion resulta una aldea, villa ciudad, ó nacion; pero jamas el ejército que esta misma nacion ha enviado á sitiar una ciudad enemiga: y este es cabalmente al que Homero llama λαός.

Verso 198. *iracundo* = Esta significacion, una de las que dan los diccionarios á la voz ὑπερμένει, me parece preferible aquí á la de *poderoso*; porque la idea del poder está luego indicada.

Verso 360. *Odiado &c.* = Esto es lo que significa, ἔχθιστος; pero como la version latina dice, *inimicissimus*, debiendo decir *invisus*, las vulgares han supuesto que Tersítes era enemigo de Aquíles y de Ulíses; y no es esto lo que Ho-

mero dice, sino que los dos le aborrecian porque á ellos principalmente insultaba cuando la ocasion se ofrecia. Mas esta preferencia que les daba en sus injurias no era por particular enemistad que les tuviese, sino porque, haciendo siempre del gracioso, conocia que la multitud oiria con placer los insultos dirigidos á los dos personages mas distinguidos en el ejército. Y no se equivocaba el tal Tersítes. Cuanto mayor es el mérito de los hombres, tanto mas se complace la envidia en verlos humillados y abatidos. Para convencerse de que *ἔχθιστος* significa *odioso*, *aborrecido*, bastará acordarse del verso 176 del libro primero, donde el traductor latino tradujo bien diciendo *invisissimus*; y aquel pasage demuestra que aquí lo erró diciendo, *inimicissimus*. En efecto, si cuando allí dice Agamenon á Aquíles *ἔχθιστος δέ μοι ἐσσί*, se traduce *tú me eres odioso*, y no se debe traducir "tú eres mi enemigo" porque esto no es lo que el Atrida quiso decir, ni era cierto que Aquíles fuese entónces su enemigo; tampoco, cuando ahora dice el poeta que Tersítes era *ἔχθιστος* á los dos héroes, puede traducirse *era su enemigo*, aun cuando supongamos que lo fuese en realidad. Porque aquí no se trata del odio que él podia tenerles, sino del que los dos le profesaban. Todo este cuidado, vuelvo á repetirlo, se necesita al traducir á Homero.

Verso 432. *vestidos.* = El original expresa la túnica, el manto, y los femorales, ó calzoncillos, *que cubren las partes vergonzosas*; pero en castellano incomodaria la enumeracion, sobre todo por la última frase.

Verso 441. *lívidas señales.* = Literalmente un *tumor*, ó burujon, *lívido*, lo cual para nuestra delicadeza ya seria algo asqueroso. Téngase presente que los cetros de los antiguos no

eran como los que ahora dan los pintores á los Reyes, es decir, unos cortos cilindros, sino largos bastones con los cuales podian dar de palos á cualquiera.

Verso 485. *se aburre* = Es tan exacta la correspondencia entre esta voz castellana y la griega *ἀσχαλάω*, que no he querido omitir aquella aunque es algo familiar.

Verso 560. *ruidosa* = Advierto una vez por todas que en mi opinion las palabras *ruido*, *ruina*, *juicio*, son disílabas, y sus compuestos *ruidoso*, *a*, *ruinoso*, *a*, *arruinar*, *perjuicio*, *enjuiciar &c.* trisílabos; pero en verso puede disolverse el diptongo en todas las voces y hacerse trisílabas aquellas y cuadrisílabas estas, diciendo, *ruïdo*, *ruïna*, *juïcio*, *ruïdoso &c.* Mi opinion se funda en que la reunion de las vocales, *u*, *i*, forma diptongo en todas las voces, ménos en los verbos en *uir*, como *atribuir*, *destruir*, *huir &c.* Se ve en el pretérito *fuí*, en el adverbio *mui*, en las voces *cuita*, *cuitado*, *cuidar*, *cuidado*, *cuidoso*, *cuidadoso*, y en tantas otras. Y para que se vea que la palabra *juicio*, por ej., aun en verso es disílaba si por licencia no se disuelve el diptongo, mídase este verso de Moratin en la leccion poética (tomo 3.°, pág. 322 de la edicion de Paris, terceto 6.° verso último.)

Y de *juicio* y moral se queda á oscuras.

Igualmente se ve que este célebre poeta hizo aun en verso trisílaba la voz, *cuitado*, diciendo en una epístola, (el mismo tomo, pág. 389, verso 5.°)

una vez y otras muchas al *cuitado*.

Hago esta advertencia, porque algunos sugetos inteligentes en la materia tienen por trisílabas en prosa las voces *ruido*, *ruina*, *juicio*. Sin embargo yo, aunque venero su autoridad, no

me conformo con su decision en esta parte. Añado todavía que aun suponiendo trisílabas aquellas voces no se deberia culpar al poeta que en verso las hiciese disílabas, reuniendo en diptongo las vocales *u*, *i*, porque esta es una de las licencias que le están concedidas y de que otros han usado.

Versos 574 y 75. *¿un consejo no se hallará acertado &c.*= La expresion del original es algo vaga, pues solo dice "no podrémos hallar un medio, un arbitrio," sin explicar para qué. Y aunque algunos traductores han creido que se trata de algun arbitrio para terminar la guerra; el contexto indica que Néstor solo deseaba un medio de terminar las prolijas arengas y la inaccion en que inútilmente consumian el tiempo.

Verso 583. *y ni aun así &c.*=Conozco que la frase es algo prosaica; pero como el original no dice cual era este intento de los dos ó tres disidentes, que son Aquíles, Patroclo y algun otro Gefe de los Mirmídones, no me he atrevido á individualizar la idea. Sin embargo, resultando por el contexto que el deseo de Aquíles era arrastrar con su ejemplo á los demas á que se embarcasen, ¿pudiera decirse aquí "y ni aun así seducirán á nadie." Decida el lector.

Verso 718. *una sobre otra puestas* (las piernas).=Esta es la verdadera significacion del δίπτυχα ποιήσαντες; y es de admirar que ni aquí, ni en el verso 461 del libro primero donde se halla la misma expresion, la hayan entendido los traductores que tengo á la vista. Madama Dacier en el libro primero solo dijo, *coupent les cuisses*, y ahora *ils separèrent les cuisses*. Bitaubé, *et separant les parties consacrés aux dieux; ils les couvrent deux fois de graisse*. Dugas, *et deux fois le recouvrent*. Monti en el libro primero dijo *fasciar le*

incise cosce di doppio omento, y ahora dice *le rivestir di doppio zirbo*. Y bien: nada de todo esto es lo que dijo el poeta. Y para expresar en las lenguas vulgares lo que él quiso decir en la suya bastaba entender la version latina, que en ambas ocasiones traduce *postquam duplicaverunt* "despues de haberlas doblado" esto es, haberlas puesto una encima de otra. En efecto, segun Homero el órden de la operacion fué el siguiente. Degollaron la víctima, *ἔσφαξαν*; la desollaron, *ἔδειραν*; cortaron los dos cuartos traseros juntos, *μηρούς ἐξέταμον*; y despues de haberlos puesto uno sobre otro, *δίπτυχα ποιήσαντες* los cubrieron con el redaño de la res, *κνίσση ἐκάλυψαν*: en todo lo cual nada hay del *deux fois*, ni del *doppio omento*, ó *zirbo*.

Verso 778. *en la verde pradera* = El griego dice, *Ἀσίῳ ἐν λειμῶνι*; pero se disputa si *Ἀσίῳ* es genitivo jónico del nombre propio *Ἀσίας, ου*, ó dativo del adjetivo *ἄσιος, α, ον*. En el primer caso se duda quien era este Ásias, y como dió su nombre á la pradera, y en el segundo se ignora la significacion del tal adjetivo. Unos quieren que signifique *cosa de Ásias*, y otros, *cenagoso, a*, derivándole de *ἄσις*, *cieno*: y por desgracia Virgilio, que en dos pasages tradujo la expresion de Homero, léjos de sacarnos de dudas, las aumentó en realidad. Porque en el uno, que está en el libro primero de las Geórgicas al verso 383 y 84, dice *Asia prata*, y en el otro, que se halla en el 7.° de la Eneida verso 699 y siguientes, llama *laguna* á los que en las Geórgicas llamó prados, y dice *Asia palus*. Ademas en este último lugar se duda si *Asia* es un sustantivo de adposicion, ó adjetivo como en el primero. Siendo, pues, esta duda una de aquellas que jamas llegarémos á re-

solver, y de poquísima importancia para el objeto que se propone el poeta, que es el de hacer ver la semejanza que hay entre un ejército que hace alto en una hermosa pradera, y las numerosas bandadas de cisnes, grullas, ó gansos, que despues de andar revolando por encima de un prado se dejan caer sobre él; he sustituido la expresion genérica de *verde pradera* á la de prado de *Ásias* ó *Asiano*, que nosotros pudiéramos decir. Adviértase que el *Asia* de Virgilio si es adjetivo, no quiere decir *Asiático*, esto es, cosa del Asia porque el Caistro está en el Asia menor, sino *cosa de Ásias*. Ya Pope, corrigió, en esta parte bien, á Madama Dacier.

Verso 815. *faz magestuosa*.=El griego dice ὄμματα los ojos; pero aquí y en otros muchos pasages los ojos se toman por la cara. Así en el libro primero verso 225 κυνὸς ὄμματ' ἔχων, no debe traducirse "que tienes *ojos* de perro" sino "cara *de*" y antecedente por consiguente, *descarado*, *desvergonzado*, *impudente*.

Verso 817. *fornidos hombros*.=El texto solo habla del pecho; pero debe entenderse toda la parte superior del cuerpo, 1.º porque el pecho de Agamenon, como el de todos, estaba cubierto con la coraza, y no podia saberse al de quien se parecia; y 2.º porque el de Neptuno tampoco tenia cosa particular que le diferenciase de los otros Dioses. A este se le pintaba con muy nerviosa y fuerte musculatura, particularmente en la anchurosa espalda; y á esto sin duda alude el poeta.

Verso 818. *en el valor*.=El texto dice ζώνην, el ceñidor ó cinto con que se sujetaban las haldas de la cuera doblándolas hácia arriba. Pero no teniendo el de Agamenon particularidad ninguna para compararle al de Marte, es claro que

aquí el *ceñidor*, parte de la armadura, se toma por esta, y que antecedente por consiguiente quiere decir *campeon valiente, fornido, capaz de vestirse la armadura del mismo Marte.* Estas son las razones que he tenido para traducir este pasage en los términos que muestran los versos 815, 16, 17 y 18; pero si alguno quisiese mas literalidad, puede leerlos así:

que en la cabeza y los brillantes ojos
á Júpiter tonante semejaba,
en el pecho á Neptuno, y á Mavorte
en la rica armadura. Como suele
sobresalir en toda la vacada
el toro &c.

Verso 837. y *aunque* = El texto dice *εἰ μή*, *nisi*; pero, contra todos los códices y todas las ediciones, el sentido comun y la lógica exijen que se lea *εἰ καὶ*, *etsi*, á no suponer que Homero se contradijo dentro de una misma cláusula. Veamoslo. Ha dicho "Vosotras, o Musas que lo sabeis todo y todo lo presenciais, miéntras que nosotros los hombres solo sabemos de oidas las cosas pasadas, decidme quienes fueron los caudillos del ejército que sitió á Troya; porque en cuanto á los simples soldados, yo no podria enumerarlos, ni decir sus nombres, aun cuando tuviese diez lenguas, diez bocas, una voz *inquebrantable* y un pecho de bronce" y añade otra proposicion enlazada con las antecedentes por una conjuncion, que si es la exclusiva *εἰ μή*, hará este sentido, *á no ser que* vosotras me los nombraseis &c. y si es la adversativa *εἰ καὶ* hace este otro, *aunque* vosotras mismas me los nombraseis &c. Diga ahora todo hombre que tenga lógica en cual de las dos versiones hay sentido racional y coherente, y en cual un ab-

surdo y una implicacion en los términos. En la primera resulta este contexto. "Nombradme los caudillos; porque en cuanto á los soldados rasos yo no podria enumerarlos, ni repetir sus nombres, aun cuando tuviese diez lenguas &c. *á no ser que* vosotras me los dijeseis;" en cuyo caso resulta que si las Musas se los decian ya podria él repetir los nombres de todos los combatientes, sin necesitar diez lenguas, diez bocas &c. Pero ¿cómo pudo decir el poeta semejante cosa, si la razon que da en la primera parte del periodo para que las Musas solo le digan los nombres de los gefes, es la de que, por ser tantos los de los soldados rasos, él no podria repetirlos con una sola lengua, una sola boca, su voz ordinaria, y un pecho de carne y hueso? Sentada ya esta proposicion ¿no se ve la contradiccion que habria, si añadiese, "á no ser que vosotras me los fueseis diciendo uno á uno? ¿Pues qué? ¿en este caso no necesitaba ya ni las diez lenguas, ni las diez bocas, ni la voz *infrangible*, ni el pecho de bronce? Y si diciéndoselos las Musas no necesitaba ya nada de esto para repetirlos ¿por qué las pide que solo le digan los nombres de los Capitanes, dando la razon de que en órden á los de la soldadesca él no podria repetirlos, aun cuando tuviese las diez bocas, lenguas &c.? La contradiccion en este caso, la oscuridad y el embrollo son manifiestos. Al contrario, sustitúyase á la conjuncion exclusiva, ó exceptuante, *á no ser que*, la adversativa *aunque*; y todo resulta claro y coherente. ¿Qué dice entónces Homero? Lo que sigue. "Musas, decidme los nombres de los caudillos solamente, porque los de los simples soldados, aunque vosotras tuvieseis la paciencia de írmelos diciendo uno por uno, yo no podria repetirlos, aun cuando tuviese pecho

de bronce, voz incansable y diez lenguas para pronunciarlos."
Ó yo no lo entiendo, ó esto es lo que Homero dijo. Juzgue el lector.

Verso 1162. *y á medio concluir* &c. Así materialmente debe entenderse el ἡμιτελής. El diálogo de Luciano citado por Clarke lo demuestra; y buscar sentidos alegóricos, en un pasage tan claro, es propiamente soñar dispierto.

LIBRO TERCERO.

Verso 84. *gente digna de tí.* Así debe traducirse el ἑτάρους ἐρίηρας. Es expresion irónica; y la ironía desaparece, si se dice en latin *sociis charis.*

Verso 87. *De lejana tierra.* = Sigo la opinion de Damm en la inteligencia del ἀπίης γαίης. Otros le hacen nombre propio, y entienden el Peloponeso; pero hay en la Odisea un pasage que no admite esta interpretacion, porque no se trata de region determinada sino de un pais remoto. Véase en el mismo Damm, artículo ἄπιος. Aplíquese tambien esta nota al verso 464 del libro primero.

Verso 103. *ya no te cubre túnica de piedra.* = Es la traduccion literal de la expresion griega; pero siendo esta rigurosamente alegórica porque todos los términos están tomados en sentido metafórico, se ignora hoy su verdadera significacion. Unos quieren que por túnica de piedra se entienda el sepulcro, en cuyo caso el pensamiento de Homero es *ya estarias enterrado.* Otros pretenden que *vestirse la túnica de piedra* es ser apedreado: y entónces diria Homero, *ya te hubieran muerto á pedradas.* Siendo, pues, esta una de aquellas cosas que ya es imposible averiguar, porque para explicar semejantes frases alegóricas no hay otra clave que la intencion del autor, y esta nos será eternamente desconocida; he tomado el partido de dejarla en castellano tan alegórica y oscura como está en el original, para que cada uno siga la opinion que mejor le cuadre. Pero advierto que en cualquiera de ellas el fondo del pensamiento es que los Troyanos eran demasia-

do cobardes, pues no se habian atrevido á quitar la vida al hombre que les habia hecho tantos males.

Verso 132. *á la Acaya.* = El original añade un epíteto que literalmente traducido diria "en la cual hay hermosas mugeres" y Bitaubé sostiene que aquí es muy enérgico é interesante; porque Páris al nombrar la Grecia debió pensar en las hermosas mugeres que producia. Sin embargo, séame permitido observar 1.º que este epíteto se halla repetido varias veces por interlocutores que no son Páris: 2.º que este habla ahora en una situacion que no era la mas propia para pensar en hermosuras ni en sus pasadas galanterías, pues trata de salir á un desafío y con gran temor de perder en él la vida. De todo lo cual resulta que este epíteto de fórmula está aquí añadido para completar el verso. Por eso le he omitido, y lo mismo han hecho varios traductores.

Verso 257. *la penetrante voz.* = Esto es lo que propiamente significa la palabra griega λειριόεσσαν. Este adjetivo, aplicado á la voz, quiere decir que es *delgada*, *aguda*, *chillona, que se mete por los oidos y los aturde*; y no *dulce*, *suave*, *sonora*, *melodiosa*; como algunos han creido, censurando en consecuencia al pobre Homero, como si un escritor tan exacto y puntual hubiese querido hacer de las incómodas cigarras dulcísimos ruiseñores. Lo advierto para que cese la admiracion con que algunos preguntan: ¿cómo, teniendo los Griegos un oido tan delicado, gustaban del áspero y desagradable canto de las cigarras? Los Griegos no gustaban ciertamente mas que nosotros de tan desapacible música, pero alababan en estos animalejos la constancia y tenacidad con que sin cansarse, y sin que su voz pierda nada de su intension, están cantando

todo el dia. Y este es tambien el sentido en que Anacreonte elogiaba la infatigable voz de la cigarra.

Verso 286. *padre mio.* = Lo literal seria *suegro*; pero, como esta voz es algo familiar, he sustituido la de *padre*, título que aun entre nosotros dan por urbanidad las nueras á los suegros. Sin embargo en el libro vigésimocuarto cuando Elena distingue expresamente la suegra, el suegro, los cuñados y las cuñadas, ha sido preciso conservar la distincion. Allí hubiera sido ridículo decir mi madre, mi padre, mis hermanos, mis hermanas. Lo mismo sucede en el libro sexto, cuando se trata de Preto. Glauco refiere antiguos hechos; y como fiel historiador no debe llamar al Rey de Lidia *padre de Preto*, cuando lo era de su muger.

Verso 292. *y mi niña de pecho.* = Esto es lo que significa en este lugar la palabra griega *τηλυγέτην*. En general es el hijo ó hija *que ha nacido el último*, el mas chico de todos sus hermanos, si tiene otros; y antecedente por consiguiente, el mas querido de sus padres; porque en efecto estos suelen querer mas á los reciennacidos que á los ya criados. Pero como Hermione, que es de la que se trata, era hija única y estaba criándose cuando su madre se dejó robar por el Adónis troyano, no debe traducirse aquí *la menor de mis hijas*, sino *niña de pecho*. Adviértase que este solo pasage de Homero prueba contra los diccionaristas que la voz *τηλυγέτης* no puede significar *hijo que nació cuando sus padres eran viejos*, porque no lo eran Menelao y Elena cuando tuvieron á Hermione. Ambos eran muy jóvenes, acababan de casarse, y esta niña fue el primer fruto de su himeneo.

Verso 300 y sig. *y tambien mi cuñado* &c. = Esta es

la verdadera traduccion del *κυνώπιδος* y de la felicísima correccion *εἴ ποτ' ἔην γε* en latin, *siquidem olim fuit.* Los traductores como que lo han presentido, pero no han acertado á explicarlo con claridad y con toda la enfática energía del original. La Dacier dice: "Helas! malheureuse, puis je vivre, et penser que je ne puis plus lui donner ce nom?" Bitaubé "avant que l'infamie eut souillé mes jours, il etoit mont beau frere, si jamais je fus digne de lui donner ce nom." Dugas "je le nommois mon frere. Malhereuse! helas! il le fut autre fois." Monti.

un di cognato a me, donna impudica,
s'unqua fui degna che a me tale ei fosse

Versos *469* y *70*. *y continúen pagándole tambien los venideros.* Esto es lo que significa la expresion griega *τιμὴ ἥ τε καὶ ἐσσομένοισι μετ' ἀνθρώποισι πέληται*, literalmente "multa, ó contribucion, que exista aun entre los hombres venideros" y Pope y Clarke acusaron injustamente á Madama Dacier de haber errado la traduccion. Ellos, y los traductores que se han dejado arrastrar de su autoridad, creen que aquí se habla de la duracion en la memoria de los hombres; pero en el griego no hay palabra ninguna que lo dé á entender, ni puede suplirse por elípsis. Al contrario, el verbo *πέλομαι* significa siempre la existencia física y material. De consiguiente Homero quiso decir, y dijo, que vencido Páris los Troyanos debian pagar á los Griegos lo que ahora llamamos una indemnizacion por los gastos de la guerra, y que sus descendientes continuarian pagando un tributo á los hijos y nietos de los vencedores. Esta era, en efecto, la costumbre de los pueblos antiguos. El vencido no solo pagaba de una vez, como ahora, cierta can-

tidad al vencedor, sino que ademas quedaba sujeto á pagar un tributo anual, y continuaba pagándole hasta que en circunstancias favorables lograba eximirse de semejante carga. Debo advertir que Bitaubé entendió este pasage como Madama Dacier; y esta autoridad es un testimonio mas á mi favor. Dugas y Monti siguieron á Clarke.

Verso 567. *escudo plano.* = Esto es lo que significa el πάντοσε ἴσην, no, *redondo*, como algunos han traducido. Para denotar que el escudo era redondo, ó circular, empleaban los Griegos el adjetivo εὔκυκλος, *beneorbiculatus.* Cuando dicen πάντοσε ἴσῃ, *undique æqualis*, quieren decir que la superficie es lisa, llana, igual, esto es, que no presenta desigualdades ó prominencias, y se opone al ὀμφαλόεσσα, *umbilicata*, es decir, que tenia una especie de panza en cuyo centro habia cierta depresion parecida al ombligo de los animales.

Verso 620. *novillo vigoroso.* = El texto dice *muerto de muerte violenta*, para dar á entender que no murió de vejez ó de enfermedad; porque en este caso creian los antiguos, no sé si con razon, que su piel no era buena para hacer de ella correas. Y esta idea queda suficientemente explicada en castellano, con indicar que el novillo de cuya piel habia sido hecha la del morrion de Páris conservaba toda su fuerza y robustez cuando le mataron.

Verso 643. *y en mucho la preciaba su señora.* = Creo con Madama Dacier que el nominativo de φιλέεσκε es Ἑλένη suplido por elípsis, y no el relativo ἣ que antecede y se refiere á la vieja; pero no censuraré á los que siguen esta última opinion.

Versos 679 y 80. *y en prolongada agitacion, la vista*

no apartes de él. = La palabra griega es φύλασσε, y hasta ahora no ha sido bien traducida, á no ser que en la interlineal, que dice *ipsum serva*, se tome esta voz en el sentido de *observa*. Madama Dacier dijo: *"allez être sa garde fidelle."* Bitaubé y Dugas *"prodigue-lui tes soins."* Monti *"il cova."* Pero todo esto, si no está absolutamente errado, es demasiado vago, y no indica con bastante claridad lo que Homero quiso decir. El verbo griego φυλάσσω significa estar de guardia, y de aquí, en general, *guardar*, *defender* &c. pero sin salir de su significacion primitiva tiene una acepcion particular, que es la de *guardar á uno de vista*, observar todos sus movimientos, estarle siempre mirando &c., y de aquí lo que en frase familiar decimos nosotros *estarle mirando á la cara*, para ver qué quiere, qué se le ofrece, qué manda &c.; y esto es lo que Elena dice á Vénus. Ya lo indicó Damm traduciendo así este pasage *"observa eum, quid ma'it"* pero lo echó á perder añadiendo *"et ne periculis opprimatur."* Esto ya no es del caso. Aquí no se trata de que Vénus librase á Páris de los peligros que podian amenazarle, pues para dispensarle este género de proteccion no era necesario que la Diosa estuviese de asiento en su casa; desde el cielo podia guardarle y defenderle. Se trata de aquel embobamiento con que los amantes se están siempre mirando el uno al otro sin pestañear, y observándose mútuamente para adivinarse los pensamientos. La misma acepcion tiene el verbo φυλάσσω en el verso 251 del libro segundo; pero como allí no hubiera quedado claro el pensamiento diciendo *"no apartes la vista de la vuelta"* traduje *"no hables mas de retirada"* que es lo consiguiente á estar pensando siempre en ella.

Verso 731. *solo pensemos en placeres.* = La palabra griega εὐνηθέντε, en latin *concumbentes*, es mas expresiva; pero en castellano es necesario sustituir otra expresion ménos precisa. Lo mismo sucede en el verso 448 del original.

LIBRO CUARTO.

Verso 11. *hablando con los otros inmortales.*=Es la verdadera interpretacion del παραβλήδην. Este adverbio se deriva de παραβάλλειν, *arrojar*, echar, poner, *al lado*, y de consiguiente significa *volviéndose á otro lado*: y que en esta acepcion esté empleado aquí, el contexto lo demuestra. Dice Homero que Júpiter, queriendo mortificar á Juno, habló παραβλήδην, es decir, sin mirarla, dirigiendo la palabra á los otros Dioses, y como si ella no estuviese presente y no oyese lo que decia. Esto es tan cierto, y el sentido que resulta de traducir, como la version latina, *per comparationem*, es tan incoherente y absurdo; que el mismo Clarke, ya que no la corrigió, da en la nota dos interpretaciones diferentes. Primeramente dice, refiriéndose al Escoliasta de Aristófanes, que παραβλήδην puede traducirse *subdole*, con maliciosa intencion; y luego añade, *Quidni* παραβλήδην *ita accipiatur, quomodo latini dicunt, limis oculis intuens?*=*mirándola de soslayo.* Esto ya es mejor que el, *haciendo comparacion*; pero no es todavía exacto. Homero no dice que Júpiter hablaba mirando de reojo á su esposa, sino absolutamente sin mirarla, vuelto el rostro á los otros Dioses, y como haciéndose el desentendido de que ella le escuchaba. Véase ahora cuán léjos han estado los traductores de expresar esta idea tan sencilla, tan obvia, tan natural, tan graciosa y tan oportuna en la situacion del personage. Madama Dacier traduce *faisant une comparaison odieuse, et pleine de mepris.* Bitaubé, escapándose como suele decirse por la tangente, se contenta con decir: *le maitre des*

Dieux, voulant irriter Junon, profere ces paroles. Monti: con un obliquo paragon mordace.

Versos 14 y 15. *protectora de Alalcomene.* = Sigo la interpretacion del Escoliasta citado por Clarke y con cuya opinion se conforma en la nota, aunque en la version latina dejó correr el *auxiliatrix potens*. Y á la verdad no sé cómo se ha podido traducir así la voz griega; pues aunque por el valor de los radicales pudiera significar *auxiliar poderosa*, ha debido observarse que semejante epíteto era en este lugar, no solo ocioso, sino repugnante y contradictorio. En efecto, cuando Júpiter dice á Minerva que en vez de socorrer poderosa y eficazmente á Menelao se contenta con estarle mirando desde el cielo ¿cómo ha de calificarla con el epíteto de *poderosa auxiliar?* Buenas pruebas daba de serlo, y se estaba mano sobre mano sin hacer nada por el Atrida miéntras Vénus no se apartaba de Páris y le libraba de la muerte. Aquí tenemos otra prueba de lo que ya indiqué en la penúltima nota al libro egundo, á saber, que los traductores de Homero no atienden á veces á lo que el contexto indica.

Verso 170. *al padre de la luz.* = La voz griega á que estas corresponden es λυκηγενέι, que la version latina traduce *in Lycia-genito*, y extraviados por ella casi todos los traductores han dicho en sus respectivas lenguas, *Licien*, *Licio*, Dios de la Licia &c. pero para no equivocarse bastaba observar: 1.° que λυκηγενής, no puede significar *nacido en la Licia*; porque para esto era menester que la palabra fuese λυκιηγενής: 2.° que Apolo no nació en la Licia sino en Délos; y 3.° que la voz de que se trata fué ya bien explicada por Macrobio. Y á la verdad no sé cómo, citándole Clarke, no corrigió su version.

Dice Macrobio, y dice bien, que λυκηγενής se deriva, no de Λυκίη, la region llamada Licia, sino de λύκη, el crepúsculo matutino, y que con mucha propiedad se dió al sol el epíteto de λυκηγενής, como si dijéramos el que engendra el crepúsculo; porque en efecto la luz del crepúsculo es como una emanacion del sol. Sin embargo, debo yo añadir que, aunque esto sea astronómicamente verdadero, la voz griega no significa ni puede significar el que engendra el crepúsculo, ó la luz matutina, sino *el que de ella es engendrado ó nacido*. Porque todos los nombres derivados de γένος, nacimiento, linage &c. tienen significacion pasiva. Así Διογενής, Ἑρμογενής, es, no el padre de Júpiter ó Mercurio, sino el hijo de, el engendrado *por*. De consiguiente λυκηγενής deberia traducirse *el hijo del crepúsculo matutino*. No obstante, como estando acostumbrados nosotros á considerar siempre al sol como al autor, al orígen, al padre de toda luz, chocaria oirle llamar el hijo de la matutina; he preferido el epíteto ya recibido y usado al que en rigor corresponde á la palabra griega.

Verso 178. *cabra*. El original dice *cabron*; pero esta palabra es tan baja en castellano, que no me he atrevido á usarla en una epopeya.

Verso 179. *corpulenta*. El texto, como que habla del macho de cabrio, dice *lascivo*; pero este epíteto, aunque conviene tambien á la cabra, es aquí ocioso. Por eso he sustituido el de *corpulenta*, mas adecuado.

Versos 226 y 27. *y era doble la coraza.* = Los traductores han creido, como puede verse en todos ellos, que esta doble coraza consistia en que allí se unian las puntas del ceñidor; y no es eso. Lo que Homero dice es que en aquel punto

estaba doblada hácia arriba la cuera, y sujetada con el cinto. Debo advertir que el ζωστῆρ no es, ni el *tahalí* castellano, ni el *baudrier* frances; era una faja como la de nuestros Generales, con que los Griegos se ceñian el cuerpo sujetando con ella á la cintura la cuera, ó coraza, cuyas haldas se remangaban todo al rededor. El tahalí era, como entre nosotros, una especie de *bandolera* que pasando por el hombro derecho, y cruzando por encima del pecho, iba á parar á la cadera izquierda, y de cuyo remate pendia la espada. Los Griegos la llamaban τελαμών.

Versos 514, 15 y 16. *El que perdido &c.*=De las varias interpretaciones que se proponen esta es la genuina; las restantes ofrecen un sentido demasiado violento, que solo puede admitirse dando tortura á las expresiones del original. Véase la adicion de Ernesti á la nota de Clarke.

Verso 549. *Tiñan en sangre.*=Leo, αἰχμὰς δ' αἱμάξουσι, en lugar de αἰχμάσσουσι, correccion feliz que nadie ha propuesto, y que es absolutamente necesaria. Segun la leccion comun Homero habria dicho, *apunten las puntas de sus lanzas*; y segun la que yo propongo dice, *ensangrienten las puntas de sus lanzas*. Diga todo hombre de gusto cual de las dos expresiones será mas poética y elegante.

Verso 552. *Petao.* El texto dice Πετεῶο, genitivo poético de Πετέως: pero este está ático por Πέταος, como Μενελέως por Μενέλαος.

Verso 587. *columnas.* El griego dice πύργοι, torres; pero como estas, suponiéndolas redondas, ofrecen á la vista el aspecto de una *columna*; los modernos han dado este nombre á la formacion que los griegos llamaban *torre*.

Verso 593. *¿qué palabra tu lengua ha proferido?* El texto dice "se ha escapado del seto ó valladar de los dientes" pero esta expresion metafórica pareceria en castellano estudiada.

Verso 630. *¿por qué, ocioso, estás mirando desfilar las tropas?* lit. *estás mirando á las entrefilas*, es decir, al espacio, hueco ó vacío, que hay entre fila y fila de soldados. Estos espacios, ó huecos, que se dejan entre las filas para poder pasar de un lado á otro cuando las tropas están formadas, son los que con mucha propiedad llamaban los Griegos πολέμοιο γεφύρας, *puentes de la guerra;* porque en efecto están destinados á facilitar el paso de una parte á otra, como los puentes le facilitan sobre los rios. Y no sé á la verdad cómo pudo ignorar esto Madama Dacier y errar la traduccion de este pasage, haciendo que Homero diga lo que no pensó en decir. *Observez vous de là*, traduce la buena Señora, *par quels chemins vous pourrez vous dérober au danger?* Bitaubé no erró absolutamente la traduccion, pero empleó una expresion demasiado vaga, y por decirlo así, demasiado francesa, por lo cual no se ve claramente la actitud del hombre que ocioso y parado está viendo pasar los escuadrones. Traduce, "pour quoi tes regards se promenent-ils entre les rangs des combattans?" Dugas Montbel lo hace todavía peor, y da á conocer que no entendia la frase griega πολέμοιο γεφύρας. Dice así: "pour quoi mesurez des yeux l'intervalle qui separe les deux armées? Pero aquella significa el espacio que hay, no entre dos ejércitos, sino entre fila y fila de un mismo batallon. Monti erró tambien este pasage siguiendo á Madama Dacier, y diciendo *perche guardi intorno le scampe de la pugna?* Hago y

haré de tiempo en tiempo estas observaciones, para que vean los que solo han leido á Homero en traducciones hechas en lenguas vulgares que todavía no le conocen. Y qué dirémos de las latinas? La interlineal dice aquí, *cur et circumspicis belli semitas*? Muy bien; pero ¿cuáles son las sendas de la guerra? ¿quién adivinará que son los huecos ó vacíos que se dejan entre las filas? La de Alegre dice simplemente, *acies*.

Verso 749. *de brillantes ojos.*=La palabra griega es *γλαυκῶπις*, lit. *que tiene ojos de lechuza;* y como estos son verdes, se traduce así generalmente, y tambien cerúleos por el color verdemar. Pero como los ojos de la lechuza son al mismo tiempo brillantes, y este epíteto es mas poético y noble que el de cerúleos, y el mismo Homero se le da otras veces á los de Pálas; le he preferido al segundo, apoyado tambien en la autoridad de Damm. Véase en su diccionario el artículo *γλαυκῶπις*. Sin embargo, en el libro séptimo he conservado la significacion literal *de ojos verdes*, porque allí es un apodo chancero con que Júpiter solia llamar á su hija como echándola en cara aquel defecto, así como entre nosotros se dice, la *morenita*.

Verso 833. *y en el pecho le hirió cerca del brazo.* El original dice *junto á la tetilla;* pero esta voz es baja en castellano. Por la misma razon en el verso 858, donde el griego dice *la ingle* he sustituido *el cuerpo;* y en el 913 donde hay *junto al ombligo*, he traducido *por medio el vientre*: y en general en todo el poema, donde se dice *tetilla*, *ombligo*, *nalga*, *la vejiga*, *las partes pudendas*, he empleado los nombres de *pecho*, *costado*, *cuerpo*, *vientre*, *hijar*, ú otro

equivalente. Porque si bien los términos griegos son mas exactos, anatómicamente hablando; sus correspondientes son para nosotros ménos poéticos, aun cuando no sean absolutamente ignobles.

LIBRO QUINTO.

Verso 15. *varon esclarecido.* = La voz griega es ἀμύμων: y aunque los diccionarios quieren que signifique *irreprensible*, porque la suponen compuesta de α privativa y μέμφομαι; saben hoy los helenistas que debe traducirse por *famoso*, *célebre*, *ilustre*, y que se aplica á veces, como nuestro *famoso*, aun á los que lo son por sus crímenes; en cuyo sentido se toma en la Odisea cuando se dice de Egisto. Sirva esta nota para el verso 92 y el 493 del libro primero, y se verá por que en aquel he traducido el *célebre* augur, y en este *los famosos* Etíopes.

Versos 241 y sig. *Como, si hiere &c.* = Pasage clarísimo en el original, bien traducido en la interlineal latina, y equivocado en las vulgares; porque sus autores, extraviados por un Escoliasta, se han empeñado en que, ἐξάλλεται, verbo que por su composicion significa *saltar de adentro afuera*, signifique *saltar de afuera adentro*; como si en castellano se empeñase alguno en que *salir* significa *entrar*. La série de sucesos segun la intencion de Homero, y segun el valor de sus palabras, es la siguiente. Acomete el leon al establo: y al saltar la pared, ὑπεράλμενον, le hiere levemente el pastor; pero él, léjos de retirarse, acomete mas enfurecido al rebaño. El pastor ya no puede alejarle, ὃυ προσαμύνει; y temiendo por su propia vida se oculta en la choza, κατὰ σταθμοὺς δύεται; las ovejas, viéndose abandonadas por su defensor, huyen despavoridas, ἐρῆμα φοβεῖται; pero, perseguidas por el leon, caen heridas ó muertas unas sobre otras, ἀγχιστῖναι ἐπ' αλλήλησι κέχυνται: y el leon, hecho aquel estrago, salta ufano y alegre

desde el interior del establo al campo de donde habia venido, ἐμμεμαὼς βαθέης ἐξάλλεται αὐλῆς, lit. en latin, alacer ex alto (i. e. profundo) exilit ovili ¿Puede haber cosa mas clara, mas coherente y mas ordenada? ¿Y puede referirse con mas exactitud? Pues toda esta claridad desaparece en las traducciones de la Dacier, Bitaubé, Dugas y Monti. Léase en ellas el pasage, y se verá si es cierto lo que digo. Y es extraño que los tres últimos lo hayan errado, habiendo escrito despues que Clarke combatió ya en su nota el disparate del Escoliasta y las sutilezas de Eustatio, é hizo ver que ἐξάλλεται no puede significar saltar por encima de la cerca para *entrar dentro del establo*, sino para *salir* de él. Sin embargo, el mismo Clarke se equivoca en suponer que tambien puede significar *penetrar en lo mas interior;* porque entónces no seria *exilit*, como él traduce, sino *insilit*: en suma seria el mismo despropósito que combate. Ademas, en esta suposicion estaria alterado el órden de tiempo tan necesario en toda narracion; y seria ridículo que el poeta, despues de haber dicho que las ovejas caen unas sobre otras, añadiese que el leon entra en lo mas escondido del establo. ¿Para qué? ¿Para matarlas? Pero, si ya las suponemos destrozadas ¿qué mas destrozo ha de hacer en ellas la fiera?

Verso 504. *de variado color.* = Que esta sea la significacion del αἰόλα τεύχεα, lo demuestra la traduccion de Virgilio *versicoloribus armis.* Y yo creo que αἰόλος, aunque por su etimología signifique alguna vez *móvil*, *versátil*, *ligero en sus movimientos &c.* sin embargo, aplicado á las piezas de la armadura, denota siempre que eran lo que nosotros decimos *tornasoladas*, esto es, de tal mezcla de colores que *al moverse el campeon* presentaban diverso color segun el modo con que re-

cibian la luz. Así, á pesar de la autoridad de Porfirio que reprende á los antiguos Escoliastas porque entendian en el sentido de ποικίλος el κορυθαίολος, el αἰολοθώρηξ, αἰολομίτρης, de Homero, yo creo que aquellos lo acertaban, y que las interpretaciones de Clarke, Damm, y otros, son forzadas y violentas. En efecto, cuando Homero da á Héctor el epíteto de κορυθαιολος ¿no es mas sencillo entender en esto que el penacho que sombreaba su morrion, κόρυς, era de varios colores, que traducirle por esta larga perífrasis, *expedite pugnam ciens?* Ademas, el mismo Clarke, al encontrarse en el libro duodécimo, verso 208, con αἰόλον ὄφιν, ya se olvidó de su doctrina y tradujo no *movilem*, ó *contortum*, ó *se contorquentem*, sino *maculosum*. Y tradujo bien: porque realmente el color de la culebra es un verdadero tornasolado, ó un verde que segun varian los cambiantes de la luz presenta diverso matiz. Juzgue el lector; pero, cualquiera que sea su juicio, esté seguro de que Virgilio entendió el αἰολα τεύχεα como los antiguos gramáticos. Añadiré todavía que, aun entendiéndose el κορυθαιολος en el sentido figurado que le da Porfirio, debe traducirse *impetuoso*, *ardido*, *valiente &c.* pero nunca, *el que dispone*, *ó mueve*, *ó empeña con agilidad la batalla*: 1.º porque esto es hacer significar demasiado á la palabra griega; y 2.º porque en esta ninguna de las partes componentes significa *pugnam*, batalla. De consiguiente aun suponiendo que el κόρυς *morrion* se tome por el guerrero mismo que le lleva, y que αἰόλος sea *cosa que se mueve con ligereza*; el todo del compuesto será, guerrero *ágil*, *expedito &c.*, pero nunca podrá ser, *el que mueve*, ú ordena, *expeditamente la batalla.*

Verso 936. *la sacra deidad del rio Alfeo.* = El original

solo dice, *el A'feo*; pero como para nosotros es repugnante y absurdo entender literalmente que un rio tiene hijos, y aun los antiguos mismos creían que los engendraba, no el rio material, sino el Dios que de él cuidaba; he añadido, *la deidad del*; y lo mismo he observado siempre que se habla de hombres ó mugeres que se suponian nacidos de rios ó lagunas. Así en el libro segundo verso 865, donde el griego dice simplemente que Ántifo y Mésles habian sido engendrados por el *lago Gigeo*, he añadido "*por la ninfa que dió su nombre al.*" De otro modo la mayor parte no hubieran entendido lo que en realidad quiso decir el poeta.

Verso 1071. *tan alto.* = Advierto aquí, una vez por todas, que el *μέγας*, *grande*, se toma siempre en sentido literal, y significa, no como entre nosotros, hombre adornado de *grandes* cualidades, sino *alto de ta la*, *agigantado*, *corpulento*, *hombron.*

Verso 1219. *Vírgen* = Es la verdadera significacion del *ἀτρυτώνη*. Esta voz, derivada de *τρύω*, ó *τρύχω*, no quiere decir tratándose de mugeres, *invicta*, como han creido los diccionaristas y los traductores, sino lo que en latin dijo Horacio, *inta.ta*, esto es, *nondum subacta viro;* porque el verbo *τρύω*, cuando se trata de hembras, es el *subigere* ó *permolere* de los latinos, y aun mas literalmente el *perforare*. Así el epíteto de *ἀτρυτώνη* no se da jamas á Juno, aunque tambien era invicta; y solo se da á Minerva, no por su cualidad de guerrera, sino por su eterna virginidad. Para convencerse de que *τρύω* no significa *vencer*, ó *domar*, sino *agujerear;* basta notar que esta es la significacion de sus deribados *τρύπο-έω*, *-άω* y que de este último se formaron los sustantivos *τρυπάνη*,

el agujero, ó hueco, en que se coloca y mueve el fiel de la balanza, y *τρύπανον*, *barrena*, ó *taladro*. Obsérvese al paso, y es una prueba mas de lo que he dicho (y tambien de que la *υ* de los griegos se pronunciaba como nuestra *u* vocal) que del *τρυω* griego viene el *trou* frances, y su verbo *trouer*.

Verso 1274 y siguientes. *y tan firme que sola bastaria &c.* = Es la interpretacion de Ernesti, y la que debe adoptarse entre las varias que se proponen para explicar racionalmente la expresion griega *ἑκατὸν πόλεων πρυλέεσσ' ἀραρυῖαν*.

Verso 93. *bueno en demasía.* = La voz griega es πέπον; y aunque ya explicada por Damm, no ha sido bien traducida, ni en la version latina, ni en las vulgares. Aquella dice "*o mollis*," flojo. Madama Dacier se la dejó en el tintero. Bitaubé y Dugas "*foible*"; y Monti tambien "*debole*." Como si el hombre mas fuerte no pudiera ser al mismo tiempo humano, generoso y compasivo. Nada de esto es; ni Agamenon echa en cara á su hermano su falta de valor, sino su excesiva bondad, su indulgencia hasta con los Troyanos de quienes estaba tan altamente ofendido.

Versos 105 y 106. *la antigua ofensa &c.* = La expresion griega αἴσιμα παρειπών (que literalmente traducida en latin significa, no *recta* como dice la interlineal, sino *opportuna monens*) dejada en esta vaga é indefinida latitud daria lugar á creer que Homero aprobaba la crueldad de Agamenon. Y no siendo este su ánimo, sino el de dar á entender que le dijo lo que convenia para hacerle mudar de parecer; lo he indicado con mas precision, compendiando en dos palabras la principal razon en que apoyó su consejo.

Verso 191. *á los padres de familia.* = El texto dice, á los ancianos que tienen voto en los consejos. Y como estos eran todos los padres de familia, me ha parecido conveniente decirlo así claramente; porque de otro modo pareceria que solo se trataba de algunos Consejeros ó Senadores determinados que lo fuesen por dignidad hereditaria, ó por eleccion. Que el pensamiento de Homero sea el que yo supongo se demuestra por la contraposicion que hace entre los ancianos y las matro-

nas; pues no circunscribiendo estas á cierto número ni á clase determinada, se ve que tambien habla de aquellos en su totalidad.

Verso 262. *envidiable valor.* = La voz griega que corresponde á la de *envidiable* es la de ἐρατεινὴ, la cual, como deribada de ἐράω *amar*, significa en general *cosa amable.* Pero esta voz castellana y sus correspondientes en italiano y frances se dicen de las personas y no de las cosas, cuando en griego es al reves; y de aquí resulta que en las lenguas modernas tiene una acepcion desconocida en la griega. En esta da á entender que la cosa á que se da aquel epíteto excita en el hombre el deseo de poseerla, de adquirirla: en suma, equivale á nuestro *apetecible.* En las modernas, como que solo se aplica á las personas, quiere decir que por su apacible genio y su carácter bondadoso se hacen amar de quien las conoce y trata, cosa que nunca significó la palabra griega. De consiguiente nosotros nunca decimos que una ciudad es amable, y en griego se la puede llamar, y se la llama ἐρατεινὴ; y al contrario en esta última lengua nunca se dijo que un hombre era ἐρατεινὸς, y nosotros con mucha propiedad le calificamos de *amable.* Esto es evidente para los que saben griego; y sin embargo, por no haberlo tenido presente los traductores franceses é italianos, han dado en este pasage una significacion alambicada á la palabra griega, ó por mejor decir, han cometido al traducirla un verdadero galicismo ó italianismo de significacion. Así la Dacier tradujo "une valeur *aimable* qui le distinguoit de tous les hommes." Bitaubé "cette valeur que *l' humanité rend aimable.*" Dugas "le courage *uni à la douceur.*" Monti "é quel dolce valor che i cuori acquista." Nada de esto es lo que Ho-

mero quiso decir; su pensamiento es que Belerofonte estaba dotado de un valor tal que todos los demas *hubieran querido tenerle igual;* y esta idea se expresa perfectamente en castellano diciendo que excitaba su envidia, que se le envidiaban, y de consiguiente que era para ellos *envidiable.*

Verso 598. *ni valor tiene &c.* = La expresion griega que yo traduzco por la palabra *valor*; es la de φρένες ἔμπεδοι y aunque la voz φρὴν, significa en general, *el ánimo*, *la mente*, y de aquí *juicio*, *cordura*, *prudencia &c.*, el contexto y el epíteto ἔμπεδοι, con que está calificado el sustantivo, manifiestan que la expresion entera significa aquella *firmeza de ánimo* que hace arrostrar los peligros con serenidad, sin turbarse, sin mostrar temor &c., en suma lo que llamamos *valor*. Deja dicho Elena "Ya que los Dioses dispusieron que yo fuese la causa de estos males, debieron á lo menos darme por esposo un guerrero mas valiente y que fuese sensible al deshonor y á la censura de los hombres;" y añade "pero este (Páris) ni tiene, ni tendrá (cierta cualidad.)" ¿Cuál será? La que le faltaba. ¿Y cuál no tenia? El *valor*. Esto es tan evidente que los mas de los traductores han expresado la idea ya con la palabra misma que en sus respectivas lenguas significa *valor*, ya con otra equivalente. Así Madama Dacier dice "celui.... n'a nul *sentiment*." Bitaubé "manque de *fermeté*." Dugas con mas precision "son ame est sans *courage*." y Monti con una perífrasis "a costui manca il fermo carattere dell'alma." Y poco mas ó ménos todos los traductores que yo he visto.

Verso 671. *un lucero* = El texto dice *un astro brillante*; pero felizmente esta idea compleja se expresa bien con la palabra *lucero*.

Verso 681. *Infeliz* = La voz griega es δαιμόνιε; pero siendo de muy vaga significacion, y pudiendo tomarse en bueno y en mal sentido, unas veces significa *afortunado* (bono *fato gaudens, natus*) y otras *desgraciado, infeliz, malhadado.* Y en este pasage no puede dudarse que tiene esta última acepcion, pues claro es que tratando Andrómaca del peligro que corria la vida de su esposo, no tendria por gran ventura que los Griegos le matasen. Sin embargo, excepto Dugas que entendió bien la palabra griega y tradujo *malheureux!* los otros, extraviados por la version latina que dice, *animose*, han andado como á caza de sutilezas para traducir una expresion tan sencilla. La Dacier dice "Prince, *trop magnanime.*" Bitaubé "Prince *trop prodigue de tes jours*" y Monti "*Oh troppo ardito.*" Coteje el lector estas estudiadas perífrasis con la enfática y natural exclamacion, *Infeliz!* y decida, si tiene gusto, cual es la que debe preferirse. Téngase presente lo dicho en esta nota, y se conocerá por qué, traduciendo la misma palabra δαιμόνιε, he dicho en el verso 549 "en mal hora nacido!" en el 810 "consuelo de mi vida!" y en el 868 "gallardo Páris!" Las circunstancias en que se emplea aquella voz indican cómo debe traducirse.

Verso 852. *con los otros caballos.* = Como la voz ἵππος es comun de dos, y en consecuencia significa *el caballo ó la yegua*; la version latina la ha traducido en esta última acepcion. Pero no ha hecho bien; porque aquí se trata del prado ó soto en que el caballo solia pacer con todo el ganado caballar, en el cual se debe suponer que habria individuos de ambos sexos. Esto es evidente; y sin embargo la version latina ha inducido en error á tres célebres traductores, y les ha hecho ver

en una expresion tan sencilla un refinamiento de lascivia caballar en que seguramente no pensaba el buen Homero. Bitaubé dice "ses pieds.... le portent...... á ces bois *cheris* et aux paturages de *ses* juments." Como si las yeguas que allí estuviesen paciendo fuesen únicamente del caballo que se escapa del pesebre. Dugas "les paturages connues où paissent des *jeunes* cavales" como si no pudiese haber alguna que ya pasara de jóven. Monti finalmente, en un muy gracioso verso, se apartó mas todavía del original, diciendo "ai noti paschi ei vola

ove *amor d'erbe, o di puledre, il tira.*

Esto es muy lindo; pero no lo dice Homero, ni pensamientos tan ingeniosos son del gusto de su siglo.

Verso 860. *por la vez postrera.* = Esta circunstancia no está expresa; pero siendo tan interesante, y resultando del contexto, he creido necesario indicarla. En efecto, toda la antigüedad estaba tan persuadida de que Héctor no volvió mas á su casa, que por esta razon se llamó, y se llama todavía, este coloquio, la *despedida* de Andrómaca y Héctor.

Verso 868. *gallardo Páris.* = Ya dije en la nota al verso 681 que la voz δαιμόνιος varía de significacion segun las circunstancias en que se emplea. Así, allí quiere decir *infeliz*, porque habla Andrómaca, asustada al contemplar la triste suerte de que está amenazado su esposo, y aquí es *gallardo, valiente &c.* porque habla Héctor, no para reprender á su hermano como en el verso 326 del original donde por esta razon he dicho yo " en mal hora nacido" sino al contrario para desagraviarle en cierto modo, y templar el sentimiento que debió causarle la dureza con que poco ántes le tratara. Vuelvo á inculcar esta observacion, porque es importante;

y al mismo tiempo para dar una de las mil pruebas que á cada paso ofrecen las traducciones del gran peligro que se corre cuando por hermosear á Homero se sustituyen á sus sencillas expresiones refinamientos y sutilezas. Será tomada de la italiana de Monti. Ya hemos visto que cuando Páris se encuentra con Héctor procura desarmar su enojo pidiéndole perdon, digámoslo así, de haberle hecho esperar demasiado; y que en todo su discurso, discurso escrito con un delicado artificio que no se puede encarecer bastantemente, no hay ni una sola palabra que signifique *temor*. Y bien; el Sr. Monti porque a' traducir el último verso añadió para llenarle un "tem'io" que no hay en el original, tomó ocasion de aquí para comenzar la respuesta de Héctor con esta exclamacion. "*Generoso timor!*" refiriendo así el δαιμόνιε, que en el original recae sobre Páris á una entidad abstracta de que Homero no se acordó siquiera, y á la cual no puede convenir el epíteto griego.

Versos 878 y 79. *que su sangre &c.* = El griego dice literalmente "que por tí pasan, sufren, toleran &c. muchos trabajos." Pero siendo demasiado humilde esta expresion castellana, he presentado bajo otro aspecto la idea, sin omitir la circunstancia de lo *penosa* que era para los Troyanos la guerra que sostenian por culpa de Páris.

Verso 155. *Ah! si os viera yo á polvo reducidos!*=El original dice "Ojalá que todos os hicierais *agua y tierra!* Pero esta expresion, especie de fórmula para desear á otro la muerte, seria oscura en castellano; y por eso he sustituido la de, *reducidos á polvo*, que me parece mas clara para nosotros. Los demas traductores han hecho lo mismo, buscando en sus respectivas lenguas frases que expresan la idea sin traducir el texto palabra por pálabra.

Verso 215. *y de Arcadia las falanges.*=El texto dice los Arcades ἐγχεσίμωροι en latin, *hastati*, esto es, armados con lanzas. Y aunque en la traduccion he omitido este epíteto por ser de pura fórmula, debo probar que tal es la significacion de aquella voz, porque así quedará justificada la inteligencia que dí en el verso 242 del libro cuarto á la de ἰόμωροι, traduciendo *archeros*. Para ello basta observar que estos adjetivos, siendo compuestos respectivamente de ἰὸς, *saeta*, y ἔγχος, *lanza*, y de μοῖρα, *la suerte*, *el hado &c.* significan "aquel á quien cupo en suerte disparar flechas, ó manejar la pica" y sencillamente, *archero*, *lancero*. Esta es su literal significacion, y la otra que algunos quieren darles de "hombres destinados á morir de un tiro de flecha, ó lanza" es traida con maromas, sin que pueda citarse un pasage de Homero en que sea necesario recurrir á ella, y no sea preferible la primera. Así en el verso del libro cuarto ¿no seria ridículo que Agamenon dijese á los soldados para animarlos á combatir. "O Argivos, que estais condenados por la Parca á morir atravesados por las flechas enemigas." Buen anuncio era para que marchasen animosos á

la pelea. Al contrario ¿no debemos estar seguros de que, siendo los archeros tropas ligeras de ménos importancia y ménos estimadas que los oplitas, y queriendo Agamenon avergonzar á los que veia algo acobardados, los llamase por desprecio *viles archeros*? Es para mí tan evidente, como si el mismo Homero resucitara y nos explicase la acepcion en que tomó la palabra *ἰόμωροι*.

Verso 217. *Feya.* = Sé que conservando la ortografía latina, como en otras voces, deberia escribirse en castellano *Fea*; pero he interpuesto la *y* para evitar la homonimia con la terminacion femenina de nuestro adjetivo *feo*.

Verso 390 *de pie's fabricado* = El texto dice *árido*, ó *seco*. Pero como tales son los cueros al pelo de que entónces se fabricaban los escudos; es claro que aquí está el consiguiente por el antecedente. No haria esta advertencia si no viese á cada paso que los traductores, por no atender bastante al sentido figurado y empeñarse en traducir las voces segun su valor etimológico, han hecho insípido y ridículo al mas elocuente de todos los escritores. Ya dí algunas pruebas en el Arte de hablar, y aquí tenemos otra entre las innumerables que pudiera encontrar en toda la Ilíada. Bitaubé tradujo "le bouclier *brulant*" como si de un escudo se pudiera decir, aun por metáfora, que es *abrasador ó ardiente*: y Dugas bouclier *épais*, broquel *grueso*.

Versos 392 y 93. *Sé combatir á pié, y en cadencioso movimiento cargar al enemigo.* = Este es un pasage en que por las traducciones vulgares que tengo á la vista es imposible adivinar lo que Homero quiso decir. El texto es *οἶδα δ᾽ ἐνὶ σταδίῃ δηΐῳ μέλπεσθαι Ἄρηϊ*: y la version latina en prosa dice, no

del todo mal. "Scio quoque in stataria pugna ad sævi sonos gressum-componere Martis." Pero aunque esto ya da alguna idea del pensamiento del poeta, los traductores en lenguas vulgares lo han embrollado y confundido hasta el punto de que ellos no se entienden á sí mismos. La Dacier dice "Je sais pousser mon ennemi, et donner au dieu Mars *un spectacle agréable.* Bitaubé, con una interrogacion que ni hay ni debe haber en el original, exclama. "Faut-il combattre à pied? je marche aux sons du cruel Mars." Pero ¿cuáles serán *los sonidos del cruel Marte*? Dugas "dans la plaine je combats vaillamment á la voix du dieu Mars." Pero 1.° ἐνὶ σταδίῃ, no es en la llanura, sino á pié firme; y 2.° *combatir á la voz de Marte* da á entender que Marte es el General que manda la batalla, y no es esto ni de cien leguas lo que Homero quiso decir. Monti "so... a pie fermo danzar nel sanguinoso ballo di Marte." Esto ya se acerca al verdadero sentido de la frase griega; pero por desgracia la italiana y la castellana que la corresponde son oscuras, bajas y estudiadas. En efecto ¿qué significaria en castellano "sé danzar en el sangriento baile de Marte?" Ni ¿cómo podria entrar en una epopeya la expresion *danzar en el baile*? Y, suponiéndola noble ¿cómo podria emplearse sin afectacion? El verso de Homero alude á la danza llamada *pirriquia*, en la cual los jóvenes, al compas y música de los instrumentos marciales, se ejercitaban en el manejo de las armas y en evoluciones militares; y de consiguiente el pensamiento que Homero pone en boca de Héctor es el siguiente. "Cuando peleo, no desde el carro, sino á pié firme, cuerpo á cuerpo, sé esgrimir la espada, ó manejar la pica, y ejecutar los movimientos con tanta precision y regularidad

como se hace en la danza pirriquia consagrada á Marte." Y como el explicar con toda esta prolijidad una alusion que en el original solo tiene tres palabras, hubiera sido comentar y no traducir; he creido que la idea quedaba suficientemente indicada con decir. "Sé cargar al enemigo en cadencioso movimiento" reservando para esta nota explicar mas extensamente la alusion del original. Si todavía no lo he acertado, agradecería que se me indicase otra expresion mas clara y mas poética, pero que no se aparte mucho del texto y conserve su concision.

Versos 495 y siguientes. y la *espada &c.* = Los antiguos observaron que Ayax se mató con la espada que Héctor le regaló en esta ocasion, y que el cadáver de Héctor fué atado al carro de Aquíles con el ceñidor de Ayax, de lo cual resultó, dicen, el proverbio de que *hasta las dádivas de los enemigos son funestas.* Pero yo debo advertir que la segunda parte de la observacion no es conforme á la narracion de Homero. Este no dice, ni indica siquiera, que Aquíles ató á su carro el cadáver de Héctor con el ceñidor de Ayax. Al contrario, dice expresamente que horadados los piés por la parte de atras, junto al tobillo, metió por los agujeros unas correas hechas de piel de buey; palabras que no pueden significar *un ceñidor de púrpura.*

Versos 526 y 27. *y al servirse &c.* = Esta circunstancia no está explícita en el original; pero en castellano conviene indicarla para mayor claridad

Verso 530. *en premio del valor &c.* = Toda esta fuerza tiene la voz γέραιρε del original.

LIBRO OCTAVO.

Verso 61. *No de los griegos* &c. = La expresion griega ὄυ νύ τι θυμῷ πρόφρονι μυθέομαι, literalmente, *no hablo con ánimo resuelto* (á hacer lo que digo) es algo genérica; pero el contexto da á conocer que Júpiter trata de calmar el temor que su discurso habia inspirado á Minerva, á saber, el de que intentaba acabar con el ejército de los Griegos. Ha sido, pues, necesario expresar la idea con toda claridad y precision. Y por no haberlo hecho los demas traductores, han dejado oscuro el pensamiento. Consúltense, y se verá.

Versos 96 y 97. Entre el 57 del original que corresponde al 1.º y el 66 que corresponde al 2.º hay otros ocho cuya traduccion he omitido porque están tomados los dos primeros del libro segundo, y los seis últimos del cuarto, y esta repeticion es una de aquellas que conocidamente son de los Rapsodes, y no del poeta. Fácil es probarlo. Que Homero al anunciar por la primera vez que el ejército troyano sale á campaña, diga

á las armas presurosos
todos corrian, y las puertas todas
fueron abiertas, y en tropel confuso
el ejército entero á la batalla
desalado corria, así peones
como ginetes, con inmenso ruido:

es oportuno, y casi necesario en aquella situacion. Pero que, al continuarse la pelea, suspendida por la noche é interrumpida luego por la tregua, vuelva á repetir la misma descripcion, es inútil, intempestivo, y sobre todo contradictorio con lo que dijo en el libro séptimo, verso 370, y repitió al 380.

Allí se ve que suspendida la batalla por la llegada de la noche el ejército de Troya permaneció reunido, y segun parece, acampado fuera de los muros; y como luego no se indica siquiera que volviese á entrar en la ciudad, mal pudo salir al otro dia para dar segunda batalla. Y aun cuando supongamos que en efecto entró despues de quemados los cadáveres, seria impertinente superfluidad hacer la descripcion de su segunda salida. Digo lo mismo en cuanto á la segunda parte del pasage que yo he omitido. En efecto, que al hablar el poeta del primer encuentro de los dos ejércitos le describa con toda extension y magnificencia, diciendo

Cuando ya las escuadras á encontrarse
en su marcha vinieron; los escudos
se entrechocaron y en el aire alzadas
se cruzaron las picas, y el aliento
se mezclaba tambien de los armados.
Y al oponer los cóncavos broqueles
el uno al otro inmensa vocería
se alzó en el campo, y juntos resonaban
del matador el insolente grito
y el triste lamentar del moribundo,
y de sangre la tierra fué inundada:

es del caso, y la situacion exigia toda esta grandilocuencia. Pero repetir esta descripcion siempre que se hable de empezar una batalla, no es propio del fino gusto de Homero. Este por una especie de inocentada, ó por conformarse con la práctica de su tiempo, repite los mismos versos cuando tiene que repetir las mismas ideas; pero no repite las mismas ideas, cuando no hay necesidad.

Verso 216. *Se escondieron.* = La traduccion literal de la palabra griega *κατεπτήτην* es, *se agacharon ó agazaparon*; pero desgraciadamente ambas voces son bajas.

Verso 373. *en medio los banquetes.* = El texto dice "comiendo muchas carnes de los bueyes que tienen altos (ó mas bien derechos) cuernos." Pero siendo inútil este epíteto, y estando las carnes por cualquier otro manjar; me ha parecido que bastaba la expresion genérica, *en medio de los banquetes.* Sin embargo, si se quiere otra mas literal, léase "carnes de buey comiendo."

Verso 640. *Y empuñó la pica.* = He omitido la traduccion de los seis versos que siguen y están copiados del libro quinto; porque nadie me persuadirá que habiendo Homero omitido con tanto juicio la descripcion del carro, la del casco, y la del escudo, hubiese conservado la de la pica; y la noticia, allí oportuna y aquí ya intempestiva, de que las Estaciones están encargadas de abrir y cerrar las puertas del cielo. Repeticiones tan insulsas, y de tan mal gusto, no pueden ser de un escritor que tan conciso sabe ser cuando conviene. Al contrario: es para mí tan claro, como si lo hubiese visto, que los Rapsodes, recitando de memoria este y otros pasages en que se halla repetido un verso, iban ensartando los siguientes sin advertir que entónces ya no venian al caso. Así aquí, habiendo llegado al 389, y dicho el λάζετο δ' ἔγχος, continuarian maquinalmente βριθὺ, μέγα, &c. y estas insustanciales repeticiones pasaron á los códices manuscritos y de estos á las impresiones. Mas, si á pesar de estas razones se ostinase alguno en suponerlas de Homero, puede añadir aquí despues de *pica*,

pesada, y grande, y poderosa, y fuerte,

con que destrozar suele las hileras
de los guerreros, si inflamada en ira
con ellos cierra en desigual batalla
la hija temible del potente Jove.
Con el látigo Juno á los caballos
aguijó diligente: y por sí mismas
se abrieron, rechinando sonorosas,
las puertas celestiales donde asisten
las Estaciones; pues del ancho cielo
y del Olimpo franquear la entrada
tienen á su cuidado, ó prohibirla:
y ya separan las espesas nubes
que ocultan de los Dioses el alcázar,
ya con ellos le cubren. A la puerta
dirigieron las Diosas los caballos &c.

Verso 749. *Júpiter así habló.* = Aquí he suprimido tambien unos cuantos versos malamente repetidos del libro cuarto. Son los siguientes:

Así Júpiter dijo: y al oirle
Minerva y Juno, que los áureos tronos
inmediatos tenian, y de Troya
entre sí la ruïna concertaban,
de cólera los labios se mordieron.
Minerva, aunque irritada con su padre
y de altísimo enojo poseida,
no siendo osada á replicar á Jove,
permaneció en silencio; pero Juno,
ya contener la cólera en el pecho
no pudo y exclamó.

Verso 758. *todos de perecer.* = Aquí hay en las ediciones otros tres tomados del principio de este mismo libro, y que yo dejo traducidos así:

Si tú lo mandas
parte no tomarémos en la liza;
y á los Dánaos consejos saludables
darémos solamente, porque todos
víctimas de tu cólera no sean.

Pero ¿quién no ve que estas expresiones, oportunas en boca de Minerva cuando Jove intima á todos los Dioses la órden de no auxiliar á Griegos ni á Troyanos, serian soberanamente absurdas y ridículas en boca de Juno cuando acaba de quebrantar aquel mandato? Para mí es mas que probable que esta y la anterior repeticion no son del poeta; pero si alguno piensa de otro modo, es muy dueño de repetir en la traduccion los versos que yo he suprimido. Añado que solo en este libro, y en otros dos muy cortos pasages, me he tomado la libertad de omitir versos de los que se hallan en las ediciones; porque creo que si Homero resucitase me lo agradeceria.

Verso 880 hasta el 888. *y despues á las Deidades* &c. Algunos de los versos que en el original corresponden á estos ocho de la traduccion no se hallan en las ediciones comunes; pero Barnes y Wolf los insertaron en las suyas porque los citó Platon. Y en efecto, su autoridad es tan decisiva, los versos son tan homéricos, y la voz *κνίσσην* que las ediciones conservan en el verso 548 es tan ritual en los sacrificios; que si no se hallasen conservados en un autor tan antiguo, seria necesario suplirlos ó insertar otros equivalentes. Suprímanse, y se notará el vacío que resulta saltando desde el *cortaron leña*

hasta "los vientos llevaban al cielo el olor de las carnes asadas." Si aun no ha dicho que encendieron aquella leña, y que en ella pusieron á asar las carnes de las reses ¿cómo ha de pasar á decir que los vientos llevaban su olor al cielo? Véase la nota de Clarke adicionada por Ernesti.

LIBRO NONO.

Verso 171 y sig. *En honor tuyo* &c. = He explicado el pensamiento, pero no he traducido las palabras materiales del autor; porque la expresion griega σέο δ' ἕξεται ὅ, ττι κεν ἄρχῃ, es alegórica, y para nosotros tan oscura, que traducida literalmente "de tí estará asido, ó pendiente, lo que domine ó prevalezca" nada significaria. La version latina quiso aclarar el concepto diciendo "*penes te autem erit quidquid optimum visum fuerit*" pero la frase castellana que literalmente corresponde, á saber, "en tu mano, en tu arbitrio, estará lo que haya parecido mejor" es demasiado vaga. Así los traductores han recurrido á varias perífrasis que con mas ó ménos claridad dicen sustancialmente lo que parece quiso decir el poeta, pero no se atienen á lo literal del texto. Madama Dacier dice: "Le bon avis, des que vous l'aurez suivi, deviendra le votre, et vous fera autant, ou plus d'honneur, qu'a celui qui l'aura donné." Bitaubé "c'est à toi de choisir celui qui mérite la preférence." Esto es traducir la interlineal latina, pero no es exactamente lo que dice el griego. Dugas "Cette pensée sera ta gloire; car seul tu peux l'exécuter." La primera parte va bien: la segunda es una sutileza en que Homero no pensó. Monti "chè il buon consiglio, da qualunque ei vegna, tuo lo farai coll' eseguirlo." Algo mas se acerca esto, pero no es todavía la idea del poeta. Este, segun la interpretacion de los antiguos Escoliastas y segun el contexto, que es el mejor comentario, repite aquí en otros términos lo que en el libro cuarto deja dicho por boca de Diomédes, es decir, que si la expedicion de los Griegos contra el Asia tenia feliz

éxito, la gloria sería del Generalísimo; así como tambien se- ria suya la ignominia, si el ejército era destruido. El pensamiento es este. "Atrida! tú, como Gefe nuestro, debes dar el primero tu dictámen sobre el partido que conviene tomar en estas circunstancias; pero debes tambien oir lo que digan los otros caudillos, para que examinados los diversos pareceres se siga el mas acertado y ventajoso; en inteligencia de que, cualquiera que fuere, cederá en tu honor si es el que conviene para salvar el ejército." Véase el artículo ἔχω en el diccionario Homérico de Damm; y allí se encontrará largamente explicado este pasage, claro en el fondo de la idea, pero algo oscuro en la expresion por estar tomadas todas las voces en sentido metafórico.

Versos 221 y 22. *que no he participado* &c. La version interlineal latina dice: "numquam ejus cubile ascendisse, vel cum ea rem habuisse, qua mos est virorum, et mulierum" y aun pudiera ser mas expresiva; pero en castellano me ha parecido conveniente indicar con alguna oscuridad las dos primeras ideas y suprimir la tercera, porque vuelve á repetirse en el libro 19.º Lo mismo han hecho Bitaubé y Monti. Aquel se contenta con decir "j'ai toujours respecté sa pudeur" y este con mas precision "unqua il suo letto non calcai." Madama Dacier dijo con mas extension, aunque sin faltar á la decencia "jamais je n'ai pris avec elle la moindre des libertés que les hommes peuvent prendre avec leurs captives."

Verso 533 y 34. *que animosos combatian por sus esposas.* = Pasage clarísimo que casi todos los traductores han errado dando al texto unos tornillazos tan violentos, que á no verlo no pudiera creerse que hombres, por otra parte doctí-

simos, hayan podido decir semejantes absurdos. Unos han hecho del *σφετεράων* un posesivo de segunda persona plural, y han dicho "en defensa de *vuestras* mugeres" en lo cual hay dos disparates. 1.° el *σφέτερος* siempre es de tercera persona, y de consiguiente no puede significar *vuestras*, sino *suyas*. 2.° traduciendo de *vuestras mugeres*, diria Aquíles que él habia peleado por las de Ayax, Ulíses y Fénix que eran los tres con quienes hablaba; pero Fénix no era casado, de Ayax no consta que lo estuviese, y respecto de Ulíses nada tiene que hacer aquí la buena Penélope por la cual ciertamente no se combatia bajo los muros de Troya. Otros, siguiendo una de las interpretaciones de los escolios publicados por Victorio y haciendo al *σφέτερος* de tercera persona de dual, le refieren á los Atridas de los cuales aun no se ha hecho mencion, y quieren que Aquíles diga "he estado peleando por las mugeres *de los dos*: en lo cual hay otro absurdo mayor. Allí se peleaba por Elena, y esta era una sola muger y no muchas mugeres; y lo era de un solo Atrida, no de los dos. Pero no hay la menor necesidad de recurrir á estas arbitrarias suposiciones, ni de violentar el texto. Este dice *ἀνδράσι μαρνάμενος, ὀάρων ἕνεκα σφετεράων*; en latin, literalmente "cum viris pugnans, mulierum causa suarum." Y este *suarum* ¿á quién puede referirse, sino al *viris* que precede? ¿Y qué significará en castellano? Que Aquíles habia peleado con los Troyanos, los cuales por su parte combatian para defender sus hogares, sus familias, *sus esposas*, sus hijos, sus riquezas &c. así como Aquíles aspiraba á destruir sus casas, hacer esclavos á sus hijos y sus mugeres, y apoderarse de sus bienes. Pero de todas estas cosas solo indicó la mas preciosa, que es la muger, y la indicó para dar á

entender que aquellos combatian como desesperados tratándose del objeto que les era mas caro. Y no se crea que esta es sutileza mia. El mismo escolio citado añade esta interpretacion, diciendo *πολεμῶν πρὸς ἄνδρας ὑπὲρ παίδων ῥιψοκινδύνως ἀγωνιζομένους*; lit. en latin, "bellum gerens contra viros pro filiis (suis) strenue pugnantes." Y aunque Clarke dice que esta interpretacion *es algo lánguida*, no es sino muy enérgica, y la única verdadera. Véase el artículo *σφέτερος* en el diccionario de Damm que la trae y defiende, sin embargo de que en el artículo *ὄαρ* habia adoptado la otra.

Verso 872. *ofrecer las primicias.* = El texto dice celebrar las fiestas *Talisias*; pero esta palabra, que solo esta vez se halla en Homero, se explica por Teócrito y otros autores; y por ellos sabemos que se llamaban así las fiestas que los Griegos celebraban despues de la cosecha, en las cuales, ademas de ofrecer á los Dioses las primicias de los frutos, se les hacian tambien sacrificios cruentos. Por eso añade que los otros Dioses se regalaban con hecatombes.

Verso 876. *y la cerdosa piel.* = Así dice el texto; pero entiéndase, parte por todo, la piel y la carne; porque en el jabalí recien muerto no pueden separarse ambas cosas.

Verso 1143. *que se vaya, ó que se quede.* = Conozco que estas expresiones son algo familiares; pero corresponden tan exactamente á las del original, y son tan propias en boca del personage que habla y tan acomodadas al tono general de su discurso; que sustituyendo otras mas elevadas, se hubiera quitado á esta efusion del corazon toda la belleza que tiene.

Verso 57, 58 y 62. *su reluciente armadura tomaba.*=*tomar las armas.*=Así dice el texto; pero, ó este fue alterado por los copistas, ú Homero se olvidó de lo que deja dicho poco ántes. Yo me inclino á lo primero. En efecto, acabando de referir que Agamenon solo se cubrió con la túnica y una piel de leon, y que de las armas solo tomó su lanza ¿cómo pudo añadir al instante que cuando llegó su hermano estaba poniéndose *sus hermosas armas?* Ni ¿para qué se las habia de poner, si no iba entónces á pelear? Y si ninguno de los otros gefes que se reunieron iba armado de punta en blanco ¿por qué en un Consejo privado habia de presentarse el Generalísimo cubierto de su brillante armadura, cuando esto no era permitido aun en las juntas generales del ejército? Esto es para mí tan evidente, que si no hubiera temido la censura de los supersticiosos adoradores del texto tal como se halla en los códices, hubiera escrito el pasage de esta manera:

Y cerca de la proa de su nave
le encontró cuando ya se encaminaba
de Néstor á la tienda; y su venida
á Agamenon fué grata. Menélao
el primero le habló, y así le dijo.
"¿Por que tú, dulce hermano, y á estas horas
"dejaste el lecho? Persuadir intentas, &c.

Esto es lo que exige el contexto, y lo que el poeta debió decir: en lo que ahora leemos hay, como dejo probado, una contradiccion con lo que precede, y una palpable inverosimilitud de aquellas que no se hallan en Homero.

Verso 277, 78 y 79. *sus anchos hombros con la piel cubria &c.* = Estos tres versos, que corresponden al 177 y 78 del texto, son los mismos que el 23 y 24, y están malamente repetidos. Porque, si Diomédes se habia acostado sin quitarse la armadura ¿para qué, estando cubierto con ella, habia de ponerse encima la piel de leon? Estas pieles de fiera solo se tomaban cuando el guerrero no tenia puesta la coraza. Lo vimos en el libro tercero hablándose de Páris, y en este lo hemos visto igualmente tratándose de Agamenon y Menelao. Es evidente; pero no me he atrevido á suprimir esta inútil repeticion, porque la nacion de los gramáticos no me trate de impío profanador de los códices.

Verso 411. *Cascos de monte.* = En rigor hubiera debido traducir *monteras*, porque en efecto esto es lo que significa la voz griega *κατάιτυξ*. Esta era una especie de casco chato ó aplastado, hecho de pieles, del cual usaban en la caza mas para abrigo que para defensa contra las fieras. Y esta ès la razon de que no tuviese cimera ni penacho, como lo nota Homero; porque esta parte del morrion militar estaba destinada á recibir y embotar los tajos de espada que el enemigo podia descargarles sobre la cabeza, y que sin aquella defensa serian todos mortales. Y como por parte de las fieras no corrian semejante peligro, no se ponian en la cabeza arma defensiva contra las cortantes, sino un casco de piel que les sirviese de abrigo, y á lo mas los resguardase tambien de alguna guantada. Sin embargo no me he atrevido, por parecerme baja, á usar la voz *montera*, y en su lugar he dicho *casco de monte.*

Verso 628, 29 y 30. "Es Héctor quien con muchas *súplicas* y *promesas* me ha sacado fuera de mi razon." Pasage en

que casi todos los traductores se han equivocado, por no haber hecho en el texto una ligera y necesaria correccion. Voy á demostrarlo. Leyendo ἄτῃσι, voz que significa *daño, perjuicio*, resulta este pensamiento "Héctor me ha sacado fuera de juicio con muchos daños" pero así no hay sentido. En efecto ¿qué significa *sacar á uno de juicio con muchos daños*? Estos daños ¿son del que saca á otro de juicio, ó del que es sacado? Si lo segundo, el ἄτῃσι será un ablativo de instrumento. Pero ¿cómo los daños pueden ser el medio de que uno se vale para seducir á otro? ¿No serian en este caso las promesas y la esperanza de que haciendo lo que se le dice conseguirá algun bien? Si lo primero, es mayor el absurdo todavía ¿Quien hasta ahora ha seducido, ni seducirá jamas, á otro para que haga una cosa de la cual han de resultar muchos daños al mismo que la propone? Pues bien, estos absurdos se evitan con añadir á la voz ἄτῃσι una ι y leer ἄιτησι. Entónces resulta este sentido racionalísimo y congruente. "Héctor me sacó de juicio con sus muchas súplicas, ó instancias." Y no se oponga á esta sencilla y felicísima correccion, que la voz ἄιτη no se halla en los diccionarios: 1.º porque no hay hasta ahora ninguno en que no falten algunas, aun de las que se conservan en los autores cuyos escritos tenemos: y 2.º porque aun suponiendo que en ninguno de ellos se encuentre; nadie podrá decir que no fué usada en tiempo de Homero, siendo la raiz del verbo αἰτέω, tan comun y tan usado. Debo advertir que el traductor latino conoció sin duda el absurdo que resulta de la leccion comun, y procuró salvarle dando á la preposicion latina *cum*, una acepcion que no es aquí la del σὺν griego, del cual está regido el ablativo ἄτῃσι. El σὺν significa *con*, es decir, por medio de

pero el traductor latino, traduciendo *cum*, da á esta preposicion el sentido de *juntamente*, ó mas bien de *para*, diciendo "multo me meo *cum* damno præter voluntatem induxit Hector" esto es "Héctor contra mi voluntad me indujo (se entiende á venir) *con*, ó *para*, mucho daño mio." Pero semejante traduccion está errada en todas sus partes. 1.° El ablativo en este caso no seria del verbo ἤγαγεν, sino del infinitivo ἔρχεσθαι callado por elípsis: y no es así. El ἄτησι, ó ἀίτησι, debe juntarse con el ἤγαγεν, es de instrumento, é indica el medio de que Héctor se valió para seducirle. 2.° El παρὲκ νόον, no significa *præter voluntatem*, sino *extra mentem*, *rationem &c.* 3.° El ἤγαγεν no es tampoco *induxit*, sino simplemente *duxit*, ó á lo mas, *eduxit*, por la fuerza del ἐκ que está unido al παρ. En suma, la frase debe ordenarse, y traducirse luego, de este modo: Ἕκτορ ἤγαγεν μὲ παρὲκ νόον πολλῆσιν ἀίτησιν. "Héctor me sacó fuera de juicio con sus muchas súplicas." Dije al principio de esta nota que *casi* todos los traductores han entendido mal este pasage, porque Madama Dacier, Damm, y algun otro han indicado el verdadero sentido; pero debo añadir que lo hacen, ó añadiendo palabras que no hay en el texto, ó dando al ἄτησι acepciones que no tiene ni puede tener. Así Damm quiere que signifique *decept'onibus*, y la Dacier hace una concordancia de lo que en el original es un simple sustantivo, y traduce "Hector m'a renversé l'esprit, et m'a séduit, par ses *promesses pernicieuses*."

LIBRO UNDÉCIMO.

Verso 40. *diez listones de acero pavonado.* = El texto dice *de negro ciano.* Y como los diccionarios solo dan á la voz *κύανος* la significacion *de color azul oscuro*; si á ellos hubiéramos de atenernos, traduciríamos, diez listones de *negro azul oscuro.* Pero entónces preguntaria el lector, y con razon "y esta cosa negra azul-oscura ¿cual era?" y no sabríamos responderle. Esto quiere decir que el pasage de que tratamos prueba él solo, contra todos los diccionarios, que el *ciano* era una especie de metal y no un color. En efecto aquí vemos que la coraza de Agamenon tenia doce listones de oro, veinte de estaño, y otros diez de cierta cosa negra. Pero esta cosa debia ser un metal, pues los otros listones eran de ciertos metales, y se hace entre todos ellos la debida distincion. Pero ¿cuál seria este metal? No es difícil determinarlo. Por los derivados de *κύανος*, se ve que esta sustancia era de un color azul oscuro, y como aquí se refuerza la idea calificándola ademas con el epíteto de *negruzca*, resulta que el *ciano* era un metal azulado, y tan oscuro que casi se confundia con el negro. Y como este color es el que tiene el acero pavonado; es evidente, á lo ménos para mí, que los diez listones eran de este metal. De la misma opinion son la Dacier, Bitaubé, Dugas y Monti.

Verso 289 y siguientes. *de voraces buitres grato alimento &c.* = El texto dice solamente "mas agradables á los buitres que á sus mugeres." Pero dejado el pensamiento en esta vaga generalidad, nada diria á la mayor parte de los lectores. Ha

sido, pues, necesario individualizar con mas precision la idea en el sentido que los buenos traductores han dado á la expresion original. Eustatio quiere que sea una especie de pulla; como si Homero dije e que los escuderos muertos eran mas gratos á los buitres que lo habian sido en vida á sus mugeres. Pero semejante bufonada, ni es del gusto de Homero, ni cuadra con el tono general del poema, ni podria aplicarse á los escuderos exclusivamente. ¡Cuantos de los mismos Gefes serian poco amados de sus esposas! En Agamenon se vió.

Versos 585 y 86. *Ambos eran hijos de Mérope el Percosio.* = Aquí repiten las ediciones los tres versos y medio del libro segundo en que se dice que este Mérope, previendo como adivino que sus dos hijos moririan en la guerra, no les permitia venir á la de Troya; pero ellos despreciaron sus consejos, porque su hado era el de perecer en ella. Y yo he omitido esta repeticion, porque me parece de los Rapsodes y nó del poeta. En efecto, que al dar el catálogo de los campeones que acaudillaban las tropas auxiliares de los Troyanos indicase Homero esta circunstancia, hablando de Adrasto y Anfio, es oportuno, y si él no lo hubiese dicho nadie lo hubiera imaginado siquiera; pero volver á repetirlo sin necesidad solo puede atribuirse al mecanismo de la memoria en los Rapsodes. Llegando estos, al recitar el verso 329 de este libro undécimo, al emistiquio *υἷε δύω Μέροπος Περκωσίου*; es muy natural y verosímil que por una involuntaria reminiscencia continuasen *ὃς πέρι πάντων* &c. como en el libro segundo, y malamente repetidos por ellos los tres versos siguientes, es muy fácil que pasasen á las copias manuscritas. Sin embargo, si así no fuese y esta es una de las inocentadas de Homero, pueden repetir

los lectores en mi traduccion las últimas palabras del verso 1390 del libro segundo y los seis siguientes, leyendo así todo el pasage:

y ambos eran hijos
de Mérope el Percosio. Este sabia
de adivinar el arte cual ninguno,
y á sus valientes hijos no dejaba
que á la guerra viniesen destructora;
pero ellos sus avisos despreciaron,
porque al imperio de la negra muerte
los arrastraba el hado inevitable;
y á los dos este dia Dïomédes
de la vida privó.

Versos 610 y 11. *Sobre nosotros, cual torrente hinchado &c.*=El texto dice "este daño, el furibundo Héctor, viene rodando sobre nosotros." Pero ya se deja conocer que en castellano para traducir la expresion metafórica, *viene rodando*, es menester comparar ántes á Héctor con algun objeto, del cual pueda decirse que rueda, ó viene precipitado. Por eso, pues, he dicho, *cual torrente hinchado* "se precipita sobre nosotros." Del mismo arbitrio se han valido los demas traductores. Madama Dacier dice. "Voici *un furieux orage* qui vient fondre sur notre tête." Bitaubé "*C'est contre nous que roulent ces flots precipités par Hector furieux*, y Dugas "Cette tempête, *qui roule vers nous*, c'est le furieux Hector." Monti sustituyó otra imágen y dijo,

ci piomba adosso
del furibondo Etorre la *ruina*.

Versos 694 y 95. *y los voraces buitres en torno de él*

asisten, y no esclavas. = Repito lo que dije en la nota al 289. Esta no es una impertinente bufonada, es una efusion de ternura y sensibilidad por parte del poeta. Le representa su imaginacion el cadáver ensangrentado de un poderoso caudillo, en torno del cual andan revoloteando los buitres para devorarle; se le ocurre la triste, pero oportuna, reflexion de que en otro tiempo estaba así rodeado de elegantes esclavas que observaban sus menores movimientos para adivinar y prevenir sus deseos; y no puede resistir al deseo de comunicar á sus lectores esta tierna é interesante observacion.

Verso 1090. *por piés de fino acero.* = El texto dice que tenia *piés de ciano*; pero por el verso 24 de este libro se ve que el ciano de los Griegos era lo que nosotros llamamos acero pavonado. Los traductores han creido que aquí se trataba del color, y se han equivocado; se trata de la materia.

Verso 1093. *y de la harina mas pura tierno pan.* = Esto es lo que significa la expresion griega ἀλφίτου ἱεροῦ ἀκτήν, y los traductores no la han entendido por no tener presente que en griego los adjetivos, δῖος, ζαθέης, ἱερὸς, y otros semejantes, significan por metáfora todo lo que en su línea es *exquisito, excelente, lo mejor*. De consiguiente aquí dice Homero, con una perífrasis poética, que Hecamede trajo lo que nosotros llamamos *pan de flor*. Ademas, cuando las palabras materiales no lo indicasen con bastante claridad, el contexto demuestra que la cautiva puso en la mesa, no harina en polvo, sino pan. Si el poeta dice primero que les sirvió unas cebollas para que les excitasen la sed, y ademas una porcion de miel, y continúa diciendo que á estos manjares añadió cierta cosa de harina ¿no es evidente que esta cierta cosa era pan, y que no podia

ser la harina misma en sustancia? ¿Ha comido nadie hasta ahora las cebollas y la miel con harina cruda?

Verso 1094. *hermosa taza.* = La palabra griega δέπας, significa en general *copa*, ó vaso para beber; pero, por la descripcion que Homero hace de este, se ve que era lo que nosotros llamamos un *cuenco* ó tazon, en el cual echó y revolvió la esclava vino, queso y harina, para que luego sacase cada uno con su vaso la porcion que quisiese.

Verso 1100. *el espacio llenaban* = La voz griega es νεμέθοντο: y como este verbo significa comunmente *pacer*; han creido algunos que el poeta quiso dar á entender que las palomas estaban como paciendo ó en actitud de pacer, que parecian vivas &c., pero no hay necesidad de buscar sentidos tan recónditos. El verbo νέμομαι, primitivo del νεμέθομαι, significa muchas veces *habitar en algun lugar*, *estar en él*, *ocuparle*; y esta es la fuerza que tiene aquí su derivado. Véase el catálogo de las naves, y allí se hallará repetida bastantes veces la voz ἐνέμοντο en el sentido de *tenebant*, *habitabant*.

Ib. y al siguiente. *y el asiento formaban otras dos.* = Así entendió y explicó Ateneo el ὑποπυθμένες.

Verso 1102 *ningun anciano.* = El sustantivo no está en el texto, pero véase en el mismo pasage de Ateneo, citado por Clarke, la razon por que debe suplirse.

Verso 1388. *y por su misma gloria.* = La expresion griega εἰς ἀγαθόν περ, *in bonum sane*, es para nosotros demasiado genérica: y siendo preciso individualizarla, he seguido la interpretacion de Madama Dacier y Bitaubé.

LIBRO DUODÉCIMO.

Verso 17. *Aquíles se vengaba.* = El griego dice μῆνι y la interlineal traduce *irascebatur*, pero recuérdese lo dicho en la nota al verso segundo del primer libro sobre la verdadera significacion del verbo μηνίω.

Verso 168. *Asio de Hirtacio.* = Aquí repite el texto dos versos del libro segundo que en mi traduccion son el 1400 y siguientes, y dicen.

y desde Arisbe vino
en un brillante carro que tiraban
tostados corpulentos alazanes
criados en la vega deliciosa
del caudaloso y claro Seleente;

pero los he omitido, porque esta inútil repeticion es de las introducidas por los Rapsodes. A lo ménos, yo así lo creo.

Verso 289. *ó pintadas avispas.* = Recuérdese lo dicho en la nota al verso 504 del libro quinto sobre la significacion de la voz αἰόλος, y obsérvese que Clarke, aunque en la nota reproduce la interpretacion de *ágiles*, *flexibles* &c., conservó en la traduccion el *maculosæ*. Y sépase tambien que el πόδας αἰόλον ἵππον, que un Escoliasta cita en apoyo de la opinion de Porfirio, nada prueba, ó mas bien prueba lo contrario de lo que él pretende. Este epíteto no significa que el caballo era ligero ó ágil de piés: en este caso Homero le hubiera llamado πόδας ὠκυν, ποδάρκεα, ó cosa semejante. Significa que el caballo de que se trata tenia los piés de distinto color que el resto del cuerpo, era lo que nosotros decimos *cuatralbo*. Aplíquese esta nota al verso 365 en la voz *ensangrentada*.

Versos 373 y 74. *ni durante la paz &c.* = Entre las varias traducciones en lengua vulgar que tengo á la vista, solo en la de Madama Dacier se expresa con claridad la contraposicion que hay en las palabras griegas ὄυτ᾽ ἐνὶ βουλῇ, ὀυτέ ποτ᾽ ἐν πολέμῳ. Homero quiso dar á entender que un buen ciudadano nunca debe ocultar la verdad cuando se trata del bien público: y como poeta individualiza la idea general indicando las dos ocasiones en que este caso puede llegar, y son primera, en los consejos que se tienen durante la paz, y segunda, en las deliberaciones que tambien pueden ocurrir en la guerra. Así Madama Dacier tradujo bien diciendo, *ni á la ville, ni á l'armée*: y los demas, que no han indicado de un modo ó de otro esta contraposicion, han dejado vago é indefinido el pensamiento del original. Bitaubé dice: "*ni dans ces* asemblées, ni au milieu des combats" pero le preguntarémos ¿cuáles son *estas* asambleas que se oponen á los combates? Dugas omitió el *ces*; pero contentándose con decir "soit dans les conseils, soit dans les combats" tampoco expresó si los Consejos de que se trata son de los que se celebran en tiempo de paz, ó los que durante la guerra podemos llamar de Generales. Lo mismo hizo Monti diciendo: nè in assemblea, nè in mezzo all'armi. Debo advertir que Alegre entendió y tradujo este pasage como la Dacier, y dijo

In patriam nec enim civem fas *pace*, vel *armis*,
quemque loqui.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

Versos 12 y 13. *y los Abios &c.* = Pasage sobre cuya inteligencia estuvieron divididos los antiguos Escoliastas, y lo están los modernos traductores. Ante todo se disputa si la voz ἀϐίων se ha de escribir así, ó con letra mayúscula Ἀϐίων. En el primer caso es un epíteto dado á los Hipomolgos, y en el segundo el nombre de un pueblo. Los que siguen esta última opinion se fundan en que se hace mencion de los *Abios* en algunos geógrafos antiguos, y en que Homero no suele calificar con cuatro adjetivos á un solo sustantivo. Los que defienden la primera responden que los geógrafos convirtieron en pueblo un adjetivo de Homero, y que dando este á veces dos epítetos á un mismo sugeto, nada tiene de inverosímil que alguno le haya dado tres ó cuatro. Sin embargo, la distribucion simétrica que se observa en la cláusula de Homero no deja duda de que el Ἀϐίων debe leerse con letra mayúscula. Y en efecto así está en la edicion de Wolf, la última y mas correcta de todas. En segundo lugar se disputa sobre la significacion de la voz, sea sustantivo ó adjetivo, y sobre esto hay todavía mayor division de pareceres. Unos quieren que se componga de *a* privativa y ϐίος, *el sustento, lo necesario para vivir*, en cuyo caso significaria *pobre*. Otros pretenden que componiéndose de ϐίος, vida, el *a* sea intensiva, y entónces querria decir, *el que vive largo tiempo*. Otros sostienen que se compone de *a* colectiva y ϐιός, el arco de tirar flechas, y así seria *el que usa de arco*. Otros la componen de *a* privativa y ϐία, *la violencia*, en cuyo caso seria el que no sufre violencia, no está sujeto, en suma, el hombre *libre*. Otros, concediendo que

se componga de βία, quieren que esta voz signifique *la fuerza corporal*, y que el *α* sea intensiva: y entónces será *el forzudo.* Todavía hay quien se empeñe en que ἄβιος está sincopado por ἁμαξόβιος y de consiguiente significa los que viven en *carros* y no en casas. Y como todas estas circunstancias se reunian en los antiguos Escitas, porque todos ellos eran pobres, longevos, libres y forzudos, usaban del arco, y vivian en carros cubiertos que les servian de tiendas de campaña; es muy difícil saber hoy la acepcion que tenia en tiempo de Homero la voz de que se trata. A mí entre las varias interpretaciones indicadas la de pobre, ó mas bien, hombre que vive frugal y sencillamente sin conocer los refinamientos del lujo, me parece preferible á las demas, y así lo he indicado diciendo, *en rústica pobreza.*

Versos 53 y 74. *excelsa deidad*: *su Señor.* = En ambos el original tiene ἄνακτα, y en ambos se confirma lo que dije en las notas al libro primero sobre la significacion de esta voz; pues Neptuno no era Rey de las ballenas, ni de los caballos.

Verso 139. *y me bullen.* = Conozco que esta voz es algo familiar; pero es tan expresiva, y corresponde tan exactamente al μαιμώωσι del original, que no he querido evitarla. Sin embargo, si alguno la desecha, puede leer

[illegible] y ansiado pide
la guerra y el combate, y de alegría
saltan manos y piés

y así he traducido mas abajo el mismo verbo μαιμάω.

Verso 629. *como Dios inmortal.* = Lo literal seria, *á cara descubierta*: pero esta frase castellana, muy expresiva y exacta, es por desgracia demasiado familiar.

Verso 916. *javelinas.* = No ignoro que el diccionario de la Academia escribe *jabalinas*; pero siendo indudablemente el *javelot* frances, y resultando de escribirla con *b* y *a* un homónimo no necesario con la voz *jabalina*, la hembra del jabalí; me he tomado la libertad de variar la ortografia. Si alguno lo desaprueba, puede seguir la del diccionario.

Versos 1182 y 83. *muslo, raiz del vientre.* = El original dice *nalga*, y pasando por la *vegiga*, pero recuérdese lo dicho en la nota al verso 834 del libro cuarto.

Verso 1188. *cual gusano.* = Así dice el texto; y aunque yo no quisiera que Homero hubiese empleado esta comparacion, no me he atrevido á suprimirla; ni, en el supuesto de conservarla, he tenido reparo en emplear la voz *gusano.* Esta no es baja, pues se emplea con frecuencia en la oratoria sagrada: y si el símil, aunque muy exacto, no me agrada, es porque el objeto de donde se toma es algo asqueroso, y ménos noble que el otro á que se aplica.

Versos 1193 y 94. *y con ellos iba su padre.* = Los códices y las ediciones suprimen la negacion, y segun ellos dijo Homero que el padre de Harpalion iba tambien entre los Paflagones que acompañaban al cadáver; pero ya los antiguos Escoliastas observaron que siendo afirmativa la frase Homero se habria contradicho á sí mismo; pues en el libro quinto, verso 576, deja dicho que Pilémenes, caudillo de los Paflagones, fué muerto de una lanzada por Menelao. Y como era el padre de Harpalion, mal podia ahora ir acompañando al cadáver de su hijo. Eustatio, Clarke, y algunos otros suponen, para salvar la contradiccion, que habia dos gefes de los Paflagones llamados Pilémenes; pero esta es una suposicion ar-

bitraria. Homero dijo en el libro segundo, verso 851 que el caudillo de aquellas tropas era Pilémenes, y ahora en el décimo tercio, verso 642 dice expresamente que Harpalion era hijo del Rey Pilémenes, y que habia venido con su padre á la guerra de Troya. Y no siendo verosímil que los Paflagones que á ella asistieron tuviesen dos *Reyes* llamados ambos Pilémenes, es para mí evidente que el caudillo de este nombre de que se hace mencion en el libro segundo, el que murió en el libro quinto, y el Rey de quien era hijo el jóven Harpalion son una misma y sola persona. Leo, pues, como ya algunos propusieron, *μετὰ δ' οὐ σφι πατὴρ κίε*. Y aunque Clarke dice que esta leccion no se ajusta muy bien con lo que sigue: *ποινὴ δ' οὔτις* &c. es al contrario. Esta segunda negacion supone otra en la frase precedente. Y creo que si Homero resucitase diria que los que suprimieron la primera le hicieron caer en una grosera contradiccion, que en su acostumbrada exactitud es absolutamente inverosímil. Ademas véase cuanto mas interesante es la observacion del poeta entendiendo el pasage como yo traduzco, que no del otro modo. Si se omite la primera negacion, resulta este pensamiento. "Los Paflagones llevaban á Troya el cadáver de Harpalion, y con ellos iba su padre derramando lágrimas; y no hubo (para él) ninguna venganza de la muerte del hijo." Pero si se conserva, resulta este otro "Los Paflagones llevaban &c. &c., y con ellos no iba su padre vertiendo lágrimas, ni pudo tampoco vengar la muerte del hijo." ¿Y porqué no iba en el acompañamiento, ni pudo vengar la muerte de un hijo que tanto amaba? Porque él mismo habia ya perecido, como queda dicho en su lugar. ¿Quién no ve cuán homérico es este triste é interesante

recuerdo, y cuan oportuna la observacion de que Harpalion no tuvo quien vengase su muerte; porque su padre, el único ó á lo ménos el mas interesado en vengarle, habia ya muerto? Si hubiese vivido ¿cómo habia de notar Homero que ya no podia vengar á su hijo? ¿Quién se lo estorbaba? Advierto que la Dacier, Bitaubé, Dugas, Monti, Alegre, y la interlineal traducen sin negacion: y aun yo mismo leí así en otro tiempo. Pero habiéndolo meditado despues, me he decidido por el sentido negativo, y creo que lo he acertado. Sin embargo, si yo me equivoco, puede leerse así el pasage

y con ellos
lágrimas derramando iba su padre,
y ni del hijo la temprana muerte
tuvo el consuelo de vengar un dia.

Verso 220. *los tres.* = El texto se refiere en general á los cuatro interlocutores; pero como Néstor no estaba herido, ha sido necesario indicarlo para que los lectores no crean que el poeta se contradice, ó se olvida de lo que deja dicho.

Verso 339. *y á Tézis.* = Segun la ortografia latina este nombre deberia escribirse *Téthis*, y el de la otra Diosa madre de Aquíles *Thétis*; pero como en este caso se confundirian ambos al pronunciarlos en español; he querido distinguirlos, llamando *Tézis* (así se pronuncia en griego) á la esposa de Oceano, y *Tétis* á la hija de Nereo.

Verso 473. *Lecto.* = Esta voz, de la cual resultó el *lectum* latino, significa el *lecho*; y por eso tenia este nombre la cumbre del Ida en que segun la fábula habian yacido Júpiter y Juno.

Verso 487. *buho.* = No se sabe á punto fijo cual era el pájaro que los Griegos llamaban *Cálcis* ó *Cimíndis.* Se conoce que era una de las aves nocturnas; y por el epíteto de λιγυρῇ, *argutæ* que la da Homero, se ve que su chillido era agudo y desagradable. Creo, pues, que era el buho; pero si fuere la lechuza, como algunos quieren, ó el mochuelo, ú otro cualquiera, sustitúyase su nombre al de buho; y hágase en el verso la variacion consiguiente. Advierto que la interlineal y los traductores en lengua vulgar dejan á sus lectores tan á oscuras como quedarian leyendo el griego; pues se contentan con decir el ave que los Dioses llaman *Cálcis* y los hombres *Cimíndis.*

Verso 523. *al imperio de amor cedamos.* = La expresion

griega es algo mas precisa y clara; pero ya dejo advertido que esta y otras semejantes no pueden traducirse al pié de la letra.

Versos 529 y 33. *Dánae*, *Europa*. = He añadido estos dos nombres propios, porque están expresos los de Sémele, Alcmena, Céres y Latona, y porque sin ellos muchos lectores no sabrian quienes fueron *la hija de Acrisio*, *y la jóven de Fenicia*. No es tan necesario expresar el de la esposa de Ixion ya que el poeta le calló; pero sepan los curiosos que aquella Princesa se llamaba *Dia*.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Verso 179. *rubias.* = Segun el texto deberian ser *ceruleas*; pero con todo el respeto debido al Sr. Homero, este epíteto, dado ya otras veces á las cejas de Júpiter, no puede convenir á las de Juno.

Verso 336. *la region del éter.* = El original dice *la tercera porcion* ó parte; pero en castellano esta frase seria demasiado humilde.

Versos 476 y 77. *y á los piés el alma se les cayó.* = Esta expresion es familiar; pero siendo palabra por palabra la del texto, la he conservado para que se vea la grande analogía que la lengua castellana tiene con la griega; y cómo las mismas asociaciones de ideas se forman en circunstancias idénticas, aunque los hombres hayan vivido en siglos y paises muy distantes entre sí.

Versos 575 y 76. *Medonte hijo bastardo era de Oileo.* = Aquí repiten malamente las ediciones el verso 694 y los tres siguientes del libro décimotercio, en los cuales se contiene la genealogía de Medonte, y se explica el motivo que le obligó á expatriarse: pero yo los he omitido en la traduccion, porque me parece imposible que Homero repitiese aquí tan intempestivamente lo que entónces dijo con tanta oportunidad.

Verso 596. *Al que de los navíos &c.* = Homero empieza esta arenga sin anticipar, como otras veces, el *habló así, dijo en aladas voces*, ó cosa equivalente; y ya los antiguos críticos notaron que no lo hizo sin estudio, sino que en esta

repentina transicion de la forma narrativa á la oratoria quiso pintar la fogosidad y agitacion del personage. Así es en efecto, pero en castellano es preciso indicar el enlace de ambos párrafos añadiendo un *dijo, así decia*, ú otra fórmula de transicion.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

Versos 228 y 29. *Y al tobillo* &c.=La traduccion literal de los dos versos griegos, que ya hemos visto en el libro tercero hablando de Páris cuando se armó para combatir con Menelao, y en el undécimo tratándose de Agamenon, seria: "puso al rededor de las piernas las grevas hermosas, y unidas con sobretobillos de plata;" pero para que el lector supiese lo que eran estos *sobretobillos* seria necesaria una nota en que se dijese que las grevas, siendo unos como botines de metal, tenian en la parte que caia sobre el tobillo unas abrazaderas con que se sujetaban. Para evitar, pues, esta nota, no emplear la voz *sobretobillos* desconocida en castellano, conservar el epíteto, y expresar al mismo tiempo su valor etimológico, he dicho en los tres pasages.

Puso primero las bruñidas grevas
de las piernas en torno, y *al tobillo*
las ajustó con argentados broches.

Verso 290. *y á los fuertes guerreros* &c.=El texto, aquí y en otros pasages, dice ἵππους "á los caballos" para indicar los caballeros, la caballería; y si se dijese así en castellano se pudiera creer que la caballería en el sitio de Troya era como ahora, *gente montada en caballos.* Pero, no consistiendo entónces en simples ginetes, sino en carros de guerra desde los cuales combatian los principales campeones; he dicho siempre que ha ocurrido la misma expresion "caudillos, ó guerreros, que combatian desde los carros."

Versos 300 y 301. *que vestia de variado color fuerte coraza.*=La voz griega es αἰολοθώρηξ, y sobre ella vuelve

Clarke á recordar la interpretacion de Porfirio; pero para convencerse de que esta es equivocada, basta este solo pasage ademas de los otros que dejo notados. La palabra, segun el genio de la lengua griega, significa, y no puede significar otra cosa, *hombre que tiene puesta una coraza* á la cual conviene el epíteto de αἰόλη. Este significará lo que se quiera; pero es de toda evidencia que califica á la coraza y no al hombre que la lleva. ¿Cómo, pues, ha de significar lo que pretende Porfirio, es decir, *hombre que mueve con agilidad la coraza?* El mismo Clarke, conociendo cuan violenta seria esta interpretacion, procura suavizarla diciendo "Thoracem (corpus suum thorace indutum) agiliter motans." Pero, como ya dije ántes de ahora, esto es hacer significar demasiado á las palabras griegas por sostener la opinion singular de un hombre que vivió doce siglos despues de Homero. ¿Y no será mas racional que adoptemos la interpretacion de los Escoliastas y gramáticos anteriores á la era vulgar, segun los cuales el αἰόλος de Homero es sinónimo de ποικίλος; sobre todo cuando la siguió Virgilio, que tan estudiado y bien entendido tenia al modelo que imitaba?

Versos 776 y 77. *¿Solo ahora teneis ligeros piés?* Adopto la segunda interpretacion de las dos que propone Clarke, la misma que prefirió Eustatio; y en consecuencia leo con interrogacion, como previno Ernesti.

Versos 919, 20 y 21. *cuando ya vacío* &c. = Segun el texto que se halla en las ediciones deberia decirse: "luego que ellos, los caballos, abandonaron el carro de sus Señores" pero entónces Homero habria dicho un disparate. ¿Cómo los caballos habian de ponerse en fuga luego que abandonaron el

carro, si estaban uncidos á él? Así, leo y debe leerse contra todos los códices y ´todas las ediciones, ἐπεὶ λίπον ἅρματ᾽ ἄνακτες. Estos, es decir, Sarpedon y su escudero, fueron los que abandonaron el carro, el primero cuando saltó en tierra para combatir á pié (verso 426), y el segundo cuando fué herido y muerto por Patroclo (verso 465), y entónces fué cuando los caballos, que sintieron vacío el carro, echaron á correr, y los Mirmídones los detuvieron. Todavía son necesarias estas correcciones en la Ilíada despues de tantos siglos, y por no haberlas hecho aparece desmemoriado é inconsecuente en algunos pasages el escritor mas puntual y exacto de todos los que no hablaron por inspiracion divina.

LIBRO DECIMOSÉPTIMO.

Verso 19. *que aun le quedaba.* = Estas palabras no están en el texto; pero en castellano es preciso añadirlas pàra que no crean los lectores que el poeta se ha olvidado de lo que deja dicho, á saber, que Patroclo perdió ántes de morir el casco, el escudo y la coraza; lo cual supuesto, ya no podia ahora Euforbo desnudarle de *todas* las armas, sino de las pocas que aun tenia, como las grevas, el tahalí, la espada, y la plancha de metal que llevaban debajo del cinturon.

Verso 91. *que con los de las Gracias competian.* = El original dice que los cabellos de Euforbo eran *semejantes á las Gracias;* pero claro es que no podian serlo á las personas mismas. Por eso he dicho para mayor claridad que eran parecidos á los cabellos de las Gracias.

Verso 202. *y el corazon........ se le encoge* = Digo de esta frase lo que ya he dicho del *se aburre*, *me bullen*, *caerse el alma á los piés.* Es algo familiar; pero corresponde tan exactamente al παχνοῦται griego, que seria lástima no emplearla.

Verso 373. *á su talle acomodada* = Esta es la verdadera y única significacion de la expresion griega Ἕκτορι δ' ἥρμοσε τεύχε' ἐπὶ χροΐ; y en este mismo sentido la vimos empleada en el libro tercero (verso 333), y el traductor latino dijo bien "Hectori autem apta erant ad corpus." Y sin embargo no ha faltado Escoliasta que haciendo transitivo al verbo ἁρμόζω ha pretendido que debe traducirse así "Júpiter (nominativo tácito segun él) acomodó á Héctor las armas al rededor de su cuerpo" esto es, las estirajó, ó acortó, para que le viniesen

bien. Y lo peor es que Madama Dacier, Bitaubé, Dugas y Monti, y quizá algun otro que no tengo presente, han adoptado esta ridícula y violenta interpretacion. Sin embargo, con un poco de atencion hubieran visto que en el lugar citado del libro tercero el nominativo es θώρηξ, en el verso 385 del libro décimonono es ἔντεα, y aquí τεύχεα; y de consiguiente que en ninguno de ellos el verbo es transitivo, ni puede tener por sugeto á Páris, Aquíles, Júpiter, como deberian serlo si la construccion gramatical fuese la que ellos suponen. Alegre no tradujo literalmente, pero diciendo "armabatur Hector" parece que tampoco entendió bien la frase griega.

Verso 1093 y siguientes hasta acabar el párrafo. El estar incluidos en paréntesis cinco versos del original (el 612 y siguientes hasta el 616), y el no haber empleado el poeta los nombres propios sino los demostrativos, ha sido la causa de que este pasage resulte oscuro, y aun esté errado en varias traducciones. Pueden verse las de Madama Dacier, Bitaubé y Monti; y se hallará una especie de algarabía por haber referido sus autores el πεζός del verso 613 y el τῷ del 615 á Meriónes, cuando en realidad se refieren á Idomeneo. No las copiaré para no alargar demasiado la nota; pero para que se vea hasta que punto puede cegarse un traductor cuando no llega á comprender bien el original, citaré solamente estos versos de la de Monti:

Venuto egli era (habla de Cerano)
dalla splendida Litto in compagnia
di Merione che di questa guerra
al cominciar, sue navi abandonando,
venne ad Ilio *pedone.*

¿Pudiera uno creer, si no lo viese, que todo un Monti haya estampado el disparate de que Meriónes fué á pié desde Creta al Asia menor, habiendo mar de por medio? Debo advertir que Dugas entendió bien el pasage, y le tradujo como yo le tenia traducido mucho ántes de ver su obra.

LIBRO DECIMOCTAVO.

Versos 25 y 26. *y que con Héctor &c.* = Estas palabras de Aquíles favorecen mucho á los que en el libro décimosexto insertan entre el verso 82 y 83 este otro, citado por Diógenes Laercio, τόυς ἄλλους ἐνάριζ᾽, ἀπὸ δ᾽Ἕκτορος ἴσχεο χεῖρας "mata á los demas (troyanos) pero abstente de venir á las manos con Héctor." En efecto, sin este verso no se ve cómo ahora dice Aquíles que habia prevenido á Patroclo que no pelease con Héctor; porque en todo su discurso, tal como hoy está, no se halla semejante advertencia, sino la general de que se retirase luego que hubiese salvado las naves, y de que no llevase la hueste hasta los muros de Troya. Sin embargo, no hallándose aquel verso en las ediciones y ni aun en los códices que existen, no me he atrevido á insertarle.

Verso 859. *miéntras vivió* = Esta proposicion incidente no está en el original; pero en castellano es absolutamente necesaria. Porque nosotros no podemos decir de una constelacion que es valerosa, ó fuerte, ó robusta, ni estos epítetos pueden convenir á la de Orion, sino en cuanto supone la fábula que este fué miéntras vivia un hombre valiente, un robusto cazador y famoso guerrero, y que á su muerte fué trasladado al cielo y trasformado en la constelacion que hoy lleva su nombre.

Verso 860 y siguientes. *que siempre gira &c.* = Estos cuatro versos, por los cuales han dicho algunos que Homero no sabia astronomía, prueban al contrario que no ignoraba lo que de esta ciencia podia saberse en su tiempo. Véanse las notas de Clarke.

Verso 1008. *el Rey.* = La Dacier tradujo: "le seigneur de cette terre" *el amo ó dueño de aquella heredad*: y Bitaubé, Dugas y Monti, aunque emplean los dos primeros la palabra *Roi* y el tercero la de *Sire*, entienden, segun parece, esta palabra en el sentido que aquella traductora. Sin embargo, la voz griega βασιλεὺς que siempre significa *Rey*, ó á lo ménos persona Real, Príncipe, y los heraldos de que se hace mencion, no dejan duda de que Homero habló de un Rey que está viendo segar su propia cosecha. Ya se sabe que en aquellos siglos se mantenian los Reyes, no solo con los tributos que les pagaban los pueblos, sino con el producto de sus bienes patrimoniales.

Verso 1039. *de Lino la cancion.* = Es decir, la cancion en que se lamentaba la muerte de Lino, célebre poeta anterior á Homero. Los que han traducido la voz griega λίνον, por *cuerda de la cítara*, se han equivocado. Véase la nota de Clarke, adicionada por Ernesti. Adviértase que cuando Homero dice mas arriba que se oia el canto de himeneo, y aquí indica la cancion que el muchacho iba entonando en voz baja, quiere solo dar á entender que por las actitudes de las figuras se venia en conocimiento de que las del primer cuadro iban entonando el canto nupcial, y este muchacho la cancion que solian cantar los vendimiadores cuando volvian al pueblo concluida su tarea; en lo cual manifiesta cuan al vivo estaban hechos estos bajos relieves. No se crea, pues, que las figuras iban realmente cantando, y que los espectadores del escudo oian sus voces y cánticos.

LIBRO DÉCIMONONO.

Verso 133. *descansará despues* = El texto dice *doblará las rodillas;* pero esta es una perífrasis poética para decir *se asentará.* Y como conservándola en castellano no hubiera quedado bastante claro el sentido, he explicado el pensamiento. Algunos han entendido que se trata de ponerse de rodillas para dar gracias á los Dioses; pero su interpretacion es forzada y falsa. Véase la nota de Clarke. La misma frase encontramos ya en el libro séptimo, verso 118 del original.

Verso 163 y siguientes. *la triste Diosa* &c. = Todo este pasage mitológico, en que el error que á veces comete el hombre y le acarrea graves daños está personificado y representado como una Divinidad llamada *Ate*, resulta necesariamente oscuro en las traducciones vulgares. Yo he procurado darle toda la claridad que me ha sido posible.

Verso 178 y 79. *si acaso deja á la otra libre.* = Todas estas palabras son necesarias para expresar la fuerza de la partícula γε.

Verso 471 y 72. *ni he logrado de ella ningun favor.* = Vaga es y familiar esta expresion, pero lo es igualmente la griega οὔτε τευ ἄλλου. Y como esta no fué escogida sin designio, no he querido emplear al traducirla otra mas precisa y elegante.

Verso 491 y 92. *de irresistible fuerza arrastrado.* = Esta es la verdadera significacion del ἀμήχανος griego, literalmente, *sin poder hacer otra cosa*, *sin arbitrio para dejar de hacerlo.* La interlineal lo erró diciendo "mala struens." Ma-

dama Dacier, Bitaubé y Dugas se dejaron por traducir esta palabra tan importante; y Monti, extraviado por la interlineal, dijo "per farmi oltraggio."

Verso 533. *en legítima union.* = Recuérdese lo que en las notas al libro primero dije sobre la significacion de la frase *κουριδίην ἄλοχον.*

Verso 565. *el ánimo.* = Para enseñanza de los principiantes haré una observacion sobre esta palabra. Si yo hubiese dicho "nada alegrar *el corazon* podia" el verso hubiera resultado mas lleno, robusto y sonoro; pero no hubiera pintado tambien el estado de abatimiento y dolorosa languidez en que se hallaba Aquíles, como empleando la voz *ánimo*, la cual por ser esdrújula retrae la cesura á la octava sílaba.

Verso 592. *que es su gloria.* = El griego dice "de un hijo tal" palabra muy enfática que la Dacier, Dugas y Monti dejaron de traducir: y no hicieron bien por cierto. Bitaubé conoció que era importante y la tradujo, pero con esta expresion estudiada "dont la valeur l'honore."

Verso 687. *desde el mar.* = Véase la nota de Ernesti sobre el verso 375 del texto, y se conocerá cuan fácil es equivocar el sentido ateniéndose á la version interlineal latina. Aquí segun ella parece que la llama está ardiendo en el mar.

Verso 702. *á su talle ajustadas.* = Vuélvase á leer lo que dije en la nota al verso 373 del libro decimoséptimo.

LIBRO VIGÉSIMO.

Versos 244 y 45. Ernesti desecha el verso griego que corresponde á estos dos, y es el 135; pero el contexto manifiesta que es absolutamente necesario. Suprímase, y se verá el vacío que resulta.

Verso 487. *que se llevó consigo.* = Esta circunstancia no está expresa, pero se infiere del contexto: y en la traduccion es necesaria, para que se vea como la pica pudo estar clavada en el escudo y en la tierra al mismo tiempo. En efecto, si suponemos que pasó por el agujero que hizo en el escudo, que este quedó en manos de Enéas, y que ella fué á caer en tierra y allí se clavó; no se ve cómo luego tuvo Neptuno que arrancarla del escudo. Si no estaba fija en él ¿cómo habia de sacarla de donde no estaba? Y si estaba clavada en el escudo y este permanecia en manos de Enéas ¿cómo ella podia estar al mismo tiempo en el aire colgando del broquel y clavada en el suelo? Esto es evidente, y por no haberlo explicado bien algunas traducciones, queda en ellas bastante oscuro el pasage. Véanse las de Bitaubé, Dugas y Monti. Sin embargo, sus autores pudieron haber visto en la de Madama Dacier que esta, al decir que la pica de Aquíles habia atravesado el escudo de Enéas, añade: "*qui y demeure attaché.*" Recuérdese lo que dije en las notas al libro primero hablando de aquella célebre Helenista, á saber, que aunque su estilo es algo familiar y su traduccion demasiado perifrástica, y alguna vez está equivocada; ella, sin embargo, es la que en general entendió mejor á Homero.

Versos 778 y 79. *y furibundo, por cuarta vez* &c. =

Tambien aquí desecha Ernesti el verso del original, y me parece que tiene razon. En efecto, no es verosímil que habiendo acometido Aquíles inútilmente y por tres veces á la niebla, repitiese por cuarta vez la acometida. Sin embargo, no he querido hacer novedad. El verso de que se trata está tomado del libro décimosexto, y es allí el 705.

Verso 887. *polvo, sangre y sudor.* = Todo esto significa la voz griega λύθρῳ, y la version interlineal lo expresa bien diciendo *cruore et sudore pulverulento.*

Verso 12. *y para detenerlos en la fuga.*=Ya han observado otros que Madama Dacier erró la traduccion en este pasage, y lo que es peor, se empeñó en sostener su equivocacion, esforzándose á probar que Juno cercó de niebla á los Troyanos para facilitarles la fuga, cuando el griego dice expresamente que lo hizo para *detenerlos* en ella, ἐρυκέμεν. Y yo lo advierto tambien para que se vea cuan fácil es equivocarse cuando en Homero se buscan sentidos recónditos y estudiadas sutilezas. Así aquí se engañó aquella excelente traductora porque creyó ver en la accion de Juno cierto refinamiento de crueldad, por el cual la Diosa favorecia la fuga de una parte del ejército para que el vencedor Aquíles pudiese mas á su salvo acabar con la otra mitad. Tales alambicamientos no son del gusto de Homero.

Versos 280 y 81. *de los Peonios soy el caudillo.*=Graciosa es la nota de Bitaubé sobre este pasage: y quiero traducirla, para que se vea hasta qué punto pueden extraviarse los comentadores cuando sustituyen ingeniosas conjeturas á la sencilla narracion de Homero. Habia dicho en la traduccion Bitaubé "yo he venido de las remotas provincias de la fértil Peonia" y queriendo dar la razon de un hecho que no lo necesita, dice en la nota "sin duda para suceder á Pirécmes, que habia acaudillado á los Peonios, y ha sido muerto en el libro décimosexto." Pero si esta muerte se verificó el dia anterior ¿cómo en el espacio de algunas horas habia ya llegado á la Peonia la noticia, y los Peonios habian enviado otro General? Ademas, si el mismo Asteropeo añade inmediatamen-

te que hace ya once dias que llegó ¿cómo pudo venir á suceder á Pirécmes, que entónces aun estaba vivo y sano?

Verso 285 y 86. *que derrama sobre la tierra* &c. Creo que el verso del original está malamente repetido del libro segundo donde tambien se halla al 850; pero no siendo aquí del todo inoportuno, porque sirve para realzar la alta idea que de su orígen quiere dar Asteropeo; no he tenido por conveniente omitirle, y mas cuando se halla en todas las ediciones y en muchísimos códices.

Verso 600. *Sus, hijo mio.* = El original dice *cojito mio*, y los antiguos calificaron de graciosa esta expresion, porque es una como caricia que Juno hace á su hijo para obligarle á obedecerla prontamente. Pero, concediendo que así sea, se ve tambien que este cariñito en boca de una Diosa, y dirigido, no á un niño de corta edad, sino á un barbon, y al tiznado gigantesco númen de que se nos habló en el libro décimoctavo es demasiado familiar, y aun tiene algo de ridículo para nosotros. He sustituido, pues, otra expresion de cariño, pero mas noble.

Verso 696 y siguientes. *y en penetrante voz* &c. = El original dice mas concisamente "el vasto cielo tocó la trompeta." Pero, como esta metáfora es demasiado atrevida para nosotros y en castellano pareceria dura y estudiada; ha sido preciso reducirla á comparacion formal, para que el pensamiento quede mas claro.

Verso 709. *cual importuna mosca.* = Digo lo mismo que en el anterior. La metáfora del original no podria pasar en castellano. La he convertido, pues, en símil ilustrativo.

Verso 819. *á los dos las orejas cortaria.* = Los traduc-

tores franceses no se han atrevido á traducir tan literalmente la frase griega, y han recurrido á perífrasis mas ó ménos vagas, ninguna de las cuales dice con claridad lo que Laomedonte se proponia hacer con los Dioses sus jornaleros. Pero, no habiendo Monti reparado en decir en italiano

e *mozze* inoltre ad ambeduo *l'orecchie*;

he creido que tampoco debia yo tenerle en decir, *á los dos las orejas cortaria.*

Verso 859 y 60. *así la dijo en injuriosas arrogantes voces.* = Ernesti quiere que se borre el verso 480 del texto que corresponde á estas palabras, y que se suponga una reticencia; pero yo creo que esta seria demasiado violenta, y que el verso es necesario. Y sin duda pensaban lo mismo los copistas y editores que le han conservado.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

Verso 121 y 22. *de las torres arrojados mis nietos.* = El texto dice "arrojados á la tierra los niños pequeños" pero como se alude al género de muerte de que segun las predicciones de los oráculos debia morir Astianacte, he indicado la alusion. De otro modo no la hubieran entendido la mayor parte de los lectores.

Ib. y siguiente. *mis nupciales tálamos profanados.* = Esto es lo que Homero quiso decir con la expresion genérica, *tálamos devastados ó destruidos.* A lo ménos así lo han entendido Bitaubé, Dugas y Monti. Madama Dacier indica la misma idea, aunque con ménos claridad, diciendo: "les appartements de *mes femmes* forcés."

Verso 123 y 24. *y asolada esta ciudad en general ruina.* = Esta es tambien toda la fuerza de la expresion griega ἐν αἰνῇ δηϊοτῆτι, *in gravi hostili-vastatione.*

Versos 174, 75 y 76. *ni la esposa que un dia de su mano, y sus muchas alhajas y riquezas, dueño te hizo feliz.* = Todas estas palabras son necesarias para expresar la fuerza del epíteto πολύδωρος que algunos traductores han omitido, y á mí me parece precioso é interesante.

Verso 241 y siguientes. *No es tiempo ya de entretener á Aquíles &c.* = Literalmente "no es tiempo ya de hablar con este sobre la encina y la piedra, como la doncella y el mancebo" (se entiende, hablan uno con otro). Este pasage seria ininteligible para nosotros si un antiguo Escoliasta no le

hubiese explicado, enseñándonos que siendo uno de los cuentos de viejas, como nosotros decimos, el de que los hombres primitivos habian nacido de las piedras y de los troncos de las encinas; la expresion, *hablar de la encina y la piedra*, era entre los Griegos un proverbio ó adagio, con el cual daban á entender que se contaba algun cuento fabuloso. Véase la nota de Clarke, la de Bitaubé y otras á este pasage, y se conocerá por qué yo he reducido la frase á la general de "entretener á Aquíles con *antiguas consejas*." Nótese la enérgica y enfática repeticion de *doncellas y mancebos*, y recuérdese lo que sobre ella dije en el exámen.

Verso 340 y siguientes. *Triforme Diosa* &c. Los del original que á ellos corresponden están repetidos del libro octavo; pero, siendo aquí distinto el objeto á que se aplican las expresiones genéricas del texto, ha sido necesario variar la traduccion. Allí el ὄυ νυ τι θυμῷ πρόφρονι μυθέομαι, *no hablo con ánimo resuelto*, se aplica á la destruccion total del ejército, y aquí recae sobre libertar á Héctor de la muerte á que el hado le destinaba.

Verso 592. *sonriyéndose.* = Esta circunstancia no está expresa en el original; pero siendo verosímil, y la única pincelada que falta para completar el cuadro, me he tomado la libertad de introducirla. Si alguno lo reprueba sustituya el ocioso, y en la situacion casi ridículo, epíteto del texto, y lea: *el valeroso Aquíles*. Para mí no hay duda en que, al clavar este su lanza en el cuello de su enemigo, debió manifestar con una amarga sonrisa el placer que sentia su corazon. He dicho que el epíteto de *valeroso* es aquí, no solo

de fórmula, sino casi ridículo; porque en efecto, para matar á mansalva á un hombre desarmado, pues la espada de Héctor es como si no la tuviese, no era necesario mucho valor.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

Verso 65. *y no poco trabajo les costara.* = Algo familiar es la frase castellana, y fácil me hubiera sido sustituir otra que no lo fuese. Pero corresponde aquella tan exactamente á la griega, que de intento no he querido variarla. Ademas, si yo no me engaño mucho, una ú otra de estas frases del trato comun, y sobre todo en pasages puramente expositivos, como lo es el presente, contribuyen admirablemente á que las traducciones de Homero conserven el sabor de antigua sencillez que le caracteriza. Sin embargo, no quiero decir que por esto ha de ser el estilo prosáico. Ni lo es el verso de que se trata; porque el solo arcaismo de les *costara*, por *les habia costado*, hace ya poética la diccion.

Verso 178. *pero cuerpo* &c. Que esta sea la acepcion que tiene aquí la palabra griega *φρένες*, lo demuestra la traduccion de Virgilio *tenues sine corpore vitas* (Eneida libro 6.° v. 292).

Versos 261 y 62. *hecatombe.... de cincuenta corderos.* = Este solo pasage probaria, cuando otros testimonios faltasen, que ya en tiempo de Homero las hecatombes no consistian en *cien* víctimas precisamente: bastaba que se sacrificase un número considerable. Y de aquí resulta que cuando en otros lugares se ha dicho *numerosa hecatombe* no se ha faltado á la propiedad del lenguage, aunque la voz signifique etimológicamente el número determinado de cien bueyes. El uso la hacia ya sinónima de sacrificio en que se degollaban *muchas* reses; y fuesen estas bueyes, ovejas, ó cabras. Aqui se demuestran ambos extremos, pues tenemos una hecatombe que no

es de *bueyes* sino de *carneros*, y en la cual solo se ofrecen *cincuenta*.

Verso 1373 y siguientes. *cuan cercano &c.* Sigo la interpretacion de Madama Dacier. Otros creen que aquí se trata de la muger que está tejiendo; pero en este sentido no es fácil explicar cómo la naveta ó lanzadera está cerca del pecho de la tejedora, siendo así que esta la hace correr de un lado al otro á bastante distancia; ni cómo la tiene sujeta al pecho, estando aquella en continuo movimiento. Ademas, 1.° la naveta no se llamaba en griego *κανών* sino *κερκίς*. Lo hemos visto en el verso 448 del libro precedente. 2.° Significando *κανών* una vara derecha (por la cual se llamó así la regla que sirve para medir distancias lineales) se ve que aquí debe significar el cilindro al rededor del cual se va envolviendo el hilo que se extrae de la madeja cuando se está devanando; en suma, *el devanador*. Y como por el contexto parece que este era bastante largo, y que el un extremo estaba asegurado al pecho de la muger; le he llamado *uso*, aunque este sea propiamente el que sirve para hilar. Lo mismo hace Madama Dacier. Advierto finalmente que en el verso 762 la verdadera leccion es *παρὲκ μίτου*.

Verso 1380 y siguientes. *Y en la huella misma &c.* = Este es el verdadero sentido del 765 del original perfectamente explicado por Macrobio. Sin embargo, la Dacier, Dugas, Bitaubé y Monti le han equivocado, diciendo los cuatro que Ulíses ponia su pié en la misma huella de Ayax ántes que el polvo *se levantase de* ella, debiendo decir: ántes que el polvo ya levantado *volviese á caer sobre* ella. Véase en la nota de Clarke el pasage de Macrobio.

Verso 1605 y 6. *y en las manos* &c. = Aquí se equivocó Madama Dacier, creyendo que Agamenon dió en propiedad á Taltibio el premio que recibia de mano de Aquiles, lo cual hubiera sido manifestar que no le estimaba en mucho. No es eso lo que Homero quiso decir, sino que se le dió para que le llevase á su tienda. Lo he expresado, pues, para quitar toda duda.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

Versos 139 y 140. *cual de la nube* &c. En el original hay un solo epíteto que literalmente significa, *tiene piés de tempestad*, esto es, que camina con tanta celeridad como las tempestades. Pero siendo aquella metáfora demasiado fuerte y atrevida para nuestros analíticos oidos, y debiendo resultar algo oscura; la he reducido á comparacion y sustituido á la tempestad el relámpago, que siempre las acompaña y camina con mas rapidez que la nube de donde sale.

Verso 149 y 50. Entre las expresiones griegas que á ellos corresponden, hay un verso entero en el cual se dice que el anzuelo iba metido en un tubo de cuerno de buey, sin duda para que los peces no rompieran el sedal; y yo le he omitido. Porque esta noticia, preciosa sin duda para los arqueólogos, es harto inútil y fria en un poema; é intercalada en este pasage, le quitaria su principal mérito que es el de la concision y rapidez en el estilo, necesaria para imitar la del vuelo ó caida de la Diosa. Sin embargo, si alguno echa ménos aquella circunstancia, intercale entre los dos versos este otro "*y con tubo de cuerno preservado*" y verá que mal efecto hace.

Versos 237 y 38. *el consuelo de sus penas*, &c. = La expresion griega es algo mas precisa y clara, pero ya dejo advertido que las de esta clase no deben traducirse con demasiada fidelidad.

Verso 300. *muy ceñido.* = El original dice en la sola palabra ἐντυπὰς que el anciano tenia tan ajustada al cuerpo la túnica con que estaba cubierto, que se distinguian todos los contornos; pero ¿qué lengua vulgar puede expresar con una voz sola tantas ideas á un tiempo? No pudiendo, pues, hacerlo con una frase castellana, me he limitado á decir que estaba tan ceñido con la túnica cuanto le era posible.

Verso 474. *de mugeres agenas.* = El texto dice solo *seductores*; pero, como en este rasgo zahiere Príamo á Páris, he indicado la especie de seduccion de que se trata.

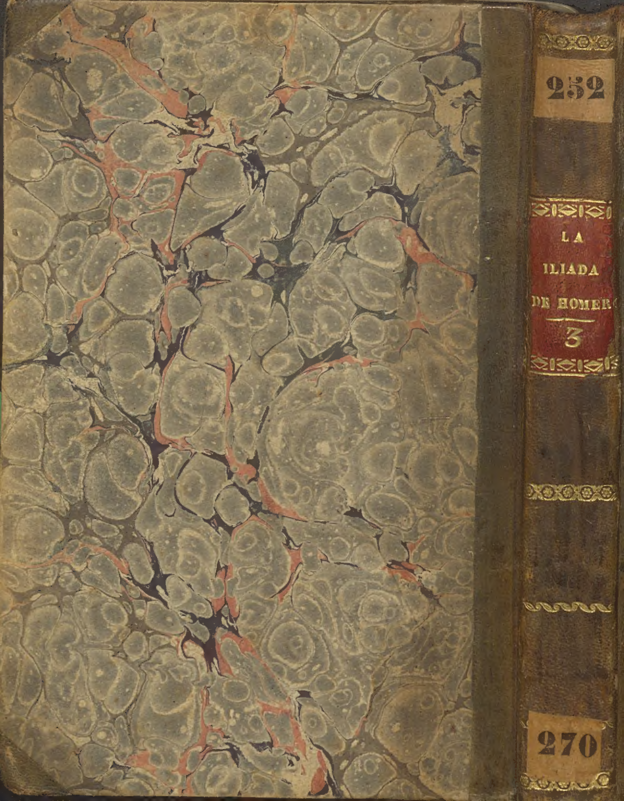
Versos 477 y 78. *que criara desvalido plebeyo* = Toda esta fuerza tiene aquí la voz griega ἐπιδήμιοι. Esta da á entender que los hijos de Príamo robaban para sus francachelas corderos y cabritos en el pueblo, es decir, á la gente del pueblo, de la plebe, á los pobres que no podian oponerles resistencia. ¿Y cómo sentirán toda esta fuerza los que lean en la interlineal *publici raptores*? ¿No entenderán que el *públicos* se opone á *secretos*, *clandestinos*, *ocultos?* Así en efecto lo entendió Bitaubé, pues tradujo *des ravisseurs publics.* Sin embargo, la Dacier habia ya traducido bien, diciendo: *ils ne font que ravager les troupeaux de mon peuple.*" Dugas ha expresado la misma idea.

ERRATAS DE ESTE TOMO.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
4	1	á la	la
11	17	contra	con
46	24	fiera	fieras
54	17	hecho	hechos
160	6	sacarle	salvarle
213	19	le	la
242	25	*conderit*	*conderet*
256	21	interlinear	interlineal *
260	6	*κουριδέης*	*κουριδίης*
264	15	*καθςλών*	*καθελών*
265	9	fau	faut
268	7	*τὶν*	*τινὶ*
279	26	*ζφύνην*	*ζώνην*

* *La misma correccion debe hacerse en la página 261, línea 13; y en la 268, línea 15.*




252
LA
ILIADA
DE HOMER
3
270


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm